This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07586599 2

Caballero
N 9 8

Cornell
NF

COLECCION DE AÚTORES ESPAÑOLES.

TOMO XIII.

Not in
Dec. 12. 22
DM

RELACIONES

POR

FERNAN CABALLERO. (pseud. of Cecilia Böhl de Faber)

LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.

1862.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
73095A
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
R 1912 L

INDICE

de las Relaciones que contiene este tomo.

	Pág.
Justa y Rufina,	3
Mas largo es el tiempo que la fortuna.	41
No transige la conciencia.	83
La Flor de las Ruinas.	121
El Ex-voto.	141
Los dos Amigos.	175
La Hija del Sol.	187
La Estrella de Vandalia.	199

DOS PALABRAS AL LECTOR.

Las composiciones que los franceses y alemanes llaman *Nouvelles*, y que nosotros, por falta de otra voz mas adecuada, llamamos RELACIONES, difieren de las novelas de costumbres (*romans de mœurs* que son esencialmente análisis del corazon y estudios psicológicos) en que se componen de hechos rápidamente ensartados en el hilo de una narracion; esto es, en que son *aguadas* en lugar de miniaturas como las antedichas.

Las Relaciones pueden, en favor de su tendencia á *causar efecto*, emanciparse con mas desenfado que las novelas de costumbres de la estricta probabilidad, sin adulterar su esencia, ni faltar á su objeto.

No obstante, aun para la creacion de las Relaciones nos confesamos tímidos, como tan instintiva é indesprendiblemente apegados á la *verdad*, de la que decia Diderot — si bien con un símil que no hubiéramos hecho nosotros — «que es la trinidad en las artes, dimanando de ella el *bien*, que engendra lo *bello*, que es el espíritu santo.» Cierto es que en lo *verdadero* cabe mucho; pues así como para las cosas espirituales nos muestra aquel sublime y resplandeciente campo que ha hecho Dios, el cielo y cosas celestiales; muestra tambien inmensurables abismos de culpas y desastres, que han hecho los hombres. Allí sol, luz, paz, pureza y bendiciones; aquí sangre, delitos, gemidos, y blasfemias! Allí la misericordia y la compasion; aquí la crueldad, la soberbia,

el odio y la venganza! Esta reflexion que hemos hecho, nos recuerda que á algunos les parece que están las nuestras de mas en lo que escribimos. Mas no por eso las dejaremos de hacer; puesto que entendemos que es la ética parte tan esencial en la novela, que si esta le faltase, podria colocársela en la categoría de un culto, fino *Tutti li mundi.*

Hásenos echado en cara tambien el hablar de Dios con respeto y énfasis. A lo que solo opondremos la sencilla reflexion, que en parecidas circunstancias hizo un antiguo autor: «¡como si no se pudiese decir de las buenas doctrinas, mejor que del dinero, que siempre vienen al caso!»

No podemos ménos de citar aquí unas palabras del periódico *La Esperanza,* en su número del 6 de enero de 1855: «Mas valor se necesita hoy, dice, para mostrar celo por el catolicismo, que para desdeñarlo y hostilizarlo, haciendo ostentacion de indiferencia y de impiedad.»

JUSTA Y RUFINA.

Lo bello es lo que agrada á la virtud docta y culta.

DE MAISTRE.

Ni los padres que forman á sus hijos segun ellos mismos, ni los preceptores que pretenden desenvolver solo las inclinaciones naturales, logran sus fines. De este conflicto eterno entre la naturaleza y la vida, se puede inferir que hay una mano poderosa y oculta, que educa tanto á las naciones, como á los individuos.

SCHLOSSER.

La vida presente no es sino una transicion, una prueba, pero no un término.

DESNOIRESTERRES.

CAPITULO I.

La hermosa y distinguida Marquesa viuda de Villamencía, sentada en el cierro de cristales de su gabinete, fijaba su triste y lánguida mirada en su hija, que en medio de la habitacion estaba jugando con otras criaturas de su edad. Esta niña, que tenia cinco años, era el tipo de una pequeña *wilis*, con su tersa y alba tez y sus rubios cabellos, que flotaban en gruesos rizos sobre sus espaldas desnudas; las miradas de sus ojos azules eran tan dulces, que se volvian tristes cuando se fijaban. No siempre es dulce la tristeza; pero la dulzura por lo regular es triste, puesto que siempre se siente oprimida por la fuerza, ó lastimada por la soberbia, ó herida por la dureza, ó acongojada por la lástima.

Frente á esta niña habia otra como de siete años, cuyo tipo era vulgar. Su rostro era basto y moreno: sus ojos negros y grandes hubiesen sido bellos, si la mirada audaz, curiosa, sostenida y molesta que les era propia, y que con desenfado clavaba su dueña en cada persona y en cada objeto, no los hubiese hecho sobremanera desagradables y repulsivos.

Al lado de la Marquesa estaba sentada una de esas personas, de que con tanta propiedad se ha dicho, que quitan la soledad y no dan compaña: entes pesados, inoportunos, que abruman y fatigan como el calor; ¡y tan necios que no lo conocen! Era esta una señora, viuda hacia muchos años de un administrador de loterías, el que al casarse con ella, se habia adjudicado á sí mismo el premio grande. Dicha señora conocia á la Marquesa desde jóven, y la trataba, no solo con la confianza que se tomaba en todas partes sin que

se le diese, como una instintiva y genuina socialista, sino tambien con cierto aire é ínfulas preceptorales.

— ¡Válgame Dios, Marquesa, le dijo. Siempre estás triste! Si es porque se murió tu marido, ¿eso ya qué remedio tiene? Si es porque tu hijo es un cena á oscuras, es hácia la cola y no quiere estudiar, consuélate con que no es el solo de su jaez: si es porque te sientes enferma, tampoco es ese un motivo para estarlo, porque las gentes enclenques viven tanto ó mas que las robustas.

¡Qué don de decir cosas desagradables tienen algunas personas! ¿Don dijimos? Pues dijimos mal. Debimos decir *falta:* falta de educacion, falta de finura, falta de delicadeza, falta de benevolencia, y sobre todo, falta de bondad! El primer *deber* (ya que *impulso* no sea) que tenemos en nuestras relaciones con el prójimo, es pensar bien de él; la primera regla de finura y de delicadeza en el trato social, es demostrárselo así. Los malévolos juicios y su grosera expresion, denominados hoy *mundo* y *franqueza,* conseguirán al fin el que sea nuestra sociedad mil veces peor y mas díscola que la de los Hotentotes. ¡Y se habla mucho, mucho, de cultura y civilizacion! sí, ¡como el ciego de los colores!

La Marquesa, que era una mujer fina, se contentó con responder al impertinente apóstrofe de la administradora:

— Me duele la cabeza.

— Ya, repuso la visitadora; no es extraño; con el ruido que están haciendo esas niñas!....

— ¡Pues si apénas hacen ninguno! dijo la Marquesa; ademas, si lo hiciesen, no me molestaria: la presencia de mi hija es todo mi encanto, toda mi alegría, todo mi recreo.

— ¡Anda con Dios! repuso la viuda, en lo que concierne á tu hija; Justita es una buena niña, dócil y bien mandada. Pero lo mismo toleras á esa Rufina, que bien se la puede decir Rufiana, tan suelta de ademanes como de lengua, tan mal encarada como caridelantera. No sé cómo la puedes sufrir á tu lado, ni tolerarla al de tu hija.

— La he criado á mis pechos, respondió la Marquesa; y quizas por eso le deba la vida, pues cuando nació muerto mi penúltimo hijo, la subida de la leche me puso á morir.

— ¡Por cierto que tuvieron buena ocurrencia entónces, de traer para que la criases, una criatura del hospicio! dijo agriamente la áspera viuda.

— Yo así lo exigí por muchas razones, señora.

— ¿Y cuáles eran estas? ¿me lo querrás decir? Pues no acierto cuáles pudiesen ser.

— La primera, contestó la Marquesa, fué la seguridad de que no pudiesen arrebatarme mas adelante la criatura que habia alimentado á mis pechos. La segunda fué hacer una obra de caridad, dando madre al pobre ser que no la tenia.

— Esos sentimientitos, dijo la ex-administradora, son muy bonitos impresos en novelas. Pero en la práctica lo que dices es cháchara, y no se puede uno en el mundo guiar por ellos, pues hacen cometer imprudencias que luego pesan.

— Pero, señora, (dijo la Marquesa al fin, cansada del atrevimiento de una persona que tan agriamente compensaba los beneficios que de ella recibia, y con tanta inconveniencia le reprendia la caridad que con otro ejercitaba) — lo que estáis diciendo son vulgaridades sentenciosas, que son las mas insoportables de todas; axiomas á lo Sancho Panza; fallos infalibles de escalera abajo. Si para hacer el bien, tuviésemos una seguridad de que de ese bien nos resultaria provecho, ¿dónde estaria el mérito de hacerlo? Cada dia vemos á los pobres sacar niños del hospicio, apegarse á ellos, prohijarlos y amarlos como propios. ¡Triste es decirlo! añadió la Marquesa suspirando; pero el pueblo nos da continuamente ejemplos de caridad. Los ricos somos los que no conocemos la verdadera generosidad, puesto que esta no consiste en dar una moneda, sino en hacer el bien sin cálculo. ¡Qué perfectamente ha dicho Balzac, que la «avaricia empieza donde acaba la pobreza».

— ¡Toma! contestó la viuda, los pobres lo hacen, porque cuando son mayores los niños, les ayudan con su trabajo.

— ¡Señora, por Dios! cuando esos niños son mayores, ó salen soldados, ó se casan; bien lo sabéis.

En seguida se dibujó en el rostro de la Marquesa una amarga sonrisa, y añadió á media voz como hablándose á sí misma: ¡No hay flor en la naturaleza material, que no mar-

chite el solano; ni hecho noble y generoso en la naturaleza moral, que no aje la malevolencia!

— Mucho habria que decir sobre esto, repuso acerbamente su interlocutora; lo que únicamente te diré es que has de sentir y llorar lo que has hecho.

— Podrá ser, dijo la Marquesa: un autor frances ha dicho, que el diablo se venga siempre de una buena accion.

— Esa muchacha, prosiguió la hostil y cansada viuda, es mala *de nativitate.* Nadie la puede ver; y acabará por echar á perder á tu hija.

— El cuidado de que esto no suceda, será mio, dijo la Marquesa con frialdad. Señora, si os parece, hablemos de otra cosa.

Ambas señoras, poco satisfechas la una de la otra, habian callado, pues la una sentia su malevolencia derrotada, y la otra su delicadeza ofendida.

Las niñas en este momento jugaban puestas en círculo, á un juego de prendas. Rufina, que tenia don de mando, habia puesto el juego diciendo:

— Ahí está señá Mariquita Gil.

A lo que, segun la regla del juego, contestó su vecina:

— ¿Quién es señá Mariquita Gil?

Respondió en seguida Rufina señalando á la viuda:

— La que tiene la boca así, el ojo así.

Y puso torcida la boca, y el dedo en la mejilla, tirando su párpado hácia abajo, con lo cual quedó hecha una vision, y algo parecida á la viuda, que tenia efectivamente, segun la voz vulgar, un ojo remellado.

— ¿Y no sabes tú, desvergonzada, dijo encolerizada la remellada señora, que notó el insolente ademan de Rufina, no sabes tú la máxima que á este juego se adapta y añade? Pues óyela:

Tuerce la boca hasta el mal
Quien del prójimo murmura;
Es lince para mis faltas,
Y topo para las suyas [1]).

---

1) Juegos de Noche-Buena, moralizados por Alonso de Ledesma. — Madrid, año 1611.

Cada niña debia hacer y decir otro tanto, so pena de pagar prenda, y era llegado el turno á Justa; pero la niña se negó á poner la boca así y el ojo así. Rufina insistió en que hiciese lo que habian hecho las demas, amenazándola si no lo hacia, con que no jugaria mas con ellas; y la niña, afligida por la amenaza, se vino á refugiar en su madre, en cuya falda se echó diciendo con el modo gracioso de pronunciar de los niños: *¡yo no quiero ponerme tan fea!*

— Que concluya este juego, dijo severamente y con marcada intencion la Marquesa á Rufina. Niñas mias, añadió dirigiéndose á las otras, decíd relaciones, que es mas bonito, y os ejercitan en la pronunciacion.

Presentóse primero Rufina, erguida y haciendo quiebros, diciendo la siguiente relacion, que concluyó con una profunda y grotesca cortesía:

Yo soy Doña Ana de Chaves,
la de los ojos hundidos,
casada con tres maridos;
todos fueron capitanes:
murieron en las milicias
donde murieron mis padres,
dejándome por herencia
manos blancas y ojos negros:
Beso á Vd. las suyas, señor caballero.

Siguió á Rufina en la palestra una morenita gordilla y colorada, que apénas sabia hablar; pero que no obstante recitó, haciendo de apuntador al principio una hermanita suya algo mayor:

Aquí vengo no sé á qué
con mi barba de conejo:
¡¡ay!! quién se comiera un viejo
que fuera de mazapan!
ehé, ahá!
como soy tan chiquita, ya no sé mas.

Ahora era llegado el turno á Justa de decir su relacion; pero como era tímida, volvióse á negar, alzando su angustiada carita, que se habia puesto encarnada como una rosa, y sus ojitos arrasados de lágrimas, á su madre, como para implorar su auxilio.

— ¿Porqué no quieres hacer como las demas, hija mia? le preguntó su madre.

— Porque no *sabo*, no *sabo*, respondió la niña con la respiracion agitada.

— Si sabe, sostuvo Rufina.

— ¿Y porqué se ha de forzar á la niña á hacer lo que no quiere? dijo la viuda, mas bien por contrariar á Rufina, que no por favorecer á Justa.

— Para que sea dócil y no se particularice nunca, y ménos por incomplacencia, contestó la Marquesa: vamos, hija mia, dí una relacion.

— Si no *sabo* relacion, repitió la niña haciendo uno de esos graciosos visajes, á los que se ha dado la denominacion infantil de *pucheros*.

— Pues dí una oracion, dijo su madre; así probarás tu buena voluntad en obedecer.

— ¿La que digo cuando estóy en la cama?... preguntó la dócil niña.

— Bueno; que sea esa, repuso su madre.

Entónces dijo la niña pronunciando graciosamente á medias palabras:

A acostarme voy
Sola sin compaña:
La Vírgen María
Está junto á mi cama; [1])
Me dice de quedo:
— Mi niña, reposa,
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

CAPITULO II.

Doce años despues de la conversacion referida, habíanse cumplido parte de los pronósticos de la maliciosa viuda, y muchas lágrimas costaba ya Rufina á la Marquesa de Villamencía.

¡Cuánto se envanece el mundo de sus victorias en sus con-

1) Probablemente deberia leerse para conservar el verso «Junto está á mi cama.» Pero como está la canta el pueblo, y así la ha conservado el autor.

tiendas con la buena fe y la bondad! Mas le valiera llorar sus tristes triunfos, acordándose que ha dicho un pensador moralista frances: «no hallo vergüenza en ser engañado por alguno; pero la tendria de desconfiar de todos.»

Desde que los malos instintos de Rufina se habian desarrollado en escala mayor, y de manera que nada bastó para contenerlos, habia cuidado la tierna madre de Justa de poner gran distancia entre ambas jóvenes; puesto que la Marquesa procuraba principalmente conservar pura el alma de su hija, no solo de toda mancha, sino de todo lo que pudiese ajar la blanca túnica de su inocencia. Creia que no era tal ó cual de los siete vicios capitales el que debia quedar de toda mente pura en lontananza, y como un monstruo medio fantástico; sino todos; pues todos, vistos de cerca, rebajan el alma de su altura; todos ajan la delicadeza del sentir; todos empañan la clara transparencia de la inocencia; todos profanan los floridos espacios de la imaginacion, y todos van desprestigiando la vida real, como las negras y pesadas nubes que van empañando el éter y apagando las estrellas. Así es que vemos con dolor á tantos que son jóvenes, bellos, y ¡Dios mio, hasta poetas! echar con alma vulgar, vieja y materialista, su triste y escéptico fallo sobre lo *imposible* de una vida pura, abstinente, desprendida, humilde, benévola, activa para el bien y sufrida para el mal, y hacerse con los siete vicios contrarios una corona de hediondas y envenenadas flores, con la que se coronan y sientan al banquete de la vida! — Pero por suerte existe hoy una inmensa reaccion. En los hombres, y sobre todo entre los jóvenes, hay infinitos que van formando una aristocracia de virtud y religion, y es de esperar que no esté léjos el dia en que el cinismo del vicio caiga en la abyeccion y en el ridículo en que ha caido ya el viejo cinismo antireligioso, ese cinismo que nada define mejor que una palabra andaluza que no está en el diccionario; pero de la que por expresiva y adaptable no podemos ménos de valernos en esta ocasion; esa palabra es *cursi* [1]).

---

1) *Cursi* se llama especialmente en las provincias del litoral de Andalucía á lo que es estrafalario, y de mal tono. *(Nota del E.)*

No podemos definir á Justa mejor sino diciendo que en ella nada sorprendia; pero que todo atraia, admiraba é inspiraba simpatía. La innata bondad y elevacion de su alma la habian llevado á extrañarse de su mala compañera de infancia, sobre todo desde que vió que su madre lo deseaba. Porque Justa tenia la primera virtud religiosa en relacion con lo humano; tenia el primer y mas puro amor de un hermoso corazon; poseia el principal distintivo de una perfecta educacion, no á la francesa ni á la inglesa, sino de toda educacion sólida y cristiana, esto es, era *buena hija.* Para Justa no habia nada en el mundo que contrabalancease el amor santo á la madre que le dió el ser, y la crió á sus pechos; ningun respeto en lo humano que sobrepujase al que le inspiraba aquella madre, dechado de virtudes. Esta veneracion, este entrañable amor, esta sumision sin límites, que tenia y en todas ocasiones demostraba Justa á su madre, hacian de ella la jóven mas simpática, mas querida y mas admirada de la ciudad. Y cuando estos sentimientos se demostraban en los mil elogios que siempre acompañaban el nombre de Justa, decian las madres á sus hijas: «No promete «el Señor á los que aman y honran á sus padres solamente «la eterna vida, sino que les bendice en esta, y á su ben«dicion añade la de los hombres. Debe pues ser la primera «virtud y la mas aceptable á Dios, pues es la mas premiada.»

¡Oh! ¡cuán cierto es esto! Pero, por el contrario, cuando en las familias engendran la soberbia y otros vicios el monstruo *emancipacion,* y cuando este se planta como contrario ante la autoridad paterna ó materna, repeliendo con el pié el respeto, la sumision, la obediencia y todas las virtudes filiales, ¡ay de aquella mansion! De ella huyen al punto el aprecio, la consideracion, y el elogio de los hombres, ese tributo que forma la *buena fama,* ese galardon que no dan al rico ni su dinero ni sus aduladores; huye la felicidad, huyen los penates, que ven marchitas sus coronas, y huyen del hogar doméstico los ángeles de la paz, cuya presencia tan dulce lo hacia! Y solo quedan allí, en lugar de estas felicidades ausentes, la severa reprobacion de Dios, que podrá perdonar al arrepentido, y la de los hombres, que no perdona nunca!

Definir los malos instintos de Rufina seria prolijo. Mas corto es decir que los tenia todos; sobresaliendo entre ellos la soberbia, la envidia y la crueldad. Era, segun la expresion de un autor frances, «una mata de espino:» no se rozaba nadie con ella sin herirse las manos ó desgarrarse el vestido. Cuando niña, el placer que hallaba en atormentar á los animales, indicaba claramente esta última perversidad, y fué lo primero que desunió á estas niñas tan diferentes. La Marquesa fomentaba la bien entendida y exquisita sensibilidad de su hija; y cuando sus amigos la reconvenian por esto, y hallaban mas acertado comprimirla advirtiendo que de esta suerte seria mas feliz, porque el que con todos llora, se queda sin ojos, la Marquesa daba á estos vulgares y triviales axiomas esta magnífica respuesta: *Prefiero que mi hija sea buena á que sea feliz* [1]).

Mas tarde, el afan de Rufina por componerse y ser vista indicó su vanidad y descaro; y su hostil competencia con la suave y bondadosa Justa denotó su orgullo y envidia. El primer ensayo en su vida de liviandad, fué el seducir y atraer al jóven Marques, que era tímido y corto de luces, é indisponerle con su madre, la que solo pudo evitar un escándalo valiéndose de un hermano suyo que vivia en Madrid; el que mediante á ocupar un alto puesto, y por ser aun el Marques de menor edad, pudo arrancarle, á la fuerza, de su casa, y traerle á su lado. Este y otros disgustos habian empeorado la salud de la Marquesa, quien al reanudar nuestra relacion, estaba cerca de sucumbir al horrible padecer de una úlcera interior que la consumia, y hacia necesaria una asistencia contínua, á la que Justa consagraba su vida y su corazon.

Este dia hallamos á la Marquesa blanca cual el alabastro, (como pone á sus pobres víctimas el mal que la devoraba), acostada en un sofá, y mirando con plácida y satisfecha sonrisa á su hija, que de rodillas besaba las albas manos de su madre.

---

1) Sentimos no atrevernos á decir, por temor de ofenderla, el nombre de la santa, ilustrada y excelente madre á quien con admiracion oímos esta respuesta.

— Véte á acostar, hija de mi corazon, le decia; que apénas has descansado en la pasada noche.

— No podria dormir, madre mia, contestó Justa tan de quedo cual si lo que dijese fuera un secreto, y hubiese habido otras personas ademas de ellas en la habitacion.

— ¿Te acuerdas, Justa mia, cuando eras chica, y que acostadita en tu cama no querias dormirte, sino cuando yo te decia: me complaces en dormir? Cerrabas entónces tus ojitos, y un minuto despues sonreias en sueños al ángel de la obediencia, que venia á cubrirte con sus alas.

— Sí que recuerdo, madre mia, y la oracion que me enseñasteis para quitarme el miedo.

— Verdad es que eras medrosilla, y me decias cuando la noche estaba oscura: Madre, cerrád la ventana; que *entra miedo.*

— Pues aun me quedan ráfagas de ese miedo instintivo de los niños. Temo alguna vez con angustia; y si lo que temo no tiene nombre, y no es ni el *cancon* ni el *coco,* es lo que me amedrenta objeto tan indefinido y tan temeroso como aquellos.

— Pues si no precisas la causa de tu temor, ¿qué te amedrenta, sensitiva mia?

— Temo *al mal,* de cualquier forma que se pueda presentar, madre. Temo que llegue á mis oidos un gemido, á mi vista un horror, pues ambas cosas abundan tanto en el mundo! Así es, que siempre sigo rezando aquella oracion, que paraba los latidos de mi corazon, cerraba suavemente mis ojos, y traia entónces, como ahora, á mis labios la sonrisa que recordáis; y digo con tanto fervor y confianza:

A acostarme voy
Sola sin compaña:
La Vírgen María
Está junto á mi cama;
Me dice de quedo:
— Mi niña, reposa;
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

— Entónces, como ahora, eras obediente, dijo la Marquesa; y ahora mas que entónces, me complaces en descansar y dormir.

— Madre, entónces nada ahuyentaba mi sueño; pero ahora estáis mala....

— Me encuentro hoy mejor.

— Entónces, madre mia, dijo aun mas de quedo Justa acercándose al oido de su madre, no tenia en qué pensar.

— Ya entiendo, ya entiendo, le interrumpió su madre sonriéndose. Pero ya que tú no eres presumida, quiero en esta ocasion serlo por tí, y procurar que cuando él venga esta noche, no te halle marchita como una flor de estío, sino fresca como lo que eres, una rosa de abril.

— No me quiere por mi buen parecer, madre mia.

— Lo sé; ¡líbrete Dios de inspirar un amor solo debido al buen parecer! amor superficial y frívolo, amor de ojos y no de corazon, que podria desvanecerse si desmejoraban tu hermosura una enfermedad, un percance, ó el tiempo. Pero, hija mia, el bien parecer es, si no un mérito, una ventaja; es un don de la naturaleza, del que no se debe ni presumir ni abusar; pero tampoco se le debe menospreciar destruyéndolo como hace un niño deshojando una rosa.

En este momento se abrió la puerta, y apareció la administradora entre aquellas dos hermosas, simpáticas y suaves criaturas, como aparece una avispa entre una rosa blanca y su rosado capullo.

— Ya ves que quedo acompañada, dijo la Marquesa á su hija; véte, pues, á acostar, hija del alma, perenne ángel de mi custodia.

Justa abrazó á su madre repetidas veces, cubriéndola de besos; saludó á la recien entrada, puso todas las cosas con primor en su debido puesto, y se retiró.

— ¡Válgame Dios, mujer, dijo la administradora sentándose cómodamente en un sillon; — ¡fuerte cosa es, que sepan los amigos por fuera las novedades de tu casa, y que no los encuentres acreedores á participarles lo que todo el mundo sabe! ¿Con qué... se casa Justa?

— Verdad es; pero aun no he dado parte á nadie, respondió la Marquesa.

— Acabo de saberlo en casa de Velez, prosiguió la viuda; — ¡buena boda hace! dijo el marido. Es con Pepe Arce, hijo

único de un padre millonario. ¡Qué suerte han tenido esos Arces, y dónde han llegado; con solo saber sumar, y sobre todo multiplicar! Es, á no dudarlo, el mas rico capitalista de la ciudad. — Y como nada les queda que desear, añadió la mujer, sino sangre azul, por eso casan al hijo con la hija de la Marquesa. — Tanto mas, dijo la suegra, que si muere el primogénito, será Justa la heredera del título y del caudal.

— ¡Válgame Dios! exclamó la Marquesa, — herida tanto por la hostilidad del juicio, como por la indelicadeza en repetírselo, — ¡válgame Dios! ¡cuántos y qué lejanos cálculos atribuyen y ven los extraños en un casamiento, sola y exclusivamente debido á la mútua inclinacion de los jóvenes, que en nada han pensado sino en amarse y ser felices, cuando este amor es sancionado por sus padres!

— ¡Qué amores, ni qué amores! ¿Por ventura estamos en tiempos de oscurantismo? Hija, hoy dia tenemos muchas luces; y á su resplandor se calcula que es un contento. No hay mas que cálculo, nada mas.

— Repito, señora, repuso la Marquesa, que ninguno hay en esto. Sabéis que D. Bruno Arce es, hace muchos años, amigo de la casa, y que me visita todas las noches. Cuando volvió su hijo de sus viajes, le trajo á verme como era regular. Pepe siguió viniendo, porque le atraia Justa; la amó; ella le correspondió cuando se lo permití; lo que hice gustosa en vista de las excelentes prendas de Pepe; y este espontáneo é inocente amor es la sencilla causa de su union. ¡Y el mundo le halla, en lugar de esto, cálculo, diplomacia, y miras ulteriores!!! Señora, quien no tiene sino un rasero para medir las cosas, no debe juzgar sino de aquellas que son á la medida del rasero.

— No digo que aquí no haya malas lenguas, dijo la viuda. ¡Jesus si las hay! En un instante dejan á San Juan sin manto, á San Sebastian sin camisa, y á San Bartolomé sin pellejo: yo no hago sino repetir lo que oigo. Es regular, añadió la entremetida viuda, qué venga tu hijo á la boda de su hermana.

A la Marquesa la mortificó esta pregunta, que con ese fin se habia hecho, y contestó con frialdad:

— No vendrá, puesto que en consideracion al estado de mi salud, esta boda se va á hacer pronto, y sin ninguna clase de aparato. Aunque mi pobre hija lo ignora, yo sé que me restan pocos dias de vida, y deseo, al morir, dejar casada á la hija de mi alma.

— ¡Ya, ya! si no viene el Marquesito, insistió la áspera viuda, yo bien sé el porqué. Pero todo el que no sepa la verdadera causa, lo extrañará. ¡Bien te lo predije! Ahora quiero prevenirte cosas que suceden, y que tú, enferma y encerrada como estás, ni puedes saber, ni puedes evitar. La linda alhaja de Rufina, despues de haber tendido cuantos lazos ha podido á Pepe Arce, le ha dado citas en nombre de tu hija, en las cuales, en lugar de Justa, se halló con ella. Rechazada por Pepe del terreno amoroso, se lanzó al sentimental, asegurándole que era la criatura mas desgraciada bajo el despotismo de tu hija y el tuyo. Hallando sus quejas incredulidad, así como sus provocaciones habian hallado desvío, humillado su amor propio, exaltada su envidia, pateando de soberbia al reconocer la impotencia en que estaba de satisfacer sus perversos anhelos, ha escrito un anómino á Pepe Arce, en el que con inconcebible audacia le dice, que no es él el primer amor de tu hija. Todo esto lo sé por el ama de llaves de la casa de Arce, que sabe cuanto pasa entre el padre y el hijo, merced á que es curiosa y escucha detras de las puertas. Y aunque tanto D. Bruno como Pepe se han reido de esto, yo te lo participo, para que sepas de todo lo que es capaz esa serpiente que has criado en tu seno.

La Marquesa se habia puesto, si es posible, aun mas pálida de lo que lo estaba habitualmente.

— No, no, no puedo creerlo, dijo con desfallecida voz. Señora, siempre habéis aborrecido á esa muchacha, y repetís calumnias de tal magnitud, que solo la malevolencia puede darles crédito.

— Pues aun hay mas, prosiguió la noticiera, sin cuidarse del efecto que estaban produciendo sus crueles revelaciones en la pobre enferma; aun mas. Exasperada Rufina al ver que Justa teniendo dos años ménos, se casa ántes que ella, se

ha puesto su señoría en relaciones, y se va á casar con un paseante en cortes, tahur, truhan, sin oficio ni beneficio, (pero con muchas trampas), bien vestido, (gracias á estas), al cual ha hecho creer que es hija de tu marido, y que por lo tanto tu familia nunca puede desampararla.

Al oir esta última revelacion, la Marquesa cerró los ojos, y dejó caer su cabeza sobre los cojines del sofá.

La viuda dió voces. ¡Por Dios! ¡por Dios! murmuró la enferma, ¡que nada sepa mi hija, esa inocente! Lanzó un débil gemido, y perdió el sentido.

Al oir las voces de la viuda, Justa se habia echado un peinador blanco, y con su magnífica cabellera suelta habia acudido desolada y temblorosa, y se habia arrodillado junto á su madre. Rufina, compuesta y ataviada, habia venido tambien, así como algunas criadas, y ambas jóvenes prodigaban sus cuidados á la exánime Marquesa, la primera, bañada en lágrimas como el amor que sufre; la segunda, impasible, como la impermeable indiferencia.

— Cuídala, cuídala, dijo á esta última la implacable viuda; pero híncate como Justa sin temor de ajar tus faraláes, á ver si te deja algo en su testamento.

— Lo hará sin eso, pésele á quien le pesare, respondió Rufina con descoco.

— Lo que te dejará, y debe dejarte, es su bendicion.... por lo que la mereces, repuso su antagonista.

Ocho dias despues de la escena referida, por expresa voluntad de la Marquesa, se unian sin ruido ni boato Justa y Pepe Arce.

Aquel mismo dia, y como para acibarar la última satisfaccion que en este mundo habia de disfrutar la buena madre, desaparecia Rufina de la casa para unirse á su indigno pretendiente.

Al mes yacia la Marquesa en su féretro, blanca y fria como la nieve que va á absorber la tierra.

Al lado del féretro mezclaba Rufina su mentido é hipócrita dolor con las bellas y sinceras lágrimas de Justa, y obtenia, á favor de su falso desconsuelo, que Justa le perdonase su loca conducta y disparatado casamiento.

Tres meses despues el marido de Rufina, harto de ella, desengañado de la falsedad de sus asertos, perseguido por deudas y otras fechorías, despues de disipar la manda que dejó la Marquesa á su mujer, habia desaparecido.

CAPITULO III.

Su disparatado casamiento, y las desgracias que de él dimanaron, su loca y desordenada vida, y el incesante hervidero de sus malas pasiones, habian en poco tiempo marchitado el rostro y disecado las formas juveniles de Rufina, y acabado de agriar su carácter. Otra cosa contribuia poderosamente á esto, y eran los remordimientos, que son en el corazon lo que las canas en la cabeza; á pesar que las tiña el arte del sofisma, el tiempo que es la verdad, vuelve á tornarlas mustias y descoloridas, y el tinte á nadie engaña. Si las arranca la presuncion y el despecho, vuelven á nacer. Así los remordimientos, ese íntimo convencimiento de que hemos obrado mal, no se pueden sofocar por mas que se aparente. El incontestable derecho que tiene cada cual de motejarnos, sin que se lo pueda impedir nuestro orgullo, nuestra posicion, ni nuestro dinero, es un torcedor, un buitre, que como el de Prometeo, nos roe sin cesar ni descanso. De ahí nacen la hostilidad y la misantropía, esos descontentos con los demas y con nosotros mismos. Solo las personas que á nadie han hecho mal, y que si lo han recibido, lo han perdonado como perfectos cristianos, ó despreciado como nobles y superiores, tienen el privilegio de no agriarse, y de conservar en las situaciones mas desgraciadas y vejatorias, como el cielo por cima de las nubes, su hermosa serenidad.

Así era que cuando Rufina consideraba la suerte feliz y brillante de Justa, el amor de su marido, y el respeto universal, que á porfía cubrian de rosas é incensaban su senda, todas las furias de la envidia y del despecho se desataban en su seno. Nunca recordaba, al pensar en la

familia á quien tanto debia y tan mal pago habia dado, el bien que le habia hecho, sino el que pudo hacerle y no le hizo. — La Marquesa, pensaba, no deberia nunca haberse opuesto á que su hijo se casase con ella; ni este deberia haber cedido á la voluntad de su madre, á los consejos de su tio, ni á las advertencias de sus amigos. Este mismo, en las actuales circunstancias, disipado por el marido que la habia abandonado, el legado que le dejó la Marquesa, no deberia contentarse con pasarle una mezquina pension como lo hacia; sino tenerla en el pié en que habia estado siempre; y otras locas exigencias. Porque así discurre la ingratitud; así cegando á la justicia, falsea la razon!

Ni los desengaños, ni las desgracias, ni la experiencia, eran capaces de domeñar las violentas pasiones de aquella mujer, que despues de maldecir lo pasado, habia de lanzarse al porvenir con redoblados brios y con nuevo furor.

El despecho, la ambicion, la envidia, y la venganza unidos, debian engendrar un monstruo en aquella cabeza fecunda en planes satánicos. Y así sucedió.

Rufina, en vista del proyecto que formó, menudeó sus visitas en casa de Justa, aparentando cariño hácia ella, gratitud y amor por su difunta madre, y fingiendo haberse llamado adentro, y llevar una vida modesta, ordenada y hasta religiosa. Justa, que era buena, y ademas débil, recibió cordialmente en su casa y en su intimidad, á aquella mujer, á quien una señora como ella no deberia nunca haber recibido. Cuando su marido le hacia prudentes reflexiones sobre la inconveniencia de este trato, respondia Justa, que no era generoso cerrar las puertas á la desgracia, ni el corazon á los recuerdos, y perdonar solo de boca. Que tambien la bondad tiene sus sofismas cuando no quiere la míope por lazarillo á la sana razon, sino campar por su respeto.

¡Cuánto se ha hablado sobre indulgencia y tolerancia en los tiempos modernos, y cuánto se ha querido culpar á la religion católica por carecer de ella! Por combatir á la intolerancia, se ha querido hacer, mediante la tolerancia, un completo tratado de paz con lo condenado por malo, y con la indulgencia un elixir de vida que lleve á mirar la muerte

(esto es, la culpa) como una cosa natural y sin consecuencia, merced al dicho elixir.

Hay dos clases de indulgencia; la una es divina y religiosa; la otra es humana y filosófica.

Esta última aminora, disculpa, prohija y casi anonada la culpa *ántes* de cometida; y esta induce al mal.

La divina ó religiosa clama contra la culpa, la vitupera, la condena, la anatematiza *ántes* de cometerla; y esta aparta del mal.

Así aparece claro que, hasta ahora, está la tolerancia de parte de la humana y filosófica. Pero prosigamos; que el *ántes* suele llevar al *despues*.

Despues de cometida la culpa, el mundo humano y filosófico moteja, escarnece y desprecia al culpable; no perdona su falta ni la olvida; su juicio condenatorio es sin apelacion. De manera que su indulgencia se dirige ó ejerce en la culpa, y no en el que la comete.

La indulgencia de la religion divina, si el culpable postrado y bañado de lágrimas de contricion la implora, le levanta, le abre sus brazos, le absuelve, y le torna puro é inocente, merced á un segundo bautismo con el agua de sus lágrimas. Todo lo perdona y lo olvida, y sienta al hijo pródigo á la cabecera del banquete: con lo cual demuestra es su rigor, no con quien comete la culpa, sino con la culpa misma.

¿Cuál es, pues, mas indulgente, el mundo filosófico, que ántes de cometer la culpa *pregona* la indulgencia, ó la religion divina que despues de cometida la *ejerce* con el que se aparta de ella? ¡A cuántos no ha desesperanzado el mundo filosófico y tolerante, hasta arrastrarlos al suicidio! ¡Y á cuántos no ha consolado esta religion, que severa amonesta, hasta hacerlos felices!

Pero aun hay otra tercera clase de indulgencia, que ni es la mundana, pues no disculpa lo malo, ni es la religiosa, pues no hace preciso el arrepentimiento para espontanearse. Y es esta la de la bondad débil, sin el celo religioso y sin la dignidad de la virtud, aunque ambas cosas posea, religion y virtud. No lo es, por lo tanto, esa dulzura inerte, á cuya cabeza pesa la corona de oro de la dignidad; de cuyas flacas

manos se escapa la pesa de la santa justicia; y cuyo blando corazon oprime la coraza del decoro que debe serle inherente; no es, no, una virtud. Es, á lo sumo, una bella flor sin fruto, nacida espontáneamente en un hermoso corazon. Y repetimos que no es virtud, porque suele ser muy perjudicial en las personas que tienen inferiores, puesto que aparta como innecesario al arrepentimiento, y hace del perdon cosa de tan poco valor que lo da de balde; con lo cual falsea el órden moral de las cosas. Y por último autoriza la impunidad, rinde homenaje al orgullo, y obstruye la fuente de que podria haber brotado el arrepentimiento sincero, explícito y confeso. Esta tercera indulgencia, si no induce al mal como la del mundo, tampoco aparta de él, como la religiosa. La inocencia y la falta de conocimiento de las cosas y de los hombres suelen engendrarla tambien. Y así habia sucedido respecto á Justa, porque era un ángel; pero un ángel niño como los que para pintarlos vió Murillo á los piés de la Vírgen pura y limpia, y ángel que de su lugar habia caido á la tierra.

Ambas recien casadas estaban en cinta, y aguardaban su alumbramiento para la misma época. — Ansio por salir cuanto ántes de mi ocasion, solia decir Rufina á Justa, para hallarme en estado de poder asistirte cuando llegue la tuya. Porque no quiero que otra que yo lo haga; pues, ¿quién lo ha de hacer con tanta eficacia y cariño? Es claro que nadie.

Los deseos de Rufina se cumplieron, porque á los pocos dias de parir ella una niña, asistia á Justa, que con igual felicidad dió á luz otra niña. Al dia siguiente, cuando volvieron el padre, los padrinos y los convidados del bautismo, y que poco despues se entregaron todos alegres y satisfechos al reposo, inclusa la feliz madre, Rufina que la velaba, y que tenia en la pieza inmediata á su niña, desnudó ágilmente á ambas recien nacidas criaturas, cambió sus ropas, y acostó á su hija en la magnífica cuna que Justa preparara á la suya, diciéndole: «Serás rica, gran señora, y feliz, contra la voluntad de los que mal quieren á tu madre!» Y poniendo en su cuna de pino á la hija de Justa, añadió: Tú, sí, tú, hija de orgullosos, ricos y vanos encumbrados, serás pobre y despreciada; tú, sí, tú, sufrirás lo que he sufrido yo, y algo mas!

¡Tú cobrarás la deuda de agravios y desprecios que debo á tu egoista y engreida familia!

Apénas consumó aquella mujer su atentado, cuando con leve pretexto, ó sin él, se despojó de su hipocresía como de un ya inútil disfraz, suspendió la intimidad que habia tenido con Justa, y mas desenfrenada que ántes, se entregó á la vida airada.

CAPITULO IV.

La marcha de los acontecimientos sigue su curso, sin cuidarse de la senda que le trazan los cálculos de los hombres; siendo por lo regular ilógica aquella á los ojos de estos, porque así lo ha dispuesto todo. Aquel que ha restringido sobre ellos el poder de los hombres; á los que no ha dado mas luz, en cuanto á lo que á Él pertenece, que la fe, mas guia que sus preceptos, ni mas punto de apoyo para no extraviarse, que la sumision, cuna de las inteligencias inocentes, lecho de descanso de las trabajadas. El bueno padece; el malo prospera: no hay que extrañarlo. Dios no hizo las felicidades terrestres exclusivamente ni para los buenos ni para los malos; pero sí sus preceptos para cada situacion, sus advertencias para las prósperas, y sus consuelos para las adversas. En aquellas se muestra mas severo maestro y señor; en estas mas dulce guia y consolador; padre siempre, siempre juez.

Así nada de extraño tiene que veamos al cabo de algunos años un cambio inesperado é inmerecido en el bienestar temporal de la buena y de la mala mujer, que actúan en los sucesos que vamos refiriendo.

Pepe Arce, á causa del enlace fatal de los negocios mercantiles, vió su casa millonaria arruinada, y murió de resultas de la pasion de ánimo, que esta inmerecida é imprevista desgracia le produjo; Justa, fácilmente resignada á la pérdida de sus riquezas, estuvo inconsolable por la de su marido; pues este habia tenido el mérito poco comun de apreciar en

cuanto valia, á su incomparable mujer, la que conservaba una inocencia de corazon, que en su dia habia de llevar al cielo pura, como la gota de rocío que absorbe el sol, sin salir del cáliz de la rosa en que la depositó la aurora.

Desde su doble desgracia vivia Justa retirada y humildemente, no queriendo admitir de su hermano sino lo estricto y necesario para conservar la decencia en la pobreza. Su distraccion y su consuelo eran educar á su hija Bruna, lo que hacia con el esmero, cariño y santos ejemplos con que habia sido educada ella por su madre.

La educacion puede combatir y domar una mala naturaleza: transformarla de mala en buena, solo lo puede la gracia. La educacion puede, á no dudarlo, aun sin valerse de mas móvil que la vergüenza, esa hoja de higuera, — lo solo que trajo del Paraíso el que le perdió! — hacer desaparecer los vicios groseros y humillantes; pero no hará nunca espontáneas las virtudes, que á duras penas aclimata. El herrero puede amoldar el hierro; tornarlo en oro, nunca! Por lo cual no vemos esas completas y radicales transformaciones de malo á bueno, sino en la vida de los santos. Así era que Bruna, que aun teniendo rectitud, buen sentido, y cierta nobleza de alma, tenia tambien, y en alto grado, el carácter fuerte, orgulloso, egoista y áspero de su madre, habia amoldado á duras penas estos vicios bajo la excelente direccion de Justa. A falta de dulzura, tenia una calma y dignidad que no era fácil perturbar: no era benévola, pero sí sostenidamente servicial cuando se la ocupaba. Siempre sobre sí, ni tenia ni inspiraba confianza. Su buen sentido cultivado la impelia á amar la virtud sobre todo; pero su orgullo la llevaba á apreciar en esta, mas su corona de oro, que su perfume de violeta. Así era que sentia mas orgullo que dicha en tener por madre á Justa, alrededor de la cual brillaba una auréola de respeto, de simpatías y de admiracion. La fama de que gozaba su madre, era una herencia de que ya disfrutaba en vida, y queria traspasar ilesa á sus hijos.

Con este bien guiado orgullo, y con su fuerte temple de alma, la pérdida del caudal de sus padres la dejó impasible; y halló una secreta satisfaccion de orgullo en trabajar oculta-

mente por estipendio, para procurar á su madre algunas de aquellas superfluidades de lujo, de las que por virtud y modestia se privaba. Como sucede con un tesoro adquirido á costa de sacrificios, tenia Bruna su virtud en mucho, y le habia labrado con la austeridad un atrincherado tabernáculo. De esto se deduce que no debe el mundo condenar ligeramente á las personas secamente austeras, oponiendo contra ellas el que la perfecta santidad no lo es. La mayor parte de las personas, á quienes se cree sectarios de la rigidez, son naturalezas domadas, que tienen en mucho el freno á que deben su virtud. ¡Dichosas aquellas naturalezas selectas que no necesitan de ninguno! Pero son pocas. Y lo prueba la creacion de la palabra *desenfreno*, que como baldon se aplica á las personas ó á sus acciones desordenadas.

De cuando en cuando tenia Rufina el atrevimiento de ir á casa de Justa; porque en aquel corazon, en que palpitaba hiel en lugar de sangre, existia el único amor ó instinto que cabe en el del tigre, el apego á su progenitura. Justa no tenia el suficiente carácter para prohibir á aquella mujer la entrada en su casa, pues no podia dejar de mirar en ella á la compañera de su infancia, á la niña que crió y tanto quiso su madre.

En estas visitas la suave Justa veia con extrañeza el fugitivo, pero vehemente cariño, que la fria y áspera Rufina demostraba á Bruna, la que rechazaba este cariño sin rebozo, tanto por causa de su carácter austero y poco expansivo, como por las noticias poco favorables que de Rufina tenia.

— No puedo sufrir á esa mujer, solia decir á su madre.

— No digas eso, hija mia, contestaba Justa; no se deben abrigar nunca, y en tu edad ménos, sentimientos de odio ni hostiles contra nadie. La hostilidad es una mala semilla, que echa profundas raíces, y ahoga en su gérmen los buenos y benévolos sentimientos en el corazon, destruye las buenas relaciones de sociedad, y aun con público escándalo suele acabar con las de familia. Acuérdate de que dice Chateaubriand en el tomo de sus obras que acabamos de leer, que «la odiosidad que abrigamos contra nuestros adversarios, es mas perjudicial á nuestra propia felicidad que á la de ellos.»

Y sobre todo, hija mia, convéncete de que la benevolencia es la mayor prueba de superioridad, tanto de espíritu como de corazon.

Pero ¿qué pluma podrá pintar los sufrimientos que desde que nació estaban reservados á Piedad, la preciosa, la dulce, la aristocrática y delicada hija de Justa, infeliz víctima de los inicuos sentimientos de Rufina, aquella mujer nacida del vicio y de la maldad, que como una lepra los trajo consigo al interior de la noble casa en que fué recogida y amparada? El angelito, desde pequeña, siempre encerrada; sola en la habitacion, en que poco paraba su dueña, nada habia aprendido, nada habia visto, nada comprendia, y caminaba como otro Gaspar Hauser hácia el idiotismo. Una timidez angustiosa, una inerte hipocondría, un mustio decaimiento reemplazaban en la pobre criatura á aquella expansion, aquella alegría, aquella locuacidad y continua movilidad, que tan naturales y simpáticas son á la infancia.

A los trece años una grave enfermedad que tuvo, atrajo á su cabecera á una compasiva vecina, una buena anciana que ofreció á su supuesta madre asistirla; á lo que esta no se pudo negar, so pena de promover un escándalo.

Entónces esta buena cristiana, miéntras que cual Marta asistia á los males, como Magdalena levantó aquel espíritu inerte, y le enseñó á creer, á amar y á esperar. Como la religion es amada de todos los que la conocen, pero con mucha preferencia de los desgraciados, porque es el universal é infalible consuelo de todo infortunio, aquel ángel doliente de alma y cuerpo, recibió con lágrimas de amor, gratitud y entusiasmo aquella religion que le decia: los que lloran serán consolados!

Piedad se apegó, como es de suponer, con ternura á aquella buena anciana, á quien la religion que le enseñaba, habia atraido al lecho de dolor, del que huia la impía fiera que se habia hecho cargo de ella. Así sucedia que, cuando llegaba la noche, y la buena anciana se retiraba, aquel dulce corazon de la niña, que con tanta ternura y expansion se habia abierto al amor, sentia profundamente esta separacion. Ademas, la pobre niña temia! temia á su madre, temia á la

noche, temia á la soledad, á la oscuridad! Entónces la buena anciana la animaba, la sosegaba, y acababa de consolarla enseñándole esta oracion:

A acostarme voy
Sola sin compaña;
La Vírgen María
Está junto á mi cama;
Me dice de quedo:
— Mi niña, reposa,
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

Piedad convaleció, y se levantó de su lecho regenerada de alma y cuerpo. Los cuidados de su entendida enfermera, y el buen alimento que le suministraba, de lo cual nunca habia cuidado su verdugo, desenvolvieron su atrasada naturaleza. Habia crecido: su semblante fino y blanco cual una azucena, estaba como vivificado por una nueva savia de vida. Su razon despejada llegó á comprender cuánto sufria; pero sufrió ya con resignacion y con esperanza, porque sabia que sufrir por Dios era complacerle y obligarle. Sus ojos, ántes inertes, estúpidos y fijos en el suelo, animados ahora con una nueva luz del entendimiento y del corazon, se levantaban hácia al cielo, puro y celeste cual ellos. Alzaba confiada su cabeza, que ya no abrumaba su corona de espinas; sus blancas y delicadas manos se cruzaban con fervorosa devocion sobre su pecho. Oh! si entónces hubiese podido verla Justa, habria exclamado estrechándola sobre su corazon de madre: ¡esta es mi hija!

Mas entre ellas estaba una infame mujer para separarlas, como el negro y duro hierro que se introduce entre el nácar y la perla!

Por entónces fué cuando la quiebra y la muerte de Pepe Arce vinieron á exasperar aun mas el atrabiliario carácter de la fiera que la infeliz Piedad creia ser su madre. La brillante suerte que habia querido proporcionar á su hija se habia desvanecido; el amparo, que andando el tiempo, habia contado hallar para sí propia, iniciando á su hija en el secreto de su existencia, habia fallado. Por manera, que de su malvada combinacion solo le quedaba el placer de la venganza, que en su inocente víctima ampliamente ejercia.

CAPITULO V.

De esta suerte pasó algun tiempo. Bruna se habia casado con un primo de Justa, oficial, que despues de buenos servicios, se vió en la necesidad de abandonar la carrera por causas políticas, y habia regresado á aquel pueblo, que era el de su nacimiento, para cuidar y labrar algunas fincas rurales que habia heredado de su madre. Era un hombre digno, altivo y poco afecto á transigir en materias de alta esfera. El cual, hallando en Bruna cualidades análogas, y su mismo gusto por la vida retirada y grave, indiferente como caballero de los antiguos españoles á su falta de bienes de fortuna, la habia elegido por compañera.

Un dia un alguacil del ayuntamiento entró en casa de Rufina, á la que entregó una carta gruesa, de letra extranjera, con sello consular, exigiendo dicho alguacil una gratificacion por los muchos pasos que le habia costado dar con la persona á quien venia dirigida la carta.

Rufina la abrió sorprendida. Era fechada de California, y en ella se le comunicaba que un español que habia muerto allí trágicamente habia declarado á última hora llamarse****, ser casado, y tener una hija en aquel pueblo; y que á esta hija pertenecia por tanto, de derecho, el dinero que á la sazon poseia como banquero de un garito; dinero que pasaba de cien mil duros, que quedaban depositados en el consulado.

Difícil seria expresar lo que sintió aquella mujer al leer la referida carta. Su hija, la hija de sus entrañas, debia heredar aquel caudal; y esa hija se hallaba en una posicion tan modesta que rayaba en pobreza! ¡Y la odiada hija de la odiada Justa vendria por razon aparentemente natural á disfrutarlo! Antes mil veces hubiese preferido anonadar tal herencia ocultando el aviso recibido! ¿Pero cómo renunciar á ella debiendo la misma Rufina disfrutarla en parte?

Por algunos dias anduvo Rufina como loca y sin sentido, no sabiendo qué resolucion tomar. Bruna su hija, pobre; ¡y la aborrecida hija de Justa, rica! Esta idea la desatentaba.

Mil planes rodaron en su cabeza, que rechazó por imposibles. — Al fin se decidió.

Aunque desde que estaba casada su hija habia ido á verla varias veces, no habia conseguido ser admitida en aquella casa severa y decorosa. Rufina, aunque fué ahora de nuevo rechazado, no desistió de ver á su hija, mediante á que tenia aquella fuerza de voluntad, que no es la perseverante hija de la paciencia, sino la terca hija de la obstinacion. Cual pudiera haberlo hecho un salteador, se introdujo, pues, un dia en casa de Bruna, siguiendo los pasos de un menestral que á la sazon trabajaba allí.

El alejamiento que inspiraba Rufina, esto es, la mujer zafia y de malas costumbres, á Bruna la mujer morigerada, grave, y escrupulosa, no era suavizado en esta, como sucedia en Justa, por la dulzura de carácter y por los recuerdos de la infancia. Así sucedia que no lo disimulaba.

Hay personas tan delicadas, que, como á los perfumes, las desvía un soplo; y otras que lo son tan poco, que como á los toros, solo las para la firme y punzante garrocha. A las segundas pertenecia Rufina. Así fué que sin desconcertarse ni turbarse por la mirada sorprendida y rechazadora que al presentarse clavó en ella Bruna, exclamó abalanzándose á su cuello:

— ¡Hija de mi alma!

— Señora, abstenéos de estas familiaridades que me repugnan y reprueba mi marido, dijo apartándose ofendida Bruna.

— No lo hará así tu marido, repuso Rufina, cuando sepa que eres mi hija, y que ha muerto tu padre dejándote cien mil duros.

— Señora, repuso con enojo Bruna, hacédme el favor de no gastar groseras chanzas á que no doy pié, y que me ofenden.

— No son chanzas, dijo con exaltacion Rufina, no, no! Escucha, y te convencerás.

En seguida hizo una extensa relacion á su hija de cuanto desde su nacimiento habia ocurrido.

Bruna la escuchaba absorta, y tan asombrada de cuanto oia, que ni aun intentó cortar aquella cínica confesion de un inaudito crímen.

— ¿Qué dices, qué dices pues? así terminó Rufina viendo que Bruna permanecia callada. — ¿Qué dices de un amor de

madre, que por hacer á su hija señora y feliz, renuncia á ella, y pone en su lugar á un ser extraño y odioso? ¿Rechazarás aun á esta madre, que ahora se aviene á publicar la sustitucion que hizo, por tal de que goces tú de la herencia que es tuya?

Bruna permanecia callada.

— ¿Qué dices, hija de mis entrañas? tornó á preguntar radiante de gozosa animacion Rufina.

— Me preguntaba, respondió al fin Bruna, cuál seria el diabólico móvil que os lleva á plantear este nuevo enredo.

— ¿Enredo? exclamó Rufina, tú verás si lo es cuando te pruebe la certeza de cuanto afirmo.

— Afortunadamente, aunque pudiesen ser ciertos tan horrendos dislates, dijo Bruna, no podriais probarlos.

— ¿Afortunadamente dices? ¿Pues y los cien mil duros? repuso Rufina presentando la carta del cónsul de California.

— Tiene mas valor á mis ojos, respondió Bruna separando de sí la carta sin mirarla, la auréola de virtud de mi madre y la pureza de su noble sangre, que todos los millones que han acuñado los hombres.

— No pensará con ese ridículo quijotismo tu marido, dijo Rufina con el dolor de un tigre herido.

— Mi marido, repuso Bruna, mi marido es un hombre noble y digno, que pretendió á la pobre hija de la virtuosa Señora Doña Justa Villamencía, y hubiese despreciado á la millonaria hija de Rufina, la perversa hospiciana.

— ¡Mira que soy tu madre! rugió sofocada Rufina.

— Mi madre es, repuso con calor Bruna, aquella que á sus pechos me alimentó, que en dulce regazo me crió, y que con su enseñanza y santos ejemplos ha hecho de mí una mujer virtuosa; á esta todo se lo debo. — Si dable, si posible fuese que debiera mi existencia al loco y desautorizado enlace de quienes sin desearlo me la hubiesen dado, á padres que me abandonaron, nada les deberia, y con nada les pagaria.

— ¿Pero el padre que te ganó y te dejó su caudal, exclamó Rufina; no es acaso acreedor, hija desnaturalizada é ingrata, á que se lo agradezcas?

— Ese dinero no se ganó por su dueño para la hija que

tenia, y de la que nunca se acordó. Si lo dejó, fué porque no pudo llevárselo.

— ¡Mira que pierdes tu caudal, insensata! dijo con voz sofocada por la ira Rufina.

— Gozará de él, como es debido vuestra infeliz hija, envidiándoselo yo tan poco como le envidio su nacimiento.

— Mira, mira que eres pobre!

— Señora, contestó con íntima satisfaccion Bruna: soy rica, soy poderosa!

— Mira que el Marques se va á casar: tendrá hijos, y si su mujer es avara y díscola, podrá influir con él, que es un mandria, para que suprima la mesada á su hermana, en vista de tener una hija casada; y entónces tendrás que mantener á Justa, esa pobre de sopa.

— El dia que mi madre honre mi casa entrando en ella y mirándola como suya, contestó Bruna, será el dia que complete sus mercedes y corone sus beneficios.

— Y á mí, á mí que te he parido, me rechazas! ¡Ingrata! exclamó Rufina tan herida como humillada.

— A vos, respondió con un gesto de tedio Bruna, — sin merecer el epíteto de ingrata que gratuitamente me dais, puesto que sois una impostora, — os desdeño con todo mi corazon, os rechazo con toda mi voluntad, y con toda la autorizacion de mi marido.

Rufina torció los ojos, estiró los brazos, quebró el cuerpo, dió un rugido, y cayó con una convulsion al suelo.

Bruna llamó á los criados, y les dijo con serenidad:

— Asistíd á la señora: que vayan por un coche para conducirla á su casa. Por mi tio el señor Marques que le pasa una pension, podréis averiguar su domicilio: — y se salió del cuarto.

Cuando Rufina volvió en sí de su accidente, se halló en su casa sola; mas al volver la cabeza vió á Piedad, que tenia un vaso de agua en sus manos, las que temblaban tanto, que por ambos lados alternativamente se derramaba sobre el plato su contenido.

— ¡Véte! le gritó.

La pobre niña se apresuró á obedecer.

— ¡Ella!... murmuro Rufina, esa hija desnaturalizada no quiere la herencia de su padre, porque no era Marques, ni yo soy Condesa! Pues á fe mia que esta necia y apocada hija de Justa no la disfrutará tampoco. ¡Yo, yo la disfrutaré! Contra siete virtudes hay siete vicios. Todavía estóy yo aquí para impedir que esta herencia pase á una advenediza. ¡Ah desnaturalizada! Sé pobre; yo seré rica. Pues si tú me desconoces, yo hago mas: reniego de tí! Y si llegara el caso de verte morir de hambre, no te tiraré, no, ni un hueso de mi mesa!

CAPITULO VI.

Algun tiempo despues la infeliz Piedad se sintió indispuesta con violentos dolores de estómago. Se quejó á su buena vecina y maestra, sin que lo supiese su madre: ella le suministró alguna bebida calmante, y su incomodidad se aplacó; pero no quedó buena. A los pocos dias el mal se reprodujo. La buena anciana, alarmada, habló sobre ello á Rufina: esta se incomodó, le dijo que con sus mimos metia en aprension á su hija, y le prohibió pisar su habitacion.

Entretanto los ataques se repetian, y la pobre niña, sufriendo horrorosamente, iba de mal en peor. Cuando salia su madre, que la dejaba encerrada, la buena anciana hablaba con la pobre enferma al traves de la cerradura de la puerta, y se enteraba de los progresos de la enfermedad. — ¡Pobre víctima! decia despues á las demas vecinas; está mortal; ¡y se morirá sin auxilio divino ni humano! ¡Esto es una iniquidad nunca vista! ¡Esa mujer sin entrañas no es madre, ni puede serlo! Esto no se debia permitir.

— ¿Y quién se mete con esa mujer, que es una fiera? decia la una.

— Como Vd. quiere tanto á Piedad, decia la otra, puede que se alarme Vd. sin motivo. Pues qué ¿está su madre sorda y ciega? Pero Vd., tia María, siempre está sintiendo

lo de todos, y le ha de suceder lo que al Cura de Trebujena, que se murió de sentir penas ajenas.

— ¿Cómo te hallas, hija mia? preguntó pocos dias despues la buena anciana á la enferma. Y la voz respondió mas tenue y mas lastimera que nunca:

— Mal, tia María: los dolores me despedazan las entrañas: me abraso! y cuanto tomo, arrojo.

— ¿Y qué tomas, hija de mi alma?

— Agua.

— ¿Y nada mas?

— No tengo otra cosa.

— ¡Qué inhumanidad! ¡qué herejía! Hija, ¡quién pudiera entrar á asistirte!

— ¡Ay, sí! ¡ay, sí! Y un padre! porque creo que me voy á morir. Tia María, ¿me perdonará Dios si muero sin confesion?

— Sí, hija de mi vida, sí: tú no has pecado; pero aunque lo hubieses hecho, basta cuando no se puede tener un ministro de Dios á su lado, con arrepentirse de corazon, ofrecer al Señor sus sufrimientos, é implorar su misericordia, para que nuestro padre nos perdone y acoja. Pero, hija, tú no estás en ese caso.

— Sí, tia María, sí; y no siento mas sino el no volver á ver á Vd. Nadie sino Vd. me ha querido; nadie sino Vd. me ha enseñado que hay un Dios en el cielo, que es nuestro criador y padre, que promete el cielo á los que le aman. Y así me ha quitado Vd. el horror á la muerte, y llenado mi alma de consuelos. Pero yo no quisiera morir tan sola! quisiera en mis dolores y agonías los consuelos de la religion santa y dulce!

— Díselo á tu madre, alma mia.

— Se lo he dicho, y no quiere.

— Pobre, pobrecita mia! ¡qué vida has tenido y tienes! Pero recuerda, inocente mia, que la santa rosa ama á las espinas entre las cuales se cria.

La buena anciana se fué desconsolada y estremecida. Aquella noche no pudo dormir; y si no su persona, veló su corazon á la cabecera de la enferma. Le habia prometido

orar á Dios, para que en caso que falleciese, fuera con todos los consuelos y socorros espirituales; y así lo cumplió, pasando su desvelada noche en oracion.

El alba luchaba en el horizonte con oscuros nubarrones, secuaces de la noche, pareciendo como que estos negros etíopes se esforzaban por arrancar á una pura vestal sus velos de blanca gasa. Si bien el gallo habia lanzado ya su animada diana á sus compañeras, aun no habia descendido del campanario la santa llamada de la iglesia á sus feligreses. Pero abríanse ya las puertas del santo templo; en él entró una jóven pálida y macilenta envuelta en un gran pañolon. La iglesia estaba aun solitaria y oscura: las lámparas de plata, continuas centinelas del tabernáculo, hacian brillar con su luz en la negra oscuridad la plata que cubria el altar del sagrario; y las ráfagas que alguna vez despedian de sí las santas luces como un suspiro, parecian animar los rostros de los ángeles postrados en adoracion ante el Santo de los santos! La débil y plácida luz del dia, que empezaba á asomarse por las altas claraboyas al pié de la iglesia, las hacia aparecer en la austera sombra del templo, como alegres ojos de niños que se abriesen sonriendo al mirar á su padre.

Dios habla poderosamente al corazon y á la inteligencia del hombre, en el silencio de su templo, con aquellas palabras, que sin pasar por el oido, suenan en el corazon. Dios es universal, eterno y sin medida. Para El no hay cosa grande ni cosa pequeña: no hay pasado ni porvenir, ese compas del tiempo: no hay para él secreto, olvido ni incertidumbre, esas impotencias del hombre! Es maestro y es padre; y si como maestro nos envía los infortunios, que son lecciones; como padre, une el consuelo á la enseñanza, poniendo en cada infortunio el gérmen de una virtud, la ocasion de un merecimiento.

La jóven, que con paso vacilante habia entrado en la iglesia, la atravesó con el cuerpo doblado, y exhalando ahogados y lastimeros quejidos, y vino á postrarse en el sagrario. Pero era aun tan temprano, que allí se halló sola; y poco despues, no pudiendo sostenerse de rodillas, dió un débil gemido, y cayó al suelo.

En aquel instante entraba en aquel lugar una señora. Era esta Justa, que habia pasado una noche agitada, y que cual la nave que desde el mar inquieto busca un refugio en el puerto, buscaba uno para su alma en la iglesia. Las personas creyentes que han padecido, conocen todas este puerto de refugio!

La señora se acercó á la caida jóven, al lado de la cual se arrodilló, y cuando vió aquel rostro tan hermoso y juvenil, descompuesto por la mas violenta expresion de sufrimiento, le preguntó asustada y llena de compasion:

— ¿Qué tienes, hija?

— Creo que voy á morir, contestó la jóven.

— ¿Pues cómo es que estás aquí, y no en tu lecho?

— No queria morir sola, y sin los socorros de la religion.

— ¿Y no te los han proporcionada en tu casa?

La moribunda meneó la cabeza.

— ¿Tienes madre?

La jóven hizo una señal afirmativa.

— ¿Dónde está?

— En casa.

— ¿Y qué hacia?

— Estaba durmiendo, contestó la pobre niña.

— ¡Esa no es tu madre! exclamó Justa con vehemencia: ¡pobrecita! ¿qué edad tienes?

— Diez y ocho años, contestó la interrogada.

— ¿Y de qué mueres?

— No sé: ¡ah! Agua, agua, por Diós! ¡agua! añadió torciéndose y agitándose todos sus miembros por el dolor.

La señora hizo seña á un monaguillo, que se apresuró á traer de la sacristía una vasija con agua. La infeliz paciente bebió con ansia, sostenida por Justa, que la habia incorporado y apoyado su cabeza sobre su pecho, y por un momento sus tormentos le dieron treguas.

— Quiero confesar, dijo con débil voz.

— Aun no ha venido el Cura, repuso con angustia la señora, que veia ya dibujarse la herradura de la muerte en aquel rostro tan bello y padecido. Vé á avisarle, prosiguió

dirigiéndose al monaguillo. Y luego añadió alarmada, dirigiéndose á la moribunda: ¿Acaso pesa algo grave sobre tu conciencia, pobre hija mia?

— ¡Ah no! solo una cosa.

— ¿Y qué es?

— ¡Que no amo á mi madre!

— ¿Se lo has demostrado?

— No.

— ¿Le has faltado al respeto?

— No.

— ¿No la amas, acaso porque ames contra su agrado á otra persona que no deberias amar?

— ¡Oh, no! No amo mas que á Dios, á la buena tia María que me le hizo conocer, y á vos, señora, que me habéis compadecido y asistido; á vos, que sois tan hermosa y tan buena; ¡á vos os amo!

La moribunda llevó á sus labios la blanca mano de Justa, que besó.

— Pues entónces, dijo esta, abrazando con lágrimas de compasion y de ternura á aquella dulce y doliente criatura, te digo para tranquilizar tu espíritu, que si murieses, tu alma inocente, que ansia por su Dios, le hallará propicio, pues es padre de todos; pero lo es con especialidad de los desamparados. Para estar pura y dispuesta á parecer en su presencia, bastan tus buenas disposiciones, esta agua bendita, por la cual te se perdonarán tus pecados veniales.

La señora persignó á la moribunda con sus dedos aun húmedos del agua bendita.

Entónces la moribunda levantó sus grandes y puros ojos al altar, y una expresion de éxtasis se esparció como un rayo de sol en su rostro, que le volvió sublime, como el de una de las Vírgenes Mártires, joyas del cristianismo, que tuvieron la gloria de ayudar á cimentarlo.

— ¡Señora, — dijo con apagada voz, — Dios os premie la caridad que conmigo habéis ejercido! Yo tenia miedo, ¡ah! ¡mucho miedo!... ¡Ya no lo tengo! Aunque sé que en breve... me acostarán... en un hoyo oscuro y frio;... que se irán... y allí me dejarán sola, sola!... Pero vos me recordáis la

oracion que me enseñó mi buena maestra para no tener miedo, y la que ahora brota de mi corazon á mis labios:

A acostarme voy
Sola sin compaña;
La Vírgen María
Está junto á mi cama;
Me dice de quedo...

La infeliz no pudo seguir, y Justa, que recordó con viva emocion esta misma ingenua y santa oracion infantil que le enseñara su madre, la concluyó añadiendo:

— Mi niña, reposa;
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

— ¿Sois mi madre la Vírgen? dijo la pobre niña, cuyos sentidos turbaba ya la muerte, fijando en Justa sus ya quebrados ojos.

— No, no lo soy, hija mia. Pero puede que la Señora me haya enviado para auxiliarte.

— Sí, sí; lo sois, murmuró la agonizante: — ¡Madre... Madre mia!... ¡conducíd mi alma á vuestro Hijo, pues... en él creo!..... á él amo!..... en él espero!...

— Que te ha de perdonar y salvar, amen; — oró Justa al recibir sobre su seno el último suspiro de la infeliz niña.

En este instante entraron precipitadamente el Cura, el sacristan y otras personas, que se apresuraron á llevarse el cadáver á la sacristía.

Justa quedó postrada ante el altar: las lágrimas la ahogaban, y un temblor vehemente agitaba sus miembros; sus manos, que alzaba al altar, se cruzaban convulsas. El profundo dolor que causa la lástima, que no halla mas refugio que en Dios, la hacia elevarse con exaltacion hácia Aquel que todo lo recompensa; hácia Aquel, que siendo todo amor, es el sublime iman del corazon amante!

Mas su delicada organizacion moral y física no pudo resistir á la impresion que la desgarradora escena, — en la que su valor de católica le dió fuerzas para actuar tan caritativa y valerosamente, — habia producido en ella... Se sintió indispuesta, y se levantó para volverse á su casa.

Cuando salió de la iglesia, ya el sol campaba en el cielo, radiante, despejado como el rey de la alegría. Pero el alma de Justa estaba *triste hasta morir!* La imágen de aquella suave y hermosa niña, que en su agonía habia visto presa de las mas crueles torturas corporales, miéntras su alma era la mansion de los mas puros y dulces sentimientos, la conmovia en opuestos sentidos del modo mas violento. Habíase apoderado de su alma una de aquellas profundas y lúgubres tristezas, que tan estrecha, tan negra, tan rodeada de horrores, hacen al alma su cárcel; una de esas angustias tétricas y agitadas, que hacen que el corazon, cual un pájaro azorado en su jaula, se agite en el pecho, ansioso por tomar su vuelo en el espacio. ¿Seria que sentia el corazon lo que al alcance del conocimiento no estaba? ¿Hacíale sentir sin expresarlo, que en sus brazos acababa de morir su hija?

Aquella tarde salia un entierro, solo y pobre, de en casa de Rufina: el cadáver no llevaba caja propia, é iba en la caja comun. Las vecinas que lo miraban salir, murmuraban sordamente, como las olas cuando con serena atmósfera hay mar de fondo.

— ¡Qué entierro! ¡esto es una iniquidad! dijo una de ellas dirigiéndose á la tia María, que lloraba sin consuelo: ¡ni siquiera lleva palma!

— Vosotras no las veis, contestó la anciana. Pero lleva esa bendita dos: una de pureza, que le ha puesto la Vírgen á un lado; y otra de martirio, que le ha puesto Nuestro Señor Jesucristo al otro.

— Pero, ¿porqué no lleva caja blanca y celeste? preguntó otra.

— Porque con ese cadáver de vírgen se entierra un negro atentado! contestó la anciana.

— ¿Qué queréis decir con eso, tia María?

— Nada, nada, contestó esta; lo que os encargo es, que cuando acabéis el rosario, no olvidéis nunca el padre nuestro *por el alma sola!* Pues aunque nada tendrá que expiar esa inocente, á Dios agradan las oraciones, sobre todo si se hacen por sus hijos predilectos, los desamparados.

EPILOGO.

Si encontráis en la ciudad de Z... á una señora de semblante hermoso y apacible, de talante grave y modesto, de maneras afables y dignas; que viste con humilde pulcritud, encaminándose hácia la iglesia en que está el jubileo; á quien todos los que pasan dejan con respeto la acera, descubriéndose con reverencia sus cabezas; á quien los ancianos sonríen y los pobres bendicen, esa es la empobrecida Doña Justa Villamencía.

Si una tarde de toros veis pasar por el paseo con direccion á la plaza, una carretela descubierta, en la que se arrellana un mal cantante italiano, con un cigarro en la boca; y á su lado veis una mujer ahuecada con faraláes y miriñaques, cuya pálida, descarnada y adusta cara aparece entre una auréola de moños, flores y blondas: si veis que al pasar cerca de ellos, vuelven los caballeros con disgusto la cara; que los jóvenes casquivanos se rien, y que las gentes del pueblo los escarnecen con ese desprecio triturador del fallo popular, — tan infalible cuando es espontáneo! — esa es la enriquecida Rufina.

. . . . . .

Algunos años despues, disipado su caudal, destruida su salud, robada y abandonada por sus despreciables amantes, moria Rufina en un hospital, conmoviendo y compadeciendo á las santas Hermanas de la Caridad, por el modo aterrador con que en su frenesí y en su agonía repetia: — ¡Piedad! ¡Piedad!!

MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA.

Preséntase el tiempo al hombre de tres maneras: llega lentamente el futuro, pasa rápidamente el presente, y párase inmóvil el pasado.

No hay ruego ni ansia que hagan acelerar su marcha al primero; no hay instancia ni fuerza que detengan al segundo; no hay arrepentimiento ni hechizo que muevan al tercero.

¿Quiéres concluir felizmente el viaje de la vida? Toma por consejero al futuro, no escojas por amigo al presente, ni te hagas enemigo al pasado.

Sentencia de Confucio, traducida libremente de una version alemana.

El ladron que no se deja coger, pasa por hombre honrado.

Refran turco.

A dos leguas de la orilla del mar, sobre la plataforma de una colina, se asienta Jerez, rico, robusto y predilecto hijo de Baco y de Céres. Rodéanle como un soberbio cinturon sus famosas viñas, cuidadas como princesas, y sus campos de trigo, cuyas cañas inclinan sus doradas cabezas. Extiende sus inmensos propios por las comarcas cercanas, que murmuran de esta invasion del coloso rural, y pierde la cuenta de sus montes, como un potentado [1]).

Jerez, noble como el que mas, lleva al frente el precioso y bien conservado castillo moruno, perteneciente á la ilustre familia de los Villavicencios, y que ha sido testigo de tantas hazañas: conserva anales que forman páginas de oro en la historia de España: ostenta suntuosos templos, obras magnas de la fe, obras maestras del arte; y ve con dolor á su lado, desmoronarse su magnífica Cartuja, admiracion de cuantos la vieron viva, dolor y escándalo de cuantos la ven cadáver!

Aunque con razon se dice que algunas provincias de España están despobladas, como la Mancha y Castilla, — las cuales por desgracia atraviesa la carretera, que es la gran arteria de la Península, — no se puede decir lo mismo de esta parte de Andalucía; puesto que desde lo alto de algunas de las miras que adornan los hermosos caseríos de la mayor parte de las viñas, se ven en el radio que alcanza la vista,

---

1) Tiene Jerez *sesenta y dos leguas y media* cuadradas de término, y sus montes llegan hasta la Serranía de Ronda.

(*N. del E.*)

quince pueblos, de los que la mayor parte son considerables. Son estos Jerez, Algar, Arcos, Medina, Chiclana, la isla de Leon, Cádiz, Puerto Real, Puerto de Santa María, Rota, Chipiona, Sanlúcar, Trebujena, Lebrija y las Cabezas [1]).

Las gentes de Jerez — (y no decimos los jerezanos, porque la mayor parte de los cuantiosos caudales formados en este pueblo, ya á la sombra de las hojas de sus parras ó de sus mieses, ya por el comercio, no son jerezanos) — las gentes de Jerez no son amigas de gastar, ni se dejan embullar por su rumbosa y alegre vecina Cádiz. Así es que aquella ciudad, que deberia ser un modelo de elegancia, de trato lucido y de modo de vivir espléndido, no goza de estas ventajas.

---

1) Escrito esto, ha venido á nuestras manos un número del *Guadalete*, diario que se publica en Jerez, en el que hemos hallado con sumo placer en una composicion ligera, — pero escrita por pluma maestra, y por persona que se conoce que competente en la materia, — los siguientes trozos que extractamos á continuacion, porque estos apuntes completan harto mejor nuestra reseña de este pueblo ilustre, de lo que nuestra débil pluma pudiera hacerlo. Aunque imitada, no podemos ménos de celebrar la costumbre de poner estos datos históricos y descriptivos locales intercalados en las obras de imaginacion, pues les añaden un mérito real, unen lo útil á lo agradable, instruyen y divierten á un tiempo, nos dan detalles interesantes de nuestro país y de su historia, y si puede decirse, ilustran la amena literatura.

Dice hablando de Jerez:

«Si abrimos la historia, le vemos luchar de los primeros contra el poder morisco. Nombres ilustres salieron de aquella lucha, que llevaron luego su gloria á los muros de Antequera, Sevilla y Granada. Al abrigo de sus murallas se reunieron mas de una vez las antiguas Cortes de Castilla, y desde el *Martirologio* hasta la moderna *Guia de forasteros*, no hay un catálogo de hombres ilustres, donde á cada paso no se encuentre el nombre de algun hijo de esta ciudad. Desde S. Eustaquio y Estéban, jerezanos, hasta el Arzobispo Palma; desde Garci-Gomez Carrillo hasta D. Tomas de Morla y D. Rafael de Arístegui, actual Conde de Mirasol; desde el marino Estopiñan hasta el valiente Giraldino; desde el Presidente de Castilla, Mirabal, hasta el Fiscal del Consejo, Fernandez de Gatica; lo mismo en las armas que en las letras, Jerez ha producido siempre hombres que le han ilustrado y ennoblecido.»

En otro lugar añade el autor hablando de este pueblo:

«Acaso ninguno entre los de su clase, cuenta tantos y tan buenos establecimientos de instruccion pública. Cuatro escuelas gratuitas, una de ellas de párvulos, modelo entre las de su clase, un colegio, un instituto, y multitud de establecimientos privados, para la educacion de las clases acomodadas.»

Fuera de las inmensas bodegas, — verdaderos palacios de las feísimas botas de vino, — fuera de algunas hermosas casas, labradas por lo regular con mas suntuosidad que gusto; fuera de su gran plaza de toros; no han contribuido su creciente prosperidad y su riqueza á embellecerlo. Sus alrededores, que debian ser alamedas y jardines, son los de un villorro. Carece de un lucido paseo, de un buen teatro, de bolsa y de otras cosas anejas á la acumalacion de gentes, de caudales, de los adelantos de la cultura.

No obstante, dos cosas hay en las que los habitantes de Jerez indígenas y forasteros, se unen y demuestran un gran desprendimiento; y es en cosas de culto divino y de caridad cristiana. En cuanto hemos visto, no hemos conocido pueblo que bajo estos conceptos, merezca mas sincera admiracion y mas justos elogios. Cuando se tiene noticia de las muchas caridades públicas y privadas que se hacen; de las limosnas repartidas en los entierros de los ricos; de las ofrendas llevadas á los templos; cuando se ve aquel magnífico hospital; aquellos hospicios que brillan como plata; cuando se entra en aquellas iglesias, que deslumbran como oro y pedrerías, se siente un entusiasta placer, y se pregunta uno: — ¿Pues acaso no vale mas esto que todos los decantados embellecimientos materiales, de que tanto se envanece el siglo?

Cuando los jerezanos labraron su plaza de toros, los del Puerto lo llevaron muy á mal, porque esto perjudicaba á sus nombradas corridas, tan afamadas en Andalucía. Y como en cuanto á burlones y ligeros de sangre, llevan entre todos los andaluces los de Cádiz, la Isla y Puerto de Santa María, la palma y la gala, es fácil concebir á qué punto fueron por entónces víctimas los graves jerezanos que se emancipaban, de las burlonas saetas de los porteños. De ellas se podria formar un volúmen. Los jerezanos, por toda respuesta, hermoseaban cada vez mas su plaza. Ultimamente y por remate, la pintaron con los colores mas provocativos; pusieron cristales en algunos palcos, y hasta remates dorados; y echando una mirada de desprecio á la plaza del Puerto, entónces modestamente vestida de blanca cal como la Norma, les gritaron subidos sobre sus botas: *Sépase quién es Calleja.* — Los

coquineros [1]), — que son, como otros muchos, muy elegantes, muy ataviados, pero que no tienen un real en la faltriquera, esto es, ni propios, ni mas baldíos que la mar, — quedaron confundidos de tanta grandeza y de tanto lujo, y aseguraron que los jerezanos, para cuando llegase el invierno, iban á mandar hacer una funda de hule para su *repulía plaza* [2]).

Entre Jerez y la sierra de Algar se extiende una dehesa solitaria. Veíase en ella hace años, al lado de una vereda, un sombrajo, á cuyo amparo se habia establecido un hombre, que sobre una mesa despachaba alguna bebida. Andando el tiempo, habia labrado cuatro paredes, y cubiértolas con anea: habia compartido su interior en dos mitades, destinada una á cocina y despacho, y la otra á dormitorio, y se habia llevado allí á su mujer y dos hijos. Detras de la casa habia levantado un vallado, que formaba un corral cuadrado, en que de noche recogia unas cabras, que de dia llevaba á pastar á la sierra su hijo menor; y habia hincado una estaca de olivo al frente de su casa, con el fin de que pudiesen atarse en ella las caballerías de los escasos transeuntes de aquella vereda. La estaca se habia coronado á la primavera siguiente, de una verde guirnalda, y pasando años, cuidada por su dueño, se habia hecho un olivo frondoso, que proporcionaba al ventero una bonita cosecha de aceitunas que aliñaba, y eran, con el queso de sus cabras, los ramos de mas despacho de su establecimiento. Muchos caballeros de Jerez que solian ir á cazar, descansaban en la ventilla del Tio Basilio, haciendo un consumo cuyo valor pagaban quintuplicado.

Cuando empieza nuestra relacion, la mujer del ventero habia muerto, y su hijo mayor, de quien se habia hecho cargo su padrino y tio, que era un religioso de Santo Domingo, habia estudiado con gran provecho la carrera eclesiástica, y pasado como capellan de un regimiento á Lima. Así era que el Tio Basilio vivia solo y aislado; sin mas com-

---

1) *Coquineros* se llama á los naturales del Puerto de Santa María, por la abundancia que allí hay de un marisco de la familia de las almejas, que llaman *coquinas*. *(N. del E.)*

2) Estos embellecimientos se hicieron cuando visitaron á Jerez SS. AA. RR. LOS SRES. DUQUES DE MONTPENSIER.

pañía que la que le proporcionaba de noche su hijo menor, ente estúpido y de pocas palabras, que desde la muerte de su madre se habia acabado de entumecer; porque así como las naturalezas físicas endebles necesitan nutrirse por mas tiempo de los pechos de sus madres, las naturalezas morales endebles necesitan por mas tiempo nutrirse de los cuidados y enseñanzas de estos sus terrestres ángeles custodios.

La humanidad tiene dos ideales; la vírgen y la madre: así es que Dios las unió para formar el adorable Ser por medio del cual se identificó con ella.

Era una hermosa mañana del mes de diciembre. Estaban sentados ante la puerta del ventucho, sobre un banco de tosca mampostería, el Tio Basilio, que era ya un viejo débil y encogido, y su compadre el Tio Bernardo, que era un anciano aun verde, robusto, ágil y jovial. Al frente, y á alguna distancia, estaba recostado sobre unas matas de palmito, un muchacho de mediana estatura, de talle delgado, que vestia el traje de cazador, que consiste en unos sajones de *raja,* [1]) polainas y un capotillo que se pone por la cabeza como alforjas, de los que por la parte interior tienen faltriqueras, en que se guardan el pan y la caza menuda. Su cara pálida, aunque de buenas facciones, y como dice la expresion vulgar, *pintadita,* tenia algo de duro y su mirada poco franca, si bien denotaba agudeza, no tenia nada de la jovialidad tan propia de la juventud. A su lado estaba su escopeta y un reclamo *(una perdiz)*, en su puntiaguda jaula, cubierta con bayeta verde. El silencio era profundo, y solo interrumpido por el sonoro soplo de un viento largo, que no pudiendo hacer murmurar las recias é impasibles yerbas y monte bajo de la dehesa, se arrullaba á sí mismo en suave cantinela. Solo las gallinas, que tranquilas y satisfechas vagaban alrededor del ventucho, sentian su poder en sus airosas colas, que se doblaban, y solian arrastrar, haciendo dar traspiés á sus dueñas. El gallo, de cuando en cuando alzaba su coronada cabeza, é irguiéndose hácia atras, lanzaba al aire su canto, como para atraer á su amo parroquianos. El gato, primer inventor de

1) *Raja,* paño muy ordinario que usa en Andalucía la gente del ca-

lo confortable, habia sabiamente escogido para acurrucarse, un ángulo de la casa bañado del sol, y al abrigo del viento, y en su duerme-vela gatuno echaba por entre sus guiñados párpados, disimuladas miradas á unos gorriones, que como los pobres de la mesa del rico, venian á buscar las migajas de la mesa de las gallinas. El sol derramaba alegría, y el silencio paz en el alma: el magnífico cielo parecia elevarla, y toda la naturaleza infundir tal bienestar, que el sentimiento íntimo cantaba en el corazon: ¡Dios mio! ¡qué buena es la vida, cuando á Tí se somete como á su principio y como su fin!

— Vaya, compadre, decia su compañero al ventero, no se queje Vd.; que parece Vd. pobre de sopa. Siempre está Vd. con *turbïeses* [1]). Míreme Vd. á mí, á pesar de mis cuitas. Cuando me voy á acostar, me quito el sombrero, lo pongo á un lado, y digo: aquí están las trampas: — me quito la chaqueta, la pongo al otro lado, y digo: aquí están las penas: — me *presino* y duermo como un patriarca: pues sin trampas y sin penas, ¿quién no duerme bien? Y Vd., al que no le falta sino sarna que rascar, está siempre atollancado: ¡por *via* de Barrabás!

— Y qué quiere Vd.? si este dolor en la pierna lo he estrenado hoy, y esto echa el ribete á la empanada! Casa vieja toda es goteras: ¡y si no fuera mas que eso!!

— ¿Pues qué mas le aqueja, compadre?

— ¡Pues no es nada lo del ojo, — y lo llevaba en la mano! ¿Acaso no sabe Vd. que hay quinta; que han requerido á los mozos, y que mi José mete la mano en cántaro?

— ¡Cómo ha de ser! ¡ese hueso todos le tenemos que roer! No bien rompió mi Juan la casaca [2]), cuando salió soldado mi Manuel; y tuve paciencia. — Déjelo Vd. ir, compadre: así se espabilará, que metido como lo tiene Vd. con las cabras, está el muchacho *endehesado*. Yo fuí soldado, y digo á Vd. que no me pesa, pues me hice un hombre en forma. Verdad es que fuí asistente, y tuve un amo que no sé lo que era mas, si valiente ó si bueno. Le queria... que ni que

---

1) *Turbïeses*, como si dijera turbïeces ó turbideces *(de turbio)*, tristezas.
2) Cumplir el servicio.

hubiese sido mi hermano menor. ¡Mil vidas hubiese dado por él! Y no es un decir. Pues ¿ve Vd. esta cicatriz en la frente? Con esta me señaló un frances en la batalla de Medellin, por ponerme por delante de mi teniente á quien iba á matar. El matado fué él. Pero me dejó este rasguño por memoria. Su hijo de Vd. necesita espabilarse, compadre; que está *cuajado*, y no sirve para maldita de Dios la cosa.

— Señor, es un infeliz. No tiene las luces de su hermano el mayor; pero tiene sangre de horchata, compadre. Tiene el sentir mejor que el *pronunciado*.

— ¡Ya! entónces es como los borricos; que todo se les queda por dentro. Pues si no le quiere Vd. dejar ir, póngale un sustituto.

— ¿Y de dónde saco yo esos caudales, cristiano?

— ¿De dónde los saca Vd.? De donde los tenga metidos, compadre. Pues Vd. sus cuartos ha de tener; que bien le rinden sus cabras, y el despachillo bien le da. Mas que lo niegue Vd., que es mas estéril que un arenal; y no gasta mas que pachorra; ni da mas que los buenos dias. Así es que, cuando uno se acerca por acá, sucede como en el rancho de los Malpartidas: sale el perro diciendo: *¡jambre! ¡jambre!* — sigue el gallo cantando: *siempre la hay aquí;* — y maulla el gato: *moriré estenuado*, miau miau.

— Vd. tiene siempre sobra de chacota y falta de razones. No se trata de bromas, compadre, sino de veras. ¿Qué hago, María Santísima, qué hago?

— Respirar por no ahogarse.

— Solo me voy á quedar como un pitaco!

— Y hará Vd. malamente, compadre; traspase usted su venta, y véngase al pueblo.

— No puede ser eso, compadre. Aquí he vivido: estóy hecho, y no me hallo en otra parte alguna: aquí me he de estar hasta que deje esta por la otra.

El jóven, que hasta entónces habia estado escuchando la conversacion de los dos compadres, se levantó despacio esperezándose, y diciendo ¡upa!

— Hijo, le dijo el tio Bernardo, el compadre del ventero:

El que al sentarse dice ¡ay!
y al levantarse dice ¡upa!....
no es ese el yerno
que mi madre busca.

— Es que ya he andado dos leguas, contestó el muchacho.

— ¡Valiente puñado son tres moscas! repuso el tio Bernardo. Pero vamos á ver: ¿quién te manda andarlas? ¿No es tu oficio rapar barbas? ¿á qué te metes á tirador? ¿Porqué te metes á aprender *laitines*? ¡Por *via* de Barrabas! Para echarla de Usía; porque tú eres de los que no se hallan bien donde Dios los ha puesto. Y esos, hijo mio, no suelen andar en el mundo por la vereda derecha.

— Tio Bernardo, dijo el muchacho echando al viejo una mirada rencorosa, tiene Vd. la lengua muy larga y muy afilada. Pero ¡anda con Dios! que le custodian sus canas.

Diciendo esto se alejó.

— ¡Anda, anda, Juan Luis Navajas, le gritó el tio Bernardo, que el mucho humo te ahoga! Y no me la vengas echando de pechisacado, ni con amenazas; que á mí no me amedrentas tú, ni veinte monos como tú. Canas tengo; pero no me valen ellas para el que, como tú, no tiene ni fe ni ley. Lo que me vale es saber tú de atras que á mí no me tienes que gallorear.

A pesar de que la serenidad de la atmósfera hizo que el que habia sido nombrado Juan Luis Navajas, no perdiese una palabra del áspero trepe que le dirigió el anciano, siguió su camino silbando y sin volver la cara atras.

— ¡Caramba, compadre, y qué *rescuadra* le ha echado Vd. al barberillo! No parece sino que se la tenia Vd. guardada, dijo el ventero.

— Y *asina* es, compadre, repuso el tio Bernardo; porque ha de saber Vd. que mayor pícaro que ese no pisa las calles de Jerez. No todos le conocen como yo; pero yo le tengo calado como melon de plaza, — y él lo sabe, — desde cierto lance.

— ¿Y á qué se mete Vd. con este hampon mal encarado? Mire Vd. que le puede salir caro, y ande Vd. con el ojo sobre el hombro. Por mí, cuando pasa de largo, le doy las gracias.

— Compadre, yo no le temo: verdad es que me tiene ganas. Pero su pellejo guarda el mio.

El lance á que aludia el honrado anciano, y que nunca salió de sus labios, fué que una noche habia acertado á pasar por un sitio retirado en que se hallaba Juan Luis escondido y en acecho de una venganza. El tio Bernardo, que vió relumbrar en su mano una abierta navaja, le dió con su chibata un vigoroso golpe en el brazo, que le hizo soltar el arma homicida. El buen viejo la recogió, á pesar de haber querido impedírselo el barberillo. — Oye, Juan Luis, le dijo; no quiero perderte: si me lo quieres agradecer, sé hombre de bien.

Desde entónces lo que debió ser agradecimiento, se habia tornado en el aprendiz de barbero en un profundo odio. Si las malas y soberbias naturalezas se rebelan contra toda superioridad, hácenlo con redoblado tedio y encono contra la de la virtud, por ser la mas incontestable.

Juan Luis se internó en la sierra, en donde á poco, se encontró con José Camas y sus cabras. Fuése á él, como tenia de costumbre, para pedirle leche; y miéntras José, que se entretenia mucho en su soledad con las cosas que solia contarle Juan Luis en pago de la leche, se apresuraba á ordeñar una de sus cabras, le dijo este:

— Con qué.... ¿entras en suerte, José?

El mas vivo terror se pintó en la cara del pobre idiota, que le respondió casi llorando:

— ¡Mira tú, mi padre que no me quiere libertar! ¿De qué le servirán á su mercé sus dineros?

— ¿Pues qué, tiene dinero tu padre? preguntó Juan Luis.

— ¡Vaya! mas de cien onzas, ó una multitud asina; todo lo que gana lo hace oro. Y cuando murió el padre de mi madre, tomó su mercé su parte de casa en duros de oro.

— ¿Pero dónde lo tiene guardado? tornó á preguntar el cazador.

— Mi padre está en que yo no lo sé, porque me cree muy *cuaco*, respondió José echándose á reir; pero lo sé; y muy bien que lo sé! Una noche, y cuando todo estaba solo, hizo su mercé un hoyo en la pared contra el suelo, debajo de la cabecera de su cama; allí lo metió, y cubrió el agujero con

un ladrillo y mezcla, y luego todo lo encaló: así solo un zahorí da con el escondite. Pero ya que no me quiere libertar, voy á tocar de suela; y zapatos han de romper ántes que den conmigo.

— No hagas tal, José, le dijo su interlocutor: ¿dónde irás de prófugo que no den contigo los demas mozos? En cogiéndote, te meten en gayola, y en seguida te cargan con el fusil. Mira: yo tambien entro en suerte; y si salgo soldado, iré con los otros: lo demas no es sino tirar contra el aguijon. Mas adelante, y cuando se presente ocasion oportuna, desertaremos con mas seguridad.

La cara del cabrero se iluminó al saber que Juan Luis iba á correr la misma suerte que él.

— ¿Y me llevarás contigo si huyes? le preguntó.

— Sí, respondió el aprendiz de barbero, siempre que me prometas callar como un poste: ¿lo harás?

— Por el alma de mi madre! contestó el cabrero.

Algun tiempo despues de las escenas referidas, habia tenido lugar la quinta; y tanto al barbero, como al hijo del ventero, les habia tocado la suerte de soldados, y habian sido conducidos á Sevilla. Como es de suponer, José cayó completamente en la dependencia de Juan Luis, que hizo de él una especie de asistente. Despues de algunos meses de servicio en el regimiento, el barbero se propuso llevar á cabo su bien combinado plan de desercion que habia urdido, y que solo el dia ántes comunicó á su compañero.

Huyeron, pues, siguiendo la direccion del camino real hácia Jerez, internándose ántes de llegar á este pueblo, por la sierra de Algar. Al sol puesto estaban extenuados, y Juan Luis envió á su seide José á unos pastores que este conocia, para pedirles pan, lo que hizo ciegamente. En seguida le dijo que cuando anocheciera y hubiese seguridad de que nadie transitase por la vereda, deberia ir en casa de su padre, y haciéndole presente su situacion, exigirle algun socorro para llegar á Gibraltar, en donde no les faltaria trabajo y seguridad. Pero cuando se acercó la hora, fué de parecer que valia mas que fuese él mismo de parte suya, por tal de evitarle el primer golpe de cólera de su padre, á quien él se suponia

capaz de convencer de la obligacion y necesidad en que estaba de socorrer á su hijo. Cuando la noche hubo cerrado, emprendió Juan Luis su marcha; pero volviéndose atras, pidió á José su navaja, por si le acometia el perro bravo de su padre, y asimismo un pañuelo para atarselo á la cabeza: ambas cosas le fueron al punto entregadas por José.

Al cabo de una hora, volvió Juan Luis. Si el pobre cabrero no hubiese sido simple, habria notado alteracion en la voz de Juan Luis, cuando este le aseguró que habia hallado á su padre inflexible; que solo habia podido arrancarle su traje de pastor; que se le traia para que se le pusiese y se internase en la sierra, pues eran perseguidos: que por mas seguridad, era necesario separarse; y que él se iba hácia Portugal, donde esperaba quedar oculto.

Abria el dia tras de los montes de Ronda, sonrosado, fresco y perfumado, como se abre una rosa. La naturaleza cantaba por las gargantas de sus pájaros; el ganado mugia: las yeguas venidas para la trilla, unian el sonido metálico de sus cencerros á las demas armonías campestres; y el labrador se persignaba ántes de emprender el afanoso trabajo de la siega, que no obstante ama instintivamente, pues es la recoleccion del gran don de Dios ¡el trigo! el trigo que tanto venera el cristiano, pues es el santo alimento que Dios le enseñó á pedirle!

Caminaba el tio Bernardo como siempre, con firme paso y ligero corazon, hácia el monte de que era guarda; acercábase á la venta de su compadre, y al llegar, extrañó ver la puerta abierta.

—¡Vaya! pensó, que ha madrugado el compadre! me alegro: por lo visto, no le aqueja hoy achaque.

Asomóse á la primera pieza; pero á nadie vió.

—¡Compadre! gritó en recia voz, y nadie contestó. Solo el perro del ventero aulló lúgubremente!

El tio Bernardo pertenecia á una clase de hombres comunes en España, que tienen una impasibilidad completa, que ni altera el temor ni perturba la sensibilidad; que reciben las impresiones claras y definidas por la razon, y no por confusa aglomeracion de sensaciones, las que anticipan los hechos y

los abultan. Y no obstante, la soledad, el aire de abandono, el hosco silencio, — solo interrumpido por el lúgubre aullido del perro, que parecia helar aquella casa, — le impusieron. Paróse un momento, y volviendo la vista en torno suyo:

— ¡Jesus María! — exclamó con hondo acento, al ver caido en el suelo una ensangrentada navaja. Arrojóse hácia la alcoba, empujó con violencia la puerta, y apénas la hubo abierto, dió un paso atras. Deshecha la cama, su mal colchon tirado en el suelo cubria un bulto, pero no tanto que no asomase una mano lívida, la que yacia en una laguna de sangre: á su lado estaba sentado el perro, que volvió á aullar con mas desconsuelo al ver entrar al amigo de su amo. Las tablas y los bancos de la cama habian sido desviados con violencia de su sitio, y en el suelo se veia una palanqueta, con la que se habia abierto un hoyo en la pared cerca del suelo; allí, un hueco oscuro y vacío; y cerca, algunos escombros con manchas de sangre. Todo esto lo vió y observó el tio Bernardo de una sola mirada.

— ¡Robado! murmuró; su oro le perdió!

Acercándose en seguida al colchon, lo levantó por una punta. El infeliz ventero yacia boca arriba: en la lucha que debió preceder á su muerte, su camisa se habia desgarrado, y así dejaba descubierta una enorme herida que atravesaba su vientre. Agotada la sangre que por ella se habia vertido, veíanse los bordes de la herida gruesos y blancos desviarse uno de otro, como para dejar entrever las destrozadas entrañas de la víctima; la que con los ojos de par en par, y desatentados, y la boca abierta, como lanzando el último grito para pedir socorro, yacia ofreciendo el mas espantoso cuadro que puedan formar la muerte violenta y el crímen misterioso.

— ¡Muerto! murmuró el tio Bernardo: ¡Dios le haya perdonado! añadió dejando caer el colchon sobre el horroroso espectáculo, que algunas horas despues habia de hacer desmayarse á un jóven escribiente, que acompañó al juez al lugar de la catástrofe.

El tio Bernardo salió, ató una cuerda al perro, que se llevó

consigo, atrancó la puerta de la casa lo mejor que pudo, y se volvió á Jerez á dar parte á la justicia.

Del sumario y declaracion de testigos resultó averiguarse:

Que el ventero debia tener una buena cantidad de dinero, lo que era confirmado por los altercados que tuvieron el padre y su hijo José sobre ponerle sustituto: afirmando el muchacho á cuantos hablaba, que á su padre le sobraba dinero para libertarlo, y negándolo el primero:

Que el escondite donde guardaba ese dinero, era evidentemente el hueco vacío, abierto aquella noche en la pared; y que nadie podia tener noticias de este lugar secreto sino su hijo:

Que la navaja teñida en sangre hallada en la pieza inmediata, con la que indefectiblemente se cometeria el asesinato, pertenecia á José, como lo afirmaba el armero que se la vendió en dias de marchar:

Que segun una requisitoria enviada de Sevilla, habia desertado José de su regimiento la víspera de la infausta noche en que se cometió el crímen:

Que la tarde ántes, al ponerse el sol, habia vagado el desertor por las cercanías, segun deponian unos pastores, á los que habia pedido pan y agua, por no haber probado bocado en todo el dia:

Que buscando la partida al delincuente, habian hallado entre unas matas un pañuelo ensangrentado, que presentado á una mujer que lavaba la ropa al padre y al hijo, habia reconocido como perteneciente á José:

Que, fuera del dinero, lo único que habia faltado de casa del ventero, habian sido la zamarra y calzones de piel de cabra, que como pastor gastaba José, y algunas otras prendas de vestir del mismo.

Por consiguiente alcanzó el juzgado la conviccion de que era José el parricida, y el pueblo alzó su poderoso anatema contra el desnaturalizado hijo, y levantó con horror su dedo señalando aquella solitaria venta, antro del mas espantoso atentado, la que fué abandonada, despues de clavar en la puerta una cruz negra, y quedó silenciosa y vacía como un horroroso cadalso despues de haber servido. El techo se

hundió, el olivo se secó, y el vallado se desmoronó, cual si el terrible simoun hubiese pasado sobre ellos!

En noches tempestuosas, cuando el viento que gime, busca por simpatía los lugares que asombran, entrábase á aullar en la vacía estancia, y algun portazo que daba con violencia, hacia estremecerse al guarda ó al pastor que vagaban en aquellas cercanías!

Mas el reo no pudo nunca ser habido.

Algun tiempo despues de la perpetracion del crímen cometido en la solitaria venta, llegaba á un cortijo situado en la vertiente de levante de la sierra de Ronda, no léjos de Coin un hombre vestido de cabrero, enfermo y extenuado. Compadecidos los trabajadores y el aperador, le auxiliaron en lo que pudieron, y preguntándole quién era y cómo se hallaba en aquel estado, les respondió que era su oficio cabrero; que habiendo salido soldado, habia desertado, porque no se hallaba sino en los montes y al aire libre. Casualmente necesitaba el dueño del cortijo de un cabrero; y así, en cuanto restablecido estuvo, pusieron á su cuidado una piara de cabras, con las que se internó en los montes, en donde siguió oculto y desconocido, vegetando tranquilamente como los alcornoques, robles y acebuches, sus compañeros.

Por ese mismo tiempo salia de Gibraltar un barco con destino á Lima. Veíase pasear sobre la cubierta un jóven con elegante vestido de viaje, con un casaquin de mahon, pantalon igual y un sombrero de ancha ala, rodeado con primor de una cinta negra, cuyos cabos pendian por la espalda. Este jóven, de aire petulante é insolente, era llamado D. Victor Guerra, y segun se susurraba, aunque no se sabia por él, iba á Lima á recoger la herencia de un pariente: por lo cual los demas pasageros le acataban, incluso el capitan. Bien ajenos de que aquel que por la insolencia con que se daba tono, sentaban cortésmente á la cabecera de la mesa, era un aprendiz de barbero, un desertor, un ladron, y un infame asesino! Porque este pasajero arrogante era Juan Luis, el asesino del infeliz ventero, que provisto de documentos falsos, fabricados por un judío en Gibraltar y bien equipado á favor de las robadas onzas, iba á América á probar fortuna,

siguiendo las inspiraciones de su desmedida ambicion y de su colosal orgullo.

Cuando llegó á Lima, intentó varios medios de prosperar; pero en ninguno medró, faltándole conocimientos y perseverancia: solo en el juego tuvo suerte, como suele acontecer á los pícaros. No obstante, esto no bastaba para llenar sus altas miras, ni para sostener el boato en que vivia: sus recursos disminuian, y el porvenir no le brindaba esperanzas. Así es que se decidió, con la audacia que le era natural, por la carrera de las armas; porque siendo valiente, y estando estimulado por su ansia de figurar y de ocupar un puesto lucido en la sociedad, sentia que no habria en su azarosa carrera empresa ardua que no estuviese pronto á acometer, ni hipocresía que no fuese capaz de sostener sin marrar ni deslizarse, para llegar á sus fines. Ardia entónces en Lima la guerra, á que puso término la batalla de Ayacucho.

Ayacucho, que en lengua india significa *el campo de los muertos*, fué el lugar en que en tiempo de Cárlos III levantó el indio Tapac-Amaro el estandarte de rebelion contra la metrópoli; el cual fué sometido por la lealtad y esfuerzo del General Don José Lavalle, primer Conde de Premio Real: y en ese mismo Ayacucho, *campo de los muertos*, fué donde en el año de 1824 murió desgraciada é inopinadamente la dominacion española en aquella parte de América.

Presentóse el falso D. Victor con su habitual osadía al general, que se apresuró á admitir entre sus filas el gallardo jóven, el que á poco tiempo, de cadete pasó á alférez, distinguiéndose en todas ocasiones por su bizarría, su actividad é inteligencia. Habia sabido insinuarse con todos los oficiales que alternaban amigablemente con él, y sobre todo hacerse buen lugar con el coronel de su regimiento, hombre de mucho mérito y distincion, que habia casado en Lima con una mujer rica, y tenia una hermosa familia compuesta de una niña y de dos niños. Eran estos instruidos por el capellan del regimiento, que gozaba de la confianza y amistad del coronel, porque á las virtudes del sacerdote y al carácter mas suave y apacible, unia las mas excelentes cualidades del hombre, y un saber poco comun.

Hacia algun tiempo que D. Gaspar Camas, á quien todos llamaban el Padre Capellan, habia caido en un profundo abatimiento, cuya causa se supo, pero sobre la cual todos callaban, como si por instintivá benevolencia esperasen que el silencio trajese en pos de sí el olvido.

Una tras otra, y con corto intervalo, habia recibido el capellan las infaustas nuevas de la desercion del servicio del rey, de un hermano suyo, la del asesinato de su padre, y la de la muerte del rector de Santo Domingo, su tio y padrino, que le habia educado, y al que todo lo debia. Profundamente afectado por tamañas desgracias, el padre capellan habia querido volverse á Europa y retirarse á la soledad; pero los ruegos del coronel y de su mujer, y el entrañable cariño que tenia á los niños, le detuvieron.

Búrlase á veces la suerte de la justicia, con descaro; y la justicia se da por vencida, porque su reino no es de este mundo. Así se verificó en la relacion que vamos haciendo. No era solo el valor el que proporcionaba á D. Victor Guerra cada dia nuevos lauros, puesto que en el regimiento habia otros muchos tan valientes como él; sino era tambien la fortuna, que no dejaba de brindarle las ocasiones de distinguirse, que negaba á otros. Ella era la que ponia su dinero al naipe que habia de ganar; ella la que desviaba los tiros del enemigo del pecho de su protegido; ella la que le inspiraba y sostenia; la que empujaba su gran ariete, la audacia; en fin era la locomotora que impulsaba su rápida carrera.

No es una verdad nueva, — pocas lo son, — que el éxito es el que da valor á las personas y mérito á las empresas. ¡Cuántos han pasado por menguados sin serlo! cuántos por entendidos, sin tener nada de ello, porque á la fortuna le plugo burlarse de la justicia, segun llevamos observado!!! ¡Y qué bien dijo un Pero-grullo cualquiera, cuando deseó á su deudo fortuna y no saber! En la opinion de los hombres influye el éxito tan poderosamente, que el que logra, es encomiado, admirado y celebrado necia y estúpidamente; así como el que no logra, es puesto á un lado y despreciado, miéntras se rie la fortuna de este ridículo género humano, y llora la justicia su impotencia sobre la necia muchedumbre.

Varios años pasaron, en los que el fingido Don Victor, de cadete llegó á comandante. El nuevo comandante deslumbraba con su lujo, su aplomo y su envalentonamiento. ¿Parecíale al asesino que el aprecio ajeno echaba indulto sobre su impune crímen? ¿Hacíase ilusion de que la nueva posicion que se habia labrado, cubria con su esplendor el negro y ensangrentado hoyo, en que robó su fortuna? ¿Creia acaso que con haber mudado de nombre se habia regenerado como el fénix, y que con el nombre del que le cometió, era extinguido su delito? ¿Tenia conciencia? ¿tenia remordimientos? ¿tenia siquiera el temor indefinido de que el ocultísimo delito se descubriese? — No podríamos decirlo; porque estos son arcanos de la maldad que solo ella comprende.

Pero lo que sí creemos es, que hay hombres tales, que en ellos duerme tranquila la conciencia cuando no la estimula y despierta el temor. Cuando este falta, — por la seguridad de la ocultacion de la realidad en cuanto á la vindicta humana, y por falta de temor, nacida de la ausencia de la fe y religion en cuanto á la justicia divina, — la conciencia decae, se duerme; se aletarga. Pero momentos hay en los que Dios, por su divina misericordia, la sacude, la despierta, la vigoriza. Uno de estos momentos es el de..... la muerte! Y este momento parecia haber llegado para D. Victor Guerra, cuando recogido en unas angarillas en el campo de batalla de los llanos de Junin, era traido á su alojamiento con el pecho atravesado por una bala enemiga.

Despues de la primera cura, el cirujano mandó que se avisase con prisa al capellan, para que viniese á prestar los socorros espirituales al moribundo.

No tardó aquel en presentarse, y los amigos y demas oficiales pasaron á la pieza inmediata, dejando solos al sacerdote y al moribundo.

Media hora despues salió el capellan. Su rostro estaba espantosamente demudado; su palidez era lívida, y sus esfuerzos no bastaban á comprimir un temblor, que hacia entrechocarse sus dientes con el cristal del vaso de agua que se apresuraron á ofrecerle.

— No es nada, no es nada: un vahido, respondia el padre

á las preguntas que le hacian. — Ese cuarto tiene un ambiente sofocante, y ántes de venir me sentia indispuesto. No es nada, señores: esto pasará al aire libre. Acudíd al enfermo, que me parece siente alivio.

Efectivamente, hallaron al herido sumido en un sueño benéfico.

¿Qué habia puesto á este sacerdote, tan naturalmente sereno, en tal estado? El lector, que conoce los antecedentes del moribundo, podrá inferirlo. ¡Acababa de absolver en nombre de Dios, cuyo ministerio ejercia, al arrepentido asesino de su padre!

El padre capellan habia salido, y se habia dirigido con pasos trémulos á la iglesia: allí habia caido postrado, en cuya postura permaneció horas. Y cuando salió del templo, veíase como siempre su frente serena, sus ojos tranquilos, y su boca benévola!

Habian vencido, en aquella entrevista con Dios, el santo deber á los efervescentes sentimientos humanos; el ministerio á la personalidad; el sacerdote al hombre! La calma habia vuelto á su ánimo; mas el físico se resintió. Al entrar en su casa fué acometido de unas calenturas cerebrales, que le quitaron todo conocimiento: su esfuerzo heróico le habia rendido.

Créese teorías morales, abstracciones místicas, exageraciones religiosas, la repetida doctrina de que las desgracias y males terrenos suelen ser favores de Dios: verdad que vemos confirmada todos los dias; pero que á pesar de eso es relegada por los pensadores filósofos entre las consejas de los *estúpidos* tiempos pasados.

La desgracia que habia puesto á D. Victor Guerra á los bordes del sepulcro, habia sido el golpe con que Dios habia despertado aquella entumecida conciencia. Si hubiese muerto empapada su alma en lágrimas de contricion, despues de purificada por la expiacion, se hubiese salvado. Si aun quedando en vida, otras desgracias le hubiesen sobrevenido, acaso habria perseverado en la buena sendà de la penitencia. Pero no fué así! Apénas convalecia, cuando un coro de alabanzas por su nueva hazaña, vino á lisonjear su orgullo; y esperanzas de adelanto volvieron á soplar sobre su insaciable ambicion. Los

tres galones de coronel brillaron en su porvenir como un punto luminoso y culminante. Mareado y deslumbrado, no pensó mas que en las glorias de la tierra. La conciencia, los remordimientos, los santos propósitos se desvanecieron: los ángeles buenos se velaron la faz, y huyeron de su cabecera!

Algun tiempo despues, su coronel, que ya entónces era general, volvia á España con toda su familia, y persuadia á D. Victor Guerra, ya á la sazon coronel, que le acompañase. Este, que veia cumplidos sus mas ardientes deseos, concibió el propósito de alcanzar el apogeo de su suerte, consiguiendo unirse á la hija del general, que á una gran belleza y á una excelente educacion, unia las no ménos codiciadas ventajas de ser de nobilísima estirpe por su padre, y heredera de una gran fortuna por su madre.

Hundia la mente del ambicioso lo pasado en la profunda sima de lo borrado é inaveriguable, con reflexiones tranquilizadoras que de continuo se hacia. Desde su salida de España, se decia para sí, habian pasado diez años: era imposible que nadie reconociese en el brillante Coronel D. Victor Guerra á Juan Luis, llamado por mal nombre *Navajas*, aprendiz de barbero de un barrio de la ciudad de Jerez. En cuanto á la muerte de un ente pobre, insignificante y aislado, como el ventero, era un hecho del que despues de tantos años nadie haria memoria.

El general quiso igualmente llevarse consigo al capellan, que solo permanecia en América á instancias suyas; pero sabiendo este que les acompañaba el coronel, buscó un pretexto plausible para eludirlo y separarse por algun tiempo de sus amigos.

Los viajeros llegaron felizmente á Burdéos, destino del barco á cuyo bordo iban. De allí pasaron á Marsella, y de este punto á Málaga, que era la patria del general.

Solo despues de haber llegado á esta ciudad, se determinó el falso D. Victor á pedir al general la mano de su hija, de quien habia sabido hacerse amar, y á la que se hacia ilusion de adorar.

Nunca habia amado aquel hombre sin corazon, y cuya vida agitada é inquieta, toda dedicada á dos fines, que eran con-

quistar un futuro tan incierto y eventual, y cubrir un pasado tan tremendo y amenazador, no le habia dejado notar que en la tierra germinan perfumadas flores y en el corazon dulces afectos. Pero ahora se persuadia de que amaba con furor; y no se mentia del todo á sí mismo. Hay personas, así en el sexo femenino, como en el masculino, que aman en los objetos de su cariño, no su individualidad, sino la posicion, lustre y ventajas que el ser amado de ellas les proporcionan: que equivocan, por tanto, la pasion de la vanidad con la del amor. Sobre este asunto sabemos otro drama, que puede que refiramos otro dia [1]).

La proposicion de Guerra no agradó al general, á pesar de la predileccion con que le miraba; porque era evidente que podia aspirar su hija á un enlace mas brillante. Pero las lágrimas de esta y la intercesion de su madre que la patrocinaba, acabaron por triunfar de su oposicion.

El coronel tocaba, pues, á la cima de su ventura: se acercaba el momento en que nada le quedaria que pedir á la fortuna, que le daba aun mas de lo que se habia atrevido á pedirle. Pero acaecia, que miéntras mas brillante se le hacia lo presente, mas espantoso yacia á lo léjos lo pasado; puesto que, miéntras mas se desviaba este, y miéntras mas glorioso aparecia el primero, mas horroroso se hacia el segundo; y por lo tanto, mas espantosa la posible reunion y choque de ambos. Apartaba los ojos de este inmóvil pasado; ¡pero no por eso se desvanecia! Muchas noches se dormia sonriendo á sus glorias, á sus amores, á sus esperanzas; y solíale despertar una horrorosa pesadilla. Ya oia una voz que le llamaba por su nombre, y por su odioso apodo; ya veia á José Camas aparecer como testigo acusador de la muerte de su padre; ya al ventero, de rodillas, pedirle la vida; ya maldecirle en las ansias de la muerte! Pero con los rayos del sol se desvanecian estas negras y lúgubres visiones, y volvia la confianza á su ánimo. Con el uniforme tornábase el altivo y

---

1) Al hacer esta reimpresion, está ya escrita la indicada relacion, y lleva por titulo LA FARISEA.

osado D. Victor Guerra; y al lado de su prometida, se decia: — seguro estóy á la sombra de rama de tan buen árbol.

El general marchó con su familia á Madrid, en donde estaba establecido su hermano mayor. El coronel, que estaba en Málaga de reemplazo, tuvo que permanecer allí, por haber sido nombrado por la autoridad militar para presidir un consejo de guerra, que debia juzgar á un desertor con circunstancias agravantes cuyo regimiento habia pasado á Cuba, y que habia sido hallado despues de muchos años de estar prófugo.

Habíase reunido el consejo en el dia señalado. Seis capitanes, formando un medio círculo, oian religiosamente la acusacion, que, con los datos recogidos en el teatro del crímen, leia el fiscal. Era esta la de José Camas, cabrero de oficio, desertor y parricida. Del todo entregados á la alta mision que les era confiada, los capitanes no notaron la vívida palidez, que como una mortaja, se extendió sobre el rostro del presidente, al oir la acusacion y el nombre del reo; ni le vieron inmóvil retener con esfuerzo de atleta las oscilaciones de su oprimido pecho.

La lectura seguia, y las pruebas eran tremendas é irrecusables.

Entónces, un pensamiento de aquellos que envía el infierno, desde su mas profundo seno, á los hombres que ya tiene conquistados, se presentó fatídico y claro, como el relámpago que de su centro lanza una negra nube, al presidente. Y fué este: — ¡la muerte de este idiota es la lápida, que para siempre sepulta mi secreto!

Un momento despues añadió mentalmente la máxima vulgar expresada por algun La Rochefoucauld popular: — dijo mi vecino: «si uno ha de morir, que se muera mi padre, que es mas viejo que yo.»

La acusacion terminaba pidiendo la pena de muerte. La defensa fué endeble, pues no hallaba bases en que fundarse, ni apoyo en el reo, que nada decia para disculparse, y no hacia mas que llorar negando su crímen.

El infeliz fué introducido y sentado en el banquillo.

El coronel volvió su desatentada vista hácia otro lado.

— Pueden Ustedes interrogar al reo, dijo el presidente con voz firme, aunque ronca y sorda.

Los tres capitanes mas jóvenes miraron con profunda compasion á aquel infeliz, envuelto en sus pieles de cabra, indefenso, estúpido, abatido y lloroso como un niño.

— ¿No decís que la noche en que se cometió el crímen, no estábais solo? preguntó el primero.

— Sí, señor.

— ¿Pues con quién estábais?

Al presidente le acometió en este instante un violento golpe de tos.

— No lo puedo decir, contestó el encausado.

— ¿Y porqué?

— Porque así lo prometí, repuso llorando el infeliz preso.

— ¿Y qué hicisteis con el dinero robado? preguntó otro de los vocales.

— ¡Señor, si yo no he robado dinero ninguno!

— Sistema completo de denegacion, dijo otro: — ¡qué hipócritas los hay entre estos rústicos del campo!

— ¿Reconocéis esta navaja? preguntó otro descubriendo la que se hallaba sobre la mesa.

— ¡Yo, no! respondió el reo, que despues de diez años no recordaba su navaja.

— Basta, señores: dijo el presidente, que al ver la navaja se habia puesto de pié con desaliento. — Que se lleven al reo.

— Señores; ¡por amor de María Santísima, mirád que soy inocente! exclamó el preso cruzando sus manos; ¡tenéd compasion de mí; por la sangre de nuestro Salvador!

— Que se le lleven, gritó el presidente.

— Señores, ¡soy inocente, soy inocente! gemia el infeliz entre sollozos miéntras se le llevaban.

— Yo así lo creo, murmuró compadecido el mas jóven de los vocales.

— ¿Y en qué fundáis esa creencia? preguntó con vibrante voz el presidente.

— En que al ver á ese hombre, he sentido llenarse mis ojos de lágrimas, contestó el capitan.

— ¡Prueba contundente! dijo irónicamente otro de los capitanes. ¿Asistís por primera vez á un consejo de guerra?

— No señor, contestó el jóven con viveza: he asistido á otro, en el que con horror y repugnancia condené al reo; porque, sobre mi conciencia, me obligaba por juramento el código á hacerlo. Pero esta vez, y en atencion á este mismo juramento, le absuelvo.

— Sois dueño de hacerlo, dijo el presidente; pero no ignoráis que debéis dar vuestro voto por escrito y á vuestro turno.

— Es el mio el primero, repuso el jóven acercándose con viveza al pliego, y escribiendo su voto por la vida. Los demas escribieron sucesivamente los suyos, y cuando llegó el pliegó á manos del presidente, estaban los votos empatados.

La juventud, cuya hermosa prerogativa es la generosidad, habia votado por la vida; los otros tres vocales por la muerte. ¡El voto del presidente iba á decidir! [1]) Este no vaciló, y tomando la pluma escribió:

«Visto lo que arroja de sí la causa de José Camas, es mi voto sea condenado á la pena de ser pasado por las armas, con arreglo á ordenanza y Reales órdenes aclaratorias del 17 de febrero de 1778, y 6 de marzo de 1815,» y firmó: — *Victor Guerra.*

Al dia siguiente salia en posto el coronel para Madrid; al otro era fusilado el infeliz José Camas. ¡Pobre justicia humana, qué infalible te crees en tu arsenal de leyes y de códigos! ¿Y qué, no basta una sola sentencia condenatoria infligida á un inocente, para hacer que se suprima ese terrible derecho de condenar á muerte, que á tan atroz, aunque involuntario atentado puede dar pábulo?

Poco tiempo despues de los sucesos referidos, se hallaba el padre capellan de regreso en Europa, encerrado en su

---

1) Este voto del presidente vale por uno si es de muerte, y por dos si es de vida. ¡Qué hermosa aparece la justicia cuando inclina su balanza á la clemencia!

habitacion de Jerez, entregado al mas profundo dolor. En sus manos tenia un papel público, en el que con fecha de Málaga se daba cuenta de la ejecucion de un parricida: «Este infeliz, decia el papel, llamado José Camas, convicto «por irrecusables pruebas, nunca confesó su crímen. Fuese «natural ó fingida estupidez, no pudo ó no quiso alegar nin«gun descargo, ni aun disculpa alguna que atenuase su hor«roroso atentado. Murió humilde y abatido, sin dejar hasta «el último instante de protestar su inocencia.»

A esto seguia la lista del presidente y vocales que habian compuesto el consejo de guerra....

— ¡El! ¡él! — murmuraba con asombro D. Gaspar — ¡él! ¡condenar al infeliz, cuya inocencia le constaba! ¡Pobre hermano, mas cruelmente asesinado que su padre! ¡Pobre ser, que se ha entregado indefenso á la fiera que le ha despedazado!

El capellan habia dejado caer la cabeza entre las manos, y de cuando en cuando un sollozo hondo y seco desahogaba la opresion de su pecho. Dieron unos golpes á la puerta de su cuarto.

— No puedo ver á nadie, dijo con alterada voz el padre capellan: estóy indispuesto.

— Abra Vd., señor D. Gaspar, que soy yo, Bernardo, y me precisa hablarle, dijo una voz desde fuera.

El padre capellan, que conoció la voz del anciano amigo de su padre, serenó en cuanto pudo su semblante, y abrió.

— Tio Bernardo, le dijo, sabéis la nueva desgracia con que Dios me aflige, y que no estóy capaz de ver á nadie.

— Todo lo sé, contestó el anciano; y mas de lo que cree su mercé. Y así vengo á decirle que su hermano era inocente.

— Harto sé, repuso el capellan, que aquel infeliz era incapaz de cometer un crímen. Pero tales han sido las apariencias, tal su inercia en defenderse, que la verdad no ha podido hacerse luz.

— Su hora le llegará, D. Gaspar, repuso el veterano.

— ¡Y será tarde! gimió el capellan dejándose caer en un sillon.

— Esta será la pena que amargue lo que me queda de vida, señor; — dijo el tio Bernardo, por cuyas atezadas mejillas se resbalaron las dos primeras lágrimas que habia vertido aquel hombre, cuya entereza rayaba en estoicismo. — Pero este José no parece sino que era el primer interesado en que se cumpliera su desgraciado sino! Le habia encargado que lo primero que hiciese si llegaban á prenderle, fuera avisarme; y es lo primero que no hizo! Dios le crió corto de luces, y con su aislada vida se acabó de entumecer.

— ¿Pues qué? ¿le visteis despues de haber desertado? preguntó el padre capellan con ansia.

— Sí, señor, contestó el tio Bernardo; — pero escuchádme, que todo os lo voy á referir. — Desde que cundió la voz de que era José el matador, dije yo que no lo era; y me las mantuve hasta con el juez, que me mandó llamar. No tenia mas razon que alegar, sino que conocia á aquel infeliz, que no era capaz de matar ni á una mosca, y que esta conviccion era mas fuerte que cuantas pruebas me pusieran delante. Mis sospechas tenia yo de quién fuese el reo, porque tambien la conocia de atras; pero no podia aventurarme á nombrarle sin una prueba que á ello me autorizase.

— Pero ¿á quién sospecháis de ese atentado? — preguntó el capellan clavando los ojos en su interlocutor.

— A un alma de Cain que vos no conocéis, padre. Esa es harina de otro costal, y saldrá á amasarse á su vez: todo se andará, si la soga no se quiebra! Habia yo recogido, cuando la desgracia, el perro de mi compadre, que era valiente y fiel, como de buena casta. Un dia que pasaba por la abandonada venta, el animal se paró en la puerta, y se puso á aullar lastimosamente. Por mas que le llamaba, no queria seguirme, ni desviarse de la puerta. Preciso será, dije para mí, abrirle, para que se desengañe de que su amo no está allí. Abríle la puerta, que por aquel entónces aun estaba en su lugar, y el animal entró presuroso. Anduvo las estancias como buscando, y parándose de cuando en cuando para alzar la cabeza y dar aullidos, hasta que llegando á un rincon, en el que solia dormir sobre un monton de paja, sacó de entre esta un jiron de tela que se puso á despedazar con

rabia. Me tiré á él, y le quité aquel jiron, que al examinarlo, hallé ser la tira de un pantalon, que desde luego discurrí habria arrancado aquel valiente animal al asesino, al verle acometer á su amo. Conocíase que el perro habia saltado á la cintura del dueño de aquel pantalon, porque desde allí estaba arrancado el pedazo, el que tirado con violencia, se habia rajado hasta abajo; en un lado habia una pequeña faltriquera, y en esa faltriquera una carta.

— ¡Una carta! exclamó agitado el capellan.

— Sí, señor, una carta: aunque era de amores y nada aclaraba, tenia el sobre, y esto bastaba; que una chispa enciende una llama grande [1]).

— ¡Tio Bernardo! exclamó el capellan levantándose y cruzando sus manos sobre su cabeza, — ¡teniais en vuestras manos su salvacion, y habéis dejado morir á un inocente!

— Aguarde su mercé, señor, que no he acabado, — repuso el tio Bernardo con calor, — oíd hasta el fin, y juzgád despues. Al pronto, continuó el anciano, no supe qué hacerme. José andaba prófugo por desertor, y no habia podido ser hallado; y otro tanto sucedia al reo. Pensé que si ese malvado llegaba á saber que era acusado, seria capaz de matar á José, para que nunca pudiese atestiguar contra él. Así discurrí que era mas precavido guardar esta prueba de su culpa hasta que fuese preso, y de esta suerte, imposibilitado de cometer una nueva maldad. Tenia encargado á un escribano, prometiéndole un buen estipendio, que me avisase cuando viese en los papeles la prision del uno ó del otro, á pesar de que siempre estuve en el entender de que aquí

---

1) En el territorio de la Audiencia de Mallorca se descubrió hace pocos años un horrendo asesinato, mucho tiempo despues de cometido, y sin que se le hubiese hallado rastro, por haberse encontrado en la casa en que se ejecutó, el taco de la escopeta con que habia sido perpetrado, y que era una carta de seguridad ó documento de la policía, del cual se habia quemado la mayor parte, pero quedando intacto el nombre del dueño, que era cabalmente el asesino, y confesó su crímen en cuanto de él se le hizo cargo con aquel mudo testimonio.

Así burla la justicia de Dios, cuando quiere, las astucias de los hombres!

(*N. del E.*)

serian traidos para seguirles la causa. Mas ambos parecian haber caido en un pozo; porque pasaron los años sin que nada se supiese de ninguno de los dos.

Andando el tiempo, lleváronme unas diligencias de que fuí encargado, á Ronda, y desde allí tuve que andar algunos pueblos. Un dia que me habia internado en el monte tras una liebre, me hallé con un cabrero, en el que con sorpresa reconocí á José. — ¡Muchacho! le grité, ¿tú por aquí? — Sí, señor, tio Bernardo, me contestó sin alterarse. Pero no se lo diga Vd. á nadie; no sea que me quieran volver á llevar al regimiento, á ponerme casaca y corbatin. — ¿Y te desertaste solo? le pregunté. — No, señor, con otro; pero no puedo decir quién es, porque así me lo pidió, y se lo prometí por el alma de mi madre. — Bien está, no te lo pregunto, le repuse; pero dí, hombre, ¿qué hicieron ustedes al desertar? — Nos vinimos á la sierra de Algar, contestó: al anochecer, mi compañero me mandó pedirle pan á unos pastores que yo conocia, porque estábamos desfallecidos. — Ya, dije, ya estóy. Y ¿qué hicieron ustedes despues? — Aguardámos la noche, me contestó José; y entónces fué mi compañero á ver á mi padre, por si nos queria socorrer. — ¿Y por qué no fuiste tú? le pregunté. — Porque mi compañero dijo que mi padre se pondria fuera de tino si me veia desertado. — ¿Y no te pidió nada tu compañero? — ¿Qué me habia de pedir? Pero.... sí! Recuerdo que me pidió mi navaja y un pañuelo, que no me devolvió, ni yo le pedí, porque cuando vino, estaba desatentado, habiendo visto á uno de la partida que nos venia persiguiendo. Me trajo el pobrecillo — ¡Dios se lo pague! — mi ropa de pastor, que le pidió á mi padre; diciéndome que me la pusiera, y me metiese por los breñales de la sierra; que él iba á tirar hácia la raya de Portugal. Y aquí estóy. — ¿Y no te dió parte de lo que le dió tu padre? le pregunté. — ¡Qué habia de dar mi padre! ¡dar! ¡ya iba! Nada le dió; eso bien se lo previne yo ántes que fuese á pedírselo. — Es que tu padre no tendria dinero, hombre, le dije. — Sí, señor; ¡vaya si tenia! y mas de cien onzas de oro tambien! que yo las *cuqué* (las atisbé). — ¿Y le dijiste esto á tu compañero? — Sí, señor; pero á la

par le dije que ántes se le arrancaba á mi padre el corazon que sus onzas; y así sucedió. — Oye, José; ¿y no te dijo tu compañero que tu padre habia muerto? — María Santísima, señor! ¿pues qué, se ha muerto su mercé?

Mis temores tenia yo de que aquel condenado hubiese podido pervertir á José; porque al fin, dice el refran, que la sangre se hereda y el vicio se pega. Pero hizo el cuitado esta pregunta con tanta sorpresa y dolor, que si aun me hubiese quedado duda sobre su inocencia, se hubiese desvanecido.

— Sí, hombre: le dije, murió!

Entónces José se puso á llorar á sollozos: le consolé cuanto pude, y acabé por decirle que veria de lograr su indulto. Pero que si entre tanto era reconocido y preso, le encargaba que lo primero que hiciese fuera darme aviso, lo que me prometió: despues de lo cual, nos despedímos. Apénas habia andado unos pasos, cuando me volvió á llamar. — Tio Bernardo, me dijo, en la pared de la cabecera de la cama de mi padre, pegado al suelo, hay un hoyo en donde tenia mi padre emparedadas sus onzas; sáquelas Vd. y mándele decir misas al pobrecito de mi alma. — Bien está, contesté compadecido de ver cuán ajeno estaba el cuitado de la espantosa realidad y del tremendo cargo que, gracias á las astucias endemoniadas del otro, sobre él pesaba. — Vuestro padre fué el muerto, prosiguió el tio Bernardo presentando á D. Gaspar la tira del pantalon que contenia la carta: aquí tenéis la condenacion de su verdugo!

El padre capellan alargó bruscamente la mano para asir lo que le presentaba su interlocutor; pero la retiró con un movimiento de horror.

— Envolvédla de nuevo en los papeles en que la guardabais, le dijo. Y miéntras el tio Bernardo cumplia con despacio el encargo, el padre capellan se paseaba en un violento estado de agitacion por la estancia.

— Ya está, dijo al fin el anciano alargando un bien envuelto bulto al capellan; mas este, parándose ante su interlocutor, pálido y alterado el semblante, pero con una mirada inspirada, le dijo:

— Los muertos solo necesitan sufragios. Guardád vuestra prueba condenatoria: yo la rehuso.

— Señor, exclamó el anciano, ¿no deseáis que se castigue á un criminal?

— No, porque.... esto ya nada remedia!

— ¿Y os parece poco que se sepa la verdad? ¿no queréis revindicar la memoria de vuestro hermano?

— ¿Para qué? repuso con abatimiento el capellan.

— Para borrar la ignominia que deshonra vuestra familia, que aunque pobre, tiene patente de honrada.

— Mi familia se extingue en mí.

— ¿Y vos queréis cargar con el sambenito, señor?

— Yo, tio Bernardo, no permanezco aquí donde me conocen. Pienso agregarme á las misiones de China, de las que pocos vuelven.

— ¿Y la justicia? ¿y la vindicta pública, señor?

— Sus ministros tiene, tio Bernardo.

— Pues qué, ¡perdonariais!....

— Haré lo que pueda para lograrlo. Y lo primero será no tratar de perseguir al reo.

— Señor, — dijo con una mezcla de respeto y de impaciencia el tio Bernardo; — eso es ser santo!

— No: es simplemente levantar la mano en las cosas de la justicia mundana, en las que no quiero intervenir. Y no creáis que sea preciso ser santo para esto: la sola sabiduría humana lo enseña; pues un poeta indio ha dicho: «la virtud perdona al malvado, como el sándalo perfuma el hacha que le hiere.»

— El padre de su mercé decia que José tenia sangre de horchata; y quiéreme parecer que esta es la de toda la familia, padre capellan. Si yo supiera dónde habia de dar con el reo, habia de llevar su merecido. Y mas le digo á su mercé; y es que creeria cumplir con mi deber de hombre honrado, arrancando la máscara á un bribon.

— Cada cual tiene ó entiende los suyos á su manera. tio Bernardo, contestó el capellan. Pero difícil será que deis con él; que desaparecido hace diez años, estará expatriado

ó muerto. Rogád mas bien por su alma, ó por su conversion.

— Señor, dice el refran «que á carrera larga nadie escapa.» Y ahora que no puede dañar, no he de parar hasta que dé con él; que «con viento se limpia el trigo; y los malos, con castigo.»

— Si con buscarle y acusarle cumplís con vuestro deber de hombre honrado, al perdonarle cumplís con una virtud de cristiana, tio Bernardo.

— ¡Por vida de sanes! exclamó el anciano, eso es perdonar sin tino, señor; y maldades hay que no lo merecen.

— No hay culpa exceptuada en el gran precepto del perdon, tio Bernardo.

— Pues señor, repuso el veterano con energía, yo no estóy como su mercé, con un pié en el cielo ¡y le aseguro que si doy con ese bribonazo, por la leche que mamé! que ha de pagar sus delitos. ¿Y creéis, padre, que me condenaré por eso?

— No digo eso, amigo Bernardo, no digo eso: he expresado mi sentir sin acriminar el ajeno. ¿Pero á qué discurrir sobre este asunto, cuando es casi una imposibilidad que halléis al que creéis reo?

— ¿No hallé á José? repuso con viveza el anciano.

— Fué una gran casualidad, tio Bernardo.

— Es que hay casualidades que parecen providencias, señor D. Gaspar.

— Considerád que diez años cubren con un espeso velo lo pasado.

— Señor, dice el refran que mas largo es el tiempo que la fortuna. Se hallará. Y ya que vos no queréis hacerlo, yo le buscaré; y si le hallo.... ¡de Dios le venga el remedio! Por lo pronto voy á llevar mi deposicion al juez, dijo el anciano alejándose precipitadamente.

Una mañana estaban reunidos el general y su hermano mayor en el despacho del primero, que habitaba una hermosa casa, en una de las calles principales de Madrid. El general parecia abogar con calor por alguna cosa que su hermano reprobaba, y ambos interesados altercaban en su contienda.

— En ninguna época, como en la nuestra, decia su hermano al general, se han visto hombres colocarse en primer término, y figurar, ya por su riqueza, ya por su rango, ya por su preponderancia política, ya por sus excentricidades, sin que se haya averiguado ni el rincon oscuro de donde salieron, ni las circunstancias que les sirvieron de escalones para subir. Mancomunado el misterio en que se envuelven estos improvisados personajes, con el *qué me se da á mí* de una sociedad que vive al dia, sin cuidarse mas que de lo presente, lo pasado queda sin huellas, como el rastro de un barco entre las olas del mar. Se ha filtrado tanto esta tendencia, se ha generalizado á tal punto este divorcio con el pasado, este desden por la cuna, este olvido indiferente hácia aquellos á quienes debemos la existencia, nuestra crianza y nuestro nombre, que es poco frecuente oir á los hijos en general, y á los encumbrados en particular, recordar á sus padres con aquel cariño, aquel respeto, aquella veneracion que les es debida solo por serlo.

— Hermano, — contestó el futuro suegro del coronel, — es tendencia general de los ancianos, la de enaltecer el tiempo pasado, deprimiendo el presente. No quiero seguirte en este monótono carril.

— Cierto es que así sucede á ancianos y no ancianos, cuando se trata de las malas tendencias que dominan. Y cada era tiene las suyas propias, porque la humanidad, así como las naturalezas, son y serán imperfectas, por mas que los filósofos regeneradores y los modernos Hipócrates se afanen en querer lo contrario. Si curan una enfermedad moral ó física, aparecerá otra nueva; y siempre morirán igual número de vivientes con otras enfermedades, y aparecerán malas tendencias con otros giros. ¡Esto ha sido, es, y será siempre!

— ¿Y todo esto, repuso el general, para venir á caer en que desapruebas el casamiento de mi hija con el coronel Guerra?

— Es muy cierto, hermano.

— ¿Y sin mas razon, prosiguió el general, que la de no conocer á su padre, á su abuelo y á su tatarabuelo?

— En parte sí, puesto que han de ser los de sus hijos, que serán mis sobrinos y herederos.

— Son unos ricos hacendados de Zahara, y su apellido es ilustre.

— No hay apellido ilustre sin filiacion. Me he informado por conducto fidedigno, y he averiguado que si bien existen individuos de ese nombre allí, son pobres jornaleros, que han tenido un hijo que en 18.... fué embarcado como soldado para América, y que están en la persuasion de que su hijo ha perecido, pues nunca mas han vuelto á saber de él.... El coronel dice que sus padres han muerto: ahora bien, ¿qué te parece de renegar así de sus padres porque son pobres?

— Seria horrible si fuese cierto.

— ¿Y qué te parece, hermano, el decirse hijo de ricos propietarios, siéndolo de pobres jornaleros?

— Seria ridículo, si fuese exacto.

— ¿Me darás, pues, la razon si desapruebo este enlace con un hombre que une al feo borron de descastado, tan miserable vanidad?

— Hermano, no creo en tus noticias; esos Guerras serán otros; es un apellido muy general. Mas dado caso que fuesen ciertas, — ¿son estas debilidades humanas, suficientes para contrapesar las muchas otras ventajas que hacen del coronel Guerra una boda brillante si no lucida? Su carrera es brillante, su mérito incontestable.

— Bien está, bien está; eso es en cuanto á su vida militar. ¿Pero.... y en la privada?

— No hay uno de sus compañeros que no haga de él en este punto elogios; ademas es rico.

— Sí, dijo con amarga sonrisa el anciano; fortuna hecha al juego!

— Eso es pecado venial en América, hermano, repuso riéndose el general penosamente afectado, y no pudiendo dejar de defender á su presunto yerno.

— ¡No digo! exclamó con amargura el anciano: ¡lo pasado es el surco en el mar! ¿Qué extraño es que se pierda la vergüenza, si hoy dia, aun personas tan virtuosas y llenas

de pundonor como tú, se constituyen en quita-manchas de las mas feas?

— Pero, hermano, — dijo con triste inquietud el general; — mi hija le quiere.

— Tu hija es una excelente y dócil niña, que no se habria dejado llevar de su cariño, si te hubieras opuesto á él.

En este momento entró radiante el coronel, el que halló, como de costumbre, frio y seco al hermano del general. Este, en cambio, se esforzó en indemnizar á su futuro yerno de tan visible desvío prodigándole muestras de afecto y de cordialidad.

No habia pasado un cuarto de hora, cuando dieron unos golpes á la puerta del despacho.

— ¡Adelante! gritó el general.

Abrióse la puerta, y apareció en el quicio un anciano aseadamente vestido con el traje de campesino andaluz.

— ¡Bernardo! ¡por fin viniste! — gritó el general, apénas le vió, arrojándose hácia el recien entrado, y echándole los brazos al cuello. Cogiéndole en seguida de la mano, lo arrastró tras de sí al interior del despacho, y presentándosele á su hermano y al coronel, — aquí tenéis, dijo, á Bernardo, mi fiel y valiente salvador, al que debo la vida. Mirád, mirád, añadió desviando las canas de la sien del que llamaba su salvador, mirád esta cicatriz que estampó el sable del enemigo; aquí está imborrable la prueba de su lealtad, como lo está su recuerdo en mi corazon. ¿Pero cómo te va, amigo? Ya veo que los años han pasado sobre tí como sobre un robusto roble, sin haber hecho mas que platear tu cabello y curtir tu enérgico semblante.

— Señor, contestó el anciano, de salud no me va malamente; y de ánimo lo mesmo. Pues aunque mis tramojos paso, no me amilano; que pesadumbres no pagan trampas. Su mercé Usía sí que está arrogante! ¡Ya! ¡cómo que tiene diez años ménos que yo! ¡Ya sé que su Excelencia se ha casado, y tiene hijos como pimpollos! ¡sea para bien!

— Ya los verás, Bernardo, ya los verás; ¿y los tuyos? ¿y tu mujer?

— Señor, mi mujer está tan encogida y arrugada, que parece una castaña pilonga. Los hijos, uno sirve al rey; los demas están casados, y con un celemin de hijos.

— Bernardo, tú no te separas ya mas de mí.

— Señor, ¿y cómo dejo á la mujer?

— Te la traes.

— ¡Qué, señor! mas fácil es traerse á la Cartuja! Allí está endiosada entre los hijos y los nietos, y con mas raíces que una cepa.

— Pues bien, voy á fincar, y no te faltará buena colocacion: tus trampas cuéntalas desde ahora entre los muertos. Aquí tienes, añadió el general señalando al caballero anciano, á mi hermano, de quien tanto te hablaba; y aquí, prosiguió señalando al coronel, al que va á ser mi yerno.

Al ver al antiguo asistente, D. Victor Guerra habia mudado de color, y hasta hecho un movimiento para tomar su sombrero y alejarse. Pero reflexionando con su acostumbrada presencia de ánimo que el encuentro con aquel hombre no era fortuito, y que deberia repetirse diariamente en lo succesivo, sostenido por su siempre triunfante audacia, y por la confianza de que no era posible que fuese reconocido, habia vuelto á sentarse, — al parecer tranquilo, — y leia un periódico. Al oirse presentar por el general á su antiguo asistente, levantó con arrogancia la cabeza, que inclinó ligeramente para saludar al recienvenido.

Pero apénas le hubo fijado este, cuando se pintó en su abierto semblante el mas perfundo asombro, y no pudo desviar la vista de aquel rostro pálido y altanero.

Entretanto el general se habia levantado y tocado la campanilla.

— Llévate, le dijo al criado que entró, á este huesped que me ha llegado: que se le sirva de almorzar y se le atienda como á persona de mi propia familia. Anda á descansar, Bernardo, añadió, que en seguida quiero presentarte á mi mujer é hijos, que ansian por conocerte. Y empujando por el hombro al anciano, que continuaba absorto, le hizo seguir al criado.

— ¿Cómo se llama ese coronel? preguntó al criado el tio Bernardo.

— D. Victor Guerra: ¿le conocéis?

— Juraria que sí, contestó el huesped; pero por entónces no era coronel, ni se llamaba D. Victor Guerra. Mas como de esto hace tiempo, ántes de afirmarlo quiero cerciorarme de si es el mismo.

El tio Bernardo no habia podido pasar un bocado. A poco se habia levantado, y con pretexto de ir á buscar sus alforjas al meson, habia salido. Pero no habia pasado del portal; en el que parado, y con una mirada ardiente y ansiosa, aguardaba, — al parecer, — algo que conmovia todo su ser. No podia aun dar crédito á sus sentidos al reconocer en el coronel al asesino del ventero; é iba á valerse de una treta para cerciorarse de la verdad.

Al cabo de media hora se oyeron pasos en la escalera; el anciano levantó su ansiosa vista, y vió bajar con toda su arrogancia al que esperaba. Retiróse á alguna distancia ocultándose en la sombra.

Apénas traspasaba el coronel el último escalon, cuando oyó una voz que decia:

— ¡Juan Luis!

El coronel volvió instantáneamente la cabeza.

— ¡No has olvidado tu nombre! exclamó el tio Bernardo, poniéndose frente al coronel. Juan Luis *Navajas*, ladron, asesino! Lo que si pareces olvidar en tus postizas grandezas, es que «la verdad adelgaza, pero no quiebra.»

El coronel como herido de un rayo al oir formulada aquella tremenda acusacion, habia tenido que apoyarse en la pared para no desplomarse. Mas, reponiéndose instantáneamente, — como el que habiendo caido en lo profundo del mar hace un esfuerzo desesperado para volver á la superficie, — se recobró, y dijo con una vehemencia que en vano trataba de disimular bajo la capa de un frio desden:

— ¿Se os ha ido el juicio? ¿deberé compadecer vuestra locura, ó castigar vuestra osadía?

— ¡Osadía! repuso el anciano, cuya voz temblaba de indignacion. — ¿Quién habla de osadía? ¡vil, infame! ¡tú, que

sobre hurto y sangre has labrado tu fortuna! Has creido poder, como la serpiente, soltar tu piel y seguir arrastrándote impune con otra; olvidando en tu loco delirio que de San Juan á San Juan no le queda Dios á nadie á deber nada!

— ¡Viejo estúpido ó insensato, refrenáos! — exclamó con ira el coronel, — y no abuséis de la prudencia que observo, en consideracion al general. Pero, callád; y no me forcéis, ó á cortaros con mi espada vuestra viperina lengua, ó á acusaros á la justicia como descarado calumniador.

— ¡A la justicia, sí! á esa mostraré yo las pruebas de lo que afirmo!

El coronel soltó una seca y acerba carcajada.

— Juan Luis, Juan Luis, dijo el anciano: por su mal le nacieron alas á la hormiga! Subiste sirviéndote de hincapié un robo y una muerte: hiciste mas: urdiste con tal maldad tu trama, que en ella hiciste perecer á un inocente, creyendo que pagando él por tí, estabas salvo.

El coronel echó mano á su espada.

— Quieto! dijo el anciano; que una muerte mas no te salva. Porque las pruebas de tu delito no mueren conmigo; que en manos de la justicia las dejé, y te está siguiendo la pista. Largo tiempo has triunfado, has lucido, has gozado!.....

— La gloria y el dinero son para quien los gana, y ganados los tengo, rústico deslenguado, dijo el coronel con altanería.

— Sí, sí, te sopló la suerte, como una desatinada que es. Pero ya todo se te acabó; y pagarás el capital y los réditos. Porque sábete, Juan Luis, que mas largo es el tiempo que la fortuna!

— Considerád que yo os acusaré de calumniador infame; á no ser que generosamente os perdone, si os retractáis de lo dicho, y prometéis callar esas visiones de vuestro trastornado cerebro, dijo el coronel, que nunca perdia la cabeza.— En ese caso os prometo, en consideracion al general, ser vuestro ferviente protector. Soy rico, generoso, y el que salvó la vida á mi suegro, puede estar seguro de mi gratitud.

Desde ahora podéis contar con cuarenta mil reales como principio de otros beneficios.

— ¡Anda, anda, mal nacido! que aunque me ves vestido de lana, no soy oveja, respondió el veterano. El que, como tú, tiene echada el alma atras, no es extraño que trate de sobornar á un hombre de bien. Pero yo no vendo mi honra, que vale mas que todas tus mal ganadas grandezas. ¿Pues qué? ¿te habia yo de dejar casar con la hija del general? ¿habia de dejar infamada la memoria del infeliz de José? habias tú de seguir impune disfrutando el beneficio de tus iniquidades? No en mis dias.

— Pues callaréis para siempre, ya que perderme intentáis, exclamó con honda voz en una explosion de ira el coronel. Pruebas de vuestra calumnia ni tenéis ni podéis tenerlas; pero basta ella para manchar mi inmaculado honor.

Diciendo esto se habia arrojado fuera de sí con una pistola en la mano hácia el anciano. Pero en este momento se oyeron pasos en la escalera, y huyó precipitadamente.

Cuando llegó á su casa, habia logrado serenar la tempestad de su alma. — ¡Serenidad! se dijo, ¡sangre fria, que es la que salva! — ¿De qué pruebas puede hablar ese mi eterno perseguidor? No existen. Negaré. — ¿Quién no creerá al coronel Guerra cuando desmienta á un viejo estúpido? ¡En mala hora se ha hallado en mi camino! El general le aprecia y tiene fe en él: pero.... ¡valor! Juguemos el todo por el todo. Mi buena estrella no me abandonará: en ella confío.

El coronel se fué á comer á una fonda, fortificando su impasibilidad con el bullicio, atolondrándose con conversaciones animadas, que empezaba y cortaba con desasosiego, que procuraba hacer aparecer como aturdimiento.

A la oracion volvió á su casa, en la que halló una carta. Sorprendióle, porque de nadie podia esperar comunicacion alguna: abrióla presuroso: era un anónimo, y solo contenia estas tres palabras latinas de una concisa y conocida advertencia:

— Fuge, late, tace!

Aunque la letra era fingida, el coronel creyó reconocer la

del general: quedó inmóvil fijando la vista en la abierta carta que permanecia en su trémula mano.

— ¡Lo sabe! murmuró. El mal viejo se lo ha dicho! Pero no le habria dado tan entero crédito un hombre de tanta cautela como el general, si no le hubiese comunicado esas pruebas de que me habló.... Pero.... ¿cuáles pueden ser?.... No existen.... ¡miente el villano!.... Y no obstante, hay ciertamente.... hay ciertamente un genio, enemigo del reposo del hombre, que suele alguna vez, cual los vampiros, desenterrar cadáveres yertos y olvidados, del centro de la tierra. *Fuge, late, tace!* huye, ocúltate, calla! — ¿Y con qué fin me traza esa línea de conducta el general? ¡Está claro! Quiere evitar un escándalo que avergüence al regimiento de que fué jefe, que abochorne á la mujer que decia amarme, y humille al que se decia mi amigo! ¡Compañerismo, amor, amistad!.... ¡palabras huecas y sin raíces, que no resisten á un impulso de orgullo!

Así raciocinaba aquel hombre. ¡Y no es él solo! ¡Cuántos culpan, como él, á la sociedad y á los afectos, por no culparse á sí propios! ¿Cuál será la verdad de que no se abuse? ¿cuál la sentencia que no se aplique mal?

Juan Luis veia — con tanta mas rabia y asombro cuanto que no lo aguardaba, — desmoronarse el edificio de su insolente prosperidad, labrada por el engaño y la hipocresía; veíalo caer, — levantado como estaba sobre una sepultura y una mentira, — al empuje de un cadáver que se alzaba, y de la verdad que se hacia luz, á pesar de sus criminales esfuerzos por aniquilarlos!

Aun reflexionó algunos instantes aquel criminal, hecho tan insolente por su fortuna: se vistió en seguida de paisano, se ciñó al cuerpo un cinto de onzas, y salió. A los dos dias se embarcaba en San Sebastian para Inglaterra.

No se engañó en sus cálculos. La carta era del general. Este, cuyo carácter era mas delicado que enérgico, instruido de todo por su antiguo asistente, avergonzado como coronel del regimiento en que habia servido aquel infame, horrorizado y humillado como padre, del que habia admitido por

yerno, quiso á toda costa evitar el público escándalo de la aprehension y condenacion del criminal.

Cuando el tio Bernardo supo la fuga del reo, se arrepintió amargamente de haberle puesto sobre aviso, aunque le habia sido necesario acabar de convencerse de la identidad de su persona.

— Se ha escapado ese perverso Juan Luis Navajas, dijo. Pero... ¿á dónde irá que á los ojos de Dios se esconda? Y Dios consiente; pero no para siempre. Su hora ha de llegar; que quien mal anda, mal acaba.

El tio Bernardo hablaba proféticamente; porque á poco se pudo leer en un periódico de los Estados-Unidos la relacion del siguiente suceso:

«Las casas de juego siguen siendo cuevas de crímenes. «En la pasada noche ha tenido lugar en ***Street el mas «horroroso suceso. No há mucho que llegó aquí un español «que se apellidaba D. Claudio Jaen: su carácter altanero, su «humor irascible y su aire provocativo le habian hecho odioso «en los alojamientos en que habia vivido. Pasaba sus noches «en las casas de juego, en las que ganaba con tan loca for«tuna, que se susurraba entre los demas jugadores que no «jugaba limpio.

«Entre estos el mal encarnizado contra él era un limeño «de poco buenos antecedentes, que aseguraba ademas haber «conocido al referido sugeto en Lima, en donde llevaba el «nombre de D. Victor Guerra. Supo todo esto al entrar «anoche en la casa de juego el llamado D. Claudio Jaen, y «se puso en un estado de furia difícil de describir. Al ver «entrar poco despues al limeño, se arrojó sobre él con furia «clavándole un puñal en el pecho; mas no pudo llegar á su «antagonista tan pronto que no hubiese este sacado una pistola «que descargó á quema-ropa sobre su agresor, exclamando: «señores, ya veis que castigo á un asesino. — La muerte de «D. Claudio Jaen fué instantánea; el limeño vivió algunas «horas, y esta tarde ha dejado de existir.»

Tambien pudo verse algun tiempo despues en los periódicos españoles una carta de un misionero en que daba cuenta

del martirio sufrido por otro, llamado el padre Gaspar Camas. Ambas cosas supo el tio Bernardo por el general.

— ¡Vaya! dijo; cada cual ha muerto como ha vivido: el uno, como un santo mártir; el otro, como un ladron y asesino. — Dios premie al uno, y perdone al otro!

— Vaya, Bernardo: esa es una buena palabra, que me alegro verte aplicar á ese hombre, que tanto has odiado y tanto has perseguido, le dijo el general.

— El campo santo es un sagrado, señor! — Delante de una sepultura no debe el cristiano tener mas que oraciones! — repuso el tio Bernardo.

NO TRANSIGE LA CONCIENCIA.

¿Porqué, pues, el mortal ciego se lanza
tras mentida ilusion que poco dura?
Solo asegurará su bienandanza
la paz del alma y la conciencia pura.

Francisco Javier de Búrgos.

Un seul printemps suffit à la nature,
à reproduire ses fleurs et sa verdure;
jamais la vie ne reproduit
la paix du cœur qu'un seul instant détruit.

Bástale á la naturaleza una primavera para recobrar sus flores y su lozanía; pero no alcanza la vida del hombre para devolver al corazon la paz que puede destruir un solo instante.

CAPITULO I.

Así como en las desiertas costas del mar se ve blanquear un nido de gaviotas en la concavidad de una peña, así aparece Cádiz en la concavidad de sus murallas. Hanla labrado tan denodadamente entre las olas, que la tierra alarga un brazo para asirla. Lleva este angosto brazo de piedra y arena, como un brazalete, la Cortadura; esto es, una fortaleza construida en tiempo de la gloriosa guerra de la Independencia: separa las violentas olas del Océano de las tranquilas aguas de la bahía, y conduce á la ciudad de San Fernando, que en el fondo de la ensenada abre sus arsenales de la Carraca como hospitales, á los barcos que, heridos y maltratados en sus azarosas carreras, regresan á sus lares. ¡Pobres barcos, á los que los huracanes dicen: *¡marcha! ¡marcha!* como los acontecimientos se lo gritan á los hombres! y que al llegar á su patria se asen á ella con sus áncoras, como niños con sus manos al cuello de su madre.

Pasada la ciudad de San Fernando, — gallarda y digna vecina de Cádiz, — que ostenta su Calle Larga parecida á un estrado, y sus casas brillantes y sólidas como si fuesen de plata maciza; y atravesando el puente Zuazo, tan antiguo que se atribuye su construccion primitiva á los fenicios, el camino se divide en dos: el de la izquierda sigue costeando la bahía, y el de la derecha se dirige á Chiclana. Se entra en este precioso pueblo por una arboleda de álamos blancos, que toman asiento entre verdes huertas, — á la manera de nobles ancianos encanecidos, — estimulando con su susurro á las

plantas pequeñas y tiernas á crecer y fortalecerse, para resistir como ellos á los vendavales. El pueblo es grande, y el rio Liro lo divide en dos mitades como un cuchillo de plata.

Dominábanlo otras veces sobre dos alturas, una torre morisca ruinosa, como imágen de lo pasado en la una; y una lindísima capilla, como imágen de lo presente, en la otra. De pocos años á esta parte la torre ha desaparecido, y la capilla es una ruina.

Era un templo, era un altar
donde llora el desvalido:
yo lloré; volví á pasar...
¡y era polvo consumido,
que tambien me hizo llorar! [1])

Era esta capilla (dedicada á Santa Ana) de construccion redonda, y estaba ceñida de una columnata, que formaba en su alrededor una galería, desde la cual se admiraba un hermoso panorama, esto es, una bella vista circular.

La aislada y abandonada torre tenia á sus piés el cementerio; como si los hombres muertos buscasen simpáticamente la sombra de la muerta torre! Esta torre, que parecia un sello de piedra que ostentase los archivos del pueblo; que era una herencia de generaciones guardada por la comarca, como la momia de un vencido caudillo, embalsamado por los aromas de las flores del campo; esta torre austera, que no tenia conexiones ya sino con los muertos, que á su alrededor se volvian esqueletos; con las aves nocturnas que en sus oscuros antros, huian del bullicio y de la luz del dia; y con los vientos, que venian á gemir tristemente en las brechas, que podian considerarse como heridas causadas por el tiempo: ¡esta torre inofensiva no pudo escapar al moderno vandalismo! ¡Ni el respeto á los recuerdos que evocaba; ni el respeto al cementerio que tan expresivamente presidia; ni lo romántico de su aspecto; ni lo histórico de su orígen, pudieron valerle! ¡Fué demolida bajo el sabio protesto de que..... *estaba ruinosa*!!! ¡Ruinosa una ruina!! ¡ruinosa aquella torre, que llevaba los siglos, como vosotros los dias! ruinosa aquella mole petrifi-

---

1) Don Juan Arolas.

cada, que hubiera vivido mas que todas vuestras construcciones de yeso y de madera!

Tambien la capilla, cerrada y abandonada, ha sido presa de la destruccion. Ya ha desaparecido la columnata que tan noblemente la ceñia. Arbolado, edificios, conventos, santuarios, castillos, palacios feudales, hasta las ruinas van desapareciendo! sin que ni siquiera se levanten fábricas, ni se planten huertas para reemplazarlos, para vestir con cocos [1]) y flores á la noble matrona España, en lugar de los tisús y joyas de que la despojan! — ¿Qué nos quedará pues? — Dehesas para criar la fiera salvaje y feroz, cuyas lides forman el ameno y culto placer que goza con preferencia del favor del público!!! ¡Dios mio! ¿Será que la ferocidad y la crueldad del hombre necesitan un desahogo, como lo necesita y lo halla la atmósfera alguna vez en sus tormentas, relámpagos y truenos, para descargarse de su electricidad?

En los tiempos en que Cádiz era el Rothschild de las ciudades; en aquellos tiempos en que, segun decian los forasteros de fuste, hacian los comerciantes de dicho pueblo la vida de rumbo, y con la grandeza propia de embajadores; la mayor parte de ellos tenian casas de campo en Chiclana, que se labraban y amueblaban con extraordinaria riqueza y buen gusto. Aunque deslustrado, aun quedan grandes vestigios de aquel elegante lujo, á que la venida de los franceses de Napoleon dió el golpe de muerte.

En la época presente en la que se cumple en muchos casos aquel conocido adagio, *se abajan adarves y se levantan muladares;* cuando los ancianos cuentan las grandezas y fausto de aquella época; la gente, no diremos *jóven*, sino *nueva*, cree oir cuentos de *Las mil y una noches*, y alternan en sus labios el asombro y la crítica. Garbo, generosidad, esplendidez, son — al parecer de nuestra época, — materia para un apéndice al D. Quijote, es decir, virtudes fantásticas, que solo pueden existir en un cerebro sobreexcitado [2]).

---

1) *Cocos*, percales.

2) Aunque la época lejana que aquí se pinta, no nos permite dibujarla con la autoridad de testigos oculares, podemos, no obstante, afirmar

Cuando empiezan los sucesos que vamos á referir, — que es á fines del siglo pasado, — Chiclana estaba en todo su auge, brillaba el oro por Cádiz, y esparcia sus rayos en sus alrededores, como el sol en el cielo. Solo en la Habana se sabe hoy, — cual allí se sabia entónces, — echar por ahí las onzas con la misma sencilla indiferencia con que arrojan los niños globulillos de espuma de jabon en el espacio, y con el señorío de príncipes, que ni miran ni ponen precio á lo que dan ó gastan en obsequio de otros. Cuéntase que fué en esta época cuando la famosa Duquesa de Alba dijo á un jóven, que al ver en su mesa veinte mil duros, opinaba que esta suma, que para ella era tan poca cosa, haria la fortuna de un hombre: ¿los quieres? El jóven admitió. La Duquesa le mandó el dinero, y... le cerró su casa. Hoy dia succederia lo contrario: no se daria el dinero; pero en cambio no se cierran las puertas al que lo adquiere, sea cual sea el medio de que para ello se haya valido.

En una de las anchas y alegres calles del mencionado pueblo, descollaba entre todas una hermosa casa, aunque solo tenia un piso algo elevado del suelo. Subíase á ella por una escalinata de mármol, y era su puerta de caoba, tachonada de grandes clavos de brillante metal. Coronaban el frontispicio las armas de su dueño esculpidas en mármol. La nobleza y la riqueza se buscan, porque primitivamente fueron hermanas — hoy dia, ni aun primas son! La casa-puerta, — así como el patio y todas las habitaciones, hasta las oficinas interiores, — estaban soladas con magníficas losas de mármol azules y blancas. Sostenian las cuatro galerías que rodeaban el patio, columnas de jaspe; en el centro de este, rodeada de macetas y estatuas de alabastro, corria una fuente sin cesar, celebrando con su pura é infantil voz, lo mismo al pimpollo entreabierto como una esperanza, que á la flor que caia deshojada como el desconsuelo. Entre columna y columna pendian, cubiertas de verdes y floridas colgaduras de jazmines y mosquetas, do-

---

la exacta verdad de la pintura de aquella época, y todos sus pormenores, porque las fuentes de donde hemos sacado estos datos, son las mas autorizadas y fidedignas.

radas jaulas con vistosos pájaros; un toldo de lona con puntas ribeteadas de color, cubria el patio y conservaba la frescura, esparciendo una sombra suave como un *duerme-vela* en una siesta de verano. Las paredes de la sala eran de estuco blanco sobre un fondo celeste; la sillería y sofá, de ébano con adornos de plata maciza, y forros de gro de Tours celeste. Era su hechura sencilla y mezquina, á la griega, moda que habia entronizado la revolucion de Francia, poniéndola á la órden del dia con el gorro frigio, los nombres de *Antenor, Anacársis, Temístocles, Aristides*, y otras cosas ménos inofensivas. Sobre la mesa, que ostentaba cuatro piés derechos é istriados, habia un magnífico reloj de mármol blanco y bronce negro y dorado. Pasado á la sazon en las artes tambien el gusto por lo pastoril é idílico, privaban entónces las graves y clásicas alegorías, á las que en breve debian seguir los cañones, banderas y coronas de laurel bélicas, con que Bonaparte habia de hacer evaporarse en ancha atmósfera, el ardor de la calentura revolucionaria francesa. A su vez la época de la Restauracion, — en la que acabó la legitimidad con el despotismo del sable, como este habia concluido con el despotismo de la democracia, — [1]) trajo las ideas monárquicas y los sentimientos religiosos, con el caballerismo, la lealtad, la fidelidad y la religiosidad antiguas, que habian de introducir el romanticismo en la literatura, y el gusto gótico en las artes y modas, siguiendo luego el gusto á lo Luis XIV y Luis XV, llamado *rococó*. Cual niños, los hombres son entusiastas de lo nuevo, y pisan en seguida con desprecio lo que era su ídolo un momento ántes. Shakespeare ha dicho: «*fragilidad*, tu nombre es mujer!» Bien pudiera haber añadido: «¡*cambio*, tu nombre es hombre!»

Formaba el reloj un grupo compuesto de un anciano que representaba al Tiempo; de dos bellas jóvenes desnudas y enlazadas, que se apoyaban en el anciano, y personificaban

---

1) Dice Dumas á quien no se tachará por cierto de antibonapartista ni de legitimista: — «Por espacio de setenta y dos años llevó Luis XIV a corona y *reinó*; — por espacio de diez y nueve años tuvo Napoleon en su mano el cetro, y gobernó con el despotismo.»

la Inocencia y la Verdad, y de otras dos figuras envueltas en negros velos, que figuraban la Maldad y el Misterio huyendo del anciano, que con el dedo levantado parecia amenazarlas. La efigie del viejo estaba bien y característicamente esculpida, y cuando á su expresivo gesto se unia la clara y vibrante voz de la hora que contaba á sus muertas hermanas, parecia amenazante la voz del austero anciano, y no podia ménos de conmover al que, meditando sobre el sentido de aquella alegoría, oia resonar sus compasados ecos.

A cada lado del reloj habia un candelero formado de un Negro de bronce, posado sobre una base redonda de mármol adornada de cadenitas del mismo metal: llevaba el Negro sobre la cabeza y en cada mano, unos cestos de flores doradas, en cuyos centros se colocaban las velas. El techo de la sala estaba pintado, figurando leves nubes blancas y grises, entre las que asomaba una Ninfa ó Hija del Aire, que en sus manos parecia sostener los cordones y borlas celestes, de que pendia una lámpara de alabastro destinada á filtrar una luz suave como la luna, luz que favorecia en extremo la belleza de las mujeres, y era adoptada para tertulias de confianza. En medio del cuarto, sobre un velador de mosaico, habia un gran globo de cristal, en que nadaban pececitos de colores, que ostenta el agua en competencia con el aire, que muestra sus encantadores pájaros, y con el jardin que ostenta sus deliciosas flores. Allí vivian suaves y callados, sin que les intimidase la transparencia de su círculo de accion mirándolo todo con sus grandes ojos sin comprender nada, cual pequeños idiotas. Coronaba este globo otro mas chico, que estaba lleno de flores; y habia profusion de ellas colocadas en jardineras en los huecos de las ventanas. Pendian de estas, cortinas de muselina guarnecidas de encajes, poco mas ó menos como se ven hoy dia, con la diferencia de que la muselina de aquellas no era inglesa, sino de la India, y que los encajes no eran de algodon y de telar, sino de hilo y de bolillos. Como era verano, las persianas no dejaban penetrar en la sala sino una débil claridad: la atmósfera estaba embalsamada por las flores y por pastillas de Lima.

Sobre el sofá estaba recostada una mujer de extraordinaria

belleza: una profusion de rizos rubios cubrian una de sus manos de alabastro, en la que se apoyaba su cabeza, reclinada sobre uno de los cojines del sofá. Un peinador de olan, guarnecido de encajes de Flándes, cubria sus perfectas y juveniles formas; y solo asomaba por entre el encaje la punta de su pié, calzado á la moda de entónces, con media de seda y zapato de raso blanco. Las damas de importancia no gastaban otro á ninguna hora del dia, y llegó el lujo hasta gastar zapato de encaje forrado de raso de color. Los apóstoles de la última moda, sobre todo si viene de allende, grandes admiradores de los *brodequins*, echan una mirada de soberano desprecio sobre ese rico y elegantísimo uso, que tiene dos pecados mortales — *el ser antiguo, y el ser español.*

Brillaba en la mano izquierda de la jóven acostada en el sofá un magnífico brillante; y con un pañuelo de olan, bordado en Méjico, que en ella tenia, enjugaba de cuando en cuando una lágrima, que se deslizaba lentamente por sus anacaradas mejillas. Sin duda piensa el lector haber adivinado que esa lágrima solitaria que vierte una mujer jóven y hermosa, rodeada de aquel lujo, indicio de una posicion envidiable, es y no puede ser sino una lágrima de amor. Sentimos decirlo: el lector ha adivinado mal. Y en obsequio á la verdad, y aun á costa de desprestigiar á la heroina de nuestra relacion, tenemos que decir que esa lágrima no era de amor, sino de coraje. Sí; aquella lágrima tan brillante, que caia de aquellos ojos, azules como el cielo de la tarde, y que pasando por entre sus largas y obscuras pestañas, resbalaba por aquellas mejillas de tan suave y fresco sonrosado, era de coraje. Pero ántes de proseguir, es preciso referir lo que la causaba.

CAPITULO II.

La jóven que hemos descrito, se llamaba Ismena, y era hija única de D. Patricio O-Carty, cuya familia habia emigrado de Irlanda, como otras muchas, huyendo del usurpador Crom-

well, que perseguia dos cosas que suelen unirse: la religion y su constancia; el principio monárquico y su lealtad. La mayor parte de estos fieles, que abandonaron sus empleos, casas y tierras, siguieron á Carlos Eduardo Stuart el *Pretendiente*, á Francia, y le acompañaron cuando en 1690, auxiliado por Luis XIV, hizo este desgraciado rey un desembarco en Irlanda, y despues de muchas vicisitudes, mandó en persona la desgraciada batalla de la Boyne. Despues de esta derrota entraron aquellas tropas, que se componian de la primera nobleza de Irlanda, al servicio de Francia y España. Acogiólas, como de suponer era, Felipe V. favorablemente, y formaron en 1709, los regimientos de Ibernia y Ultonia, y mas adelante otro tercero, que se llamó Irlanda. Mandaba estas tropas Jacobo Stuart, Duque de Berwick, hijo natural que tuvo Jacobo II de Arabela Churchill, hermana del famoso Marlborough. Ganó el Duque de Berwick la batalla de Almansa, y tomó á Barcelona por asalto; y el rey premió sus grandes servicios á la corona con los Ducados de Liria y Jérica, y con la Grandeza de España. Tuvo este bizarro general dos hijos: el primero se naturalizó en España y llevó los títulos de Berwick, Liria y Jérica, uniéndose despues por enlace á la noble casa de Alba, que habia recaido en hembra; el hijo segundo se estableció en Francia, donde existen sus descendientes, que llevan el título de Duques de Fitz-James. Los arriba mencionados regimientos han llegado hasta nuestros dias con los hijos de aquellos fieles; pues, segun se nos dice, existen aun noventa apellidos irlandeses en el ejército español, que honran á los que los llevan, por su lealtad, bizarría y nobleza hereditaria [1]).

---

1) Creemos curioso apuntar aquí algunos de los ilustres de estos militares irlandeses, á quienes en atencion á sus méritos, á sus servicios y al lustre de sus familias, ha compensado el gobierno español parte de lo que en su patria perdieron.

Ademas de lo concedido al ilustre caudillo de estas tropas, Jacobo Stuart, se le concedió á un descendiente suyo, Pedro Stuart, el título de Marques de San Leonardo, que andando el tiempo recayó en hembra, la que casó con el Brigadier D. Simon Wall, descendiente del General Ministro D. Ricardo Wall.

En 1776 hizo el rey Conde de Ophalia al Teniente General D. Bernardo

Casó D. Patricio con una española, y su hija Ismena reunió belleza de ambos tipos. Cubria sus delicadas y graciosas formas de andaluza, la alba y rosada tez de las hijas de la nebulosa Erin, á la que daba la impasible frialdad de su dueña esa limpieza y tersura transparente de la esperma que nada enturbia. Sus rasgados ojos azul turquí tenian entre sus obscuras pestañas la altiva y entendida mirada de las hijas del Sur; su porte un poco estirado, era, no obstante, gracioso y natural. La *naturalidad* es el mayor encanto de la gracia española, tan justamente célebre y decantada. El irresistible atractivo que de ella nace, y que en otro tiempo esparcian las mujeres al rededor de sí como la llama su brillo y las flores su perfume, se lo debian á los hombres, que aborrecian cuanto era afectado y supuesto, amanerado y estudiado, anatematizándolo bien y varonilmente con la despreciativa voz de *monadas*. Hoy dia parece que se tiende á lo opuesto: lo que es lo mismo que si los florentinos vistiesen á

O-Connor, señor de Ophalia en Irlanda, del castillo de Philipstown, y baronía de Grashill. Cayó en hembra, y es heredera de este título la Señorita Condesa de Tilly. En 1771 creó el rey el Condado de O-Reilly; su actual poseedor reside en la Habana. Cárlos III hizo Conde de Lacy al Teniente General Don Guillermo Lacy: hizo dicho rey Marques del Norte al Brigadier O-Neill por sus servicios en la Florida; reside en la Habana ó Puerto-Rico. En 1729 concedió el rey el título de Marques de la Cañada á D. Guillermo Tyrry, vecino del Puerto de Santa María, hombre muy rico, que habia hecho su caudal en el comercio con América, y que aplicó sus fondos á fundar un mayorazgo. Descendia en línea recta de varon, de Domingo Tyrry, poderoso caballero del Condado de York en Irlanda, creado en 1631 Vizconde de Limerick, de cuya dignidad fué despojado por Cromwell, en atencion á su fidelidad á su rey y religion. En esta época emigraron otros muchos que se establecieron en Cádiz y otros puntos. Usan sus títulos Irlandeses en España los Condes de Clonard: la rama primogénita de los O-Reillys usa su título de Baron de Klonket.

En la Ibernia sirvieron los Condes de Mac-Mahon. Los Butlers son, por ramas colaterales, de la familia de los Duques de Ormond. Los Clairacs son Condes de Clairac. Los Magenis son Condes de Ibeag. Sarsfield es de una gran familia, así como los Obrian, Walsh, O-Linsh, O-Donojú, Camesford, Kindelan, Burk; etc.

Hoy dia ocupan altos grados en el ejército: D. Leopoldo O-Donnell, Conde de Lucena, como Capitan General; el Conde de Clonard, D. Guillermo Stuart y D. José Lemery, como Tenientes Generales; D. Tulio O-Neill, Marques de la Granja, D. Demetrio O-Daly, D. Enrique O-Donnell, D. José Grases (de artillería) como Mariscales de Campo. Todo lo antedicho, salvo error ú olvido.

sus Vénus de Medicis por un figurin de modas. En la naturalidad está la verdad, y fuera de la verdad no hay perfeccion; en la naturalidad está la gracia, y sin la gracia no hay elegancia genuina.

En cuanto á lo moral, — peor dotada Ismena, que en su persona — unia al alma fria y serena de su padre el genio altivo y dominador que habia heredado de su madre, exaltado todo por el orgullo de la niña mimada, rica, hermosa y adulada. No se ocupaba la celebrada Ismena, la rica heredera, sino de sí y de un porvenir, que se forjaba en su imaginacion, lucido y brillante, cual los que pronostican las Hadas. Así fué que despreció con impertinencia el amor de cuantos jóvenes se le ofrecieron sinceramente, no pareciéndole ninguno digno de realizar su soñado porvenir. Pero los cambios de la suerte son repentinos é inesperados, como las transformaciones de las comedias de magia. En pocos meses perdió el padre de Ismena todo su caudal, merced á la traicion de los ingleses, que tantos barcos y caudales apresaron ántes de haber declarado la guerra á España; ¡infausta guerra que nos atrajo el infausto pacto de familia! D. Patricio, que por entónces tambien perdió á su mujer, se retiró arruinado á la bella casa de campo que Chiclana tenia; pero en breve, ni aun ese recurso le quedó, y la casa fué puesta en venta por los acreedores.

El primer comprador que se presentó, fué el General Conde de Alcira. Volvia este general de América, donde habia pasado largos años. Aunque no tenia sino cincuenta y cinco, parecia mucho mayor, gracias á la accion corrosiva del clima de América, que con su ardiente humedad, destruye al europeo, como corroe el hierro. A pesar de su edad, habia heredado á un jóven sobrino suyo, cuyo título y mayorazgo excluian hembra.

El general, á su regreso, se trasladó á Sevilla, su pueblo natal. Allí, su cuñada, — que por él veia á sí y á sus hijas privadas del caudal que ántes poseian, y del título que llevaban, — le recibió de una manera tan agria y tan hostil, que el general, — á pesar de ser el hombre mejor, mas hon-

rado, noble y generoso del mundo, — se indignó, y resolvió dejar á Sevilla, y establecerse en Cádiz.

Hacia bien. En aquella época Sevilla, la grave matrona, con su rosario en la mano, vestia aun la tiesa cotilla, el alto promontorio empolvado, — que mas que peinado parecia una carga, — y los tontillos, con los que solo por una puerta muy ancha podia pasar de frente una señora. Jugaba exclusivamente en sus austeros saraos á la báciga ó al tresillo con sus canónigos y oidores, con sus veinticuatros y sus maestrantes: no tenia teatro; un voto religioso se lo impedia: no tenia mas alumbrado que las piadosas luces que ardian ante sus numerosos retablos; no tenia baldosas, ni Delicias, ni paseo de Cristina; y tenia *actualidad* — como se diria ahora — aquella regla de:

En dando las diez,
Dejar la calle para quien es:
Los rincones para los gatos,
Y las esquinas para los guapos.

No habia, — es claro, — vapores, esos *corre, ve y díles,* que han estrechado los vínculos de amistad entre ambas ciudades, joyas de Andalucía. Cádiz, tan bella ó mas que lo es hoy, vestia en esta época descotadísimamente á la griega, como vemos en sus retratos á Josefina, á Mad. Recamier y Mad. Tallien, nuestra paisana, que murió no hace mucho princesa de Chimay, y otras beldades de entónces. Cádiz, la seductora sirena de desnudo pecho y escamas de plata, nadaba en un mar de saladas aguas, en un mar de placer y en un mar de riquezas. Sabia hermanar admirablemente la cultura y el arte de la elegancia extranjera con el señorío, la gracia y la espontaneidad de la elegancia española; y así, aunque tomaba ciertas cosas y formas extranjeras que le agradaban, no por eso dejaba la graciosa y entendida andaluza de ser esencialmente española; con lo que probaba su buen gusto, su delicado tino y apego á su nacionalidad.

¡Cosa extraña! En aquellos tiempos no se conocia el pomposo y campanudo *españolismo*, que hoy dia llena las *sábanas no santas* de los papeles públicos; y que resuena por todos los discursos, como esos truenos huecos y prolongados que se

deslizan por entre oscuras y pesadas nubes. Ni brillaba en composiciones líricas, ni mucho ménos se hacia con él un arma de partido, aplicándolo á tales ó cuales opiniones. Ni se le buscaba con entusiasmo al toro *Señorito* [1]) por símbolo; nada de eso. Se tenia amor y apego á lo español, sencilla y naturalmente, como tiene el valiente su denuedo, sin pregonarlo; como las estatuas griegas tienen su belleza, sin adornarla; como tiene el campo sus flores, sin ostentarlas. No estaba el españolismo en los labios; pero estaba en la sangre, en la índole, en los gustos. Y se hacia tan fino, tan amable, tan donoso, tan caballero; se le conservaba tanto su gracioso tipo meridional, que era la admiracion y encanto de los extranjeros. Hoy dia es al contrario: se reniega de él, se le desconoce, se le desprecia; y al reves del asno que cubrió su piel gris y pobre con la rica y dorada piel del leon, — nosotros, mas asnos que aquel, — en lugar de peinar y alisar la nuestra, la cubrimos de una piel inferior y extraña. Entónces no reinaba el *spleen*, sino la mas franca alegría, identificada con la mas exquisita finura. No habia *clubs*, ni *casinos;* no habia sino tertulias, en las que la galantería tenia por código estos versos antiguos [2]):

Vosotras sois las temidas,
Nosotros somos temientes,
Vosotras sois las servidas,
Vosotras obedecidas,
Nosotros los obedientes:
Vosotras sojuzgadoras,
Nosotros los sometidos:
Vosotras libres señoras:
Vosotras las vencedoras,
Nosotros siervos vencidos:
Vosotras las adoradas,
Nosotros los denegados;
Vosotras las muy loadas,
Vosotras las estimadas,
Nosotros los desechados.

---

1) El toro Señorito, de la ganadería del Excmo. Sr. D. José María Benjumea, de Sevilla, mató en 1850 en la plaza de Madrid á un tigre con quien le echaron á luchar. *(N. del E.)*

2) Del Poeta Suarez, que floreció en el siglo XVI.

Entónces no se conocia la voz de *darse tono;* pero sí se practicaba la de *darse decoro.* Los oficiales de marina, principal galardon de la sociedad gaditana, finos y caballeros como ahora, pero ricos y galantes mas que ahora, habian formado una alegre hermandad, á cuya cabeza estaba la oficialidad del navío San Francisco de Paula [1]), que se titulaba, con alusion al mote del Santo, — *Charitas, bonitas,* — la devota hermandad de las *caritas bonitas:* dábanse en el teatro las piezas nacionales de nuestros poetas, y entusiasmaban los sainetes de D. Ramon de la Cruz. A las ferias de Chiclana y del Puerto, brillantes como fuegos artificiales, acudia toda la sociedad de Cádiz como una bandada de pájaros de vistoso y dorado plumaje; en fin, muy posteriormente guardaba Cádiz bastantes hechizos para ser cantada por Lord Byron, grande é inteligente apreciador de la belleza.

El general Conde de Alcira, á su regreso á Cádiz, deseó comprar una casa de campo; le propusieron la de D. Patricio O-Carty, y fué á verla. El desgraciado dueño de la casa se la franqueó tan luego como se presentó. Quedó admirado el conde de cuanto vió en aquella rica morada que hemos descrito; pero de nada tanto como de la hija del dueño, á la que, enlutada y cubierto al albo cuello de rubios rizos, hallaron escribiendo y llorando en un apartado gabinete, que tomaba del jardin luz y fragancia. Ismena lloraba al contestar á dos amigas suyas que le habian participado el casamiento que habian, la una con un lord inglés, la otra con un marques madrileño. ¡Cuán amargamente hacian contrastar estas cartas la suerte de sus amigas con la de Ismena, que, sola

---

1) Por la época á que nos referimos, mandaron succesivamente este navío dos de nuestros mas insignes marinos, los entónces Brigadieres D. Federico Gravina y D. Juan Ruiz de Apodaca, caballeros los dos del hábito de Calatrava, tipos cumplidos de castellana hidalguía, y tan célebres despues, el primero, por sus heróicos hechos mandando nuestra flota en la funestamente honrosa batalla de Trafalgar; el segundo, por la rendicion de la escuadra francesa en Cádiz en 1808, por su embajada en Lóndres, y por su vireinato en Méjico. Muertos ambos de capitanes generales de la Real Armada, conserva esta respetuosamente su recuerdo, llevando hoy por nombre dos de sus buques el apellido del primero, y el título de *Conde del Venadito* del segundo.

y pobre, tenia que abandonar hasta esta casa, último resto de su brillante posicion pasada!

Aquellas lágrimas interesaron y conmovieron tanto al bondadoso general, que suplicó á su dueño, despues de comprar la casa, que se quedase viviéndola, y le admitiese en ella como uno de la familia, uniéndole á su hija. Excusado es decir que D. Patricio recibió esta oferta como una embajada de felicidad, y su hija como un medio que la impedia rodar hasta el fondo del abismo en que la precipitaba la suerte.

Difícil seria pintar la furia que se apoderó de la cuñada del conde cuando supo el proyectado enlace. Desfogóla esparciendo calumnias sobre Ismena, y cubriendo de ridículo este enlace, escupiendo su veneno en amargos sarcasmos, vaticinando, por último, que la ambiciosa arruinada, que por interes se casaba con un anciano gastado y valetudinario, no tendria succesion, burlando así una justa prevencion de Dios sus ambiciosos cálculos, y haciendo volver, — por falta de su actual poseedor, — el mayorazgo á su familia.

¡Cuánto no se resentirian el excesivo orgullo y el altivo amor propio de Ismena, — tan exageradamente susceptibles desde sus desgracias, — con estos escárnios y vilipendios! — Exasperábase mas, viendo los vaticinios de su contraria verificarse, puesto que hacia dos años que estaba casada sin haber tenido succesion. No parecia sino que Dios en su alta justicia negaba la bendicion de los hijos á un matrimonio, en que la consorte no los deseaba por el santo instinto del amor de madre, sino por vil orgullo y despreciable codicia; no por la bendita gloria de rodearse de su descendencia, sino por la soberbia y despreciable ansia de humillar y triunfar de una contraria!

En esta época, y llena de estos pensamientos, es cuando hemos presentado á Ismena, Condesa de Alcira, vertiendo lágrimas. — Y por eso dijimos que aquellas lágrimas frias y amargas no eran de amor, sino de despecho y de coraje.

CAPITULO III.

La persona que habia indicado la posesion que hemos descrito, al general, habia sido su secretario Lázaro, que la conocia porque era hijo de la casera de dicha casa. Explicaremos esto en breves palabras.

El general, cuando jóven, tuvo por largos años un asistente á quien queria mucho. El asistente español es el criado modelo, es el ideal del sirviente. Es todo corazon, todo lealtad: nada exige, todo le sobra: cuanto se le pide, hace á ojos cerrados, y con gusto; y si se le diesen con este objeto, sembraria las cebollas podridas, como Santa Teresa, por ciego espíritu de obediencia. El asistente tiene el corazon de niño, la paciencia de santo, la fidelidad y apego del perro, ese tipo del amor consagrado. Cual este, ama y cuida de la propiedad de su amo, y sobre todo, de sus hijos si los tiene; y esto á tal punto que ha dicho uno de nuestros mas célebres y distinguidos generales que los asistentes son las mejores amas secas. No tiene voluntad propia; no conoce la pereza; es humilde y valiente, amigo de complacer y agradecido; y siempre en el alojamiento — en el que se le vió llegar con la natural é irritada repulsa que causa todo lo que á la fuerza invade el hogar doméstico, — se le ve marchar con sincero sentimiento. El general, que era entónces capitan, vivió mucho tiempo con su asistente en la mayor intimidad, sin que esta hiciese perder al último ni un ápice del respeto que á su jefe tenia. El respeto es propio y anexo al asistente, como lo es al sauce la inclinacion de sus ramas.

Cuando el general fué á América, su asistente se separó de él con gran sentimiento de ambos, para venir á Chiclana, su pueblo, á casarse con su novia, que hacia quince años le aguardaba con una constancia muy comun en España. A los pocos años murió de un tabardillo ó insolacion, dejando á su desconsolada mujer, un niño. La desamparada viuda entró de casera en casa del Sr. O-Carty con una sobrina suya pequeña. En cuanto al niño, — que era ahijado del general, — este mandó por él, le educó á su lado con mucho esmero, y

le hizo su secretario. En esta calidad le trajo con él á España á los veinte y cuatro años de su edad. Lázaro — así se llamaba, — era uno de aquellos seres que la nobleza marca con su sello, y que ayudados por las circunstancias, llegan al heroismo, sin ostentacion ni premeditacion, y solo por instinto y espontaneidad.

Enterado Lázaro por su madre de que la casa en que hacia de casera, iba á ser vendida, se la habia indicado al general, y este la habia adquirido, y con ella una jóven y bella consorte.

¡Hermosa estaba aquella mujer, blanca y delicada como una Ninfa de alabastro! ¡fria tambien é inmóvil, — cual esta — aquella mujer, que nunca habia amado, sino á sí misma! desabrida y sin fragancia, como un jazmin que nunca hubiesen vivificado los rayos del sol!

A la caida de la tarde entró en la sala para abrir las vidrieras otra mujer llamada Nora, que era el ama que habia criado á Ismena, y nunca se habia separado de ella. Mujer astuta y soberbia, que mucho habia contribuido á desarrollar en la niña las perversas propensiones que ya hemos indicado.

— ¡Siempre llorando! — dijo con un movimiento de impaciencia al ver las lágrimas de la condesa. — Todo lo habrás perdido cuando falte tu marido; caudal, consideracion, juventud y belleza! No te quedará mas que meterte á beata, y vestir Santos.

— Ya sé que todo lo habré perdido; ¡y por eso lloro! contestó Ismena.

— ¿Y quién te dice que tu suerte no puede ser otra? repuso Nora. No es tu cuñada la que dispone de tu porvenir. Mas puedes tú misma contribuir á hacerlo bueno, que no ella á hacerlo malo. La esperanza es lo último que se pierde. Pero no hay que cruzarse de brazos miéntras estos puedan servirnos.

— ¡Palabras vanas! interrumpió con áspera tristeza Ismena. — Sabes que son estériles mis esperanzas, como lo es mi matrimonio.

— Lo mismo es parir un hijo que prohijarlo, dijo Nora.

La condesa fijó en Nora la profunda mirada de sus rasgados ojos azules, y exclamó:

— No querria el conde.

— No es necesario que lo sepa, repuso Nora.

— ¡Un fraude, un delito, un espolio, un engaño! ¿Deliras?

— Déjate de palabras altisonantes, repuso Nora: no es sino una obra de caridad, que harás con algun infeliz desvalido. Tus sobrinas, que están bien casadas, y tu cuñada, que disfruta de una pingüe viudedad, no necesitan del caudal del conde, y si por él ansian, es solo por ambicion, y por el mal deseo de que no lo disfrutes tú.

— ¡Nunca! ¡nunca! dijo Ismena. Hay mas orgullo en no exponerse á ser esclava de un secreto que nos pueda deshonrar, que no en sostener una su rango y su posicion. ¡Nunca, nunca! — repitió sacudiendo su cabeza, como si de su mente quisiese sacudir tan funesto pensamiento.

— El secreto solo lo sabré yo, y yo soy la responsable. Así, mas seguro estará en mi pecho que en el tuyo.

— Tendrias que valerte de otra persona.

— Sin confiarme á ella, sí. Pero esa persona ya la tengo hallada. Tu marido se embarca para la Habana; á su vuelta hallará un hijo.

— Nora, Nora, no hay maldad que no inventes!

— Lo que invento es cuanto puede combinarse en provecho tuyo.

— ¡Engañar á un hombre como el conde, seria la mas imperdonable de las infamias!

— Te he oido cantar esta estrofa, Ismena:

Es el engaño leal
y el desengaño traidor;
el uno, mal sin dolor,
el otro, dolor sin mal.

Pero por lo visto estás hoy mas remontada que los mismos poetas.

— Esa letra alude á querellas de amor.

— Esa sentencia, que es muy entendida, se puede aplicar á todo. ¿Acaso no se ha visto mil veces poner en práctica

el caso que te propongo? ¿No es aun mil veces peor combinarlo con la infidelidad?

En este momento entró el conde.

— Ismena, hija mia, dijo acercándose cariñosamente á su mujer. Vengo para sacarte á dar un paseo: ya tus amigas te estarán aguardando en la Cañada. ¿Cómo es que no te animan estas hermosas tardes de primavera á ir á disfrutarla en su reino, esto es, al aire libre, que embalsama en el campo que atavia?

— Me incomoda el andar, y me fastidian las gentes, contestó Ismena, que al ver entrar á su marido habia palidecido.

— Te encuentro descolorida, hija mia, — repuso lleno de interes el conde; — y sobre todo, te hallo desde algun tiempo á esta parte, abatida. ¿Acaso te hallas enferma?

— No me aqueja mal alguno, contestó Ismena.

— A lo ménos los que sufres no son de aquellos para cuya curacion se llama á un facultativo, dijo Nora, mirando al conde con una maliciosa y significativa sonrisa.

El rostro de Ismena se puso encendido como la sangre que á él hicieron afluir unidas la irritacion y la vergüenza.

— ¡Nora! gritó, — ¿estás demente? — ¡calla!

— Callaré. Señor Conde, dícese que miéntras mas se calla la venida, mas hermoso es lo que viene.

En el bondadoso rostro del general brilló una santa esperanza paternal. — ¿Será cierto? murmuró fijando una enternecida mirada sobre su hermosa mujer.

— Señor, dijo Nora; ¿acaso de tres meses á esta parte no notáis su desgana, su languidez, su malestar, sin que otra causa las motive? No está convencida ni se quiere convencer; pero yo, que tengo mas experiencia que ella, lo estóy.

— ¡Mientes, Nora! gritó demudada Ismena.

— El tiempo!... repuso esta con el mayor aplomo.

— El tiempo! repitió Ismena indignada.

En este momento, el reloj que figuraba á Saturno, dió seis campanadas con su claro y metálico son.

— Ya acudió el tiempo á la cita, señor Conde, — dijo Nora con afectada risa; — de aquí á seis meses contestará.

CAPITULO IV.

Seis meses despues de estas escenas, el general, — que habia ido á la Habana á asuntos propios, — anunciaba en una cariñosa carta á su mujer su vuelta, y esta pasaba á Cádiz para recibir á su marido, acompañándola en la berlina un ama, que llevaba en brazos á su supuesto hijo.

Este niño habia sido traido de la Inclusa [1]), y el secreto de esta iniquidad no era conocido sino de Ismena, de Nora, y de Lázaro, que era el que por disposicion de Nora le habia sacado del hospicio de los expósitos. Cómo esta mujer perversa pudo persuadir al noble jóven á prestarse á esta infamia, solo se comprende considerando que esta, segun ella afirmaba á Lázaro, se hacia no solo con autorizacion, sino por disposicion del general. Lázaro dudó; pero Nora, que habia previsto su oposicion, habia prudentemente conservado en su poder la última esquela que ántes de partir habia escrito el general á su mujer, y que decia así:

Ya se despliegan las velas que me van á alejar de tí, y contigo, de todas las dulzuras de mi vida! A Dios, pues! Espero á mi vuelta hallar en tus brazos un niño, que consolide aun nuestra felicidad.

Ya te dije que para el consabido asunto, así como para todos, te valgas de Lázaro, en el que tengo yo y puedes tener tú, la mas ilimitada confianza.

El general añadia aun algunas frases cariñosas, y firmaba.

Nora desde luego comprendió todo el partido que podia sacar de esta carta, haciendo ver á Lázaro que el *consabido asunto* — que era uno de dinero — era el que ella traia entre manos; y la guardó.

Lázoro, pues, — con el mayor dolor, pero todo consagrado á su bienhechor, — trajo á la inocente criatura abandonada por el vicio, y recogida por la iniquidad; como la suave flor, que del seno de una prostituta, pasa á las manos de un envenenador.

---

1) Establecimiento dedicado á acoger los niños expósitos.

Poco ántes de la época en que volvemos á reanudar este relato, habia acontecido que el administrador de la Inclusa habia reclamado á Lázaro la criatura. Nora no halló otro medio de salir de este espantoso conflicto sino el que Lázaro pasase á los Estados Unidos: Ismena apoyó con calor este pensamiento, y la consagrada víctima se convino, sabiendo que su ausencia, esa ausencia inmotivada y mal explicada por él, iban á partir el corazon de su madre y el de su prima, con la que estaba tratado su casamiento.

Embarcóse ocultamente en un místico que partia para Gibraltar, el cual, sorprendido frente de la peligrosa costa de Conil por un espantoso temporal, zozobró, sin que se salvase uno solo de los que iban embarcados en él.

Esta catástrofe de que se creyó causa, asombró á Ismena. Y su espanto se aumentó por un amenazante presentimiento, que le hizo no poder fijar su vista ni en lo pasado ni en lo porvenir, sin estremecerse. En el primero veia una reconvencion; en el segundo una amenaza.

¡Infeliz de aquel que entre estas dos fantasmas arrastra una angustiosa vida! ¡Feliz aquel que entre desgracias y penas conserva con una buena conciencia la paz del alma, supremo bien que en este destierro prometió Dios al hombre!

CAPITULO V.

Durante muchos años quedó deshabitada la hermosa casa de Chiclana. La condesa rehusaba con obstinacion el ir á gozar allí de la primavera; porque para esta mujer no habia ya ni primavera ni goces! La justicia divina hacia pesar sobre ella de una manera espantosa, los resultados de una culpa fria y voluntaria, que ni una sola disculpa tenia para aminorar su horror. Quiso esta alta y poderosa justicia imprimir en un corazon duro é impávido, por la fuerza de los hechos, lo que los sentimientos no habian podido comunicarle. ¡Y estos

hechos eran terribles! Pues habia dado succesivamente dos hijos al conde; cuyo nacimiento inesperado aterró á la madre. Habia mas aun: veia al mayor de los tres niños, hermoso muchacho, franco, valiente y sincero, pero de quien no podia sufrir que ocupase en el cariño del general el lugar preferente. Porque, no solo simpatizaba Ramon — así se llamaba este niño, — con el general, sino que en el equitativo anciano, el desvío y hostilidad que le mostraba la condesa, eran motivo para que compensase esta injusticia, redoblando su amor é interes hácia el que de ella era víctima. ¡Así habia traido la Providencia, por la fuerza terrible de los hechos, á aquel corazon frio é inerte, al remordimiento; y este habia ahuyentado á aquella mujer culpable, de la casa en que todo le recordaba su culpa!

¡Remordimiento! Tú, que ciñes la cabeza de una corona de espinas, y el corazon de un cilicio; tú, que tan ligero haces el sueño, y tan pesada la vigilia; tú, que te interpones entre la clara mirada que viene del alma, y los ojos, para empañarla; y entre la sonrisa pura que viene del corazon, y los labios, para amargarla; tú, que callas cuando aparece la culpa seductora de frente, y que tan alta y espantosamente lanzas tus saetas, cuando, pasada ya, no se puede retroceder! ¡cruel é inexorable remordimiento! ¿quién te envía? ¿Es el espíritu del mal, para gozarse en su obra y desesperar al hombre, ó es Dios, para avisarle, á fin de que expíe sus faltas?

La clemencia divina abrió con el remordimiento dos sendas al hombre: la desesperacion y la penitencia. Las almas tibias, las voluntades flojas fluctúan entre ambas, agonizando así entre la hoguera, que las habia de purificar, y el mar sin fondo, en cuyo amargo abismo se corromperian para siempre.

Estos tormentos de que era víctima Ismena; este remordimiento, — ¡gusano eterno! — habian roido su corazon y su vida, como un cáncer incurable. Iban sus torturas en aumento, á medida que sentia acercarse su fin. En sostenida lucha con su conciencia, que no transigia con razones ni con miras mundanas, porque la conciencia proviene de Dios; cada dia mas incierta sobre entrar por la senda que esta le trazaba, y

que su orgullo rechazaba, Ismena, igualmente horrorizada de la terrible hoguera y del espantable abismo, caminaba á su fin, como el reo al patíbulo, deseando á un tiempo alargar y acortar la distancia. Casi postrada ya, los facultativos insistieron, — como por último recurso, — en que respirase su abrasado pecho las frescas brisas del campo.

Habiéndose anunciado en Chiclana la venida de los señores, la casa estaba preparada para recibirlos. El toldo cubria el patio como un movible techo: la limpieza mas exquisita brillaba en ella como un barniz: los pájaros cantaban, y las flores mostrábanse lozanas, aunque María ya no cantaba al regarlas!

El sonido de los cascabeles anunció la berlina, que llegó pausadamente, y se paró á la puerta. ¡Ya no era la hermosa y brillante Ismena, sino su sombra, la que apoyada sobre el brazo del general, y sostenida por un facultativo, se arrastró bajo el soberbio portal de mármol, como un cadáver en su suntuoso mausoleo! A los veinte y ocho años Ismena habia perdido todo el brillo de la juventud: sus claros y brillantes ojos estaban empañados y abatidos; sus dorados cabellos habian encanecido, y su tez blanca y mate parecia una mortaja que cubriera un esqueleto! Pocos años habian bastado para producir este cambio; puesto que no era el tiempo el que con su pausada y suave mano le habia traido, sino el sufrimiento con su destructora garra.

La condesa fué llevada al sofá, en el que quedó por mucho rato tan postrada, que parecia insensible á cuanto la rodeaba. Mas cuando la dejaron sola, dijo con febril agitacion á Nora que llamase á María. Nora, previendo la fuerte sacudida que habia de producir la vista de la desgraciada anciana, víctima de su infortunio, quiso replicar; pero la condesa reiteró la órden con tal exasperacion, que fué preciso obedecer. Cuando entró la anciana, Ismena extendió sus convulsos brazos hácia ella, la estrechó en ellos, y reclinó su cabeza ardiente y su ruborizada sien sobre el pecho de la anciana que la habia visto nacer. Pero María estaba serena: en aquel pecho latia tranquilo su puro corazon. Sus ojos

habian perdido la expresion de contento que ántes tenian; pero no la de la paz del alma.

— María, exclamó al fin Ismena, ¿cómo habéis podido soportar vuestra desgracia?

— Con la resignacion que Dios da cuando se le pide, señora, contestó la anciana.

— ¡Oh! ¡Bienaventuradas las penas con que esta no es incompatible! exclamó mentalmente Ismena.

— Un dia os dije, señora, prosiguió María, que me inspiraba orgullo mi hijo; y Dios ha permitido que ese hijo, mi galardon y mi gloria, fuese difamado por todas las apariencias de un delito!

— ¡Apariencias! dijo Nora; ¿quién dice eso?

— Todos, contestó María con suave firmeza.

Y despues de algunos instantes, continuó con la misma serenidad:

— Un profundo misterio cubre á mis ojos, — como á los de todos, — las circunstancias de su huida. Pero si alguna persona está complicada en ella, ¡perdónela el divino Juez, como la perdono yo! Dios y yo sabemos, que mi hijo no fué ni pudo ser criminal: este me basta: ¡callo, y me conformo!

— Y no os engañaron vuestro corazon y vuestra conviccion de madre! exclamó Ismena, cayendo exánime sobre los cojines del sofá.

Ismena fué acostada en su lecho, y se atribuyó su peor estado á la agitacion y fatiga del viaje.

Un narcótico fué calmando gradualmente su agitacion, y la sumió mas tarde en un sueño facticio, por lo que todos, — ménos su ama, — se fueron á descansar de las fatigas y emociones del dia.

El general, — por delicada prevision, — habia mandado cerrar la llave de la fuente, para que su murmullo no turbase el débil reposo de su mujer. Sonaron las doce en el reloj de la sala, y doce veces sonó la voz del tiempo como una aterradora profecía. ¡Doce contó el austero anciano con su inflexible memoria, y doce años cumplian ahora que sobrevivia Ismena culpable en la molicie del lujo, y con la auréola de la consideracion y del respeto público! ¡Doce años hacia

que despues de sacrificar su conciencia á su soberbia, habia sacrificado una noble existencia á su orgullo!

Ismena despertó sobresaltada, y se incorporó en su lecho: sus ojos desatentados vagaban por todas partes; su sangre hervia precipitada por la fiebre.

Su devoradora inquietud la ahogaba; el peso que oprimia su pecho, la sofocaba! Se arrojó del lecho, y corrió á la ventana, pues anhelaba cual la Margarita en el Fausto de Goethe, respirar aire.

La suave luna y el dulce silencio, se unian en aquella templada noche como hermanos. Eran tan profundos el sosiego y la calma, que pesaron sobre el alma agitada de Ismena, como el ambiente sereno, pero sofocador, que precede á la tormenta.

Apoyó su ardorosa frente en la reja de la ventana que daba al patio, negra y dorada como su existencia! Oyó entónces á lo léjos dos voces que se unian para rezar, tan hermanadas como la Fe y la Esperanza! Eran las voces de María y de Piedad, que rezaban el rosario. Habia algo de solemne en aquel sonido dulce y monótono, con el que la palabra sin pasion, sin movilidad, sin modulaciones terrestres, se alza al cielo, como lo hace el humo del incienso sobre el altar; suave, sin color, sin ímpetu; como impulsado por la atraccion del cielo. Algo, que conmovia hondamente, habia en esas palabras mil veces repetidas, porque mil veces son sentidas; en esos rezos, en que se unen millares de corazones al pié del trono de Dios; en esos rezos, que son tradicion verbal no interrumpida de Jesucristo y de sus Apóstoles; que han santificado las almas de miles de generaciones; en esos rezos tan perfectos y cumplidos, que en vano querrian perfeccionarlos todos los adelantos y todas las ilustraciones del espíritu humano.

¡Qué doloroso contraste formaban aquellas graves y apacibles voces, con el estado del alma de Ismena, en la que rugia el remordimiento! ¡Quiso unirse á ellas, y no pudo!

—¡Oh, Dios mio, exclamó apartándose de la ventana, no puedo rezar!

Pero pronto volvió, atraida por el santo é irresistible iman de la oracion. Entónces oyó á María pronunciar estas palabras:

¡por la paz del alma de mi hijo Lázaro! — y la oracion de las dos católicas continuó, sin que sus voces se inmutasen.

— ¡Ah! — exclamó Ismena, retorciendo desesperadamente sus manos. — No soy digna, Dios Santo, de unir mi voz maldita á esas voces puras que no empañó la culpa, ni sofoca el remordimiento! — Postróse en el suelo con el rostro sobre la tierra, hasta que el último *amen* subió al cielo. Entónces se levantó, causándose á sí misma horror como un espectro, y vió á Nora que se habia quedado dormida en un sillon: acercóse á ella; y asióla fuertemente por un brazo con su mano, ántes tan hermosa, y que ahora parecia la garra de un águila de mármol.

— ¡Duermes! exclamó: ¡duerme la iniquidad, en tanto que la inocencia vela y ora! ¡Despierta! que tu reposo es mas horrible aun que tu culpa. Ves á la que sacaste con esmero de su dulce cuna, entrar por tus infames sugestiones en su féretro; y ¡duermes... miéntras ella agoniza! ¿Qué ves en lo pasado? El delito impune. ¡Y duermes! — ¿Qué ves en lo presente? Una usurpacion, un despojo, una traicion, un crímen frio de todos los dias; ¡y duermes! — ¿Qué ves en lo futuro? La divina y universal justicia de Dios, tan dulce para el justo, tan tremenda para el criminal; ¡y duermes! — ¡Pero esta justicia hará que recaiga sobre tu cabeza la maldicion que pesa y oprime ya la mia! ¡Lleva, pues, unida al anatema de Dios, la maldicion de la que seduiste! Pues culpable soy, cual ninguna; pero, ¡Nora, Nora, sin tí no lo hubiera sido!

A los gritos que dió Nora, acudieron todos los habitantes de la casa, y hallaron á la condesa en un espantoso y convulso estado, que asemejaba á la demencia. Nora estaba aterrada y desvariaba; pero esto se atribuyó al dolor que le causaba el cercano fin de su señora.

CAPITULO VI.

Al dia siguiente fué espantosa la agitacion de la enferma. A la noche se vieron los médicos precisados á suministrarl un fuerte narcótico, que la hizo caer en un profundo sueño.

El general se ocupó en arreglar los papeles que yacian dispersos en un lindísimo escritorio antiguo de ébano, ornado de riquísimo trabajo de talla y pinturas de Rubens en sus varios compartimientos, en el que guardaba Ismena sus papeles. El escritorio habia sido abierto por órden de su dueña aquella tarde, para sacar de él papel y pluma que necesitaba.

Ismena habia aprendido de su padre el inglés, que poseia como su propia lengua. El general fijó con dolor su atencion sobre una traduccion empezada por su mujer, considerando que ya no la concluiria! Era la traduccion del *Hamlet* de Shakspeare: el general se puso á leer lo último que su mujer habia escrito. Era el monólogo del Rey Claudio, en el tercer acto: la letra era temblorosa, como si la hubiera trazado una mano trémula. La traduccion, en la que un inteligente hubiera notado algunas supresiones voluntarias, era esta.

«¡Maduró ya la culpa, y clama al cielo! ¡Sobre ella pesa «la primera maldicion que entró en el mundo, la del fratri-«cidio! — No puedo rezar, aunque á ello me impelen el deseo «y la voluntad; pero la postracion de la culpa es mas que la «fuerza del propósito; y así como el hombre en quien dos «poderes luchan, vacilo entre sucumbir al peso de mi delito, «ó entregarme al esfuerzo del buen propósito. ¿De qué sirve «la misericordia, sino para bajar sobre la frente del pecador? «¿Y no tiene la oracion la doble virtud de precaver la caida, «y de levantar al caido, obteniendo el perdon? Quiero, pues, «levantar al cielo mis miradas. ¿Pero cuál es la forma de «oracion que se apropia á mi delito? ¿Puedo pedir y esperar «perdon? ¿Hay acaso bastante agua en las suaves nubes del «cielo para lavar la mancha de sangre en la mano del fra-«tricida? ¿Hay, por ventura, remision para aquel que sigue «disfrutando los beneficios de su delito, su reina, su corona, «su vanagloria? No puede ser.

«Puede la dorada mano de la iniquidad sumergir la equi-
«dad en las corrompidas corrientes del mundo, y le es dado
«á un vil soborno falsear á veces la ley humana. ¡Pero no
«así allá arriba! ¡Allá no vale el artificio, ni nada puede la
«mentira. Allá aparece el hecho en su desnudez, y el delin-
«cuente habrá de acusarse á sí mismo en el reino de la ver-
«dad. ¿Qué nos queda, pues? — Probar hasta donde alcanza
«la virtud del arrepentimiento. ¡Ah, sí! Todo lo puede....
«Pero, ay! ¡Si *quisiese* el pecador y no *pudiese* arrepentirse!
«— ¡Oh infausto estado! — ¡Oh pecho negro como la muerte!
«— ¡Oh alma, que al esforzarte por libertarte de la red del
«pecado, te envuelves en ella! — ¡Angeles, acudíd á su so-
«corro! Ablándate, corazon de acero, hasta ser cual las fibras
«del niño recien nacido. — ¡Inflexibles rodillas, dobláos! *(Se*
«arrodilla, y despues de un momento de silencio prosigue).
«¡Ah! ¡Las palabras han volado! pero faltan alas al corazon!
«y las palabras que sin el corazon llegan al cielo, no hallan
«en él entrada!»

Esta traduccion literal y mala, aunque apénas daba una idea de la magnífica, profunda y elevada poesía del poeta que fué y es gloria de su patria, llenó, no obstante, de admiracion al general, cuya alma era accesible á todo lo bello y á todo lo bueno. Pero al echar una mirada sobre su mujer, que yacia blanca sobre su blanco lecho, como una marchita azucena sobre nieve, hizo esta sencilla reflexion.

— ¿Porqué busca estos cuadros de delitos y pasiones? ¿Porqué imita la paloma el grito fúnebre del buho? ¿A qué remeda la oveja sencilla el rugido del herido y sangriento leon?

Despues de haber guardado los papeles, el general se sentó en un sillon á los piés de la cama de su mujer, y levantó á Dios su corazon en una ferviente plegaria por la vida de la que amaba.

El reloj de la sala contigua á la alcoba dió las once, con la tenacidad de un recuerdo que se rechaza, y que constantemente vuelve: sus ecos y metálicos sonidos vibraron en el silencio, como si llamase á una cerrada puerta la justicia, para la que no hay puerta que pueda permanecer cerrada!

Estos claros sonidos estremecieron á Ismena en su sueño, y despertó dando un sordo gemido.

El general, que vió á su mujer con los ojos desatentados, y que la oyó pronunciar palabras incoherentes, se acercó á ella, y rodeándola con sus brazos:

— Serénate, Ismena, la dijo: has tenido alivio. Dios oye nuestros ruegos: hace algunas horas un sueño benéfico restaura tus fuerzas.

— ¿He dormido? murmuró Ismena: ¡he dormido en el borde de mi sepultura, como si esta me prometiese descanso! ¡He dormido, cuando tan poco tiempo me queda para arreglar mis cuentas sobre la tierra! Sentáos, señor!.... que como á tal quiero hablaros, y no como á mi marido; porque digna no soy de ser vuestra mujer! Hablaros quiero no como á mi compañero, sino como á mi juez, cuya clemencia imploro.

El general atribuyó estas extrañas palabras al delirio; y sin hacer alto en ellas, quiso tranquilizar á su mujer, proponiéndola diferir las explicaciones que queria hacer, para mas adelante. Pero Ismena insistió con energía en que la escuchase, y prosiguió:

— Voy á morir.... y dejo sin sentimiento todos los bienes de la tierra. Solo uno es el que ambiciono, y quisiera llevar conmigo á la tumba! Vos, que fuisteis para mí padre, marido y bienhechor, no me lo negaréis, puesto que solo vos podéis dármele. Porque este bien que imploro es, Señor, vuestro perdon!

Al oir á su mujer, el general se confirmó en que deliraba, y volvió á suplicarla que no se agitase como lo estaba haciendo. Pero Ismena insistió de nuevo y con ahinco, en que la prestase atencion sin interrumpirla.

— Si una mujer, dijo, que ha expiado una culpa con todo lo que el remordimiento tiene de terrible y de destrozador, arrebatándole este su sosiego, su salud y su vida; si esta desgraciada, en el momento de morir desesperada, puede inspirar alguna compasion.... ¡oh, vos, que habéis sido el mas generoso de los hombres; vos, que sembrasteis mi vida de flores, tenéd para mi muerte una rama de oliva! Recibíd sin rechazarme, sin huir de mí en mis últimos instantes, sin hacer

horrible mi agonía con maldecirme, una confesion que os probará que mi corazon no está del todo pervertido, cuando tiene valor para hacerla!

Un sudor frio bañaba la frente de la moribunda: sus yertas manos temblaban convulsivamente: sus palabras salian débiles, pálidas de sus labios, como las últimas gotas de sangre que vierte una herida de muerte! Sin embargo, haciendo un postrer y heróico esfuerzo, prosiguió así:

— Sé que voy á traspasar vuestro corazon con un agudo puñal: empero, solo ese medio puede impedir el que yo muera desesperada. Aquí tenéis, — prosiguió sacando un pliego cerrado que tenia debajo de su almohada; — una declaracion firmada por mí y atestiguada por dos testigos venerables, con el fin de impedir una infame usurpacion, un criminal espolio y un horrible abuso de vuestra noble buena fe. Por ella veréis, señor, que..... ¡Ramon no es nuestro hijo!

El general, al oir estas tremendas palabras, por un movimiento involuntario se alzó de su asiento con ímpetu; pero al punto recayó en él anonadado, y cubriendo su rostro con ambas manos, exclamó con asombro y dolor:

— ¡Ramon, Ramon no es hijo mio!!! ¿pues cúyo es?

— Solo Dios lo sabe, pues su mal padre le abandonó. Es un expósito.

— ¿Pero con qué fin?.... El general se detuvo, y prosiguió despues con indignacion.... ¡concibo al fin!.... la ambicion.... el orgullo!.... ¡oh! ¡qué iniquidad!!!

— ¡Tenéd piedad de mi agonía! dijo Ismena torciéndose las manos.

— ¡Eres una *infame!* exclamó el general con toda la indignacion de la probidad contra la traicion, y con toda la repulsa de la virtud hácia el crímen.

Jamas habia oido Ismena la bondadosa y paternal voz de su marido tomar el terrible y viril acento con que le arrojó el oprobio á la faz; y se sobrecogió cual herida de un rayo. El profundo dolor, y la severa condena de su marido, le parecieron abrir un abismo entre ambos, y hacer imposible que los labios que articulaban aquel acerbo fallo, pronunciasen

la dulce palabra que anhelaba en su agonía, y que deseaba mas que la vida. Esa palabra, que solo podia dulcificar su muerte, era el perdon, que es el mas bello y perfecto fruto de la caridad; el perdon, cuyo valor es tan grande, que con toda su sangre lo compró el Hijo de Dios, y que por lo mismo lo concede su padre por una lágrima, — ¡tal es su misericordia! — El perdon, don divino que ni pide ni otorga el orgullo, y que implora y concede la mansedumbre; ese perdon, que llevaria la culpable al cielo como una eficaz intercesion. ¿Acaso habia tardado demasiado en pedirlo? ¿Iria á morir quizas en el momento en que las olas de la sangre sumergian en el corazon del ofendido la santa misericordia, la generosa clemencia? La infeliz, en su desaliento, se arrojó fuera del lecho, cayó postrada, y levantado sus cruzadas manos, que apoyó sobre el noble pecho del hombre á quien habia engañado, gritó con voz gutural y moribunda:

— ¡Perdon!

Su último pensamiento, su último sentir, su último aliento se disolvieron en esta última palabra. El general se estremeció al oir aquel grito destrozador lanzado en el estertor de la muerte; se inclinó hácia su mujer, y la cogió en sus brazos: ¡no levantó sino un cadáver!

En aquel instante se oyeron las doce lentas y graves campanadas del reloj: ¡como si hubiese aguardado el tiempo ese momento para lanzar su metálico sonido, cual un espontáneo y piadoso doble!

CAPITULO VII.

Una culpa secreta, arrastrando sus terribles consecuencias, enlazadas unas á otras cual un grupo de serpientes, habia ya costado la felicidad y la vida á la que la cometió, y la razon á la que la concibió; pues el anatema y la muerte de Ismena condujeron á Nora á la casa de locos. Y sin embargo, su horrenda rastra, y sus amargas influencias no ha-

bian parado aquí; y emponzoñaban los últimos años de la existencia, hasta entónces tan serena y apacible, del general Conde de Alcira. Se reconvenia el excelente anciano, sin cesar, por la palabra dura y acerba que la indignacion arrancara á sus labios, y que era la sola con la que en su vida toda habia herido á un corazon destrozado y marchito, que imploraba una suave y santa palabra para dejar de latir tranquilo, y que solo halló un cruel baldon, con el cual murió desesperado. — Lloraba ardientes lágrimas por no haber concedido aquel perdon, que solo pudo faltar un instante á su corazon generoso; ¡y este instante habia sido el último de la infeliz que lo imploraba! Aquel perdon que quizas hubiese prolongado su vida, calmado sus sufrimientos, dulcificado su muerte ¡se lo habia negado!!! — Este recuerdo, que era á su vez un remordimiento, envenenaba su vida!

La reaccion que experimentaba, llegaba en su bondad natural, hasta hacerle casi disculpar un delito compensado por tan sobresalientes cualidades, borrado por un remordimiento sin igual, y por sufrimientos mortales, puesto que la muerte tiene la dulce prerogativa, al asir su presa, de llevar consigo á la tierra lo malo que tuvo, y dejarle lo bueno por epitafio.

El general compensó aquel momento, en que se habia olvidado de ser cristiano, con multiplicadas obras de caridad, ofrecidas á Dios en holocausto, para lograr del cielo el perdon, — que negó la tierra, — á la arrepentida pecadora, y con incesantes sufragios para obtener el descanso de su alma; preces que el Eterno escucharia, porque El oye al hombre á quien crió, cosa que no puede negar el mas aferrado incrédulo. — Que no hizo el criador del hombre un expósito, sino que le reconoció por hijo, le dió preceptos, y le prometió una gloriosa herencia desde la cruz.

Todas las mañanas un sacerdote ofrecia el santo sacrificio de la misa por el descanso de un alma que eternamente vivia en el corazon del anciano, el cual arrodillado al pié del altar, unia sus oraciones á las del sacrificante.

Amargaba, ademas, la vida del general el horrible secreto que le ahogaba, y envolvia con él á todos sus hijos, así como

en el soberbio grupo del Laocoonte, la fiera sierpe hace su presa del padre y de sus hijos. No podia romper el arcano, sin sacrificar al que su bondadoso corazon amaba siempre con tierno cariño, sin difamar las sagradas cenizas de la madre de sus hijos. El general guardó, pues, este infausto secreto: respetaba la infancia y la inocencia de sus hijos, y no se hallaba con valor para descubrirlo. Siempre será tiempo, pensaba, de descorrer el velo á tan triste y cruel realidad! Algunas veces habia pensado enterrarlo consigo. Pero ¿con qué derecho podia él, hombre de tan estricta y firme probidad, privar á sus hijos de sus bienes en favor de un extraño? ¿Cómo hacer cabeza de su noble casa á un individuo extraño, á un expósito, usurpando sus derechos á sus legítimos propietarios?

Hay padres mundanos que quieren hacer sonar mas alto que la voz de la conciencia el parecer del mundo, y pesar mas que el fallo de aquella las consideraciones sociales, pretendiendo amoldarlas las circunstancias. Pero ¡no transige la conciencia! pues si lo hiciese, no seria lo que es. Seria entónces una encubridora, y no una centinela: seria una veleta, y no un cimiento; perderia la confianza que inspira, y el respeto que merece. La conciencia da sus fallos como el sol difunde sus luces, sin que nada las empañe, ni tuerza su direccion.

Háblase, — para turbar á los que ciegamente por la conciencia se guian, — de las lágrimas que su inflexibilidad hace derramar, de los males que á veces origina, y de los trastornos que suele causar en un estado de calma exterior y de tranquila superficie; y para tildarla, se exponen razones bellas y brillantes, pero falsas, y que pecan por la base. Si la conciencia exige una dolorosa operacion en una parte gangrenada del cuerpo social; que no vengan la ciega bondad,— ó á veces la hipocresía con nombre de humanidad, — á clamar contra una decision que llamarán cruel, y que puede que lo sea, pero que es necesaria, si la gangrena no ha de propagarse, y si ha de quedar sano el cuerpo y sin males solapados. La conciencia es el sentimiento del deber que puso Dios en el corazon del hombre, como puso su invariable di-

reccion en el iman, para que, cual este, nos sirva de norte. Este sentimiento del deber, admirémosle con el gran Schlegel, que ha dicho que «las dos cosas mas bellas que conocia, eran el cielo estrellado sobre nuestras cabezas, y el sentimiento del deber en nuestro corazon.»

Corrieron entretanto los años: el conde habia envejecido, y veia acercarse su fin. Queriendo pasar sus últimos dias rodeado de sus hijos, y viéndose precisado ántes de morir á descubrir el secreto que no podia llevarse consigo á la tierra, los mandó venir á reunirse con él en Chiclana. Allí queria morir, para ser enterrado al lado de su mujer, y darle, aun despues de muerto, ese público testimonio de amor y de aprecio.

Hallábase recostado el general en su cama-sillon, del que ya no podia levantarse; sus hijos le rodeaban.

Aunque entónces no estaba puesta en uso la palabra *ilustracion*, ni los colegios estaban modernizados, no obstaba eso para que los tres hermanos fuesen tres jóvenes tan cumplidos como caballeros, que llenaban de placer y vanagloria al general. Ramon, el mayor, habia salido del colegio de artillería, colegio del que salieron por entónces Daoiz y Velarde. El segundo salia de las academias de guardias marinas, á donde tambien habian pertenecido los héroes de Trafalgar, titanes que á un tiempo lucharon con las grandes fuerzas de un poderoso adversario, con la cobarde traicion de un aliado, y con la desencadenada furia de los elementos, y que fueron, no vencidos, sino *destrozados* por los tres enemigos conjurados. El tercero llegaba de la universidad de Sevilla, en la que estudiaban poco ántes ó por entónces los Listas, Reinosos, Blancos, Carvajales, Arjonas, Roldanes, Calatravas y Gonzalez, y el digno, sabio y ejemplar Maestre, gobernador que fué del arzobispado; porque bien pueden faltar á España caminos de hierro, buenas posadas, refinados y sensuales goces, pero en ninguna época le han faltado sabios ni héroes. El general miraba á los tres por turno con una indefinible expresion de ternura; y cuando sus ojos se fijaban en Ramon, los bajaba para ocultar las lágrimas que á ellos se asomaban.

El vivo placer que tuvo de ver á sus hijos, unido á la angustia que sentia mirando la espada de Damócles suspendida, — sin apercibirse el amenazado, — sobre la cabeza de Ramon, agitaron tanto al anciano, que pasó aquella noche mala y calenturienta.

A la mañana siguiente anunciaron los facultativos la conveniencia de que hiciese el enfermo sus últimas disposiciones. La afliccion de sus hijos, que le adoraban, fué desgarradora.

El general estaba tan preparado á dejar el mundo, y á comparecer ante el juicio de Dios, que fueron sus disposiciones solemnes, pero cortas y serenas.

Hácia el anochecer, sintiéndose debilitar por momentos, dispuso que le dejasen solo con sus hijos. Entónces estos se acercaron al lecho del anciano, reprimiendo sus lágrimas para no afligirle.

Despues de haberlos mirado por largo rato:

— Hijos mios, les dijo; un cruel secreto, que ha de hacer la desgracia de uno de vosotros, existe hace muchos años oculto en el fondo de mi alma! Pero ... pues voy á morir, ... no me queda mas tiempo para ser su depositario. ¡Oh Dios mio! Mi corazon lo desmiente! — y, sin embargo, — ¡uno de vosotros no es hijo mio!

El doloroso asombro que se manifestó en el rostro de los tres hermanos, los dejó mudos, pálidos y sobrecogidos.

— Bien conocéis, continuó el general despues de una pausa, en la que tomó aliento, que mi interes y cariño hácia vosotros son los mismos para todos, y que nadie ha conocido, — ni aun vosotros mismos, — cuál era el que no me pertenecia. — Y vosotros, hijos mios, añadió enternecido, ¿cuál de los tres es el que no siente por mí la ternura de hijo?

La simultánea y elocuente respuesta de los tres hermanos fué arrojarse en los brazos del anciano, sofocados por sus sollozos.

— Pues si vuestro corazon no os lo dice, prosiguió el general profundamente conmovido, mi cruel deber es declararlo!

Los tres hermanos se miraron un instante, y arrojándose por un movimiento instantáneo y unánime en los brazos unos de otros,

— ¡Padre! exclamaron á una voz; no queremos saberlo!

El general levantó los ojos y las manos al cielo.

— ¡Dios mio, exclamó, os doy gracias! — Muero tranquilo y contento. ¡Hijos mios! ¡hijos mios! que la satisfaccion de haber ocultado para siempre un funesto secreto; que el recuerdo de haber cubierto con un santo velo de amor fraterno el infortunio de uno de los tres, haga vuestra vida feliz y tranquila, así como vosotros habéis hecho mi muerte!

Y poniendo sus manos sobre las cabezas de los tres hermanos, que se habian arrodillado al lado de su lecho:

— Que sean mis últimas palabras, dijo en voz solemne y suave, vuestra recompensa. — ¡Hijos mios, yo os bendigo!!!

LA FLOR DE LAS RUINAS.

CAPITULO I.

A principios de este siglo, y ántes de la invasion de los franceses en la península ibérica, se habia reunido una numerosa sociedad en una de las casas de campo, que circundan á Lisboa como macetas de flores.

Entónces la política estaba circunscrita al gobierno. ¡Ojalá sucediese hoy lo mismo! Así podríamos decirle con el descanso que exclamaba un marido al contemplar el panteon de su mujer:

Ci gît ma femme .... Ah! qu'elle est bien
Pour son repos, et pour le mien! [1])

De esto resultaba que en las sociedades no disputaban, sino que se divertian, los concurrentes. No tomaban los hombres para darse importancia y talante de hombres públicos, esos afectados aires de *madurez* — harto desmentidos en la vida privada; — ni se anticipaba una agria y criticadora vejez. Por el contrario, se prolongaba, alguna vez con exceso, una alegre y móvil juventud; lo que, á lo ménos, no hacia á los hombres antipáticos, hipócritas y arrogantes, ni peor al gobierno.

Las mujeres, sin tener pretensiones algunas al espíritu de independencia que les quieren inocular las ideas avanzadas, no aspiraban á ser *libres;* pero eran de hecho *soberanas:* lo que engendraba el buen gusto y finura de aquella sociedad.

---

1) Aquí yace mi mujer,
Ella descansa y yo tambien.

La influencia de la mujer es la mas selecta cultura que recibe el hombre.

La señora de la casa en que se hallaba reunida la sociedad que hemos mencionado, estaba sentada á la mesa, cubierta esta de un opíparo refresco. A pesar de que habia pasado su primera juventud, era aun muy bella; y aunque con su acostumbrado buen trato se ocupaba sin cesar de las personas que tenia á su lado, sus negros y hermosos ojos no se apartaban de un jóven elegante y bien parecido, que estaba sentado á los piés de la mesa. Uno de sus vecinos que era íntimo amigo de la casa, lo notó y se sonrió: entónces ella le dijo en queda y conmovida voz:

— ¿No es cierto que es muy hermoso?

— Como que es vuestro vivo retrato, contestó su amigo.

— No, no, repuso la señora; yo soy pequeña, y él tiene la persona de su padre.

— Verdad es, contestó su vecino, que tiene la aventajada estatura de su padre; lo que no obsta á que tenga las perfectas facciones de su madre.

Este hijo acababa de llegar de Inglaterra, endonde su padre, que era cónsul extranjero, habia dispuesto que se educase; y en regocijo de su regreso se daba la presente fiesta.

Habíase la concurrencia levantado de la mesa, y formaba ahora diferentes grupos; unos cerca del piano, otros al lado de las mesas de juego, y otros en el terrado ante la casa, para gozar del fresco y de la hermosa vista que desde allí se extendia en prolongada lontananza, mas bella aun á la mágica luz de la luna, que reflejada en el mar, le daba un brillante horizonte de plata.

La dueña de la casa se sentó al lado de la abierta puerta del jardin, y á poco el recien llegado vino á sentarse á su lado.

— ¡Qué hermoso es esto, madre mia! exclamó con entusiasmo.

— Con qué.... ¿no has olvidado del todo á tu patria en los diez años que has estado ausente, hijo mio?

— Oh! no: contestó el jóven. Pero las imágenes que conservaba mi memoria, eran las que vi en mi niñez con mis

ojos de niño; y que son por consiguiente completamente distintas de las que percibo ahora.

— ¿Y cuáles te agradan mas?

— Me seria difícil decirlo, señora. Lo que sí puedo aseguraros, es que lo que ahora veo tiene la ventaja de una sorpresa admirativa, sin haber perdido el indefinible encanto que el recuerdo le presta. Así es que gozan á un tiempo mis ojos y mi corazon.

— ¿Te parece, pues, bella, aun viniendo de Lóndres, nuestra Lisboa? preguntó con patrio orgullo la hermosa portuguesa.

— Bellísima, madre. ¿Cómo no me lo habia de parecer la hermosa ciudad, cuyos piés besan el Tajo con sus dulces labios y el Océano con sus saladas olas, y que retirándose de ambos, como altiva doncella, se refugia á las faldas de su madre, que la corona de mirtos, azahares y jazmines como á una Ninfa?

— ¿La amas, pues, mas que á la soberbia Inglaterra? preguntó con gozo su madre.

— Sí por cierto. Inglaterra es grande y bella; pero lo es como una estatua de mármol. Tiene el porte digno y frio de una princesa; y no inspira amor ni simpatía. Así es que todo inglés que puede hacerlo, vive la mitad de su vida ausente de su patria; y nosotros no nos hallamos sino en ella. Y es que ellos aman á su país por reflexion, y nosotros al nuestro por sentimiento. Que hayan los ingleses formado á su país, ó que su país los forme á ellos, de ambas maneras preside á esta obra de cabeza la frialdad. Así es que en aquel país se piensa mas, y en el nuestro se siente mas; el inglés admira á su país, nosotros amamos al nuestro.

— Muy cierto! exclamó su madre. Tu padre me llevó recien casada á Inglaterra. Todo lo hallé muy hermoso en aquel país de las perfecciones materiales. Pero, hijo mio, añadió poniendo su mano sobre su corazon, este rinconcito que tenemos aquí, no lo hay allí! [1])

1) Bellísima y significante expresion de una señora española á su regreso de Lóndres.

CAPITULO II.

Tenia Pedro, que así se llamaba el recien llegado, una naturaleza esencial y profundamente poética. No porque tuviese una imaginacion vasta y creadora, sino porque tenia un manantial perenne de poesía en su corazon. Por lo cual, si bien no expresaba un pensamiento bello engarzado en buenos versos, lo impregnaba todo de ese maná poético bajado del cielo sobre esta árida vida, sin que por eso prestase una disposicion ó viso *romanesco* á las cosas; pues para él era lo poético lo sencillo y lo cuotidiano, pero no lo extravagante. Su ideal era restricto, y alumbraba con su divina luz interna cada objeto, aunque pequeño, siempre que fuese por naturaleza bueno, inocente y sincero. Apartábase instintivamente de los volcanes y sus ardientes lavas las pasiones; de los fuegos fatuos, de las falsas brillantes ideas, del ruido y de la pompa de la retumbante palabrería, teniendo, cual los Reyes de Oriente, una estrella en el cielo, á la que con fe ciega seguia.

De esto resultaba que era Pedro un jóven modesto y reconcentrado, porque solo en su madre hallaba aquella paridad de ideas y de sentimientos, que inspiran y engendran una entera confianza. Divorciado por inclinacion y por deber, de todos los vicios, no habia intimado con los jóvenes de su edad, que los suelen ostentar, no sabemos si como prerogativas, si como despreocupaciones, si como gracias, ó como trofeos de rebeldía.

Así sucedia que solia pasear solo, sin dejar por eso de gozar entre aquellos mirtos y laureles, que hacen del de Lisboa uno de los mas bellos paseos de Europa.

Muchas veces habia notado Pedro con extrañeza á una jóven de condicion humilde, pero de hermosura notable, que se sentaba solitaria en uno de los bancos del paseo, y que puesta la mano en la mejilla, no levantaba sus ojos del suelo sino para fijarlos en él. Habia en aquellas miradas una mezcla de tristeza, de inocencia ó ignorancia de los usos establecidos, unida á un interes tan sentido, sin ser provocado

por el que lo inspiraba, que no pudo ménos de sorprenderle. Empero en el sentir delicado de Pedro, lo chocante de la provocacion superó todo el atractivo que la hermosura y todo el interes que la tristeza debian naturalmente inspirarle. Cada tarde hallaba Pedro á la muchacha en el mismo sitio; cada tarde veia á algunos jóvenes calaveras, á quienes aquella linda aparicion atraia, rudamente rechazados, y cada tarde era mas marcado el dolor que se iba grabando profundamente en aquel rostro jóven y hermoso.

Dice Kératry que Dios ha dado la compasion por abogada á la desgracia. Así sucedió que algunos dias despues, al llegar la entrada de la noche, y al notar que la muchacha se levantaba para retirarse, y que por despedida fijaba en él sus grandes ojos, de los que corrian abundantes lágrimas, Pedro, á pesar de la timidez de su carácter y de la rigidez de su conducta, fué arrastrado á seguirla, mas por la compasion que las lágrimas inspiran, que no por la seduccion que la belleza ejerce.

Despues que en su seguimiento se hubo internado por algunas calles solitarias, Pedro se acercó á ella, y le preguntó con timidez, si la aquejaba algun pesar, y si era de naturaleza que pudiese él remediarlo ó aliviarlo.

— ¡Soy muy desgraciada! contestó ella prorumpiendo en un amargo llanto.

— ¿Cuál es vuestra desgracia?

— No puedo decirla.

— Así no hallaréis consuelo. ¿Porqué venís todas las tardes al paseo?

— Antes venia porque me obligaban; ahora vengo por mi propia voluntad.

— ¿Quién era, y cuál el motivo que os obligaba, á vos, tan linda y tan niña, á venir sola á un paseo público?

— No puedo decirlo.

— ¿Y porqué venís ahora de motu propio?

La muchacha calló. Pedro repitió su pregunta.

— ¿Qué os importa? respondió la muchacha con una mezcla de despecho, de afliccion y de *brusquería*, que aun-

que unidos, se hacian cada cual palpables en sus palabras duras, en su acento amargo, y en sus dolorosas lágrimas.

— Me importa, puesto que lo pregunto, dijo Pedro.

— ¿Y porqué os importa?

— Porque me interesáis.

— ¿De veras? exclamó ella.

— Muy de veras, respondió Pedro. Decídme, pues, el motivo de vuestra afliccion.

— ¡No puede ser! si os intereso, demostrádmelo de otra suerte que no con preguntas.

Pedro sacó del bolsillo una moneda de oro, que presentó á su interlocutora.

— ¡Eso no! exclamó esta con vehemencia; no me lo demostréis ni con preguntas, ni con monedas. Las unas demuestran curiosidad; las otras caridad; pero ninguna demuestra....

Se detuvo y añadió con tristeza: *interes!*

— Dejád que os acompañe á vuestra casa, dijo Pedro, cada vez mas empeñado, y cada vez mas interesado por aquella extraña mujer. Esta no pudo disimular un estremecimiento, y exclamó:

— ¡No, no! ni pensarlo! ¡eso no puede ser!

— ¿Sois casada? preguntó Pedro.

— Ni soy casada, ni me casaré nunca; nunca!

— Entónces ¿en qué puedo serviros? tornó á preguntar Pedro, absorto de encontrar tantas anomalías, tan extrañas reticencias en aquella criatura singular.

— ¿Servirme? En nada podéis servirme, repuso ella.

— ¿Pues en qué puedo al ménos complaceros y mostraros mi interes?

— Con dejarme que os mire, que os hable, y que os ame, sin rechazarme como hasta aquí habéis hecho.

El morigerado carácter de Pedro, la delicadeza de sus ideas y sentimientos en cuanto á la reserva y modestia de la mujer, tan instintivas en ellas que no necesita la educacion ingerírselas, llevaron un rudo choque al oir aquellas palabras.

Viendo que callaba, la jóven volvió á prorumpir en un

amargo llanto, exclamando: ¡Madre, madre! ¡porqué me pariste! ¡Qué crueles son los hombres todos!

— Pero.... ¿Y si yo os amase á mi vez, como de cierto sucederia? preguntó Pedro.

— ¿Y qué mal habria en eso? repuso ella.

— Es, dijo Pedro, que yo no puedo ni debo amar sin saber á quién amo, — á un ente misterioso que se oculta de mí; á una mujer, que cual una nube, aparece sin saber de dónde viene, y cual aquella, puede desaparecer, sin que se sepa dónde irá.

— Yo creia, repuso ella, que el amor no hacia mas pregunta, ni necesitaba saber mas, sino si era correspondido; pero ya veo que hasta para amarse se pide pasaporte. A Dios! olvidád á una infeliz, que creyó por un momento hallar un corazon que le diese tan solo un poco de amor, en cambio de todo el suyo!

Diciendo esto se alejó. Pedro corrió tras ella. Entónces la muchacha se paró, y le dijo cruzando sus manos:

— ¡Por Dios! ¡por Dios! no me sigáis! os juro que mañana me hallaréis en la alameda! — Y rápida como esas exhalaciones que se ven sin dar tiempo á fijarlas, desapareció cual ellas en la oscuridad.

CAPITULO III.

Al dia siguiente Pedro, — sin premeditada intencion, y aun sin notarlo, — salió mas temprano que otras tardes para ir á su acostumbrado paseo. Mas á pesar de eso, cuando llegó, ya estaba aquella extraña muchacha en su misma actitud triste, en su acostumbrado asiento.

Al poco rato se levantó y salió del paseo. Pedro la siguió á distancia, hasta que internados por calles solitarias, y debilitada la luz del dia por la total ausencia del sol, pudo alcanzarla y dirigirle la palabra sin que fuese notado.

Cuanto por ambas partes se dijeron fué con poca variacion lo que se habian dicho la tarde ántes, acabando la entrevista por parte de ella, con la vehemente y angustiosa prohibicion de que la siguiese, y la promesa de volver á la tarde siguiente. Cada tarde volvia Pedro mas empeñado, mas interesado y mas seducido por aquella hermosa jóven, que era á un tiempo tan delicada y tan inculta, tan sentida y tan áspera, tan franca y tan misteriosa; llegando esta última peculiaridad al extremo de no poder averiguar Pedro lo mas mínimo sobre su persona, su familia y su condicion.

Por mas que la reciente confianza que se establece entre dos personas que sienten ambas, como por mitad, un mismo sentimiento, autorizase á Pedro á ser exigente en sus preguntas, y obligase á ella á ser franca en sus respuestas, nada supo Pedro; porque la tierna y feliz jóven que sonreia con dulzura, se tornaba al oir sus preguntas en taciturna y áspera; y si él persistia, ella le amenazaba con alejarse para siempre de su lado. Sobre lo que mas insistia Pedro, que era en saber su domicilio, no pudo arrancarle otra respuesta que la singular y afirmativa repeticion de que vivia entre ruinas, sirviéndole esta declaracion á un tiempo de respuesta á las indagaciones de su amante, y de pretexto para no introducirle en su casa. Así era que Pedro, á falta de otro nombre, le habia puesto el de *flor de las ruinas;* pues miéntras existan el amor y la poesía, siempre será la flor el emblema de una hermosa, ó de una querida jóven.

El amor y la poética mente de Pedro, unas veces le llevaban á pensar que fuese la que amaba alguna huérfana encerrada desde niña en algun convento ó instituto de enseñanza, que hallaba medio de disfrazarse y escapar por algunas horas de su encierro. Otras conjeturaba que podria ser un miembro de alguna familia arruinada, que vivia aislada y oscuramente en algun ángulo de su derruida casa solariega. Otras, en fin, se estremecia con la idea de que pudiese ser alguna mal casada, que huyese sigilosamente del techo conyugal. Sobre esto le tranquilizaba la seguridad que le habia dado ella de que no era casada: pero al mismo tiempo le habia dado otra, y era que no se casaria nunca. ¿Ligábala

quizas algun voto? Si habia vivido reclusa, ¿cómo era tan atrevida y tan llena de decision? Si habia vivido en el mundo ¿cómo era tan completamente ignorante de sus usos, de sus miramientos, y casi de su lenguaje? Pedro se perdia en sus conjeturas, se desesperaba en medio del cáos de confusiones en que vivia, gracias al capricho de una niña, que le dominaba y seducia, á pesar de su temprana razon y de la severa delicadeza de su sentir.

Pedro habia exigido, para que sus relaciones no fuesen notadas, — cosa de que por una de sus muchas anomalías, no parecia cuidarse su querida, — que esta no volviese á la alameda, y que fuesen sus entrevistas en un lugar mas apartado y solitario. Siempre en estas citas ella se adelantaba á Pedro; y la señal para encontrarla, era la que en el mediodía prefiere el amor, porque es el idioma del corazon, esto es, el canto, en que á la vez expresa su pensamiento con la letra y su sentir con la armonía. Pedro apresuraba sus pasos cuando llegaba á sus oidos una voz clara y sonora que cantaba estas y otras parecidas estrofas:

Hei de amar, amar eu quero
Por mais que murmure a gente,
Qu'esa gente que murmura
Tal vez não seja innocente.
Se o amar fôra peccado
Era eu gran peccador;
Mas o ceu facil perdoa
Culpa que nasce d'amor. [1])

Cuando ella le divisaba, salíale alegre y ligera al encuentro, se asia á su brazo como el pámpano á la rama del olmo, y paseaban en el crepúsculo, abstraidos de todo, sin pensar en el ayer ni en el mañana, que amargan el hoy con

---

1) He de amar; amar yo quiero
Aunque murmure la gente;
Que esa gente que murmura
Tal vez no sea inocente.
Si el amar fuese pecado
Yo fuera gran pecador;
Mas perdona el cielo fácil
Culpa que nace de amor.

recuerdos, y con cuidados lo agitan; desapareciendo de un todo el sol, sin que lo notasen, y acudiendo en el cielo las estrellas sin que las percibiesen. Porque el sol y las estrellas de su existencia eran aquellos momentos en que unidos paseaban, y en los que se embelesaban repitiendo las eternas variaciones de aquellas palabras *te amo*, que segun dice un autor, nunca envejecen.

De esta suerte pasó la primavera, la que con otras flores habia visto brotar y amparado este amor al aire libre, entre el cielo y la tierra, en medio de las flores, como el amor de los pájaros, como el de las mariposas; cantando cual aquellos, jugando cual estas; sin pensar en el mañana cual unas y otros! Pero pasó la primavera y su hermano el verano, siguiendo el otoño que acorta las tardes y enturbia su cielo; y las entrevistas de los amantes se hicieron mas cortas y ménos frecuentes. Entónces Pedro resolvió salir de la situacion singular y subyugada en que se hallaba.

Tenia él una gran ventaja para poder imponer su voluntad, aun en el corto reinado de la mujer, esto es en el tiempo que es amada; y era la que tiene aquel de los dos amantes que es querido con mas pasion que la que él mismo siente. Así fué que confiado en el ascendiente que ejercia sobre su querida, le intimó la terminante resolucion que tenia de hacerla optar entre la alternativa de terminar unas relaciones envueltas en un misterio que desunia sus almas, y que no podian satisfacer de esta suerte ni á su corazon ni á su razon, ó de introducirle con franqueza y lealtad en su domicilio y en su vida interior.

— ¿Para qué quieres, le dijo ella apurada y cariñosa, conocer las ruinas? ¿No te basta la flor?

— Bástame la flor, respondió Pedro; pero la quiero con raíces, la quiero sacar de sus ruinas, y traerla á un suelo que sea mio, y en que pueda cultivarla, sin temor de que me sea arrebatada.

— La flor de las ruinas tiene espinas, y sabe guardarse, repuso ella; y no puede, añadió con tristeza, transportarse! Ademas.... ¡las ruinas van á desprestigiar á la flor!

— Mas la desprestigiará esta prolongada y singular ocultacion, dijo Pedro.

La pobre y apurada niña rehusó, suplicó, lloró; pero fué inútilmente. Pedro exasperado por su obstinada negativa, insistió inflexible en su determinacion, y la pobre flor de las ruinas cedió al fin con violenta repugnancia y profundo dolor, fijando para complacer á su amante un determinado dia.

CAPITULO IV.

Por aquel tiempo habia en la parte alta de Lisboa, un barrio que destruyó el terremoto de 1755, y que no habia sido reedificado. Formaba anchas calles de ruinas sin belleza ni prestigio, decrépitas sin recuerdos, viejas sin nobleza, restos sin antecedentes y sin la solemne calma de la muerte, — como los tienen las ruinas que hace el tiempo, — teniendo aquellas el repulsivo sello de la destruccion, como las que hace el hombre, ó produce un cataclismo.

Alzábanse aun trozos de paredes con los huecos que tuvieron; pero los unos despojados de sus vidrieras y celosías, parecian ojos sin párpados, y los otros privados de sus puertas, parecian entradas de cuevas. Los patios, y las habitaciones en alberca y rellenos de escombros, mostraban por sola gala alguna díscola ortiga, ó algun silencioso lagarto, que vestia del color de las piedras, para no ser apercibido. Un débil eco respondia desde algun lóbrego pasadizo, con exhausta é indistinta voz, á las melancólicas reflexiones, que infundian y hacian formular al que las pisaba, aquella aglomeracion de cosas finadas. ¡Nada quedaba de lo que les diera vida! Con sus moradores habian desaparecido las bellezas, los adornos y las comodidades, con que aun la modesta existencia suaviza su domicilio, como los pájaros sus nidos con plumas y musgo. Nada podia verse que fuese mas antipático á la vista y al sentir, que aquellas filas de aglomeradas y desnudas ruinas, que parecian la residencia del

misterio absoluto, la mansion del crímen impune, y el refugio de la desolacion solitaria.

Verdad es que al pié de la altura en que se hallaban, estaba el magnífico paseo, en el que, entre mirtos y laureles, paseaba la elegante muchedumbre. Verdad es que algo mas léjos, y á orillas del Tajo, corrian presurosos por las soberbias plazas, el comercio y la vida. ¡Pero estaban separados de los tristes vestigios de la gran catástrofe, por lo que desune y aparta mas que la distancia, que es el abandono; por lo que anonada y destruye mas que la muerte, que es el olvido!

No obstante, ¿dónde habrá lugar en que no se encuentre la vida, cuando hasta en la caja en que se encierra un cadáver y es sepultado en las entrañas de la tierra, renace?

Así era que, aun entre aquellos desamparados y lóbregos esqueletos de los que fueron edificios, se habia instalado alguno que otro de esos párias voluntarios, que viven aislados, porque ese aislamiento que se compadece, á ellos les simpatiza ó les conviene.

Una techumbre de aneas, un pedazo de estera colgado ante los huecos de las ventanas, algunas malas tablas unidas unas á otras por la parte alta, y por la parte baja por barrotes, y cerradas por el interior con una tranca formando puerta, eran los reparos hechos para hacer habitables parte de aquellas ruinas. En lo que habian sido habitaciones interiores y en los patios y corrales, se veian algunos cerdos arrellanarse como sibaritas sobre camas de inamovibles inmundicias, y algun gallo flaco subido en lo mas elevado de los amontonados escombros, cacareando con la arrogancia que gastar pudiera aquel guerreador que hubiese tenido la infausta gloria de haberlas hecho.

¡Cuál no seria, pues, el espanto de Pedro, cuando precedido de su guia, llegó á este lugar de desolacion, que fué al que lo condujo; y cuando empujando una de las descritas puertas, le introdujo en uno de aquellos antros lóbregos y miserables!

—¿A dónde me conduces? exclamó Pedro con horror, deteniéndose á la entrada.

— ¿No te lo decia yo? respondió ella con abatimiento, ¿no te lo decia? ¡que las ruinas despojarian á la flor de su prestigio!

— Pero, exclamó Pedro; ¿porqué no me has confiado la manera miserable en que vivias? ¿Porqué con inconcebible extrañamiento y orgullo, has rehusado los socorros del hombre que te amaba?

— No podia admitirlos; en vista de que no puedo variar en un ápice mi existencia.

— ¿Porqué?

— Porque soy esclava.

— ¡Esclava! ¿de quién?

— De mis perversos hermanos. He intentado libertarme, y huir de su cruel tiranía, ¡y siempre estos ensayos me han salido fallidos, y me han costado caro! Mira esta cicatriz en mi cuello, este brazo aun sin movimiento, por una dislocacion que ha sufrido; y comprenderás no solo el yugo que sobre mí pesa, sino tambien el peligro en que estaria mi vida si me escapase de ellos, pues en todo lugar que me escondiese, sabria encontrarme su puñal.

— ¿Y á qué te obligan, infeliz?

— Me obligan á cuidar de su casa, y á preparar sus alimentos. Me obligan ¡gran Dios! á traerles aquí á aquellos hombres ricos, que imprudentes se obstinan en seguir mis pasos, cuando me fuerzan á ir para ser vista á los sitios públicos.

— ¿Qué dices? exclamó Pedro aterrado.

— ¡Sí, sí! exclamó ella con vehemencia desesperada; ¡sí, sí! ¡Para eso aprovechan la hermosura que dicen que Dios me ha dado! Y una vez que han entrado entre estas ruinas que encubren y callan cual cómplices, los despojan; y para que este delito no se sepa ni se trasluzca....

La voz se anudó en la garganta de la que hablaba, que miró en torno suyo con pavor, como si temiese apercibir entre las grietas de las carcomidas y hendidas paredes, oidos que la escuchasen, y ojos que la espiasen.

— Acaba, dijo Pedro con ansiosa suspensîon; ¿qué hacen?

La interpelada se acercó á su amante, y le dijo en queda y profunda voz: ¡los.... asesinan!....

—¡Qué espanto! exclamó Pedro desviándose de ella. ¡Y yo he amado á esta funesta mujer, á este reclamo del crímen, á esta sirena de cementerio!

—¡Por eso, prosiguió ella, nunca he querido traerte á mi casa! ¡por eso me he resistido á ello con tanta obstinacion! Y cuando obligada por tí te he complacido, aprovechando la ausencia de mis hermanos; cuando con obedecerte, he querido probarte mi cariño, ¡infeliz de mí! solo he conseguido perder el tuyo!

El tedio, el horror y el asombro sellaban los labios de Pedro.

—Y no obstante, prosiguió ella, tú eres el solo hombre, el solo ser que he querido! Por el amor que te tenia, que me hacia imposible traerles mas víctimas, he recibido la herida cuya cicatriz conservo! ¿Y qué te ha pedido en cambio esta pobre *flor de las ruinas*, sino lo que la mas humilde pide al sol, florecer al calor y brillo de su luz? ¿Qué te espanta en la que poco há amabas, que de ella apartas tu vista? ¡Oh! ¡infelices mujeres, siempre empujadas al mal por los hombres, y nunca sostenidas por ellos cuando quieren hacer el bien! ¡Míseras desheredadas de perdon, del que son sus corazones inagotables fuentes! ¡Existencias de cristal, de las que con despotismo se apodera el hombre, y que empaña con su amor, quiebra con su crueldad, su abandono ó su desden!

Cuanto esa mujer decia era tan cierto, aplicado á ella, que Pedro compadecido iba por fin á contestarle, cuando sonaron fuertes golpes dados en la puerta.

CAPITULO V.

— ¡Cristo crucificado! ¡ellos son! exclamó la jóven aterrada al oir los golpes.

— ¿Quiénes?.... preguntó Pedro.

— ¡Mis hermanos, los asesinos sin piedad, los verdugos sin misericordia! respondió ella alzando las manos con espanto.

Los golpes redoblaron.

— ¿Qué hacer, madre de piedad, qué hacer? murmuró la infeliz volviendo en torno suyo sus desatentados ojos, como para buscar un medio de salvacion que era imposible.

La mal pergeñada puerta cedió en este instante á un vigoroso empuje, y tres forajidos entraron en aquella estancia, mal alumbrada por un candil colgado en una de las salientes asperidades del descarnado muro. Despues de hacer á su hermana algunas cortas y brutales reconvenciones por su tardanza en abrirles, se dirigieron hácia Pedro, sin demostrar extrañeza por hallarle allí. Mas su hermana, precipitándose á su encuentro, escudó á su amante con su cuerpo, exclamando con vehemencia:

— ¡No, no le mataréis sin atravesar ántes mi pecho!

Por única respuesta, el mayor de los tres la cogió por un brazo, y la tiró al suelo á distancia, apartándola así del lugar en que pasaba esta escena.

Pedro estaba desarmado; pero aun en el caso de que hubiese tenido armas, toda resistencia contra tres forajidos era tan inútil como insensata, y solo habria servido para precipitar la inevitable catástrofe: por lo cual los forajidos le despojaron de cuanto llevaba, sin que opusiese resistencia.

— ¡Por Dios, hermanos! gimió su pobre hermana, que se habia arrastrado sobre sus rodillas hasta sus piés; ¡os pido que no le matéis! ¡Es el solo hombre que he amado! ¡Con su vida me arrancáis la mia! ¡Tenéd piedad,.... una vez siquiera! ¡tenéd piedad de él y de mí!

Los forajidos no hicieron caso alguno de estos angustiosos ruegos, y se apoderaron de Pedro.

— ¡No, no le mataréis! exclamó su hermana levantándose erguida. Si no le soltáis por compasion, lo haréis por temor de mi venganza. Y eso que vosotros no sabéis hasta dónde puede llevar la venganza una mujer, que si no tiene vuestra mala alma, tiene en sus venas la misma sangre que corre por las vuestras!

— ¡Atádla! mandó el hermano mayor.

— ¡No, no! ¡matádme de una vez, si no queréis que vengue la muerte de aquel á quien amo, y que vosotros, tigres sanguinarios, fieras malditas de Dios, queréis matar ante mis ojos! Pero yo lo impediré; que la desesperacion da fuerza y valor: y si no lo logro, me vengaré, — ¡tan cierto como hay en el cielo Dios que nos juzga, y sol que nos alumbra! — delatándoos á la justicia.

El hermano mayor dió un paso hácia ella; mas el menor le detuvo diciéndole:

— No exasperarla mas; está fuera de tino, y es capaz de todo.

— Pero no se puede dejar á este hombre, repuso el mayor.

— Saquémosle de aquí, propuso el menor.

— ¡Cómo! si hace una luna que deslumbra!

— ¿Y quién pasa por este sitio á esta hora? Para mas seguridad le disfrazaremos, repuso el menor, que en seguida sacó de un arca un hábito de fraile.

— Saca tambien la mordaza, advirtió el que hasta entónces habia callado, el que en seguida se puso con el mayor á atar de piés y manos á su infeliz hermana, que se repercutia con violencia y rechazaba con desesperados, pero inútiles esfuerzos, á sus hermanos, que la dejaron atada y presa de una espantosa convulsion tendida en el suelo.

Habiéndole igualmente atado las manos á Pedro, puéstole la mordaza, revestido el hábito de fraile y caládole la capucha, salieron á la ancha calle que tenian que atravesar para internarse, como lo intentaban, en las ruinas del lado opuesto.

Estaba la calle tan bañada de la luz de la luna, que caia perpendicularmente sobre la tierra, que apénas hacian sombra

los objetos. A cada lado de Pedro se colocó uno de los hermanos mayores, siguiéndolos el tercero; y así se puso en marcha la fúnebre caravana en absoluto silencio; pues hasta sus pasos cautelosos pisaban mudos la tierra.

Apénas habian llegado á la mediacion de la calle, cuando de repente oyeron una voz recia y de mando que les gritó:

— ¡Alto ahí!

Cual una centella reanimó y encendió esta voz las apagadas esperanzas de Pedro.

— ¡Es una ronda, y somos perdidos; huyamos! dijo el menor de los hermanos.

— ¡Quietos! mandó el mayor, y sacando un puñal, cuya hoja brilló á la luz de la luna como un relámpago; — si hacéis un solo movimiento, sois muerto! dijo á Pedro.

El otro hermano le imitó, y Pedro se halló preso entre las afiladas puntas de dos puñales ocultos en las mantas de sus dueños.

En este momento llegaba la ronda.

— ¿Quién va? preguntó el que hacia de cabeza.

— Un padre que llevamos para auxiliar á nuestra madre moribunda, respondió con serena voz el hermano mayor.

El jefe de la ronda se cercioró de que lo que le decian era cierto, viendo al callado religioso; y Pedro sin poder exhalar el mas leve sonido, ni hacer el mas mínimo movimiento, oyó con desesperacion alejarse á la ronda, y debilitarse gradualmente el mesurado compas de sus pisadas.

— Aligerar el paso, dijo el mayor de los forajidos, volviéndose los tres á encaminar hácia las ruinas. Mas ántes de llegar á ellas, volvió á oirse al jefe de la ronda, que gritó con voz enérgica:

— ¡Alto ahí!

Los ladrones se pararon murmurando imprecaciones. La ronda se acercaba con pasos apresurados precedida por una mujer, que con el cabello suelto, el rostro desencajado y con las muñecas ensangrentadas, corria y gritaba con desgarrador acento:

— ¡Salvádle! salvádle! y precipitándose en el grupo de los detenidos, arrancó la capucha que cubria la cabeza y el

rostro de Pedro, exclamando con delirio: ¡está salvo! ¡Bendita sea la providencia y la justicia de Dios! ¡Líbrese la sangre inocente, aunque sea á costa de la culpable!

— ¿Qué has hecho, infeliz? exclamó Pedro.

— Lo solo que me quedaba que hacer, contestó ella: procurar tu salvacion, y buscar mi muerte.

— ¡Oh! no morirás, que yo te salvaré! exclamó Pedro.

— No de mi puñal, dijo en voz ahogada por la ira el mayor de los forajidos, el cual, ántes que nadie hubiese previsto ni podido impedir su accion, habia cumplido su amenaza.

— ¡Oh! ¡qué frio y qué agudo es este acero! dijo la herida poniendo la mano sobre su traspasado pecho. ¡A Dios .... Pedro! añadió dirigiéndose á este que se habia precipitado á ella y la sostenia en sus brazos: — muero por haberte salvado; y así es mi muerte mas feliz que lo ha sido mi vida!

— ¡No mueras, no! exclamó desesperado Pedro. Mi salvadora será mi compañera á la faz del cielo y del mundo.

— ¡No, no! repuso en balbuciente voz la moribunda: la flor de las ruinas debe morir entre ellas.... ¡sola y abandonada como ha vivido! ¡Juez de los corazones, añadió alzando sus ya quebrados ojos, ten conmigo la compasion que los hombres no han tenido!

Algun tiempo despues, se ajusticiaban en Lisboa tres bandidos, entre los cuales uno atraia con particularidad la atencion de la muchedumbre por llevar la señal de Cain en la frente. Miéntras, en una de las casas mas ricas y conocidas se celebraba una junta de facultativos por hallarse en inminente peligro, de resultas de unas calenturas cerebrales, el hijo de los dueños.

EL EX-VOTO.

Cuéntanos en *lisa* prosa castellana, con ese estilo, que no diré si es bueno ó malo, pero que es *tuyo*, y nos gusta por eso; cuéntanos, digo, lo que realmente sucede en *nuestros* pueblos de España, lo que piensan y hacen *nuestros* paisanos en las diferentes clases de *nuestra* sociedad.

Carta del lector de las Batuecas á FERNAN CABALLERO.

CAPITULO I.

Dos viajeros ilustrados. — Un pueblo que empieza á entrar en la senda del progreso material. — Un sacristan con la boca abierta.

> Es la ligereza francesa, es el chiste volteriano, es el *nihil mirari* el que todo lo marchita entre nosotros.
>
> CHATEAUBRIAND.

> El ateismo no es tanto la *creencia*, como el *refugio* de las malas conciencias.
>
> *Máxima.*

La voluntad inglesa es una fuerza motriz de incalculables caballos normandos. Un inglés muy simpático — á sus paisanos — se ha propuesto que esta voluntad omnímoda realice la famosa y fantástica palanca de Arquimedes: á las fuerzas de Atlante reune los caprichos de una manceba real, y el despotismo de un niño muy mal criadito. Así es, que si un hijo del país, cuyas blancas costas le valieron de los romanos el nombre de Albion, dice, *por aquí meto la cabeza*, lo hará, sin que le arredren calamorrazos, chichones, achocazos ni descalabraduras.

Aplicando estas reglas generales al pequeño cuadro de la relacion que vamos á hacer, nadie extrañará el ver salir de Gibraltar á dos ingleses, con intencion de seguir una marcha en línea recta hasta Roncesvalles, sin llevar mas guia que sus narices. Mister Hall habia dicho á Mister Hill:

— Iremos los dos solos é inseparables, como los Gemelos en el Zodíaco. Cádiz, á donde nos dirigimos primero, no es

el polo, para que podamos correr el riesgo de perdernos, como el capitan Franklin.

— Por supuesto, contestó Mister Hill; el perderse, añadió suspirando, es un placer con el que han acabado las luces del siglo. El globo está ya explotado!

Diciendo esto los dos amigos, el uno alto y el otro bajo, metieron las espuelas á sus pobres caballos, que deseaban morir para descansar, costearon la bahía, pasaron por Algeciras, subieron una cuesta pendiente como una escalera, y llegaron á las cumbres de las últimas alturas de la sierra de Ronda, que se acercan á la mar, como para contemplar su gran hermosura en ancho espejo. Allí se hallaron en una encrespada selva de encinas y alcornoques, que se vestian y engalanaban con las zarzas, la yedra y las vides silvestres, que en sus valles escondian arroyos entre adelfas, y borraban las huellas del hombre con su vigorosa vegetacion. Así fué que nuestros viajeros quedaron perdidos en un decir *good by;* tan perdidos como Mister Hill podia desearlo, logrando disfrutar los dos amigos el deleite de andar varias horas errantes por una selva agreste, como Pablo y Virginia. Por fin, al llegar á un alto algo mas despejado de arbolado, divisaron el ancho mar, al que habian venido acercándose; y al pié del monte, un valle que tenia por límites, á la izquierda una angosta playa de dorada arena — puesta por Dios entre el mar y la tierra, como inexpugnable baluarte — y á la derecha un pinar tupido y áspero, como una maciza puerta, con la que se cerraba el valle. Sentado en la mullida alfombra que le proporcionaba la yerba que cubria el suelo, estaba un pueblecito misántropo, que teniendo al frente el mar con su inmensa monotonía, á su espalda el grave y oscuro pinar, y á los lados las intrincadas sierras, parecia haberse colocado allí para disfrutar de todas las soledades. Antes de llegar al lugar se veian algunos álamos blancos, que habiendo crecido bajo el constante azote del viento de la mar, habian adquirido una actitud doblada y doliente, y sombreaban con vacilante é inquieta sombra un profundo y ancho pozo con su pilon adyacente, que servia de abrevadero á los ganados.

A la entrada del pueblo habia una robusta y fornida alcantarilla con pretensiones de puente, la cual salvaba un barranco poco profundo, que en invierno servia de desagüe al prado. Pero á la sazon, habiendo pasado la estacion de las lluvias, abria la alcantarilla un tremendo ojo al ver llegar á rendirle homenaje y pasar bajo su férula, no un apacible arroyo, ni ménos un soberbio torrente, sino una manada de gorrinos. Adornaban la cabeza de esta alcantarilla, — obra del arte y honra del lugar, — dos pilares perfectamente cuadrados, que terminaban, uniéndose amistosamente, las cuatro esquinas, y sellando esta union con una alcachofa ó cosa parecida, que por ser únicas en su especie, no tienen clasificacion ni en la horticultura ni en la arquitectura. Cuando se habia concluido aquella mejora urbana, la alcantarilla, y aquel embellecimiento del aspecto público, los postes, con pretensiones á pertenecer, aunque por casta degenerada, á la familia de los obeliscos, ó columnas monumentales, el alcalde encargó al maestro de primeras y únicas letras del lugar, un letrero ó inscripcion, para memoria y señal de la época en que se hizo, y de las personas que en esta obra actuaron. Lo único que le advirtió fué que diese aquel letrero testimonio de todo el profundo respeto que tenia el pueblo á la religion, y del que las autoridades profesaban á la constitucion. El maestro de primeras letras, que era expeditivo, escribió en dos por tres, en uno de los postes, con unas letras gordas y robustas, como los chiquillos que iban á su escuela, la siguiente inscripcion:

Detente aquí, caminante,
Adora la religion,
Ama la constitucion,
Y luego... pasa adelante [1]).

En el otro poste estaban consignados el dia, mes y año

1) La persona que escribe esto, da testimonio de haber visto este letrero en un poste á la entrada de un puente. No tienen los novelistas la suerte de poder inventar tales cosas; el arte nunca puede llegar en ningun género á la perfeccion de la naturaleza.

en que se levantó é inauguró tan soberbio monumento, con los nombres del alcalde que corrió con la obra, del albañil que la llevó á cabo, y del alfarero que hizo los ladrillos.

Aquel dia memorable hubo fiestas y regocijos públicos, que constan en los fastos del pueblo. Consistieron en un toro de cuerda y seis cohetes; y para fijar mas indeleblemente la memoria de tan fausto dia, el toro cogió por los fondillos al alcalde que, sorprendido por la llegada de la fiera, no halló mas medio de salvacion que subirse por una reja. Pero no pudo verificarlo con bastante ligereza para poner á tiempo fuera del alcance de las astas del toro la parte que en su niñez tampoco habia podido poner fuera del alcance de los azotes [1]).

Pasada la alcantarilla, lo primero que se encontraba era un ventucho, cuyo repuesto consistia en un mal barril de vino y otro peor de aguardiente.

El ventero, que solia tener por parroquianos, — gracias á la proximidad de Gibraltar, esa úlcera de España, — una porcion de perdidos, desertores, presos fugados, contrabandistas y vagos; que veia á estos deudores, poco escrupulosos en el pago, detenerse las horas muertas en su establecimiento, dar sangrías á sus barriles, armar camorras y escurrirse sin pagar, habia escrito por via de muestra, y á manera de estatutos de su establecimiento, con tremendas letras de furibundo almagre, coloradas como pavos, esta cuarteta, modelo de estatutos y de concision:

Vamos entrando,
Vamos bebiendo,
Vamos pagando,
Vamos saliendo [2]).

Nuestros blancos hijos de Albion llegaron algo parecidos á las *pieles rojas* de América, por las caricias del sol espa-

---

1) Histórico.

2) Copiada del natural, como los versos anteriores, ocupa esta cuarteta, ideal del laconismo y tipo del buen sentido, un lugar preferente en el prontuario ó mamotreto del autor.

ñol. En la alcantarilla *no se detuvieron*: la pasaron sin *adorar la religion, ni amar á la constitucion;* sin que por eso el monumento encargado de hacer observar estos preceptos, como verdadero poste, les tirase su alcachofa á la cabeza. Cuando llegaron á la venta, habiéndose orientado, pidieron al ventero les proporcionase un guia que los condujese á Vejer, que era el pueblo mas cercano. Miéntras el ventero iba á evacuar esta diligencia, y los infelices caballos descansaban un rato, fueron sus dueños á dar una vuelta por el pueblo.

Llegaron á la plaza en que estaba la iglesia, que les sorprendió por su buena apariencia, y suplicaron al sacristan, que estaba en los porches, que se la enseñase. El sacristan, con esa obsequiosidad tan espontánea en el pueblo de España, se apresuró á franquearles la entrada en el templo, con todo el inocente placer que se siente al ver á otros admirar y venerar los objetos que nosotros mismos admiramos y veneramos. Pero ¡cuál no seria la triste decepcion del pobre sacristan, cuando en lugar de la admiracion devota que aguardaba, solo vió á aquellos señores levantar los hombros con desden y sonreirse con escarnio! En el mundo estamos por desgracia tan acostumbrados á ver la osadía con que la impiedad ataca y hiere de frente nuestras mas arraigadas convicciones, nuestras mas profundas creencias y nuestros mas dulces y suaves sentimientos, que nuestros corazones, despues de quebrarse, se han encallecido; es decir, oyen escandalosas impiedades, sin que estas les causen ya mas impresion que la de triste lástima. Pero para el sacristan de aquel lugar apartado y humilde, fueron tales demostraciones, como una capa de nieve echada sobre un recien nacido.

La primera cosa que chocó á aquellos forasteros, que se denominaban con el honorífico dictado frances de *espíritus fuertes*, — pero que acá llamaremos con mas propiedad *ignorantes materialistas*, — fué una hermosa imágen de la Vírgen, que bajo su dulce y metafórica advocacion de la Divina Pastora (que lo es del rebaño del que su Divino Hijo es el Pastor), estaba colocada en el altar mayor rodeada de sus ovejas,

metáfora tan universal, que hasta los mismos protestantes llaman á sus curas *pastores*. Nuestros viajeros, á pesar de que venian por cuenta de una junta bíblica esparciendo Biblias, es de presumir que jamas habian leido el Nuevo ni el Antiguo Testamento, pues tanto les sorprendió el culto á la Madre de Dios, que su Divino Hijo instituyó en la cruz, y tan poco se hacian cargo de las figuras con que en ambos Testamentos se hacen palpables estas altas verdades al limitado entendimiento del hombre.

Así fué que Mister Hall dijo á Mister Hill:

— El campo en este país solo presenta eriales, selvas enmarañadas y desiertas: en cambio, en las iglesias hallamos la Arcadia! — ¿Qué significa esta Fílis?

— Esto, respondió en tono decidido y dogmático Mister Hill, es uno de los *ídolos*, que adoran los españoles en lugar de adorar al Divino Hacedor.

— ¿Pues qué, no creen en el Ser Supremo? preguntó Mister Hall.

— No le conocen, *dear fellow*, contestó el interrogado. — *Dear fellow* quiere decir *querido compañero*, y es expresion extremadamente usual entre los hijos de Albion.

El *dear fellow*, que la echaba de *humorista* (esto es, de gracioso y original con chiste), hizo brotar de sus labios un manantial de agudezas, capaces de batir en brecha la gracia andaluza y la sal ática, con su ariete de mostaza.

Dióle ancho pábulo á explayarse, un cuadrito, no bien pintado por cierto, el que llevando su lema en un ángulo que con grandes letras decia *ex-voto*, pendia al lado de un altar. Era este altar de mármol blanco y negro, y sobre él se alzaba una gran cruz de ébano, de cuyos brazos colgaba un fino sudario guarnecido de encajes, y á cuyo pié se veian la corona de espinas y los clavos de maciza plata.

El cuadrito del ex-voto, que con preferencia á otros suspendidos al lado del altar de la cruz, habia atraido la atencion de estos aprovechados viajantes, mostraba sobre el oscuro fondo de un pinar, una cruz alzada sobre una sencilla peana de cal y canto, de cuyos brazos pendia una guirnalda de

flores, tal como se ve en todas las cruces en los dias designados particularmente á su culto, á principios de mayo. En la parte delantera del cuadro se veia á un hombre con un puñal en la mano echando al suelo á otro, que al caer se asia á una cruz clavada en el suelo entre la maleza.

— ¿Ha visto Vd. jamas, — decia Mister Hill á su *querido camarada,* — ha visto Vd. jamas pintar en una iglesia una escena de latrocinio y asesinato?

— Será — respondió el interrogado, Salomon sin sal, — un altar consagrado al santo á quien hayan instituido patrono de los puñales.

Los dos *dear fellows* se rieron del modo con que dice Homero se reian los dioses en el Olimpo: ¡sin duda seria cuando veian hombres tan ridículos como aquellos!

— ¡Cruces y puñales! dijo el *fellow* núm. 1.

— ¡Sangre y oraciones! añadió el *fellow* núm. 2.

— ¡Supersticion y estupidez! Eso sí que se encuentra aquí; pero segun voy viendo, ni un solo *comfort.*

— ¿No le parece á Vd., amigo, que estos cuadritos, estos mamarrachos, prueban que Murillo y su arte son cosas fantásticas é inventadas por los romanceros que inventaron al Cid; y que nunca han existido en este país de pésimos caminos?

— Podrá Vd. muy bien tener razon, querido señor. Lo que es indudable es, que poner unos cuadritos tan mal pintados en una iglesia, es contra el *decoro* del templo, la *gravedad* de la contemplacion y la *dignidad* del culto.

¡Lector mio, que vives quizas apartado del trato de protestantes, ó de hombres que no tienen religion, y que dan á entender, que si no siguen la nuestra, no es por ser ellos soberbios é incrédulos, sino por falta de la religion, que no está á la altura de su sabiduría! Sabe, decimos, que cuando salen muy tiesos á relucir el *decoro,* la *gravedad* y la *dignidad,* tratándose de estas materias, es porque al amor, al fervor, á la fe, en fin, á las virtudes de *arriba,* se han antepuesto las de *abajo.*

— Es una gran irreverencia, dijo Mister Hill.

— Un desacato, querido, respondió el otro.

— Una ridiculez, amigo.

— Una impropiedad, *Sir*.

— Una profanacion, *dear*.

— *Señor*, dijo el mas Salomon acercándose al sacristan, quema tú esos *nonsenses* (contrasentidos), ó dálos á tu *baby* (niño chiquito); y toma, — añadió dándole una Biblia, — aquí tienes la *verdad*, que no sabes, y que hallarás en las Santas Escrituras, que *no conoces*.

Con esto se alejaron los interesantes misioneros, riéndose, y dejando al sacristan con la boca abierta.

— ¡No pueden ser cristianos! murmuró al fin; serán judíos, de los muchos que hay en Gibraltar, entre otros géneros prohibidos.

Ahora, á fuer de católicos, españoles y amigos de la ilustracion en su sentido genuino, que es dar luz al entendimiento y aclarar un punto ó materia dudosa, referiremos el orígen y significado del ex-voto en cuestion, por ser curioso comparar el hecho católico con la interpretacion protestante; el caliente corazon que siente y acierta, con la fria razon que juzga, mide con su compas .. ¡y yerra! la elevacion y poesía del alma religiosa que se levanta hácia Dios con sus blancas y brillantes alas, y el prosaico y mezquino razonamiento escéptico, que con sus piés de plomo, tropieza por su seca y estéril senda: seguros de que casi todos dirán con nosotros las palabras de San Pablo: «¿Porqué ellos enferman y yo no enfermo? ¿porqué se queman y no me quemo?»

CAPITULO II.

La fiesta de la cruz. — Escena de interior. — Porque los buenos ancianos conservan la vista. — El lenguaje de los pájaros. — Orígen, martirologio y muerte de una muñeca de pan.

¡Oh! ne vous hâtez pas de mûrir vos pensées!
Jouissez du matin, jouissez du printemps!
Vos heures sont des fleurs, l'une à l'autre enlacées;
Ne les effeuillez pas plus vite que le temps.

VICTOR HUGO. — *A los niños.*

No os apresuréis á madurar vuestros pensamientos; gozád de la mañana, gozád de la primavera. Son vuestras horas flores enlazadas una á otra; no las deshojéis aun ántes que el tiempo!

Et sans comprendre encore ce que vaut l'innocence,
Dis: Mon Dieu, gardez-moi comme une blanche fleur.

Y sin comprender aun lo que vale la inocencia, pide á Dios te la conserve como una flor blanca.

Aquel triste y solitario pueblecito, tenia tambien sus felices y contentos moradores, que estaban apegados á él, como lo están los niños á sus amas, aunque sean feas y displicentes. En cualquiera parte se acomoda el contento de los humildes y de los sanos de corazon.

Al lado opuesto á aquel en que se hallaba la venta, se veia una casa muy limpia, muy blanca; como que hacia poco que habia estrenado un vestido de cal. Su tejado estaba cubierto de yerbecitas y florecillas, como si se hubiese tocado un pañolon enramado: por su abierta puerta se veia el patio, que, — por pasar lo que referimos en los primeros dias de mayo — estaba hecho un canasto de flores. Podia compararse la bella vista que formaba la casa, á una persona sincera que abriese y mostrase á las claras un corazon lleno de inocencia y alegría. Veíanse allí rosas de su color, blancas, rojas y amarillas, como hermanas en diferentes trajes.

La lila — esa flor alemana que tan temprano florece, — se inclinaba indolente y triste en su modesto vestido.

Las delicadas violetas se cubrian con sus hojas redondas

como con parasoles. En las rendijas de las paredes hacia el resedá á toda prisa sus ramilletitos, miéntras lo miraba con sus grandes é inocentes ojos su buena amiga la salamanquesa. Al rededor del patio, en tejas sujetas á la pared como púlpitos, se inclinaban hácia fuera doctos claveles, predicando á las demas flores un sermon sobre la brevedad de la vida. Un pálido y delicado jazmin que esto oia, caia desmayado en brazos de una *espuela de galan*, que denodada y con su vestido de oro habia subido hasta el jazmin escalando una reja. Ocupaban el centro del patio un naranjo y un granado, que mezclaban sus flores rojas y blancas con una armonía y con un silencio, que deberian avergonzar profundamente á la asamblea legislativa francesa.

Una gran cantidad de pájaros, mariposas y abejas, hacian corteses visitas de flor en flor, sin darse el caso de que ninguna de estas amables hijas de Flora, se negase á recibirlas, ni aun con la excusa de estar de trapillo. Una suave brisa de mar, pura como un cristal de roca, llevaba de unas á otras sus perfumes.

En este patio todo florecia, embalsamaba, volaba ó cantaba.

En la habitacion principal de la casa, á la derecha de la puerta del zaguan, se veia una escena de interior, tan suave, pacífica y perfumada como la del patio.

Junto á la ventana, en una silla baja, estaba sentada una mujer muy anciana, que tenia abierta sobre sus faldas la *Guirnalda Mística*, en la cual leia en alta voz el capítulo correspondiente al dia. Apoyábase en sus rodillas una niña como de ocho años, que pendia de los labios de su abuela, como si las palabras que pronunciaba, hubiesen tenido una forma visible. A su lado estaba una mujer de mediana edad, cosiendo una camisa de hombre; á sus piés — sentada en el suelo, con las piernas estiradas y los piés levantados y descansando sobre los talones, como dos perritos bien enseñados — estaba una niña de cinco años, meciendo en sus brazos con la mayor gravedad materna, una muñeca de pan recientemente salida del horno, ilesa como Sidrach, Misach y Abdenago salieron del que los mandó preparar Nabucodonosor;

pero, en cambio, amenazaba á la pobre la suerte de los hijos de Saturno.

Al otro lado de la ventana, frente á la anciana, veíase al abuelo sentado en un gran sillon de cuero, como los que se ven en los pueblos en las barberías: inclinábase adelante, formando con su mano una especie de embudo para su oido, á fin de no perder una palabra de lo que leia su mujer. Delante de él dos hermosos muchachos jugaban con Cubilon, el perrazo del anciano como su amo. Habíanle obligado, á fuerza de molerle, á dejarse poner una especie de albarda; ahora sus manecillas se esforzaban en abrirle la boca y ponerle un freno. El perro volvia su gran cabeza, ya á la derecha, ya á la izquierda; pero sus tiranillos seguian ágilmente á cada uno de sus movimientos. El fondo de este cuadro lo formaba un altar, que se habia colocado contra la pared de la ventana, sobre el que se levantaba una cruz hecha de flores, porque aquel dia era el 3 de mayo, dia de la cruz. A cada lado una muchacha estaba sujetando las flores en los extremos de los brazos del Santo Arbol, y un jóven subido en una escalera de mano, colgaba del techo una araña formada de dos pedazos de caña, juntados y suspendidos al techo por cuatro tomizas; pero todo tan revestido de flores, que quedaba oculta la sencilla y tosca armazon. La abuela leia.

«I. Hay muchas personas que no buscan la cruz, ántes la huyen; pero á ellas la cruz las busca y las halla. Estos son los pecadores, que van siempre en busca de sus gustos; pero estos huyen de ellos, porque el hombre que no busca á Dios, jamas está contento.

«II. Otras personas buscan las cruces, y en efecto, las hallan. Esto sucede á los que empiezan á servir á Dios; que aun no tienen bastante valor y amor á Dios, para que las aflicciones les sean dulces.

«III. Las almas santas buscan las cruces con mucho ahinco, pero no las hallan. San Francisco Javier deseaba mas y mas cadá dia, y Santa Teresa pedia ó padecer ó morir, y entrambos se hallaban colmados de gozo en medio de sus aflicciones» [1]).

---

1) El Padre Bosch Centellas, *Guirnalda Mística.*

Cuando la anciana hubo concluido su lectura, dijo la madre de la muñeca, cuyos dientes habian hecho sobre las narices de su hija el efecto de un cáncer:

— *Mae* Juana, vamos á rezarle un *credito* al Señor *atao?*

— No se dice así, observó su hermana mayor, que se dice el Señor de la Humildad, zonzona. Y si así no lo dices, te castigará *Pae* Dios.

— ¡Que no! — repuso muy sobre sí la chica: — que no sale de su cuadro.

— Todo lo ha leido hoy *Mae* Juana sin espejuelos, observó la niña mayor.

— ¿Sabéis, repuso la anciana, porqué conservo tan buena la vista? Es, niños mios, porque jamas ni nunca le negué una limosna á un ciego; y como me bendecian siempre con este voto, «Dios os conserve la vista,» el Señor los ha oido; porque ya saben vds. que muchos *amenes* llegan al cielo.

En este momento, y como si los recuerdos de la anciana le hubiesen atraido, se oyó una campanillita.

— ¡El pobre ciego! el pobre ciego! gritaron los niños en coro. Y habiendo pedido y obtenido un ochavo y un pedazo de pan para el pobre, se arrojaron todos al zaguan.

Allí estaba el ciego con su fiel guia, su perrito, que llevaba en su cuello, pelado por el roce, la correa en que estaba sujeta la cuerda que guiaba á su amo, y de la cual pendia la campanillita que le anunciaba. Parado estaba el inteligente animal delante de su amo, expresando con sus elocuentes ojos la triste súplica, que su amo no tenia ya sino en la voz. Su amo le daba el pan; ¡él daba á su amo su mirada! Aguardaba el pobrecillo con aire humilde, baja la cola hasta tocar el suelo, como el saludo del necesitado, fijando en los niños sus ojos tristes é inquietos.

Tráenos esto que vamos describiendo, á la memoria un pasaje de Chateaubriand en el *Genio del Cristianismo*, en que dice: «Sin religion no hay sensibilidad. Buffon admira «por su estilo; rara vez enternece. Leéd su admirable artí«culo sobre el perro: todas las clases de perros están incluidas «en él; uno solo falta, que es el perro del ciego; y este seria «el primero que un autor religioso hubiera tenido presente.»

Y tenéd vosotros presentes, incrédulos españoles, hijos, discípulos é imitadores de la incredulidad francesa, que vuestra madre, maestra y modelo, ha respetado la gran reputacion de su gran escritor Chateaubriand con el buen sentido y delicado gusto con que un soldado de la república saluda al sepulcro de un vandeano.

— Chiquito, Chiquito, ¡pobre Chiquito! decian los niños al perrillo, que se deshacia en fiestas apénas hubieron dado su limosna al ciego; — ¿tienes calor? ¿tienes sed? ¿estás cansado? — El animalito saltaba, les lamia los piés, dando unos gemidos al mismo tiempo tristes y alegres, como es triste y alegre el enternecimiento.

Pero en aquel instante se oyó un fuerte y sordo gruñido. Chiquito dió agudos chillidos, pues Cubilon, que era poco hospitalario y rigidísimo guardian de la inviolabilidad del hogar doméstico, se habia echado sobre el intruso, le habia derribado y le aplastaba con sus enormes patas. — ¡Cubilon! ¡Cubilon! bárbaro, pícaro, *¡desalmado!* gritaban los niños; y para hacerle soltar su presa, uno le tiraba de una oreja, el otro le descargaba puñetazos sobre el hocico, la niña mayor le tiraba á todo tirar de la cola, y la mas chica, con el denuedo y esfuerzo que solo pueden dar unidos el coraje y la generosidad, traia una escoba, alcanzando justamente sus fuerzas á dejarla caer sobre el lomo del delincuente. Un perro, que tiene la fuerza y ferocidad de un leon, tiene para aquellos niños que ha visto nacer, y á quienes quiere, la dulzura y sufrimiento de una oveja; y aguanta humildemente tanto castigo é ignominia, sin moverse ni chistar, cuando solo con sacudirse puede lanzar á sus implacables verdugos á diez pasos de distancia. Suelta Cubilon su presa, y se va con las orejas y la cola gachas al lado de su amo; da unas cuantas vueltas al rededor, suspira como un fuelle, y se deja caer con todo su peso, dando tal costalazo que se cimbrea todo el cuarto.

Los niños se entraron en el patio despues de haber seguido con la vista al ciego y á su perrito, que de cuando en cuando volvia la cabeza, como para darles de nuevo las gracias por su limosna y su intervencion generosa.

Al ver el gallo acercarse aquel torbellino, irguió la cabeza, levantó una pata, y miró fijamente al nublado, como el marino al de la tempestad que se acerca.

— Apuesto, — dijo el mayor de los niños á la madre de la muñeca, feroz canibal que habia devorado los brazos de su hija y habia dado sus piernas á Chiquito, — apuesto á que no sabes lo que dicen los gallos cuando cantan.

— Dicen *quiquiriquí*, respondió la niña.

— ¡Qué *tupíos* tienes los sentidos, Mariquilla, simplona!

— ¿Y tú lo sabes, *chacho?*

— Sí que lo sé. Desde que nací lo sé, mira tú!

— Pues *ímelo.*

— No me *á gana.*

— Anda, chacho, *ímelo,* y te doy la moña de mi muñeca.

El *chacho* alargó la mano y Mariquilla con el desenfado de otra Dálila, arrancó la castaña á su muñeca, y se la dió á su hermano, el que en cumplimiento de lo ofrecido, abrió su boca y empezó á un tiempo á hacer un picadillo de la castaña, y la siguiente relacion:

— Mas de mil años há, vinieron al reino de España unos enemigos — mas malos que *Arrancao,* mas feos que *Geta,* y mas desalmados que Júdas', — que se llamaban franceses. Se llevaron al rey de España por traicion, sin que lo supiese la gente, que no le queria dejar ir; le hicieron prisionero esos *indinos,* y metieron á su *Sagrada Real Majestá* en un cepo, sin darle mas que pan y agua.

— ¡Jesus! exclamó Mariquilla; ¿y porqué no los mató *Pae* Dios?

— Calla, mujer, repuso su hermano: Dios no mata á los malos; pero se van al infierno; que es peor. Saqueaban esos ferósticos los pueblos, hacian quemas de los trigos, mataban á todos los que se les ponian por delante, pero en particular á los niños....

— ¡María Santísima! exclamó Mariquilla.

— ¡Y á los gallos! dijo en voz honda concluyendo su peroracion el muchacho. Así era, continuó, que los niños y los gallos les tenian mas miedo que al Bu.

— ¡Pues no se lo habian de tener á esos Heródes! opinó Mariquilla.

El narrador prosiguió:

— Cuando un gallo veia con sus ojos amarillos como dos estrellas, que alcanzan á ver de dia y de noche diez leguas á la redonda, asomar por algun lado á los franceses con un rey tuerto y borracho, que traian por delante, se ponia á cacarear para avisar á sus hermanos, que al instante le contestaban.

El niño se puso á remedar con perfeccion el canto de los gallos en el siguiente diálogo:

— ¡Franceses vienen!
— ¿Cuántos son, dí?
— Son mas de mil!
— ¡Triste de mí!!!

— ¿Y por eso cantan de noche? preguntó muy convencida Mariquilla.

— Sí, se les quedó la maña: desde entónces no duermen mas que una hora.

— ¿Cómo lo sabes, chacho? ¿Te lo han dicho ellos?

— No; pero me lo dijo el monacillo; mira, duermen:

Una hora el gallo,
Dos el caballo,
Tres el santo,
Cuatro el que no lo es tanto,
Cinco el peregrino,
Seis el teatino,
Siete el caminante,
Ocho el estudiante,
Nueve el caballero,
Diez el majadero,
Once el muchacho,
Doce el borracho.

No habia vuelto Mariquilla de su sorpresa, cuando su otro hermano, tirándole vigorosamente del brazo, la hizo voltear y darse de narices con él.

— ¿Tampoco sabes, le dijo, lo que dicen las golondrinas, mujer?

— No, respondió Mariquilla atónita.

— ¡Vaya, que estás en Babia, tonta! Y el sabio versado

en lenguas orientales, imitando admirablemente á las golondrinas en su gorjeo precipitado, — esa alegre algarabía que concluye en un prolongado pitío tan suave, tan monamente recalcado, como el beso de una madre al hijo á quien cria, — con suma ligereza se puso á decir:

Fuí á la mar, vine de la mar,
Y labré mi casa sin piedra ni cal,
Sin azada ni azadon,
Y sin ayuda de varon.
Chicurrí, chicurrí,
Comadre Beatriiiiiiz!

La niña abrió la boca y los ojos, y levantó la cabeza para atender á las golondrinas, que se ocupaban en hacer sus nidos debajo de las tejas. Allí acudian tan honestas con sus túnicas blancas y sus mantos negros, buscando casas felices y pacíficas por simpatía; pues es fama que traen consigo á ellas la paz y la felicidad. Así, ¿quién es el que no quiere á las golondrinas, esas precursoras de las flores, esas personificaciones de la buena fe y de la confianza, que dicen al hombre, al jornalero como al rey: *¿Tu techo es nuestro techo?*

— Verdad es, verdad es! murmuraba la niña. Pero cuando bajó la vista, un grito de espanto y dolor brotó de sus labios. Era el caso que un gatito negro, aprovechando los momentos de profunda abstraccion de Mariquilla, se habia apoderado de la muñeca de pan; muñeca que, á semejanza de las buenas estatuas antiguas, aun atrozmente mutiladas, sin piernas, brazos ni narices, conservan gran mérito y son tan apetecidas.

Por mas que aquella desconsolada Céres corrió tras de su Proserpina no alcanzó al negro Pluton, que con su presa estaba ya fuera del alcance de la desolada madre, no debajo de la tierra como el otro, sino sobre el tejado.

Este fué el fin de la muñeca de pan, que vivió *aun ménos de lo que viven las rosas*, tipos de la brevedad de la existencia.

— Juan de la Cruz, — dijo la buena anciana á su nieto cuando bajó de la escalera despues de colgar la araña; — ¿has tenido cuidado de ponerle la guirnalda de flores á la Cruz del Pinar?

— Sí señora, Mae Juana, contestó su nieto.

— No se te olvide llevarle mañana otra fresca, hijo, prosiguió la anciana. Mi madre era ama del cura, y le oia yo decir á su merced una relacion de la cruz, de que era muy devoto: siempre tengo en la memoria esto que decia:

¡Oh cruz alma! oh suave
Camino al cielo! ponte interceciendo
Como del cielo llave!....
. . . . . .
Esos ramos extiende,
Y en su divina sombra nos defiende! [1])

Sed devotos de la cruz, que en todo, *con ese signo venceréis*. No se te olvide la guirnalda, hijo.

— Descanse Vd., Mae Juana, respondió su nieto, que ántes le faltarian al sol sus rayos, que á la Cruz del Pinar su guirnalda.

Entretanto habia entrado el padre de los niños: la madre habia puesto la mesa, y colocado sobre ella una gran cazuela de arroz con almejas, y otra de habas y lechugas, cuyo sabroso olor sobrepujó en breve al suave perfume de las flores, como sobrepuja siempre lo útil á lo agradable.

¡Magna sentencia que salmodian como chicharras los discípulos del nuevo culto de San Pòsitivismo!

CAPITULO III.

Las fábricas de loza de Triana puestas en el lugar que les corresponde. — Juan Palomo y Pedro Palomo ¡qué buen par de pichones! — El silencio, al reves de muchas cosas que vemos y que no tienen nombre, es un nombre sin cosa.

¡Hijo prudente del temor callado
Y la tiniebla muda!
Hermano del sosiego y del reposo!
A tí buscando voy por monte y prado.
ODA AL SILENCIO, DE SOTO DE ROJAS.

En la noche de aquel mismo dia, dos hombres de mala traza habian tomado posesion de la única mesa y de los dos únicos bancos existentes en la venta de que hemos hablado.

---

1) Lope de Vega.

Colgaba en la pared un candil de hierro sucio, que con unas borras de mal aceite y una espesa mecha — que echaba un tufo negro como una chimenea de vapor, — esparcia una luz amortiguada, vacilante, rojiza, como si hubiese sido el resplandor de un hachon arrimado á la pared; sobre la mesa habia un jarro de vino de loza de Triana. Vamos á describirlo, pues lo merece. En la parte delantera de aquel jarro, una mano maestra, una Mme. Jacotot de Triana [1]) habia pintado con un azul impuro, sobre un fondo blanco sucio un animal apócrifo, como lo son las quimeras, arpías, el pelícano, el dragon con aliento de fuego, el hipogrifo, el fénix, la salamandra, el basilisco, el unicornio, y otros muchos que componen la graciosa casa de fieras de la Imaginacion, rápida Atalanta que vence en su veloz carrera á la realidad. Esta moderna creacion fantástica no era bella ni elegante; y si acaso tiene esta especie algun orígen autorizado ó algun sentido simbólico, no hemos podido ni comprenderlo ni averiguarlo. Pertenecia su cabeza á no dudarlo, — en vista de las astas fieras que la ponian en un respetable estado de defensa, — al ganado vacuno: el arca del cuerpo era en figura y dimensiones de ballena; las piernas ó patas, de cigarron y la bien poblada cola, de caballo. — Creemos que en Triana, su patria, se da á este bicho sobrenatural el nombre de toro. — Si estos jarros fuesen exportados, como deberian serlo, no hay duda que aumentarian la fama que ya gozan en el estranjero, Montes, Cúchares y Redondo, si consideraban que estos hombres matan en un dos por tres á semejantes monstruos. ¡Un toro del tamaño de una ballena, y que saltase como un cigarron! ¿Dónde íbamos á parar?

Antes de proseguir, y despues de la de los productos, es preciso tambien hacer una mencion honorífica de las fábricas, respetables decanas de todas las fábricas europeas. Cien años cuentan las de Sèvres: ahora veremos lo que es esa antigüedad, y cuán frescos son esos pergaminos en comparacion de

---

1) Mme. Jacotot es la famosísima miniaturista, cuyo hábil pincel da un mérito inestimable á los objetos de china de la fábrica de Sèvres, que sirven para los regalos regios.

la antigüedad y no interrumpida filiacion de las fábricas de Triana. No pondremos como prueba de esta remota antigüedad, los mencionados animales, calificándolos de antediluvianos, como podríamos hacerlo sin que nadie tuviese el derecho de impedírnoslo: pero como tendrian el de dudarlo, traeremos pruebas mas irrefragables, pues el asunto es mas serio de lo que parece.

Murillo pintó un cuadro de las Santas Justa y Rufina, patronas de Sevilla, que eran, como es sabido, lozeras. — Este cuadro ha pasado de capuchinos al museo de Sevilla, y así, todo el que quiera cerciorarse de la inmutabilidad de estas fábricas, podrá hacerlo comparando los productos de ellas, que ha pintado el gran genio de Sevilla al pié de las Santas, con los que hoy se fabrican, y verá como son idénticos.

De esto hay doscientos años. Y si Murillo tuvo la advertencia — como es de creer que la tuviese al pintar estos accesorios — de asegurarse de que fueron los que en el año 287 vendian las Santas, se deducirá claramente, que esas respetables fábricas cuentan 1600 años; por lo cual tienen todo el interes de una momia viva, y de un *statu quo* en perpetuo movimiento. ¡Y nadie observa, nadie admira esto! Escandaliza tanta indiferencia por tal fenómeno de duracion y de inmutabilidad, en un siglo en que todo varía, todo es nuevo.... hasta, — y sobre todo, — el modo de andar!

Triana ha visto levantarse erguidas las elegantes fábricas de Sèvres, de Sajonia, de San Petersburgo, de La Granja y otras, dando á luz diversas generaciones de productos brillantes, ya á lo indio, ya á lo japones, á lo etrusco, á lo griego, á lo chino y á lo rococó, sin envidia y sin la mas mínima emulacion. Solo una taza frailera le dijo á una bacía: *Chi va piano, va sano: chi va sano, va lontano.* Así estas nobles matronas, sin cuidarse de la Pompadour, ni de sus amorcillos cachetudos y alados, ni de sus flores subidas de color, — como las duquesas de aquella época lo estaban con su colorete, — han seguido fomentando la buena casta de sus animales estrambóticos y pájaros extravagantes, con una constancia única en su clase.

Deben hacer los anticuarios una liga defensiva y *protectoral* para preservar las fábricas de Triana de toda agresion por parte del progreso, que seria una profanacion. El progreso, cuando pasa por estas fábricas, con todo su ejército, debe imitar el ejemplo de otro innovador, el Mariscal Soult, el que á su entrada en Sevilla, al pasar por ante las pilas de productos extremadamente domésticos de las fábricas de Triana, se quitó el sombrero y gritó á sus legiones: — ¡Soldados franceses! ¡diez y seis siglos os están mirando! [1])

Volvamos á nuestros huéspedes de la venta; de los cuales decia el ventero á su mujer, mirándolos de soslayo:

— Juan Palomo y Pedro Palomo, ¡qué buen par de pichones!!! En seguida daba una vuelta por el aposento en que estaban los huéspedes, cantando su motete, primero á *sotto voce* las dos primeras sentencias, — *vamos entrando, vamos bebiendo;* — y sacando luego un vocejon de sochantre para acabar la segunda parte — *vamos pagando, vamos saliendo!*

Pero eran en vano los paseos y los esfuerzos que hacian los pulmones del ventero, pues el *par de pichones* ni pagaba ni salia.

— ¡Mal haya, decia el uno dando un puñetazo sobre la mesa, ese condenado á muerte, que nos tiene aquí aguardándole mas de dos horas!

— Compadre Pimienta, dijo el otro que parecia mas cachazudo; los reyes son reyes y aguardan....!

— Pues yo no soy rey, y no quiero aguardar, sino á la muerte. Me voy....

— ¿A dónde? preguntó al entrar un hombre alto y de feroz aspecto, acercándose á la mesa con aire de amo.

El que así era interrogado, que se habia ya puesto en pié, se volvió á sentar, y dijo en tono mas templado:

— ¿Tienes grillos en los piés, que dos horas há nos tienes aquí de planton?

---

1) Recuerdo feliz de la célebre alocucion de Bonaparte á sus soldados, al pasar por delante de las pirámides de Egipto: ¡Soldados franceses! ¡desde lo alto de esas pirámides, cuarenta siglos os están contemplando!

— No he venido ántes, contestó el recien entrado, porque no he querido venir. Vamos á ver, ¿qué hay que decir?

Su interlocutor no respondió, puesto que el que le dirigia la palabra habia sido soldado de marina y baratero, y no habia valenton ni rufian que le levantase el gallo. Los otros dos, de quienes decia el ventero, — gran conocedor de la especie, — que eran un buen par de pichones, tenian entre los dos tela para ahorcar á cuatro. Era el uno un desertor, que tenia sobre su conciencia una muerte; el otro, un presidiario fugado.

El recien llegado tendió la vista alrededor, y no hallando en qué sentarse, fué á la cocina á pedirle un asiento á la ventera.

— No hay, contestó la mujer — á la que aquella tórtola que venia á unirse á los pichones, no hacia ninguna gracia; — no hay sino dos, que están en el aposento; si no le acomodan, siéntese en las astas de un toro, ó plántese en la del rey.

El maton no hizo caso ninguno de lo que decia la mujer; cogió y levantó por alto la primera silla que tuvo á mano, y se fué á sentar á la mesa con los otros dos.

Mucho hablaron, bebieron y gesticularon; la conferencia se habia ido acalorando y elevándose gradualmente á disputa, con los vapores del vino. Trataban á la sazon, de cuál de los tres seria capaz de hacer la mayor proeza.

El desertor y el presidiario ponderaban sus hazañas pasadas, y anunciaban aun mayores para lo succesivo.

— ¡Puro jarabe de pico! dijo en voz bronca el baratero á sus compañeros; — pongo cuanto hay á que ninguno de los dos es capaz de hacer lo que yo.

— Jactancia andaluza, repuso el presidiario. Yo hago lo que hagas tú, ú otro hombre, sea el que fuere; ¿estás?

Oyóse en este instante una voz fuerte, pero poco melodiosa, que cantaba: *Vamos pagando, vamos saliendóóóó.*

— Calle ese buho que canta de noche, si no quiere que le toque yo un son para que baile una gaita gallega, que le dé calentura, gritó el baratero. Y á vosotros digo, prosiguió dirigiéndose á los otros, que no hacéis lo que yo.

— ¿El qué? preguntó el presidiario.

— Matar en saliendo de aquí al primero que se me ponga por delante, mas que sea el lucero del alba; pero no á traicion; sino como leal y valiente, cara á cara, dejándole que se defienda como pueda y quiera.

— ¿A qué alborotar el mundo sin sacar provecho? opinó el desertor.

— Es que este, añadió el presidiario señalando al baratero, tampoco lo haria. ¡Jactancia; parola, mucho ruido y pocas nueces, como dice el refran; fanfarronadas!

— ¡Por el alma de mi madre! gritó el baratero furioso y levantando el brazo; ya veréis si es jactancia! Mire Vd. quién habla de fanfarronada andaluza, ¡un valenciano!!! ¡por *via* del Dios Baco!

Como estaba en mangas de camisa, se remangó esta cuando levantó la mano, descubriendo el musculoso y velludo antebrazo, sobre el cual se veia una cruz azul impresa allí con pólvora, como las que suelen dibujarse los marineros.

— ¡Vaya que eres buen cristiano! dijo al verla con mofa el presidiario.

— No soy buen cristiano; que soy mal cristiano, respondió el baratero. Pero no soy impío como tú: ¿estás? Ni he ido á renegar á los presidios de los moros, ¿estás? Ni soy hereje, ni soy judío, ¿estás? Acato la cruz; que eso lo mamé con la leche de mi madre, — ¡Dios tenga su alma! — y el demonio la mia, si no hago callar, por y mas tiempo de lo que quisiera, al que á esto tenga que decir: ¿estás?

¡Qué contraste formaba aquel aposento sucio, con su moribunda, roja y vacilante luz, su cargada atmósfera, aquellos hombres fieros, sin hogar, sin asilo, sin amores ni lazos en esta vida, sus destempladas voces, roncas y avinadas, sus carcajadas y blasfemias; con la fresca, pura y tranquila noche de mayo bajo la engalanada bóveda del cielo! La mar, que con la ausencia del viento estaba en calma, como una fiera no acosada, reposaba en silencio mirando al cielo, como para aprender de él á no agitarse; lo que hace sobreponiéndose á las nubes y neblinas que exhala la tierra. Formaba la mar, así tranquila y contemplativa, tan mágico espejo á la luna,

que le daba el brillo que en el cielo no tenia. Suaves olitas venian, como á escondidas, á tenderse sobre la tersa arena de la playa, y se iban calladas, como para no despertar á las olas grandes que se las tragan. La suave luz de la luna se habia apoderado de la trabajada naturaleza, como el sueño benéfico y tranquilo, de un agitado enfermo.

Oíanse mil susurros indistintos y leves, que son quizas cantos de las flores; ecos que suenan en las concavidades de los aloes ó pitas; el suspiro de la mariposa, á la que pesan sus alas, y que no obstante no quiere desprenderse de ellas, porque recuerda que sin ellas era oruga; las respiraciones de la noche que duerme; — rumores todos demasiado tenues para que puedan discernirlos nuestros toscos oidos! — ¿O será que resuena en el aire el ruido del dia desde el otro hemisferio? Puede que así como ha inventado el hombre el microscopio, que aumenta para la vista un millon de veces el tamaño de los objetos, andando el tiempo se invente un instrumento para el oido, que aumente un millon de veces la fuerza de los sonidos, y entónces nos descubra, como lo ha hecho el microscopio, muchos secretos.

¡Dios mio! ¿Qué soberbio y necio materialista inventó la palabra *imposible?* ¡Imposible! ¿Hay acaso algo que lo sea para el autor de tanta maravilla? ¡*Imposible* decís, topos de la tierra, cuando solo la combinacion de algunos vidrios, que aumentan vuestra facultad corporal de ver, os lanza un mentís á la cara! — Nada imposible hay para el poder de Dios; ni otro diluvio; ni hacer caer el fuego del cielo sobre la tierra, como en Sodoma y Gomorra. Así como tampoco hay nada imposible para su misericordia; ni aun el convertiros! Y creéd que el dia en que volváis á la casa paterna, todos los fieles os recibiremos, no como los Fariseos, que no querian rozarse con los impuros, sino como su padre al hijo pródigo; y os daremos un lugar de preferencia, pues mas habréis hecho en volver, que nosotros en no salir.

Mas volviendo á la escena que pintábamos, solo se oia distintamente el chirrido del grillo que partia el silencio de la noche, como una sierra.

¿Porqué cantan en lugar de dormir esos desvelados?

¿porqué es tan incansable su furor filarmónico? — ¿Es solo en ellos una expresion de amor, ó están dotados del sentido musical? ¿son amantes, ó son *dilettanti*? ¿O son acaso, como los muchachos, enemigos declarados del silencio? Bien podrá ser esta última suposicion la cierta, porque el silencio y la inocencia, — que son las dos cosas mas bellas que en el mundo se pueden hallar, — son tambien las dos que tienen mas enemigos y perseguidores.

¿No habéis notado, como nosotros, el inexplicable encanto del silencio, que es un goce moral y físico; y no habéis observado tambien cuán difícil y casi imposible es llegar á disfrutarlo? Podéis creernos, pues sobre esto hemos hecho un estudio muy especial y profundo: el silencio absoluto en la naturaleza, y la calma inalterable en el corazon, son goces rarísimos. Del primero solo disfrutan los sordos; de la segunda solo gozan los justos.

Andan los poetas tras del primero; los filósofos tras la segunda; los alquimistas tras el oro artificial: todos con poquísimo éxito. De las ciudades, — hormigueros de toda clase de hormigas y hormigones, — huye el silencio por verse poco apreciado: en el campo, algo se detiene, á pesar de que le acosan de mancomun los pájaros, que cada uno de por sí se cree un ruiseñor, el insecto que prefiere el monótono recitado al variado canto, el viento que suspira, las hojas que le hacen coro, y aun el agua que sale de los canjilones de las norias, como el niño del vientre de su madre, ensayando su voz.

Hémosle buscado en alta mar en dias de calma chicha; ¡nada! Si no lo creéis, vosotros que tenéis la dicha de no haber entregado vuestra alma al diablo, ni vuestra persona á la mar — lo cual es otra diablura — preguntádselo á un marino, á uno de esos hijos del Océano, que no saben sino llegar y partir, como los pájaros; y confiando en sus alas no temen las distancias, y confiando en su estrella, no temen los peligros. Ellos os dirán que en tales dias, — á pesar de que parece la inmensidad del mar y la del cielo un gran reloj parado, al que Dios se olvidó de dar cuerda, — á lo mejor se le antoja á un grave pez echarla de saltimbánquis, y des-

pues de hacer brillar sus escamas al sol, cae pesadamente dando un ruidoso zarpazo. — El barco, cansado de su forzoso *far niente*, se inclina y espereza, crujiendo sus coyunturas como las del Rey Don Pedro, y el mar hace gorgoritos alrededor del timon, como para probarle que su flexible voz canta de tiple así como de bajo.

Hemos buscado con mucho afan y con preferencia el silencio en las iglesias; pero tambien allí una legion de resfriados se ha pronunciado unánimemente contra él. — Me objetaréis que se hallará de noche, puesto que siempre los poetas pintaron como gemelos á la noche y el silencio; ¡cosas de poetas, que sueñan despiertos, y hacen rimar las palabras, sin cuidarse de que rimen las ideas! Y si no, ¿acaso no oís un coro poco angelical de mosquitos, que se esmeran en anunciar á son de trompa su poco amena presencia, las cornetas bélicas con que amenazan con su sangriento ataque, el afan con que buscan un postigo mal defendido ó una brecha al mosquitero de gasa, ese murallon, esa trinchera inexpugnable?

Esto en verano. ¡Pues y en invierno! ¡Dios nos asista! El viento nos da unas serenatas á toda orquesta, capaces de helar la sangre en las venas á las pirámides; los serenos sacan unas voces de sus gargantas, ó de debajo de tierra, que son sonidos incalificables é inusitados de dia. — Los gatos *ultra-románticos*, desdeñando la clásica *melancolía*, acuden á la moderna *desesperacion* para interesar á las pulcras gatas, que no consideran decente un paseo por el tejado á deshora. — Las gotas de lluvia de los aguaceros, parecen un ejército de soldaditos de cristal respondiendo á la lista.

Es, pues, preciso desengañarse: el silencio es un nombre sin cosa; una dulce ilusion irrealizable, una utopia, soñada por un Platon que se metió algodon en los oidos; una delicia que inventó Mahoma para su paraíso imaginario; y por eso dice en su Coran que la palabra es plata, y el silencio es oro. — Es el silencio un sueño, un mito, una supersticion: ha huido de la tierra con hastío, y reina en las nubes, adorable sultan en su puro y delicioso serrallo.

CAPITULO IV.

La misa de alba. — El romance. — El pinar. — El brazo de la cruz. — El ex-voto.

> Laissons les cloches rassembler les fidèles; car la voix de l'homme n'est pas assez pure pour convoquer au pied des autels l'innocence, le repentir et el malheur.
>
> CHATEAUBRIAND.

> Dejemos á las campanas reunir á los fieles, pues que la voz del hombre no es bastante pura para convocar al pié del altar al arrepentimiento, á la inocencia y al infortunio.

> Si les cloches eussent été atachées à tout autre monument qu'à des églises, elles eussent perdu leur sympathie morale avec nos cœurs.
>
> IDEM.

> Si las campanas se hubiesen adaptado à cualquier otro monumento profano, hubieran perdido la simpatía moral que tienen con nuestros corazones.

Si existe un sonido que vaya en derechura al corazon, que llene el alma de santa alegría, y bañe los ojos de suaves lágrimas de gratitud, es el sonido de la campana, cuando al alba, — ágil y clara ella sola en el *duerme-vela* de la naturaleza, — hace, como dice el gran poeta católico Chateaubriand, *mensajeros del culto á las nubes y á los vientos.*

Grandioso es el son de bronce de las campanas, cuando en coro repican á una solemnidad religiosa, ó anuncian un fausto evento al país; grave y solemne cuando, segun la espresiva frase popular, *llaman al muerto á la tierra;* pero es á la vez sencillo y grave, solemne y alegre, cuando tocan á la misa de alba, anticipando á toda faena humana el Divino Sacrificio!

No parece sino que no quiere irse la noche sin haber oido aquellos santos y suaves sonidos, y que el dia no se atreve á llegar sin que ellos le llamen. Así es que se está el alba muda, inmóvil y pálida como una lámpara de alabastro, alum-

brando á la naturaleza con su débil luz sin despertarla, como una madre alumbra con la lamparilla á su dormido hijo, miéntras la noche, apoyada en el occidente, extiende sus velos que caen pesados de rocío, y anima á sus sombras que desmayan y caen por tierra.

Pero cuando se despierta el corazon del mundo, — esto es el hombre, que piensa y siente, — son sus primeros latidos los toques de aquella campana que anuncian el Santo Sacrificio, como son los primeros sonidos que articula el niño, la voz de *padre*. Entónces la noche, recogiendo sus estrellas como el avaro su tesoro, huye y se desvanece como un mal pensamiento ante la luz de Dios, tan clara y tan pura en la naturaleza, cuando ningun nublado le hace sombra, como en el entendimiento del hombre, cuando ninguna duda fria y amarga la oscurece. Santos y puros los sonidos que esparce por el aire la campana, esa voz del templo, y que bajan sobre la tierra como notas ó acordes sueltos del *Hosanna*, que entonan los ángeles del cielo á su Dios, ¡qué melodiosos son, qué pacíficos, y qué dulces y alegres! — Y lo son, porque todo eso prometa la religion al que la ame y la practique: ¡paz, dulzura, alegría y melodías santas en el corazon!

Con estas salia Juan de la Cruz aquella madrugada, de la iglesia, — en la que habia oido la misa de alba, — y al dirigirse hácia la Cruz del Pinar, llevando en una cesta la fresca guirnalda de flores que iba á colgar de los brazos de aquel santo signo de nuestra redencion, — iba cantando con pura y clara voz este romance:

Hoy que celebra la iglesia
El misterio sacrosanto,
Cuando hallara Santa Elena
Aquel signo consagrado,
Que es el terror del infierno
Y consuelo del cristiano;
Salíd á coger las flores
Que nacen en nuestros prados,
Tejéd con ellas guirnaldas
Y vestíd la cruz de ramos.
Cantád con el avecilla
Que hace su nido en el árbol,

Loád al que nos crió,
Y que murió por salvarnos.
Cogéd, cristianos, las flores
Y vestíd la cruz de ramos,
Pues os las brinda la aurora
De esta mañana de mayo.
Aquel divino trofeo,
Como pronóstico santo,
El invicto Constantino
Miró en el cielo estampado,
Y Santa Elena llegó
A los lugares sagrados
A descubrir el tesoro
Que salvó al género humano,
Y halló el lugar escondido
A donde estaba encerrado
Aquel diamante del cielo
Perdido por tiempo tanto!
Cantád loores á la cruz,
Salíd por vegas y campos;
Cogéd las flores mas bellas
Y vestíd la cruz de ramos,
Pues os las brinda la aurora
De esta mañana de mayo.

Seguia Juan la vereda derecha y blanca, abierta por entre la espesa maleza, como una raya en una crespa cabellera, y que guiaba á la Cruz del Pinar. Ya la distinguia sobre su sencilla base redonda, blanqueada para la apacible fiesta de la cruz, ya veia á esta con sus brazos abiertos — como para implorar á Dios, ó como para abrazar á los hombres; — ya miraba la guirnalda que anteriormente habia colgado con sus mustias flores, como si las hubiesen ajado las lágrimas y marchitado el dolor; ya oia el murmullo de las hojas de los pinos, tan suave que siempre parece lejano, como una dulce y remota esperanza; tan melancólico como un recuerdo de lo que dejó de existir; indeciso, vago, indistinto como el primer *sí*, que arranca el amor autorizado á la vírgen tímida, criada en el radio de la mirada de su madre y á la sombra de las alas del ángel de su guarda, — cuando de repente vió salir del pinar á un hombre. Aquel hombre, de insolente y duro aspecto, se le vino acercando á pasos precipitados, y cuando estuvo al alcance de la voz:

— ¡Atras! le dijo con toda la insolencia de la osadía y el despotismo de la violencia.

Si Juan de la Cruz hubiese tenido tiempo para reflexionar, al verse ante tan temible antagonista, y no teniendo ningun interes en exponer su vida para resistir á un forajido, hubiese prudentemente abandonado el campo, y cortado así un lance, en que habia mucho que perder y nada que ganar. Pero no dando lo repentino del suceso tiempo á la reflexion, Juan de la Cruz, cediendo á un primitivo instinto de sencilla independencia y á un espontáneo brote de valor, fijó en su agresor la serena mirada de sus grandes ojos pardos, y prosiguió pausadamente su camino.

— ¿No me has. oido? dijo ásperamente el provocador agarrando al inofensivo y desarmado jóven por un brazo.

— Vamos, repuso Juan de la Cruz, desprendiéndose del brutal apreton del desconocido, ¿á qué me provocáis? ¿Acaso os estorbo? ¿No hay lugar en el campo de Dios para ambos?

— ¡Atras! volvió á decir el forastero.

— ¡Id con Dios, y dejádme en paz! repuso Juan de la Cruz, dando un paso adelante.

— ¡Atras! gritó por tercera vez el provocador, y si no, defiéndete, — añadió apuntándole con su escopeta, — puesto que ó te vuelves atras, ó te dejo en el sitio!

Juan de la Cruz, ligero y ágil, se echó sobre su adversario, le cogió la escopeta con la rapidez del rayo, y el tiro se disparó al aire.

Todo esto fué hecho ántes que pensado. El baratero, — pues era él, — se quedó un momento suspenso y atónito de sorpresa y de rabia.

— ¿Esas tenemos? murmuró sacando su navaja; ¡chiquillo, prepárate! defiéndete, y encomienda tu alma á Dios.

Diciendo esto, se precipitó sobre Juan de la Cruz: este se defendió con prudencia y denuedo, tratando de parar los golpes de aquel furioso: pero siempre retrocediendo y perdiendo terreno, salió del camino, y enredándose sus piés en los matorrales de la dehesa, el infeliz perdió el equilibrio y cayó de espaldas, arrastrando en su caida consigo á su implacable antagonista. Este, sujetando con una mano á su indefensa víctima, que no podia ya hacer resistencia, y levan-

tando con la otra el arma homicida, iba á descargar el golpe, cuando paró el ímpetu de su brazo y detuvo su accion, un objeto de mas fuerza y consistencia que las carrascas y palmitos, y que no habia cual estos, cedido al peso de los cuerpos de los combatientes, y que así se vino á interponer entre el brazo del asesino y el pecho de su caida víctima. Fijó el primero sus feroces y sangrientas miradas lleno de rabia en este objeto.... y.... ¡no pudo apartarlas de él! Los músculos contraidos de su rostro se dilataron; sus miradas parecieron retroceder hácia dentro, como un áspid en la tierra; sus brazos cayeron inertes sobre sus costados. Aquel objeto que habia extendido un brazo protector sobre el pecho del inocente, era.... ¡una cruz!

— Bien puedes dar gracias á Dios, dijo el asesino levantándose, por el escudo que ha puesto sobre tu pecho.

Diciendo esto, se alejó precipitadamente, y desapareció en el pinar.

La cruz que salvó á su devoto, habia sido erigida, segun la piadosa costumbre de nuestro país, en aquel lugar, porque allí habia sido muerto por un toro un pobre ganadero.

Las carrascas y matorrales que habian crecido despues, habian ocultado la humilde cruz de madera.

Algunos momentos despues colgaba Juan con mano aun trémula y agitada, la fresca guirnalda, que regaba con lágrimas de gratitud, en los brazos de la Cruz del Pinar, y hacia voto de perpetuar la memoria de su milagrosa salvacion por ella, conservándola expuesta en un cuadrito, que como testimonio de su fe y gratitud suspenderia en el altar de la cruz para edificacion de las almas piadosas.

¡Y este era el ex-voto que tanto habia escandalizado el *decorum* protestante! De esta piadosa ofrenda de la fe y de la gratitud era de la que decian los que *nos quieren convertir*.

— Es una gran irreverencia, dijo Mister Hill.

— Un desacato, querido; respondió el otro.

— Una ridiculez, amigo.

— Una impropiedad, *Sir*.

— Una profanacion, *dear*.

Y ahora, — despues de comparar el hecho católico con la interpretacion protestante, — ¿habrá entendimiento de buena fe, ni corazon sano, que no repita con nosotros las palabras de San Pablo: «¿Porqué ellos enferman, y yo no enfermo? ¿Porqué ellos se queman, y yo no me quemo?

NOTA.

Por una singular coincidencia, miéntras se imprimia esta narracion, han traido los diarios de Madrid copiada del *Diario de Tolosa*, la relacion de un atentado cometido en la frontera de Cataluña, en la que se halla el siguiente párrafo:

Hace unos dias que anunciámos la extradicion de Francia del llamado Juan Dastrada, acusado de asesinato.

Hé aquí segun el *Diario de Tolosa*, la manera con que se cometió aquel crímen.

Hace algunos meses que el acusado era propietario de una posada situada en la extrema frontera de Cataluña en un sitio aislado. En aquel paraje apénas se detenia alguno que otro pasajero. Juan, que era jóven y tenia una fisonomía agradable, se habia enamorado apasionadamente de la hija de un labrador, que habitaba en las cercanías; ella por su parte le amaba tambien; pero los padres no consentian en la boda, pretestando la pobreza del novio.

Desde que recibió esta negativa, el posadero tornóse triste, porque no tenia esperanzas de reunir el dinero necesario para llenar los deseos de los padres de la que amaba.

En esto pensaba una noche tempestuosa, cuando oyó que llamaban violentamente á la puerta de su posada solitaria.

Era un hombre á caballo, que perdido en aquellas breñas, y acobardado con el temporal, pedia hospitalidad por aquella noche. Juan le recibió, encendió luz y fuego, y se puso á preparar la cena á toda prisa.

Miéntras se ocupaba en esto, notó que el extranjero, cuyo traje indicaba ser un opulento personaje, tenia oro en abundancia. Una idea súbita cruzó por la mente del posadero: pensó que obteniendo por medio de aquel oro la mano de su amada, aseguraba la felicidad de su vida.

La posada estaba en lugar desierto, la noche tempestuosa, el camino solitario.

Armado de una larga navaja catalana, aproximóse Juan á paso de lobo al viajero que cenaba con mucho apetito, y agarrándole por detras, le dió una navajada en el pecho. El infeliz cayó bañado en sangre.

Juan quiso rematarlo; pero el arma tropezó con un crucifijo que el extranjero llevaba en el pecho debajo de la camisa. Al ver este símbolo de nuestra redencion, tan venerado en España hasta por los hombres mas criminales, el posadero sintió que le faltaba el valor, ¡y no osó consumar el asesinato!

LOS DOS AMIGOS.

Lanzaba el sol sus ardientes rayos sobre una llanura de Andalucía, árida y estéril. No corrian por ella rios ni arroyos: secas yacian las flores y tiernas plantas de la primavera; solo verdegueaban allí algunos espinos lentiscos, y aloes, cuya dureza resiste al rigor de las estaciones. Un furioso levante formaba nubes de polvo, ardiente como lava de volcan. — El cielo puro, y el dia claro, parecian sonreirse al dar tormentos á la tierra. — Solo los ganados del país, con su endurecida piel, y el animoso é impasible español, que desprecia todo padecimiento físico, podian tolerar aquella encendida atmósfera; ellos, durmiendo; y él, cantando!

Veíanse sobre esta llanura el 20 de agosto de 1782 las muestras de un reciente combate: caballos muertos, armas rotas, plantas pisadas y teñidas de sangre. — A lo léjos desfilaba en buen órden un destacamento inglés. — A otro lado el comandante de un escuadron español ocupábase en formar sus impacientes soldados y sus caballos fogosos, para perseguir á los ingleses, que inferiores en número, se retiraban con la calma de vencedores.

En el que habia sido campo de batalla, un jóven sentado en una piedra al pié de un acebuche apoyaba en el tronco su pálido rostro; miéntras que otro jóven, en cuya fisonomía se manifestaba la mas violenta desesperacion, arrodillado á sus piés, procuraba detener con un pañuelo la sangre que le corria del pecho por una ancha herida.

— ¡Ah, Félix, Félix! — exclamaba con la mayor angustia —, ¡vas á morir, y por mi causa! Has recibido en tu fiel pecho

el golpe que me estaba destinado. ¿Porqué, generoso amigo, me libraste de una gloriosa muerte, para entregarme á una vida de desesperacion y de dolor?

— No te desesperes, Ramiro, le decia su amigo con apagada voz. Estóy debilitado porque he perdido mucha sangre; pero mi herida no es mortal. Entretanto, Ramiro, ¿tú no reparas que tu mano, que supo vengarme, está herida tambien?

— Socorros (decia Ramiro sin escucharle), prontos socorros podrian solo salvarte! Pero aislados, abandonados como estamos, ¿cómo te los podré procurar? No me encuentro capaz de separarme de tí; pero Félix, moriremos juntos!!!

En este momento oyeron el galope de un caballo. Ramiro, lleno de ansiedad, dirigió su vista al lado por donde el ruido se sentia, y descubrió á su fiel criado, que habiéndolos perdido en el combate, los buscaba llenos de inquietud:

Félix del Arahal y Ramiro de Lérida, pertenecian á dos familias unidas mucho tiempo habia por la amistad mas sincera. Educados juntos, servian en un mismo regimiento, á donde muy jóvenes pasaron de capitanes, habiendo sido pajes del rey.

Félix, de alguna mas edad que Ramiro, con un carácter mas firme, con un temperamento mas tranquilo, y con razon mas madura, tenia sobre su amigo un ascendiente, que en vez de disminuir la ternura de su amistad, añadia á este sentimiento, en el uno, la consideracion y reconocimiento que inspira la proteccion que se recibe; en el otro, el interes y apego que engendra la proteccion que se concede. Despues de tan evidente prueba de afecto como la que Félix acababa de dar á Ramiro, exponiéndose á morir por salvar la vida de este, arriesgada con imprudencia, el vehemente cariño de Ramiro para con su amigo, ya no tuvo límites. Le miraba como á su ángel tutelar; y extremoso como era, habria destruido sus fuerzas y su salud, asistiendo á su amigo en la larga enfermedad ocasionada por su herida, si el mismo

Félix no lo hubiese impedido, valiéndose de la autoridad que le prestaban su amistad y su estado doliente.

Por las calles de San Roque, donde estaba destacado para el sitio de Gibraltar, desfilaba el regimiento de la princesa, precedido de su música militar, irreflexiva y animada como una Bacante. Lindas mujeres se asomaban á los balcones para ver á los oficiales, que las saludaban con su música alegre y con sus miradas lisonjeras.

— Mira á allí, y verás, ¡por vida mia! una hermosa mujer, dijo Ramiro á Félix, que marchaba á su lado.

Alzó Félix la cabeza, pálida aun, y vió en el balcon de una de las mejores casas de la ciudad, á una jóven de maravillosa belleza, medio oculta detras de las macetas de flores que cubrian su balcon, como una hora de felicidad precedida por las de la esperanza.

— Eres buen huron para descubrir muchachas lindas, respondió Félix sonriéndose.

Pasaron. Pero Ramiro volvia de cuando en cuando la cabeza á ver de nuevo á aquella que habia llamado tanto su atencion; miéntras que ella seguia tambien con sus miradas á los dos oficiales; el uno alto, pálido, de porte interesante y noble; el otro mas pequeño, pero ágil, bien formado, arrogante y vivo.

— Harias muy bien en retirarte, Laura; — dijo el corregidor, tirando del brazo á su mujer, y quitándola del balcon. — Esos pisaverdes te miran, como si tuvieses una danza de monos en la cara.

— Al ménos, si no muy brillante, podemos decir que estuvo bien alegre el baile de anoche, decia Ramiro á un grupo de oficiales reunidos en la plaza de la ciudad.

— Debió parecerte así, contestó un teniente de cazadores, cazador tan infatigable en el baile como en el campo de batalla. Porque, á fe mia, que te divertistes en él muy bien. Yo,

solo me entretuve observando al corregidor, que queria tragarte con los ojos.

— ¿Tragarme? ¿y porqué? preguntó Ramiro.

— ¡Me gusta la pregunta! ¿Quieres que un marido celoso vea con buenos ojos al que los pone en su mujer?

— Y mas si el tal es buen mozo, añadió un oficial de granaderos, apartando de su frente las mechas de pelo de oso de su gorra.

— Y elocuente como un San Agustin, dijo otro oficial.

— Y emprendedor como Colon, continuó otro.

— Y que sabe insinuarse como la serpiente de Eva, dijo un tercero.

— Si así fuese, contestó Ramiro con aire serio, el corregidor se inquietaria por cosa muy corta, y deberia gastar mas flema.

— Eso estaria mas de acuerdo con su gran barriga, replicó el de cazadores; pero amigo; es que él guarda un tesoro que no merece poseer. — Lérida, prosiguió el mismo, mas gloria y placer hay en esta conquista, que en la de la plaza de Gibraltar.

— Basta ya de chanzas, señores, repuso Ramiro. Desgraciadamente el sitio de la plaza, que marcha con tanta lentitud, nos tiene ociosos, y hé aquí lo que ocasiona estas vaciedades y habladurías.

— Ya te veo en cuerpo y alma metido en una intriga, dijo Félix á su amigo al separarse de los demas, pues te has formalizado. No olvides, Ramiro, la copla:

Yendo y viniendo
fuíme enamorando;
empecé riendo,
¡y acabé llorando!

— ¡Reflexiones! ¡Raciocinios! respondió Ramiro. Mira, Félix, esas fortificaciones que nos vomitan muertes. ¡Sabe Dios cuántas horas viviremos! Ademas.... pregunta á los viejos, cuánto duraron sus veinte y cinco años! Gocemos, Félix.... gocemos de la vida!

Nada gozaba, no obstante, el pobre Ramiro, cuando al abandonar su lecho sin haber conciliado el sueño, y apoyándose en la barandilla de su balcon, miraba y apénas veia el sol, que elevándose sobre el horizonte, despertaba al universo como una campana de luz. Apasionado como estaba, su amor habia llegado al último grado, por los insuperables obstáculos que se le oponian. En vano su ternura era correspondida con igual ardor: un marido celoso levantaba impenetrables barreras entre los dos amantes. Laura no salia de su casa desde que su marido habia principiado á sospechar. Mudas y temerosas entrevistas en la iglesia; algunas palabras por la noche en la reja, cuando Ramiro podia pasar disfrazado; pobres billetes, que mas que palabras contenian lágrimas, eran el único alimento de su exaltada pasion; pasion en todo jóven, en todo lozana, y en todo andaluza; sedienta de lo futuro, y sin pasado para vivir de recuerdos. Maldecia Ramiro tantos obstáculos, y se entregaba á una verdadera desesperacion.

Estaba tan embebido en sus tristes pensamientos, que por dos veces fué necesario le advirtiera una disimulada tosecilla, que la buena vieja María, nodriza y confidenta de Laura, pasaba por debajo de su ventana, para que él lo notase. Apresuróse Ramiro á bajar, y siguió á lo léjos á la buena mujer; no atreviéndose á mirar á nadie por miedo de ser visto.

Despues de muchos rodeos, María llegó á una callejuela solitaria: de un lado se levantaban las altas y severas paredes de un convento, y del otro las del jardin del corregidor. Paróse entónces María, llegó Ramiro, y ella le entregó un billete que él abrió precipitadamente, y que contenia estas pocas palabras: «Mi marido se va al campo. Estóy libre esta noche, y podré verte. Es la primera, y será la última!»

¡Quién podrá dar su justo valor al arrebatamiento de Ramiro, careciendo de su ardiente alma, y no estando apasionado como él!! Besó con el mayor ardor el billete, que por esta vez no estaba empapado en lágrimas, pero cuyas letras temblorosas y mal trazadas probaban la agitacion con que se habia escrito. Con el mismo enajenamiento besaba las descarnadas manos de la anciana María. Sacó despues una bolsa bien llena, y se la entregó, llamándola su genio tutelar, su

madre y su amiga benéfica! Mas la fisonomía de María cambió de expresion en un momento. Enderezó su encorvado cuerpo, sus apagados ojos se vivificaron, y miró á Ramiro de piés á cabeza con arrogancia é indignacion.

— Señor, ¿quién ha creido Vd. que soy yo? le dijo. Lo que acabo de hacer por amor de mi niña, puede ser una debilidad; pero si lo hiciese por interes, seria una infamia. — Y desapareció en el momento, entrándose por el postigo del jardin.

Félix al entrar en el cuarto de su amigo para desayunarse, quedóse espantado al encontrarle entregado á la desesperacion mas violenta.

Arrancábase los cabellos de sus hermosos y negros rizos, tiraba con rabia cuanto encontraba á la mano... rompia los muebles!

— ¿Qué tienes, Ramiro? le preguntó.

Pero él solo repetia:

— ¡Maldito sea el estado militar! ¡maldita esta dorada esclavitud! ¡maldito el coronel, tirano absoluto! ¡maldita la hora, en que con estas charreteras recibí una cadena, que no me es posible romper!

— Pero, amigo mio, le dijo Félix; nada comprendo de tus arrebatos. — ¿Has tenido algun disgusto con el coronel?

— ¡Ah! respondió Ramiro, ¡no se trata de disgustos, sino de la felicidad de mi vida! — Nada tengo oculto para tí: — ¡toma y lee!

Dióle el billete de Laura, y Félix despues que lo leyó,

— ¡Y bien! dijo.

— ¡Y bien! replicó Ramiro; ¿no soy yo el mas desgraciado de los hombres?

— Estos renglones, contestó Félix, me hacian suponer lo contrario.

— ¿No sabes, pues, exclamó Ramiro, que estóy nombrado de guardia para la avanzada?— Mordíase las manos al decir esto.

Félix se echó á reir.

— ¿Y es esa la causa de tu desesperacion? le dijo. Eso sí que es propiamente lo que se llama ahogarse en una gota de agua. Yo haré el servicio por tí; tú lo harás por mí cuando me toque.

Ramiro estrechó entre sus brazos á su amigo, diciéndole:

— Félix... Félix mio!... naciste para mi felicidad: eres mi providencia; un ser benéfico que siembra de flores mi vida. ¿Cómo podré yo jamas pagar tu ternura y tu amistad generosa?

— Pero ¿he hecho yo alguna cosa, contestaba Félix, que no hubieras tú hecho en mi lugar, mi querido Ramiro?

Este no dió otra respuesta, que estrechar á su amigo contra su corazon tan lleno de amor y de amistad, como de esperanza y de gratitud.

Elevábase el sol sobre el horizonte con su majestuosa monotonía.

— Mucho te apresuras hoy, rubio mio, decia Ramiro, echándole una colérica mirada y deslizándose por la puerta del jardin, que María cerró con prontitud luego que aquel salió.

¡Qué dichoso se encontraba Ramiro! Estaba lleno de orgullo, de reconocimiento y enternecido. Todo su ser parecia haberse triplicado. Saboreaba en el profundo santuario de su corazon, cuantas emociones produce una verdadera pasion correspondida. Embriagado de placer, bendecia su suerte. En su éxtasis no reparó en el teniente de cazadores que salia á su encuentro. Al verle quiso, haciendo el distraido, echar por otro lado. Mas el teniente se apresuró á unírsele, diciéndole:

— ¡Cuánto me alegro de verte, Lérida! ¡te creia de servicio en la avanzada!

— Bien, ¿y qué? contestó Ramiro.

— ¡Es una friolera! respondió el de cazadores. — Los ingleses han hecho una salida, y el comandante del puesto ha sido muerto.

Ved la antigua Sevilla sentada sobre una llanura, como una viuda en su poltrona. Vedla envuelta en sus viejas murallas, como en un manto real desechado. Mirád al viejo Bétis besando sus piés, con la respetuosa galantería española. Oíd cuál le pregunta dónde están sus flotas que daban la vela,

llevando á los Colones, los Corteses y Pizarros, al descubrimiento y conquista de un nuevo mundo, y volvian cargadas de plata y oro. — Sevilla suspirando le enseña sus barcos de vapor! ¡Oh progresos del tiempo! — Aproximáos. — Hablád con ella. Como vieja, le gusta hablar de las épocas de su juventud y grandeza. — Ella, pues, os llevará desde luego á su catedral. Os enseñará el cuerpo de su San Fernando. Pero... arrodilláos... adorád... venerád con ella!... si no, estád seguros de que la vieja Sevilla no volverá á hablaros: no podriais comprenderla.

Despues la seguiréis al Alcázar, palacio de reyes, viejo y romántico como ella. En los baños de las reinas moras, de Doña María de Padilla, es donde os contará en romances su historia, sus vicisitudes, sus triunfos, sus glorias y sus creencias; — y los ecos del palacio, habitado solo de recuerdos, repetirán sus palabras con sus aéreas bocas. En seguida os sentaréis con ella á la fresca sombra de floridos naranjos en las orillas del Bétis, y os hablará de sus hijos queridos: os recitará con magia y encanto los versos tan bellos de Herrera, Rioja y Góngora; las hazañas de los Ponces de Leon y los Guzmanes, y os llevará de la mano á admirar las portentosas obras de su Murillo, su Velazquez y su Montañés. — La veréis jóven, ardiente, poética, exaltada: mas luego volviendo á su verdadero estado de mujer anciana, acabará por deciros suspirando: ¡Cómo han mudado los tiempos!

Saliendo por la puerta llamada de Triana, seguiréis dos calles de árboles que conducen á los *Malecones*, que son una porcion de gradas elevadas para precaver la ciudad de las inundaciones del rio, cuando este sale de madre. Pasados aquellos, encontraréis una llanura llamada el Areal; de donde sale el puente que conduce á Triana. Veréis en esta llanura una concurrencia elegante, dirigiéndose hácia la izquierda, donde principian los hermosos paseos, que adornan á Sevilla cual una guirnalda de flores. La vecindad del rio es quien sostiene ese lujo de vegetacion, esa multitud tan variada de flores que los embellecen: pues no pudiendo ya enriquecer á su amada con tesoros, la adorna con flores.

A la derecha de la puerta de Triana, veréis la *Plaza de*

Armas que hizo construir el general Marques de las Amarillas. Los pilares que sostienen sus cuatro puertas, están adornados de un leon de bronce destrozando un águila; y hacen ilusion á los nombres que llevan aquellas, que son Bailen, Vitoria, San Marcial y Albuera. ¡Honor al noble español, que eleva un monumento á la gloria de su patria!... que procura libertarla del injusto olvido donde la sepulta el culpable descuido nacional! que conservó en su corazon, verdaderamente patriótico, el recuerdo de esta gloria potente, elevada, sublime, que existirá en los venideros siglos, cuando yazgan en el olvido las disensiones domésticas que la hacen descuidar hoy!

Un domingo del año 1833, muchas damas adornadas con mantillas blancas, flores y cintas; muchos elegantes jóvenes, á pié y á caballo, se apresuraban á llegar al paseo. Dirigíase la alegre multitud á la izquierda, en tanto que á la derecha se observaba un contraste notable. Un misionero capuchino, subido sobre el malecon, predicaba á un gran número de gente del pueblo, que en pié y con la cabeza descubierta, formaban en derredor suyo un círculo á manera de abanico. A cierta distancia, un inglés apoyado en un árbol, dibujaba en su álbum el venerable rostro del capuchino. Un paisano, mirando el dibujo por encima del hombro del inglés, se sonrió y dijo con la franca cordialidad española, á quien basta una mirada para hacer conocimiento: — ¡Por vida mia, que se parece, como un ojo de la cara á su compañero! Usted es un gran pintor, señor; y si Vd. es inglés como pienso, muy ajeno estará al mirar á ese pacífico y santo varon, de que haya echado quizas debajo de tierra á algunos de los abuelos de Vd.

El inglés miró al español con admiracion, y este le volvió á decir: — Sí señor: ¡valiente espada era la suya el año 1782! — En el sitio de Gibraltar se distinguió mucho, hasta que... pero es historia larga. — Suplicóle el inglés se la contara, y el buen hombre que no deseaba otra cosa, le hizo la relacion que se ha leido.

Viendo — añadió por último el español, — con tanta claridad

el dedo de Dios, que le castigaba con tan espantosa catástrofe, fuera de sí de dolor por haber causado con su criminal pasion la muerte de su amigo, D. Ramiro de Lérida solo vió dos alternativas: morir ó hacer penitencia. — ¡Gracias á Dios era cristiano, y tuvo valor suficiente para escoger la última!

El inglés miró ya con un nuevo interes al misionero. — Tenia, por decirlo así, el microscopio, que podia penetrar aquella cubierta, humilde y silenciosa.

Mas en vano buscó en aquel semblante, envejecidos surcos de lágrimas, un tinte de dolor, ó una mirada que denotase un recuerdo. — ¡Todo habia desaparecido en aquella tranquila y venerable fisonomía! No era obra del tiempo; era total variacion. Una elevada virtud habia desprendido de este mundo su corazon, y conducídole á aquella altura, en que segun el elocuente poeta Lamartine:

«¡Hasta el recuerdo huyó, sin dejar huella!»

LA HIJA DEL SOL.

¿Est-ce vrai? — Oui; mais qu'importe?

BALZAC.

Tocaban á ánimas las campanas de la ciudad de Sevilla, y muchos corazones religiosos se alzaban al cielo en aquella hora dedicada por la iglesia á recordar á los muertos. Todo yacia frio, silencioso, y triste en la invadiente oscuridad de una noche de diciembre: una espesa cortina de nubes cubria las estrellas, que son, — segun dice un poeta, — los ojos con que mira el cielo á la tierra.

En la sala de una de las hermosas casas de Sevilla, que los extranjeros llaman palacios, frente á una chimenea, en que ardia y daba luz como una antorcha la alegre leña del olivo, estaba sentada una señora, sumida en los pensamientos graves y tristes, que infundian la hora y lo lóbrego de la noche. No se oia sino el gemido del viento, que daba tormento á los naranjos del jardin, y que penetrando por el cañon de la chimenea, caia sobre la llama, á la cual abatia temblorosa, esparciendo ráfagas de vacilante luz por la estancia. Parecia que la soledad la abrumase; y cual si un genio benéfico se ocupase en prevenir sus deseos, abrióse la puerta, apareciendo en el umbral una persona cuya vista debió serle grata, puesto que al verla, hizo la señora un ademan y exclamacion de alegría, y se levantó para ir á encuentro.

La recien entrada era una señora de edad, bajita, trigueña, cuyos ademanes animados y cuyos ojos vivos y alegres denotaban que los años habian pasado por aquella naturaleza juvenil y activa, sin doblegarla, y sin que su dueña los notase.

— Vaya, Marquesa, dijo la recien llegada, que para venir desde donde yo vivo hasta tu casa, se necesitan *amor* y *coche*.

— Te ha bastado el amor; ¡y cuánto te lo agradezco! Ahora conozco la verdad que encierra este refran; «amor con amor se paga.» — ¡Salir en una noche como esta!

— ¡Hija mia! no habia otra, repuso la amiga. ¿Sabes, añadió, que te he estado mirando por los cristales, y he visto que tienes un aire de languidez, segun dicen los poetas del dia, que maldito si te sienta bien? Si te hubiese visto tu amigo el Baron de Saint Preux, diria que echada como estás en tu sillon ante la chimenea, parecias la estatua de la lealtad llorando ante la hoguera de un trono.

— Por fortuna, repuso riendo la marquesa, el trono que arde aquí, lo fué solo de un jilguero.

— Si te viese Joaquin Becquer [1]) le servirias de modelo para algun cuadro de la Viuda de Padilla, prosiguió la que habia entrado.

— Desahoga ese buen humor que rebosa en tí como la alegría en los niños, respondió con resignacion la marquesa.

— Tu recomendado Sir Robert Bruce diria al verte, que lo que verdaderamente progresa en el mundo, es el *spleen*.

— Pero, amiga mia, replicó la marquesa, cuando se tienen penas.....

— Si me hablas de penas, tomo el portante, interrumpió la señora: tengo una cáfila de ellas á tu disposicion, que me dejo en casa cuando salgo. Vengo á que nos distraigamos un rato en sabrosa plática, como dicen los buenos hablistas, exóticos ya entre nosotros. Dejemos las lamentaciones para Semana Santa.

— De ningun modo me entretendrias mejor y mas á mi gusto, repuso la marquesa, que contándome la historia de aquella hermosa dama que debió á su extraordinaria belleza, el nombre por el que fué conocida.

— ¿La *Hija del Sol*?... Verdad es, que prometí referírtela; y cierto es tambien que nadie te la podrá contar con mejores datos que yo, habiéndolos adquirido en la isla de Leon, teatro

---

1) Ilustre pintor de Sevilla contemporáneo. *(N. del E.)*

del suceso, donde pasé mi primera juventud, siendo mi padre capitan general del departamento.

Sentáronse ambas amigas frente á la chimenea, avivaron el fuego, y la marquesa se puso á escuchar con ansiosa curiosidad el siguiente relato.

«Quedó viuda la señora de *** con solo una hija, de tan maravillosa belleza, que mereció el dictado de la *Hija del Sol*, por el cual era conocida. Crióla su madre léjos del mundo, en silencio y soledad, velando incesantemente sobre su tesoro, hasta ponerla en manos del hombre digno y honrado, que uniéndose á la hermosa jóven, le dió su nombre y hacienda. Don A. F. era un hombre de mérito, y la *Hija del Sol* se unió á él, sin desear y sin oponérsele la boda: siguió en esta ocasion el dictámen de su madre, que nunca habia hallado oposicion en la dócil niña.

Gozaban hacía algun tiempo los esposos de una felicidad sin nubes, cuando un acaecimiento inútil de referir, obligó á D. A. F. á hacer un viaje á la Habana. — Entónces rogó á su suegra que se encargase de su hija, y la llevase fuera de Cádiz durante su ausencia. Hacíalo, porque en aquella época — por los años de 1764 — era Cádiz rica y poderosa, y el oro arrastraba en pos de sí, ese lujo, esos placeres, esas vanidades, esa embriaguez, y esas pasiones que son su séquito ordinario. Para alejarse de este foco de seducciones y peligros, D. A. F. les suplicó que se trasladasen á la Isla, ciudad de arsenales y de marina, vasta y solitaria, porque Cádiz lo absorbia todo en sus cercanías.

Miéntras un barco salia lentamente de la bahía de Cádiz, entónces animada como una feria, una berlina con cuatro caballos, cuyos cascabeles sonaban alegremente, corria por el arrecife que conduce de Cádiz á la Isla, y que se alza entre dos mares, que se unen tanto en las altas mareas, que entónces, mas que camino, parece el arrecife, puente.

En la berlina se hallaban dos señoras, la una anciana, cuyo semblante expresaba cuidados y zozobras; la otra jóven y hermosa, cuyo rostro estaba bañado de lágrimas. Frente de ambas iba sentada una negra aun jóven, doncella y compañera desde su infancia de la que lloraba; la que por sus

visajes, gracias, y niñerías, logró que á una legua de Cádiz las lágrimas de su ama llegaran á secarse, y que una sonrisa reemplazase los suspiros que ántes salian de sus labios.

La isla de Leon es una ciudad larga y angosta, que se levanta blanca y brillante entre los montones de sal, como un cisne rodeado de sus polluelos. Tres cosas descuellan en ella, las palmeras de su arenisco suelo, el observatorio de su sábia marina, y la cúpula de sus católicos templos. La Isla es triste, como una bella mujer, arrinconada por una feliz competidora; ó mas bien, la Isla con sus arsenales, sus diques, sus cordelerías, sus astilleros y machinas, parece la mujer del marino en su soledad, sentada en la playa y mirando al mar.

La berlina se paró delante de una hermosa casa, que como la mayor parte, era de piedra, y estaba solada de mármol, y cuyas puertas eran de caoba. Frente de la puerta de la calle se abria la del jardin. Precedíale una galería que formaban columnas de mármol, entre las cuales habian confeccionado los jazmines, las madreselvas y los rosales guirnalderos, columpios para mecer sus flores. — Caminitos de ladrillos dividian el jardin en cuatro partes. Las paredes desaparecian bajo un espeso velo de enredaderas. En el centro del jardin habia un cenador ó merendero tan espesamente cubierto por rosales de pasion, que en lo oscuro y fresco, mas que cenador, parecia gruta. En medio, sobre un pedestal, se hallaba un Amorcito de mármol, que con una mano escondia sus flechas, y con un dedo de la otra, que llevaba á sus labios, imponia silencio.

En este merendero era en el que pasaba la *Hija del Sol* largas y solitarias horas. Algunas veces le decia Francisca, su negra, despues de prolongados ratos de silencio: — Ese niño, mi señora, nos hace señas que callemos. Mas valiera que nos mandase hablar, pues lo vamos á olvidar. Mi amo tiene en el barco la mar, los vientos y los peligros: pero acá nosotras no tenemos nada sino las flores.

La *Hija del Sol* bostezaba y respondia:

— Mi marido piensa

«que entre dos que bien se quieren,
con uno que goce basta.»

¡Así pasaba su vida aquella mujer, que, por desgracia, no habia sido enseñada á llenar su tiempo, y á ocupar su mente, y á la que pesaba la ociosidad, como al desvelado las tinieblas! Necesitaba la vida activa, para revolotear ligeramente y sin objeto, de flor en flor, como la mariposa.

Un dia estaba la hermosa solitaria sentada, abanicándose, en su ventana ó cierro de cristales. Francisca, echada en el suelo, se entretenia en teñir de azul con agua de añil el blanco perrito habanero de su señora.

— ¿Sabe vd. mi ama, dijo de repente, que ese oficial, ese brigadier de guardias marinas que nos sigue cuando vamos á misa, se ha mudado aquí enfrente?

La *Hija del Sol*, al oir á su negra, volvió la cabeza por un irreflexivo é involuntario impulso, y vió en el balcon de la casa á que Paca aludia, á un jóven, el cual aprovechando el instante en que ella fijó su vista en él, la saludó con la finura y gracia que ha distinguido siempre á los oficiales de la marina real.

La reconvencion que iba á hacer la *Hija del Sol* á su negra, expiró en sus labios al ver al jóven, en el que de sobra habia reparado anteriormente. Así fué que Francisca prosiguió:

— Se llama D. Cárlos de las Navas; tiene veinte y cuatro años, y es el mejor mozo de la brigada. Es tan bueno y tan llano, que todo el mundo le quiere....

— Parece que estás muy impuesta en todo lo concerniente á ese caballero, dijo su ama interrumpiendo á la negra. Pero como todo eso ni me atañe ni me importa, guárdalo para tí y otros curiosos.

— Aquí tiene mi ama á su perrito mas azul que una pervinca, dijo la humilde muchacha para distraer á su ama.

Pero la *Hija del Sol* no pensaba ni en el perrito azul, ni en su doncella negra. Dias habia que un gallardo jóven la seguia por todas partes: le veia en todas partes, en la calle, en la iglesia, en sus pensamientos, en sus sueños! Ahora se le encuentra alojado frente á su ventana; se le han nombrado; se halla casi en relaciones con él, por medio de un saludo que no ha podido excusar!

Demas está el que se añada que las Navas, que fué uno

de los mas cumplidos caballeros de su época, al ver á la *Hija del Sol*, habia concebido por ella, una de aquellas pasiones, que en tiempos en que no absorbia la política completamente á los hombres, henchian y exaltaban sus almas á punto de intentar lo imposible, movidos por ellas.

Mucho tiempo fueron inútiles todas sus gestiones; porque á la *Hija del Sol* habian sido infundidos principios religiosos, que si no siempre alcanzan — en vista de la fragilidad humana — á evitar una culpa, siempre llegan á enmendarla ó á corregirla. Las Navas estaba desesperado; la *Hija del Sol* por su parte habia trocado su anterior tranquilo fastidio por un constante dolor que la consumia. Francisca, la negra, llena de compasion por los sufrimientos de ambos, y cediendo á sus instintos de raza incivilizada, sin reflexionar en la culpable causa de estos voluntarios sufrimientos, ni en las trascendentales consecuencias de su necia complacencia, cedió á los ruegos de las Navas, y una noche, en que estaba su ama tristemente sentada en el cenador del jardin, le abrió una puertecita que este tenia, y que daba á la Albina, sitio solitario y pantanoso que se extiende entre la Isla y el mar.

Es una verdad muy conocida, la de que el primer paso es el que cuesta. La puerta que tan imprudentemente abrió la negra, lo fué ya cada noche. En aquella galería, poco ha tan sola y vacía, entre aquellas flores, poco ha tan desdeñadas, á la claridad de aquella luna, poco ha tan desatendida, pasaban los amantes noches de encanto, y cuya felicidad adormecia hasta á la conciencia. De esta suerte pasó un año.

Entónces acaeció, que el capitan general del departamento, que habia ido á Jerez, murió allí repentinamente: toda la brigada de guardias marinas tuvo que trasladarse á aquel pueblo, para acompañar el entierro. Esta ausencia — por corta que fuese — causó un vivo dolor en dos seres que habia un año que no podian vivir sino en la misma atmósfera, y para los cuales era la ausencia un compuesto de dolor, de inquietud, de ansiedad, de temor y de celos.

En la noche del segundo dia, estaba sentada la *Hija del Sol* en la galería de su jardin: Francisca lo estaba á sus piés.

La luna se levantaba pura y tranquila, como un corazon exento de pasiones y de inquietudes.

— Mi ama, dijo Francisca poniéndose de un salto en pié, ahí está el señorito de las Navas, ¿no ha oido su mercé la señal?

— No es posible, Francisca; respondió azorada y con corazon palpitante la *Hija del Sol.*

— Escuche, mi ama, escuche, repuso la negra.

La *Hija del Sol* aplicó el oido, y oyó distintamente el silbido particular que usaba las Navas para darse á conocer.

Francisca corrió á buscar la llave del postigo, corrió hácia él, lo abrió, y las Navas envuelto en su capa entró con paso acelerado.

Pero Francisca no pudo volver á cerrar el postigo, porque le empujaron dos hombres que entraron y siguieron á las Navas.

Sobrecogida de un asombro que la paralizó, la negra no pudo ni moverse, ni gritar. Los que habian entrado, alcanzaron á las Navas; y ántes que pudiese defenderse ni parar el golpe, le clavaron sus puñales en el pecho. Las Navas cayó sin dar un gemido; cuando le vieron tendido en el suelo, los asesinos huyeron.

Por algun tiempo, el mas profundo silencio siguió reinando en aquel lugar, mudo testigo de la catástrofe. Francisca permanecia paralizada bajo la doble impresion del espanto y del horror. La *Hija del Sol* yacia desmayada sobre las gradas de mármol de la galería; las Navas no daba señal de vida! La luna plateaba tranquilamente este cuadro, y las flores lo embalsamaban.

Al cabo de un rato, vuelta Francisca en sí por la activa angustia que sucedió á su pánico espanto, vuela hácia su ama, á quien mira ya deshonrada y perdida: la coge en sus brazos, la despierta, la anima.

— ¡Ama mia! ¡ama mia! exclama; sois perdida si aquí hallan á ese cadáver! — Ama mia, vuestra honra y vuestra suerte dependen de lo que podamos hacer en estos momentos; ¡y son contados! Es preciso sacar de aquí ese cadáver que os compromete. — Valor, mi señora, valor! si no lo

hacéis por vos, hacédlo por el amo! — Saquemos de aquí ese cadáver para evitar el escándalo y la afrenta. Ayudádme á arrastrarlo á la Albina; que yo no puedo hacerlo sola!

Y la valerosa negra arrastra á su infeliz ama, y la obliga á ayudarle á arrastrar el cadáver á la Albina.

— ¡Basta! que no puedo mas! gemia su ama.

— ¡Mas todavía, mi señora! replicaba con angustia la negra; ¿queréis aparecer ante los tribunales?

Y las dos, dominando su dolor, su asombro y su flaqueza, volvian á coger el yerto cadáver para alejarlo mas de allí.

Despues Francisca, sosteniendo á su señora, la arrastra á su cuarto, la acuesta; vuelve al jardin, echa agua sobre las manchas de sangre, y hace desaparecer todo rastro, todo vestigio de aquel lúgubre crímen, con esa energía hija del cariño, que es la mas perseverante. — Regresa al lado de su señora, y al verla tendida, tan blanca y tan inmóvil como si fuese aquel lecho su féretro, cae de rodillas, y elevando hácia su señora sus temblorosas manos, prorumpe en sollozos exclamando:

— ¡Ama mia, yo os perdí!

— No, Francisca, no, murmuró su señora; me has salvado! — Y echando uno de sus brazos de marfil al cuello de ébano de la esclava, la atrajo á sí prorumpiendo en sollozos.

— Ya viene el alba, dijo poco despues Francisca, que fué á abrir las ventanas, como para poner cuanto ántes fin á aquella espantosa noche!

Por mas que digan los poetas, — que por lo regular no conocen al alba sino de oídas, — el alba es triste. Cuando el dia cae, todo se prepara al reposo; al alba todo se prepara al trabajo y al sufrimiento! La luz del dia alumbra á una ciudad muerta; tanto brillo en el cielo y tanto silencio en la tierra contrastan penosamente! — La *Hija del Sol* bella y silenciosa, se parecia á esa madrugada sin vida.

Francisca la obligó á levantarse y á sentarse en su cierro de cristales, como tenia de costumbre, para evitar toda sospecha. Francisca entraba y salia en el gabinete.

— ¿Qué se dice? le preguntaba su señora á media voz.

— Todavía nada, respondia Francisca en el mismo tono.

— ¡Dios Santo! ¡Ese cadáver abandonado! gemia la infeliz.

Francisca cruzaba las manos y le hacia seña de que callase, señalándole á su madre, que rezaba tranquilamente sentada en el canapé.

De repente, se oyeron los brillantes y animados sonidos de la música militar. Era la brigada de marina, que regresaba de Jerez.

Cada nota de la música, que tantas veces habia oido cuando precedia á la brigada, y á su cabeza venia el hombre á quien amaba, y que ahora yace muerto y abandonado cadáver en la Albina; cada una de estas notas es un puñal que se clava y destroza el corazon de la infeliz mujer, en la que hasta su dolor es un delito!

De repente, aquella mujer que gemia, quédase muda; sus ojos se abren espantados y fijos; un temblor convulsivo se apodera de ella, y solo tiene accion para extender el brazo con un ademan lleno de espanto hácia la calle. Francisca se arroja al cierro, y sigue con la vista la direccion que indican el brazo y las miradas de su ama, y ve.... ve á las Navas á la cabeza de su brigada, que en aquel instante alza la cabeza, sonríe y saluda alegremente á su amada! Francisca da un grito, y cae sin sentido: la *Hija del Sol*, fuera de sí, clama al cielo pidiendo misericordia: refiere á voces lo acaecido aquella noche. La creen loca, y su madre manda llamar á un facultativo; pero Francisca, vuelta en sí, confirma la relacion de su ama. Van á la Albina; pero allí no se halla cadáver alguno: preguntan á las Navas; este no ha faltado, no ha podido faltar de Jerez, lo que confirman unánimes sus compañeros.

La *Hija del Sol*, despues de restablecida de una larga enfermedad, escribe á su marido, se confiesa culpable, le ruega que la perdone y le dé licencia para entrar en un convento á hacer penitencia. El marido le da esta licencia, la bula es otorgada; y la *Hija del Sol* entró y profesó en las Descalzas de Cádiz, en el que, despues de una vida ejemplar, murió como una santa. Francisca la siguió al convento.»

— ¿Y cómo se explicó eso? preguntó con profundo interes la marquesa á su amiga, cuando esta hubo concluido.

— Esto no se explicó nunca para los incrédulos; pero sí muy luego á las almas creyentes, respondió su amiga.

NOTA. Esta relacion es verídica. La *Hija del Sol* nació en 1742, y murió monja Descalza en Cádiz, en 1801, á los cincuenta y ocho años de edad. El señor D. Francisco Micon, Marques del Mérito, compuso á la *Hija del Sol*, cuando profesó, el siguiente soneto, que si bien no tiene mucho del título de su autor, puede servir de comprobante á lo referido.

A LA HIJA DEL SOL.

SONETO.

Ya en sacro velo esconde la hermosura,
En sayal tosco garbo y gentileza
La *Hija del Sol*, á quién por su belleza
Así llamó del mundo la locura.
Entra humilde y contenta en la clausura;
Huye la mundanal falaz grandeza:
Triunfadora de sí, sube á la alteza,
De la santa Sion, mansion segura.
Nada pueden con ella el triste encanto
Del siglo, la ilusion y la malicia;
Antes los mira con horror y espanto.
Recibe el parabien, feliz novicia,
Y recibe tambien el nombre santo
De hija amada del que es, *Sol de Justicia*.

LA ESTRELLA DE VANDALIA.

A LA SEÑORA DOÑA DOLORES TAMARIZ.

Mi querida amiga:

Há poco que leia en una obra del distinguido autor contemporáneo frances, Paul de Molène, el siguiente trozo que tan magnífica y justamente califica la ridícula tendencia de la literatura moderna, que ha resuelto amalgamar los vicios con el cristianismo, é incluir en un mismo anatema la pura y rígida virtud, á la cual llama intolerancia, y toda autoridad, que llama despotismo. Advertiremos que Mr. Molène pertenece á la escuela liberal sensata. Dice así:

«Lo falso siempre me ha herido; y las necedades sacrílegas que oia en aquella casa, me causaban á veces verdaderos accesos de indignacion. Allí se oia hablar de un Cristo amigo de las rameras, protector de revoluciones, austero por un capricho místico; pero complaciente con todos los vicios, tierno con toda torpeza, en fin, jefe de una tribu gitana. Cornelia pretendia ser la Magdalena; solo que reemplazaba por una orgullosa melancolía la humilde tristeza del arrepentimiento cristiano; pertenecia á la escuela de la disolucion declamatoria; pensaba concienzudamente que las escenas y francachelas á que habia asistido, y los amantes que sucesivamente habia tenido y dejado, marcaban su frente con el *sello del ángel caido.*»

Nosotros los ortodoxos, por la gracia de Dios; nosotros los no contaminados de los modernos sofismas y falsos giros

religiosos, si bien tenemos que renunciar en nuestras novelas á los efectos dramáticos y romancescos de dicha escuela libre y declamatoria, y ceñirnos á la sencilla fe del carbonero, esperamos hallar en su puro círculo pinturas y sentimientos que merezcan la aprobacion y adquieran las simpatías de las personas que son altamente cultas, sin dejar por eso de ser rígidas en punto á moral y religion.

Esta esperanza me ha animado á tomarme la libertad de dedicar á Vd. esta obrita, que por título lleva el dictado y armas de Carmona; esto es, *La Estrella de Vandalia.*

Si he trasladado al pueblo de Vd. el teatro de la presente relacion, ha sido arrastrado por la fuerza y por el encanto de los recuerdos que conservo de ese lindo pueblo. Es, entre esos recuerdos, el mas lisonjero y el mas grato á mi corazon, la amistad con que me honró una persona, que por su clase, por su mérito, por su delicada benevolencia y exquisita finura, ocupa en Carmona, — como ocuparia en todas partes, — un lugar tan distinguido y preferente.

Este recuerdo me impulsa á ofrecer á Vd. en estas hojas otro, hijo del primero, que resplandecerá siempre en mi mente, como resplandece en nuestro suelo *La Estrella de Vandalia.*

FERNAN CABALLERO.

CAPITULO I. [1])

> Todo hombre que tiene una pluma en la mano, debe ante todo tener algo que decir; es preciso sobre todo que sea sincero, y crea en su obra.
>
> CHAMPFLEURI.

A seis leguas de Sevilla, andadas por el hermoso y bien denominado camino real, que aunque ya arruinado, es una de las grandes obras de Cárlos III, se encuentra la antigua ciudad de Carmona. Hállase labrada la ciudad primitiva sobre una alta roca, como un *bienteveo*[2]) que algun rey de la Andalucía baja, hubiese erigido para abarcar con la vista sus dominios. Viniendo por el camino de Sevilla se eleva el terreno paulatinamente y casi sin sentir, hasta atravesar un gran arrabal ó ciudad nueva, y llegar á la grandiosa puerta moruna, que forma un largo y estrecho callejon entrecortado por una especie de patio ó plazoleta. Esta entrada es ya

---

1) El hecho que vamos á relatar es cierto y positivo. Si nos hemos decidido á publicarlo, es porque la familia del protagonista está extinguida. Hemos ademas tenido la precaucion de trasladar la escena á otro pueblo, de variar la época de los sucesos, de poner otros nombres y apellidos á las personas. Volvemos á recordar á los que buscan en nuestras composiciones la novela, que no lo son; sino que son cuadros de costumbres, y que la intriga es solo el marco del cuadro.

2) Sombrajo alto que sobre piés derechos, se coloca en el campo en Andalucía para guardar los campos, y especialmente las viñas.

(N. del E.)

pendiente, prolongándose la cuesta mas ó ménos suavemente por las calles, hasta el pinacho de aquella inmensa roca, desde donde desciende el terreno abruptamente, y principia la magnífica vega que cubren campos de trigo, que en primavera forman un mar sin límites, verde como la esperanza; y en el estío, un mar dorado como la abundancia. A la derecha concluye este inmenso paisaje en la Sierra de Ronda, y á la izquierda en Sierra Morena, á cuyos piés caminan hácia el mar las aguas de sus arroyos, que reunidas toman el nombre de Guadalquivir.

Lo magnífico y sorprendente de esta vista tendria en otros países una fama y renombre universal, y habria sido descrita mil veces, tanto en novelas como en poesías. Pero en España es poco comun el gusto y la pasion por las bellezas campestres, las que se suelen admirar sin que en este sentimiento tomen parte ni el corazon ni el entusiasmo. Una vista por bella que sea, se suele apreciar, digamos así, clásica y no románticamente.

La bajada en la de que hablamos es casi perpendicular, y no la puede arrostrar la carretera, que rastrea penosamente el primer tercio, y ciñe despues á la peña como un cinturon, salvando su mayor altura. Despues de lo cual, vuelve á emprender su ascension hasta llegar al alegre y activo arrabal, en que se hallan casas nuevas y bonitas, los paradores, los mesones, el correo, en fin, cuanto pertenece á la vida de movimiento; dejando tranquila, gracias á su altura, á la aristocrática y antigua ciudad, con sus casas solariegas, sus iglesias y conventos, sus grandiosas ruinas moriscas, y los trozos que aun conserva de los muros que la ceñian cuando tenia fuerza y mando. Todo en la ciudad es antiguo, bello y digno. Solo en su parte mas alta á la derecha, esto es, hácia el levante, ha labrado la era moderna un feísimo telégrafo, que lleva la matrona como sello de actualidad en su frente, en la que aparece una verruga. No es culpa nuestra si los telégrafos son feos; si son caricaturas de torres; si hacen *muecas*, como decia un amigo nuestro; si simbolizando la velocidad, son unas molès pesadas y sin gracia; si significando la publicidad y las comunicaciones, son *frondíos* y

mudos oráculos que despiertan la curiosidad sin satisfacerla, envueltos como lo están para los profanos en silencio y misterio. Ni que al pasar por ellos la accion y la vida, queden ellos inertes y muertos, como si protestasen contra ambas; ni por último, que careciendo de belleza en su forma y de poesía en su objeto, sean grotescas esfinges, que solemnizan la cotizacion de la bolsa.

No concebimos el moderno afan por vestirlo todo con la misma librea, y por querer borrar en los países y en los pueblos la nacionalidad que le es peculiar. De todas las tiranías, la de la uniformidad es la que mas se resiste á la independencia popular. Arrancar á países, pueblos y personas su ser, su carácter, su individualidad, es la mas cruel, la mas necia y la mas antipoética arbitrariedad. Uniformar á los pueblos como á los presidiarios, diciéndoles: «no seréis lo que habéis sido, no seréis lo que os llevan á ser vuestro suelo, vuestro cielo, vuestro carácter é inspiracion espontánea; formáos sobre este modelo único y uniforme en el universo; todos sois carneros de una misma manada, ménos nosotros que somos los pastores y zagales, llevando á guisa de cayado la pluma;» esto está muy bueno para los que se erigen en pastores; pero para los que se quiere convertir en uniformes carneros, no tiene ningun género de seduccion y de simpatía.

En España, mas que en otro país alguno, tienen las provincias diversas y marcadas fisonomías, así como las tienen distintas entre sí los pueblos de una misma provincia. Todo aquel que haya permanecido en ellos, y los haya observado con cuidado y con *amore* podrá haber notado lo que dejamos dicho. Pero ¿qué autor se rebaja á observar y describir material y moralmente un pueblo de campo, para pintar despues sus costumbres y detallar su localidad? Verdad es que si á esto uniesen datos históricos, y las tradiciones y leyendas que les son peculiares, harian obras originales, simpáticas y provechosas, dando á conocer y poetizando nuestro hermoso país, que tanto se presta á esto último. Pero hoy dia, segun dice Mr. Etienne, lo que agrada es *poetizar el mal.*

Los rasgos peculiares á Carmona, son, en lo material, un aseo excesivo, tan general y erigido en costumbre, que no lo ostentan, ni lo pregonan, ni aun lo notan. El famoso aseo de Holanda podrá ser mas ostensible; pero ni es tan genuino, ni tan general. Cada casa, cada calle se presenta tan pulcra, que inspira el verlas un inexplicable bienestar; y lo mismo las habitaciones de los pobres que las de los ricos. En las casas humildes, vese en los patios rivalizar la cal de Moron y las flores, como para probar que el aseo y el primor, sin ser dispendiosos, pueden prestar á la vida bienestar, encanto y elegancia natural. En lo moral, el rasgo que distingue á la generalidad de los carmonenses, es la religiosidad y por consiguiente, la caridad. Hemos presenciado allí tales rasgos de ambas sublimes virtudes (que en sí resumen todo el Decálogo: — á Dios sobre todo, al prójimo como á tí mismo),— que hemos exclamado con entusiasmo, que bien merece Carmona la denominacion que le dieron los romanos y le otorgaron por armas; que es una estrella con este mote: «sicut Lucifer lucet in Aurora, sic in Vandalia Carmona.» Como brilla la estrella de la mañana en la aurora, brilla en Vandalia Carmona.

Como prueba de esta religiosidad y de esta caridad, muestra la cantidad y hermosura de sus iglesias y conventos, así como la de sus instituciones de beneficencia, que queremos consignar, para ponerlas al frente de las raquíticas obras de la filantropía.

Hubo en otros tiempos en Carmona escuelas de primeras letras y dos cátedras de gramática al cargo de los jesuitas, y cátedra de filosofía en el convento de Santo Domingo; todo de balde. Muchas fundaciones de dotes para pobres; una dotacion para estudiar en Salamanca, que fundó el arcediano D. Luis Puerto; tres dotes anuales para pago del colegio mayor de Sevilla, que fundó el Sr. Sarmiento. La marquesa viuda del Saltillo fundó un hospicio para niñas huérfanas. El número de estas niñas no está prefijado, sino que entran cuantas pueden sostener las rentas con que dotó dicha señora al establecimiento que fundó. En época reciente, siendo elegidos administradores el señor Marques del Valle y su her-

mano el dignísimo presbítero Señor D. Juan Tamariz, pudieron sostener dichas rentas 45 niñas internas y 150 externas, á las que se daba enseñanza de balde. Hemos visto aquel inmenso salon y las 150 sillitas en que se sientan las inocentes, que ha reunido la caridad para enseñarles á conocer á Dios y á trabajar; y hemos pensado con dulce consuelo, que si hay mucho malo en el mundo, hay tambien mucho bueno.

Tiene Carmona cuatro conventos de monjas, y uno que se demolió para mal situar una plaza de abastos; cinco de frailes, San Francisco, hoy parador de diligencias; San Jerónimo, demolido, y Santo Domingo, extramuros; San José y el Salvador, cuya hermosa fábrica atestigua fué de los jesuitas en la ciudad. Su iglesia mayor, Santa María, es magnífica, y la labró Anton Gallegos. Su parroquia de San Pedro fué edificada por Andres Acebedo, natural de Carmona, que murió á los cuarenta años, y fué muy sentido. Su torre y su capilla de Dios son dos obras maestras de arte y de buen gusto, que si estuviesen en otro país, tendrian fama europea.

En una de las calles que avecinan á San Felipe, estaba situada una casa, la que, como todas las principales, tenia un zaguan hábilmente enchinado de menudo guijarro. En este se hallaban las puertas de las cuadras y escalera para subir á los pajares. A la derecha estaba la puerta, por la que se entraba en el gran patio, en el que naranjos y limones encerrados en sus arriates circulares, dejaban entre sí espacio á las macetas, que segun la estacion se renovaban, trayéndoles allí la primavera las bellas rosas, como para obsequiar al suave azahar; el verano la odorífica albácar y los frescos pinos, que viven de agua como el camaleon de aire, y en el estío hacen tan dulce contraste con la agostada naturaleza en el campo; y el invierno, las constantes y monótonas lauréolas, abortado laurel de inflexibles é inodoras ramas, sin tronco y sin altura.

En un ángulo se hallaba un jazmin, que por sí, y sin ser guiado, habia subido tanto, y se habia hecho tan frondoso, que cubria las ventanas alambradas de un granero, formando para el salon de los garbanzos unas floridas celosías,

que hubiesen envidiado los gabinetes de las mas elegantes beldades.

Este patio tenia una alegría espléndida como la de los niños. Sus corredores habian sido abiertos; mas fuese á causa de las mejoras y comodidades que consigo trae el tiempo, ó bien la necesidad, — pues á no dudarlo, y segun lo afirman ancianos observadores, el clima en España es mas frio de lo que fué antiguamente, — estos corredores habian sido cerrados con tabiques, que tenian ventanas y puertas de cristales. El que estaba al frente de la sala, formaba una galería que servia de antesala; la casa era espaciosa. A la espalda se hallaban en amor y compaña, y en simpática conversacion, el jardin con sus flores que perfumaban; el corral con sus gallos que cacareaban sin aprension ni timidez; el lavadero cubierto de un espeso emparrado, debajo del cual cantaban las lavanderas, y encima del cual cantaban los pájaros con ellas á porfía: y la puerta de la cocina, por la que se arrojaban los recios y prosaicos sonidos del almirez, como repicando triunfalmente la fiesta de San Positivo.

Todas estas cosas no se amalgaman: convenido. Una elegante superlativa y un *dandy quintesenciado* se horripilarian de esta democracia doméstica. Y no obstante, el aseo y el primor es tal, que formarian un lazo de union entre estas cosas opuestas, si no lo formase ya el ser el pueblo, así como las cosas referidas, esencialmente campestres.

El segundo piso de la casa solo se componia de graneros, teniendo, como la tienen allí muchas casas, una torre ó mira. Pero la escalera que subia á esta torre, se habia caido muchos años habia; y no siendo ni los anteriores ni los presentes dueños aficionados á las buenas vistas, no habia sido reedificada esta escalera, y aquella torre quedaba del todo olvidada, sirviendo solo de inexpugnable baluarte á las lechuzas y otras aves agrestes.

CAPITULO II.

> Los hombres en general están dispuestos á elogiar las edades pasadas, aun con detrimento de la suya; pero el orgullo de los modernos no ha vacilado en atribuirse la preferencia sobre todos los que les han precedido. La misma disposicion hubo en Roma en los últimos dias de la república.
>
> SANTIAGO CLEMENTE GARCIA.

En esta casa vivia Doña Amparo Figueras, viuda de D. Juan de Trillo, rico labrador afortunado y jovial, que murió porque Dios quiso, que por su voluntad no hubiese muerto, como aquel portugues al que pusieron dicha asercion por epitafio.

Doña Amparo era una mujer de mas de cuarenta y tantos años, fresconaza, activa, bondadosa y razonable, sin mas defecto que el de una economía demasiado inclinada á traspasar sus límites. Criada en casa de sus padres, labradores tambien, llevaba la labor con inteligencia y acierto, desde que murió su marido. Pero en cuanto á educar á dos hijos que tenia, conociendo que no estaba á su alcance el hacerlo, habia tomado al efecto desde la exclaustracion, á un religioso del convento de San Jerónimo, que era lejano pariente suyo, y que tenia la merecida fama de ser un hombre, no solo ejemplar en sus costumbres, sino docto y erudito. Efectivamente, el padre Buendía, que habia tenido gran intimidad y exclusivo trato con los libros, tenia mucha erudicion, pero poca ciencia de mundo. Conocia á fondo las crónicas; pero lo contemporáneo pasaba para él casi desapercibido. Sabia latin y griego; pero no sabia una palabra de frances ni de inglés, por lo cual en nuestra ilustrada y extranjerada corte, habria pasado por un Mastodonte ó un Megaterio [1]). Nadie

---

1) Animales antediluvianos cuyos restos se encuentran en América.

El nombre de Megaterio, que es de orígen griego, significa la gran bestia.

En el gabinete de historia natural de Madrid, existe el único casi completo que se conoce, y fué hallado á cien piés de profundidad en terreno de aluvion en Buenos Aires, cerca del rio Luxan.

(*N. del E.*)

cual él, conocia la historia en sus faces religiosa, política y guerrera. Pero en cuanto al mundo, era un laberinto para su abstraida mente, por el que pasaba conducido por la rutina, como un ciego sordo conducido por su perrito.

Cuando la exclaustracion, el prior de su comunidad, que tenia gracia, le habia aconsejado que al quitarse los hábitos, se hiciese para reemplazarlos un vestido de pergamino. Su parienta Doña Amparo cuidó con poco buen gusto y con mucha economía, de su equipo en aquella ocasion, al traérsele á su casa: de lo contrario no se puede colegir lo que hubiese sucedido. Unos pantalones negros muy holgados, medias de estambre negras con fuertes zapatos, una levita de paño basto ámplia y muy larga; un sombrero de copa muy baja y ala muy ancha; tal fué el equipaje con que se presentó á los sesenta años el pobre padre Buendía. Y en él se halló, á pesar de estar todo hecho como para un señor mucho mas grueso que él, tan atado, que este malestar redobló la profunda tristeza que sentia al salir de aquel precioso convento, situado al pié de la formidable altura en que se presenta la Estrella de Vandalia al que del norte de España baja á Andalucía.

Amargo era el desconsuelo del buen religioso al dejar aquel precioso y tranquilo convento, en el que habia pasado casi toda su vida; al ausentarse de aquella iglesia de su mas amante devocion; al dejar aquella alegre celda y aquella silenciosa librería del convento, fuente de goces de su vida entera; y al separarse de sus compañeros y amigos. Cuando á los sesenta años la costumbre de toda la vida ha formado en el hombre una segunda naturaleza, perder de una vez y para siempre, cuanto constituia esta costumbre, — y especialmente cuando estaba en concordancia con la conciencia y en armonía con las inclinaciones, — es lo mas cruel que puede acontecer al individuo; es el trastorno mas desgarrador que puede sufrir la existencia. Y así bien sabido es cuántos de los monjes ancianos arrancados de sus conventos murieron de tristeza; y otros, de dolor, al ver profanados, vendidos, derribados aquellos santuarios que levantó la fe espléndida, en gloria de la religion y honra y bien del país. Con el espíritu

y el sentimiento que llevaron á construir esas maravillas, mueren los grandes arquitectos, escultores y pintores que las hicieron. ¿En qué se habrian de ejercitar ya? ¿Págalos el desprendimiento grandioso del que da á Dios? ¿Inspíralos la fe de Murillo? Estimúlalos la idea de trabajar para el país? ¿Anímalos la conviccion de ser este trabajo para la posteridad?

Era, pues, el padre Buendía un sabio tonto; especie que se va perdiendo, porque á no ser en alguno que otro aleman, hoy dia no se ve sobrepujar lo abstracto á lo concreto. Así es, que Doña Amparo probaba tener mejor tino para elegir capataces y aperadores, que no preceptores. Y era esto tanto mas de sentir, cuanto que sus hijos, — muy mal guiados hasta entónces, y muy dueños de su voluntad, — necesitaban un freno poderoso; pues el freno, por mas que se diga, es el solo contrapeso al mal. El freno que desde pequeños imponen los padres á sus hijos; el de la virtud, que el hombre que la ama, se impone á sí mismo; el del honor, que pone el mundo; el de la política, que exige el trato; el que tiene una sociedad constituida, á saber, el derecho de imponer á los desmanes de los perturbadores de sus leyes: sin contar el suave freno de la religion, que si verdadera y completamente rigiera, haria él por sí solo inútiles á todos los demas.

Mauricio, el mayor de los hijos de la viuda, era desgraciado y enfermo; era flojo, dejado, y tenia horror á todo trabajo, así material como intelectual. Su pasion era la pereza; su estado habitual el decaimiento y la inercia. Su madre, de quien era el predilecto por su estado doliente, le llamaba *un bendito*. Raimundo, el menor, era, — como le denominaba su madre, — un toro. Violento de carácter, acre en su contacto como en su sentir, grosero en sus maneras y expresiones. Tolerado por su madre, aplaudido por los demas pilluelos que capitaneaba, cada obstáculo que hallaba, le parecia un contrario, y legítimos todos los medios para derribarlo. Este desenfreno, este no atender á nada ni á nadie, engendraron en Raimundo el mas asombroso y ridículo orgullo, pues que no tenia mas base sobre qué fundarse, sino sobre sí mismo. Si Raimundo hubiese hablado el lenguaje del dia, se hubiese denominado á sí mismo un *mocito de*

fibra; pero como no estaba á esa altura, se contentaba con cantar:

Sobre mi gusto, canela;
Sobre mi gusto, azafran;
Sobre mi gusto ha de ser;
Sobre mi gusto será!

A la persona de Raimundo, muy andaluza, ó por mejor decir, árabe, solo faltaba un turbante para ser un Almanzor ó un Malek-Adhel, y habria agradado mucho, á no ser por la dura y malévola mirada de sus grandes ojos negros, y la espresion insolente y grosera de su rostro.

Estos niños, de trece y once años, — edad suficiente para haber podido arraigarse sus respectivas malas tendencias, — fueron los que puso su madre, despues de ver medir veinte fanegas de garbanzos, al cuidado y bajo la férula del P. Buendía.

Apénas vió Raimundo el poco gracioso sombrero, bajo de copa y ancho de ala, que su madre habia proporcionado á su pariente, cuando se echó á reir, y le dijo:

— P. Buendía, Vd. que sabe tanto, ¿á que no sabe la solucion de este acertijo?

Tamaño como una cazuela,
Tiene alas y no vuela.

El padre no respondió al pronto; pero á la mañana siguiente le dijo en el almuerzo:

— Raimundo, hijo, paréceme que en el acertijo que me dijiste ayer, te has equivocado, y que no es acertijo, sino un memento popular y tradicional, que necesariamente debe aludir á un hecho histórico anterior á las guerras de Viriato, que segun unos duraron ocho, y segun otros catorce años. Fué el caso, que en la guerra entre Romanos y Cartagineses, en la ciudad llamada Bética, venció Escipion á Magon, hermano de Aníbal. Este se retiró y fortaleció sus reales en la ciudad llamada Careon, esto es, aquí, como punto inexpugnable. Dióse una batalla cerca del rio Curbion, aquí en la vega, y quedó vencido Magon.

Es de presumir que para ir al campo saliesen sus huestes por la puerta mas cercana al sitio en que tuvo lugar el combate, que era la puerta de la Acedia, de la que no queda ni aun vestigio. Formaria Magon sus tropas en dos alas, y teniendo que huir ante Escipion, querrian y no podrian volar; lo que daria orígen á aquel memento popular, y aludiendo al ejército diria:

Salió por la puerta de la Acedia,
Tiene alas y no vuela.

Al oir esta interpretacion histórica de su acertijo — de la que no comprendió una palabra, — Raimundo se echó á reir y repuso:

— ¡Vaya, P. Buendía, que tiene Vd. un modo de adivinar mas confuso que el acertijo! No se trata del rio Curbion, ni del general *Maton*, ni del otro *Animal*, sino que, lo que es tamaño como una cazuela, tiene alas y no vuela.... es su sombrero de usted.

— No dices mal, — repuso el padre, que tenia buen genio, que en su vida habia llevado sombrero y estaba á matar con la nueva cobertera de su cráneo: — no han inventado los hombres cosa mas fea ni mas incómoda. Pero, ya que habéis concluido vuestro chocolate, vamos á ocuparnos en vuestra enseñanza. Veo que estáis muy atrasados, pues nombras á Magon *Maton*, y á Aníbal *Animal*; es, pues, preciso, recuperar el tiempo perdido. Vamos á trabajar, y pronto cogeréis el fruto; que dice San Bernardo: *Si labor terret, merces invitat*; esto es, «si nos asusta el trabajo, anímanos la recompensa.»

CAPITULO III.

> En las buenas repúblicas[1]), los individuos viven en chozas, y los dioses en templos magníficos; y no hay peor señal, que cuando los templos yacen abandonados, y los individuos habitan palacios.
>
> WINKELMANN.

Varios años pasaron sin que sacase el pobre padre Buendía fruto de su trabajo. Por suerte, no le asustaba el trabajar, ni necesitaba que le animase la recompensa; puesto que enseñaba mas por el placer de enseñar que por la gloria de sacar fruto. Sembraba la buena simiente, dejando tranquilamente á la tierra aprovecharla ó no.

En Mauricio cayó aquella simiente como sobre una roca, que no penetró. En Raimundo cayó en tierra feraz, pero seca y sin preparar; y las distracciones y desaplicacion se la comieron como pájaros; mas la que llegó á prender, brotó robusta. Solo se aprovechó de la enseñanza de la historia porque le divertia, y de la del latin por emulacion con el hijo del alcalde, que se jactaba de saberlo como preliminar de sus estudios en la universidad de Sevilla.

En los paseos que daban por las tardes con el padre Buendía, les explicaba este sobre el terreno la historia local y la de los monumentos que allí existen. Era entre estos paseos el preferido por el padre, el que conducia á su convento, es decir, al sitio en que estuvo, pues vendido que fué, tuvo el dolor de verlo derribar y llevárselo piedra á piedra, columna á columna, puerta á puerta... para labrar quizas un meson, dejando el espacio que ocupara, hecho árido por los escombros, como una cicatriz en aquella frondosa, verde y lozana vega. La iglesia subsiste sola y condenada al abandono; y abandonada estaria si no fuese por uno de los monjes que ha quedado, el que ayudado por algunos fieles, mantiene en ella algun culto: ¡culto sublime que expende la caridad por manos de la fidelidad! Culto que, ofrecido al lado

---

1) República significa aquí cualquier estado ó especie de gobierno.

de aquellas ruinas, tiene la humilde dulzura de un desagravio, y que enternece como lo triste, y eleva como lo santo!

Para emprender este paseo solian salir por la puerta de Córdoba, puerta que ha sido reedificada en el año 1608. Baja despues el camino dirigiéndose á la derecha para reunirse al camino real, teniendo á un lado el monte, que se levanta perpendicularmente, coronando su cúspide con el viejo alcázar moro, y al otro, la vega que separa á Carmona del rio, salpicada toda de haciendas, huertas y olivares. Sobre esta puerta hay un letrero latino, cuya traduccion se ha hecho del modo siguiente:

No porque en fuerte, levantada altura
Situada estóy, ó que de ricas mieses
Mis vegas me coronan, yo me afano;
Ni porque el sol desde su oriente alegre
Mis muros bañe, ó tanto me engrandezcan
De mis vecinos la nobleza antigua.
Mas soy tres veces mas dichosa y grande
De dos patronos por la gloria ilustre:
O bien de Teodomiro, el hijo mio,
O bien, Mateo Apóstol, por el tuyo.

Despues de atravesar el camino real, y prosiguiendo el descenso, siempre dirigiéndose á la derecha, se llega al convento.

Como este está situado en cuesta, delante de la iglesia hay un terraplen ó terrado enladrillado al andar, que da vuelta, y por cuyo costado se puede asomar el que lo pasea, y ver una fuente con su pilon, que se apoya en el muro, y parece simbolizar, ó por mejor decir, hacer una de las obras de misericordia. Al fin de ese terraplen hay una puerta; y bajando por una escalera de muy linda fábrica, se llega á una pequeña cueva oscura y húmeda, en el fondo de la cual brota una cristalina fuente. Sobre esta fuente se ve un nicho rústico muy húmedo.

—Aquí es, decia el padre Buendía á sus discípulos, donde escondieron los cristianos, cuando la invasion sarracena, á nuestra Santa Patrona La Vírgen de Gracia, la que ahora veis en su camarin en la hermosa iglesia de Santa María, cuyo magnífico santuario labró Anton Gallego, en el

sitio en que estaba el famoso templo de Céres; en cuya ocasion se hallaron tantas estatuas, monedas, lápidas y restos de arquitectura romana.

En el año 1209 — esto es, cuarenta y tres despues de la conquista de Carmona por el Santo Rey, — descubrió un pastor milagrosamenta guiado la bella imágen de la Señora, tan admirablemente conservada despues de cerca de seis siglos en aquella húmeda y desconocida cueva, como sigue estándolo hace otros seis siglos en su santuario.

— ¿De suerte que es Carmona muy antigua? preguntó Raimundo, miéntras Mauricio, que habia llegado mucho despues que sus compañeros, habia entrado en la cueva, para beber en la fuente.

— Esto no es dudoso, contestó el padre. Pretenden unos que fué fundada por Baco 1324 años ántes de la venida del Salvador; otros aseguran que Brigo, cuarto rey de España, fué su fundador, pues el licenciado Juan Fernandez Franco pretende que Brigo fué cuarto rey de España, y cita en confirmacion al Beroso y á fray Juan Annio, y asegura que reinó 1917 años ántes de la venida de Cristo.

Otros dicen que la fundaron los griegos de Arcadia, y que estos la denominaron Carmona en memoria de la poblacion que en su tierra tenian denominada Carmon; y otros atribuyen su fundacion á Túbal, nieto de Noé, que vino á España 2120 años ántes de la venida de Jesucristo; y segun afirma Francisco Tarrafa Barcelones en su crónica de España, Carmona se amplió por el rey Brigo 148 años despues que se fundó por el patriarca Túbal [1]).

Hablando así, habian vuelto á subir al terrado, y se habian seguido paseando en la huerta, donde se encontraron con el hortelano que la tenia arrendada, en el momento en que decia Raimundo riendo:

— Padre Buendía, ¡y que se crea Vd. como evangelios, todas las cosas que dicen esos cronicones! Ya ha dado Vd. una docena de fundadores á Carmona. ¡Vaya que es esta la

---

1) Mariana dice: «Túbal, hijo de Japhet, fué el primer hombre que vino á España: así lo asientan y atestiguan autores muy graves.»

niña de los muchos padres! — Tiene Vd. las tragaderas untadas de jabon.

— Te he referido las varias opiniones de sabios y cronistas, sin formular la mia, repuso el padre.

— ¡Qué, señor! todos van descarriados, — dijo el hortelano, el que como buen andaluz, se habia impuesto desde luego en lo que se trataba, y quiso echar su cuarto á espadas, y lucir su erudicion histórica. — Quien le puso nombre á Carmona fué un rey moro.

— ¿Un rey moro? exclamó el padre Buendía; en cuanto he leido, no he visto nada que se le parezca.

— Y si el padre no lo ha leido, no está ni impreso ni escrito, dijo lánguidamente Mauricio, porque cuanto hay escrito é impreso, lo ha leido su mercé. ¡No sé cómo tiene ojos ni paciencia!

— At me nocturnis juvat impallescere chartis, respondió el padre. — ¿Me has comprendido?

— No señor; ni ganas, contestó Mauricio. Ya sabe Vd. que el latin no me entra, ni yo á él; me da jaqueca.

— Y tú, Raimundo? preguntó el padre dirigiéndose á este.

— Sí señor, dice que á vd. le place palidecer sobre los libros. Y ese gusto es *rara avis*. Pero, — prosiguió Raimundo volviéndose hácia el hortelano, — cuénte Vd. cómo y en qué ocasion le puso el moro nombre á Carmona.

— Sí, cuéntanos eso, Nicolas, añadió el padre, pues cuando, merced á la traicion del conde Don Julian, que entró en Carmona como amigo, fué entregada á los moros sus sitiadores, no dejaria de tener ya su nombre.

— Pues señor, — así principió el hortelano su relata, — han de saber Vds. que en tiempo de los moros, que fueron los que labraron los tres alcázares, las murallas y las puertas, estaban ellos aquí tan agarrados y tan seguros, que ni el mismo demonio los hubiese podido echar.

Súpolo esto la reina de Hungría, que era una hembra como un Cid, y se vino aquí con todo su ejército, con intenciones de cantarle al rey moro esta nanita:

Anda, véte, Morito,
A la Morería,
Que mis tropas no entienden
Tu algarabía.

Pero *ende* que vió [1]) el peñasco ese, al que no trepan sino las cabras, así como el valladito de argamasa almenado, y tras cada almena un moro con un dardo como una lanza, se quedó como toro agarrochado, á medio embestir.

Entónces acudió á la astucia, que para eso las mujeres se pintan solas, padre Buendía. Mandóle al rey moro un mensaje diciéndole que tenia antojo de conocer á S. R. M., y que queria visitarle; que para tener ese gusto habia venido de su tierra Hungría. Los moros, — como sabrán sus mercedes, — eran muy finos y rendidos con las señoras mujeres: y *asina* respondió el rey moro al mensajero, que le dijese á quien le enviaba, que tenia á mucha honra que S. R. M. le visitase, y que al dia siguiente le tendria *aprevenido* un recibimiento y un banquete como correspondia á tan encumbrado huesped. — Y *asina* fué, y cuando le estaba el rey enseñando á la reina el real alcázar, — aquel que *atodavía* está allí en el pináculo á espaldas nuestras, sobre el despeñadero, — abrió un balcon, y abajo en el llano estaban los húngaros. Asomóse la reina; y cuando todos la vieron, armaron un griterío y una algazara, que no parecia sino que se hundia el mundo, pues así lo habia dispuesto S. M. — ¿Qué es eso? — preguntó el rey. — ¿Qué ha de ser? contestó la reina, mis soldados que se divierten con una mona. — ¿Una mona? dijo el moro asomándose al balcon para verla. La reina, que esto aguardaba, le cogió por los piés y le echó por el balcon. Como que la altura es tanta, tardó el desdichado en llegar al suelo, y miéntras caia, dando vueltas por el aire, iba diciendo: ¡cara mona, cara mona! Y de ahí le viene el nombre, sin que le quede á su mercé duda, padre Buendía.

— Pues yo te digo, Nicolas, que lo que dices es un *sinfundo* [2]). Las reinas de Hungría, ninguna ha venido á

1) *Desde* que vió.
2) Sin fundamento. *(N. del E.)*

guerrear á España. El padre Arellano dice que vino Muza á Carmona. Fuéle dicho por los que venian con él, que por ningun combate podria ser tomada la villa, por su mucha fortaleza. Envió al conde D. Julian con algunos cristianos, que aparentaron huir como vencidos en batalla, y recibido el conde por huésped, dió la villa en manos de los árabes, y quien despues la tomó del poder de los moros, fué el Santo Rey Fernando, y así dice:

Soy de Túbal fundacion,
Fuí municipio romano;
Debo mi restauracion
Del dominio mauritano,
Al Rey Santo con Giron.

En tiempo de los Romanos tuvo Carmona senado y senadores, que llamaban decuriones. Julio César la sublimó con el título de municipio, favor concedido á pocos pueblos, y que tenia el privilegio de batir moneda. Las armas de Carmona, — atiende, Raimundo, ya que Mauricio se está durmiendo, — son una estrella con este letrero por divisa: Sicut Lucifer lucet in aurora, sic in Vandalia Carmona.

— ¿Y eso qué quiere decir en nuestra lengua, padre Buendía? preguntó el hortelano.

El padre contestó: — «Así como brilla la estrella de la mañana en la aurora, así brilla Carmona en Andalucía.» El Santo Rey, su conquistador del poder mahometano, le añadió una orla para rodear la estrella, en que alternan castillos y leones.

— ¡Vaya! repuso el hortelano; aquellos romanos lo entendian y eran gente de gusto.

— Así, Nicolas, prosiguió el padre, no te trastornes las mientes con la reina de Hungría. El Santo Rey fué el que conquistó á Carmona del poder de los moros. Al otro lado del pueblo, á la derecha viniendo de Sevilla, tenia sus reales en el Campo del Real, como se denomina aun hoy dia, ahí donde está la capilla, que el mismo Santo mandó labrar en honra de la Vírgen Santa que tanto le favorecia. — Quédate con Dios, Nicolas.

— Vaya su mercé con Dios, padre Buendía, contestó el

cuadras, para hacer zahurdas! ¡Obra magna de otros tiempos, que desprecia el presente, que labra palacios de cristal! ¡Cuántos siglos has estado en pié como si el caer fuese para tí una palabra vana de sentido!

No hace muchos años, cuando la epidemia asiática pasó por Europa, dejando tumbas por huellas, aun existia entero el suntuoso alcázar, y prestó sus ventilados y frescos salones como refugio á los acometidos del mal; y la época que se jacta de culta é ilustrada, esta época corta ha podido mas en veinte años, que los seis siglos anteriores! ¡Y no obstante, entregada al pillaje, te despedazan, te mutilan, y no caes! ¡Levántanse aun tus torres, sobre las que tantos siglos y temporales se han estrellado, vacías y desnudas como las han puesto, tan dignas, compactas y severas, que no consienten que las acaricie y alegre la compasiva yedra, ni que insinuadora planta parásita corone sus tersas frentes! Torres altas y esforzadas, ruinas de bronce que no sabéis desmoronaros, sois la desolada imágen del abandono! Pero tambien lo sois de la dignidad en la desgracia, de la fuerza de resistencia en ignominioso vasallaje, de la noble austeridad en la vejez solitaria y despreciada, de la firmeza en conservar vuestro puesto, aunque no interrumpa ya el silencio sepulcral en que yacéis, sino el mugir de los huracanes y el tronar de las tormentas que atrae vuestra encumbrada altura. ¡Y hay manos que os derriben, bella y noble diadema de Carmona! Sí, porque hay gentes para quienes demoler nada significa! Para nosotros, el demoler edificios públicos, propiedad y mayorazgo del país, nos parece contra el derecho de los muertos, crímen de leso patriotismo, el triunfo de la fuerza brutal y material sobre la influencia moral de la cultura; nos parece, en fin, un espolio de lo pasado, una usurpacion á lo presente, y un robo al porvenir.

Entrado en aquel alto recinto, abarca la vista con ansia el magnífico paisaje, que á los piés del alcázar se despliega sobre una base de innumerables leguas, puesto que cuando el dia está claro, se distinguen desde las altas torres los pueblos siguientes: Sevilla, Cantillana, Brenes, Tocina, Alcolea,

Villanueva, Lora del Rio, la Campana, Fuentes, Marchena, el Arahal, Paradas, Osuna, Moron y Utrera.

Mas aquella tarde era borrascosa: habia llovido mucho los dias anteriores, y aun corrian por el cielo nubarrones, que parecian una enorme manada de blancas y negras ovejas que huyesen presurosas del lobo, echando sus oscuras sombras sobre algunas partes, que aparecian graves y melancólicas, miéntras otras reian y brillaban bajo los rayos del sol, y otras, sin rayos de sol y sin negras sombras, parecian dormir sosegadas el sueño del justo.

A veces, en una de las vueltas que toma el rio, venian los rayos del sol á buscarle y á hacerle brillar sin su anuencia, como suele hacer la fama alguna vez con la virtud modesta, que sigue perseverante su callado curso. Las sierras y los horizontes se unian en lontananza, como se unen muchas cosas en este mundo de engaños, esto es, á la vista y no en realidad, pues son incompatibles; así material como moralmente.

Movíanse los árboles impacientes ó temerosos, bajo el impulso de las fuertes ráfagas del vendaval que desencadenaba la naturaleza, como para animar su obra; los unos alargaban sus brazos como para implorar proteccion; otros temblaban; otros humildes agachaban sus cabezas; otros parecian perderla en convulsa agitacion, ménos los pinos, que inmóviles parecian, segun dice el poeta norte-americano Longfellow, viejos bardos druídicos envueltos en sus mantos de musgo, apoyados en sus harpas, murmurando de quedo extraños y misteriosos cantos.

Mugia el viento entre aquellas magnas ruinas, tan triste y desconsoladamente, como si ellas le impregnasen de su tristeza.

Todo aquel magnífico y expresivo conjunto hubiese entusiasmado á un poeta, y arrebatado á todo aquel que por vez primera lo hubiese visto. Pero el P. Buendía y sus discípulos no eran poetas, y no contemplaban aquella maravilla por primera vez.

— Ya veis, decia á los discípulos su preceptor, que era mas inclinado á la enseñanza que á la poesía, este alcázar, conocido, entre los tres que tuvo Carmona, por el de Arriba. Tenia tres patios; en este segundo donde vamos á entrar,

habia un estanque cubierto que servia de baño. Mirád el grueso de las paredes; las interiores, que son de ladrillo, tienen dos varas de grueso; las exteriores, así como las torres, son de esa argamasa con la que los moros hacian rocas.

Tenia fosos por los costados de norte y levante, que existen en parte; por los de mediodía y poniente no los necesitaba, por bajar el elevado monte casi perpendicularmente. Para defensa del referido foso, en la esquina que divide los dos costados, se ve una obra llamada el Cubete. Es su construccion redonda, toda de sillería, y se angosta hácia lo alto, aunque no cierra enteramente. Hace, como sobresaliendo á su redondez, cuatro esquinas, y en cada una de ellas hay una garita alta con sus troneras: tambien tiene troneras en lo bajo; mas todas ellas no pueden servir sino para flechas ó mosquetes.

En su interior forma un corredor circular, y sobre este una azotea. Tiene su bocamina que le servia de pozo; dos puertas, una que mira al foso del norte, y otra al de mediodía; tiene veinte pasos de circunferencia, y es obra que ha sido siempre muy celebrada por los inteligentes.

Discurriendo así, habian dado la vuelta á aquella ostentosa ruina, y regresado al primer patio ó solar, que aun conserva su puerta de entrada abovedada entre sus murallas de argamasa.

Al frente de la entrada, y cerca de la rápida cuesta ó despeñadero, estaban tres niñas. La mayor, que tendria de once á doce años, era altita, y tenia una de esas caras perfectas y como vaciadas en molde, tales cuales con frecuencia se ven en Andalucía, y á las que suele ser anexa una finura de facciones y una expresion de dulzura y de modestia, que hace se les denomine caras de Vírgen. De pié en el paraje mas alto y escueto, fijaba sin interrupcion sus miradas hácia un mismo punto de la vega. El viento, que se llevaba sus enaguas, su pañuelo y el negro cabello que adornaba su frente, la hacia aparecer como la personificacion alegórica de una temprana esperanza, combatida ya por los temores y vendavales de la vida. Si en lugar de bajarlos, hubiese tenido alzados sus hermosos ojos, hubiera aparecido como la inocencia

aislada en el borde del precipicio, empujada á él por el soplo de la maldad, é implorando al cielo en su auxilio.

Las dos mas pequeñas estaban sobre la verde alfombra que formaba el menudo césped. Habiéndose en este momento nublado el cielo, decia la mas chica á su hermana:

— ¡Ya metió el viento al sol en un saco! ¡Va á llover, y *Pae* se va á mojar!

— Pues para que no suceda, respondió su hermana, vamos á cantarle al Santo.

Pusiéronse en seguida una al frente de la otra, y posando alternativamente un pié y levantando el otro, se pusieron á repetir en un recitativo que no era canto, ni era habla, esta plegaria:

San Isidro labrador,
Quita el agua y pon el sol.

— Niñas, dijo el padre Buendía dirigiéndose á las chicas, ¿qué hacéis aquí solas en esta tarde tan cruda?

— Estamos aguardando á padre, respondió la ménos chica de las dos.

— En aquella torre, dijo Raimundo señalando á una de las que allí se veian, está el moro Mustafá, que se lleva á las niñas á Berbería para que guarden manadas de leones.

La chiquita corrió á su hermana y se abrazó de ella, volviendo su angustiada carita hácia la torre, cuya negra entrada no prometia nada bueno; pero la mas grandecita se echó á reir.

— ¿Te ries? añadió al notarlo Raimundo; ¿pues qué, no tienes miedo?

— ¿Yo? no, señorito, ni á moros ni á cristianos. No seas tonta, Mariquilla, añadió desprendiendo de sí á su hermanita, el señorito es *guazon* [1]) y ha comido melon, que pone á las gentes pesadas.

— ¡Padre! Ahí viene padre, exclamó la mayor de las tres, echando á correr hácia la puerta de entrada, para ir

1) *Tener guaza* y *ser guason*, ó *guason* se aplica en Andalucía al que tiene chanzas pesadas, ó como suele decirse, la *sangre gorda*. Acaso aquellas palabras sean degeneracion de *sangre*, ó *sanguaza*.
(*N. del E.*)

á buscar la subida mas accesible que debia tomar el que llegaba.

— ¡Padre, padre! repitieron con júbilo sus hermanas menores, echando tambien á correr, aunque no tan rápidamente como pudo hacerlo la mayor.

El padre Buendía y sus discípulos siguieron su paseo en la misma direccion que habian tomado las niñas, miéntras decia este á los distraidos muchachos:

— Dice el Eclesiástico: «Aquel que teme al Señor, honra á sus padres, y sirve como á sus dueños á los que le han engendrado. Honrád á vuestro padre en obras, en palabras y con vuestra sumision, á fin de que os bendiga. El que enoja á su padre ó á su madre, es maldecido de Dios.»

— ¡Qué de textos de escritura sabe el padre! dijo Mauricio á Raimundo.

— Yo creo que los inventa, respondió este.

Vieron entónces á un hombre subir denodadamente y con paso firme por la áspera pendiente, miéntras las tres niñas la bajaban haciendo á cada paso hincapié, ya en una piedra saliente, ya en una mata recia.

Reuniéronse al fin aquellos seres, que yá unia el mas puro, el mas profundo, el mas tierno, el mas santo de los amores, amor el mas semejante al augusto amor de Dios, amor á la vez instintivo y razonado, para el que no existe la inconstancia, pues con él nacemos y con él morimos; amor que es á la vez un precepto, una virtud, un lauro y una felicidad; el dulce amor á los padres, que sublimó el Dios Hombre en la cruz.

Detuviéronse el padre y las hijas sobre una roca saliente, que en aquel despeñadero se presentaba como lugar de descanso. Entónces sacó el hombre de una espuerta tres ramos de flores silvestres primorosamente hechos, los que repartió á las tres niñas [1]).

---

1) No se crea que nuestro amor al pueblo de campo nos lleva á inventar escenas idílicas. Si no hubiésemos *presenciado* esta escena, no la describiríamos. No es tan insignificante como parece. El hombre rústico, que despues de un rudo trabajo, discurre y halla tiempo para coger y formar tres ramos de flores silvestres para sus hijas, tiene no solo un corazon de padre, sino de padre, madre y amante.

Nada podian oir los paseantes, de las palabras que en aquella escena mediaron. Pero sí vieron que la mayor de las niñas cogió la mano de su padre, y la besó repetidas veces sin querer soltarla; y que las dos chicas se pusieron á saltar de alegría. Volvieron en seguida á emprender su ascension, llevando el padre á la menor en brazos, la que alzaba triunfalmente su ramo como un estandarte. Seguia en pos la segunda casi gateando, pero solo con una mano, porque en la otra llevaba su regalo. Y detras de todas iba la mayor, que arrimaba las flores á sus labios, besándolas y respirando su perfume.

No tardaron el padre Buendía y los niños en emparejar con ellos; y el padre dijo sonriendo y dirigiéndose al jornalero:

— Vaya, José Flores, que no te cuadra mal el apellido; pues cargado vienes de ellas para tus niñas. ¡Bien hecho, hombre! dar gusto á las criaturas en lo que es regular, es de buen padre.

— Señor padre Buendía, contestó José Flores; si parecen las chiquillas estas abejas ó mariposas, por lo que se despepitan por una flor!....

En este momento, Raimundo, que pasaba cerca de la mayor de las niñas, dió con una varita que llevaba, al ramo que esta tenia en la mano, un golpe de lado tan bien asestado, que las tronchó todas.

La niña prorumpió en amargo llanto.

— Gracia, hija de mi alma, le dijo su padre; no llores; que mañana, si Dios nos da vida, te traeré otro.

— Otro mejor le llevará Raimundo mañana, añadió el padre Buendía, como es su deber. Lo que acaba de hacer es contra el amor al prójimo y contra la caridad, y dice San Pablo: *Si charitatem non habuero, nihil sum* [1]) y San Agustin: *Qui diligit proximum, legem implevit* [2]). ¿No es verdad que se las llevarás, hijo?

— ¡Por supuesto! contestó Raimundo; le enviaré todas las que están en el jardin de casa. ¿Para qué las quiero yo?

1) Nada tengo, si no tengo caridad.
2) El que ama al prójimo, cumplió la ley.

La niña, no obstante, no cesaba de llorar sus flores, cuyos destrozados pensiles conservaba en sus manos; y su corazon, encogido por la primera, grosera é inmotivada hostilidad que lo rozaba, permanecia oprimido.

— No parece sino que te he dado en los dedos! dijo impaciente Raimundo.

— Mas queria á mis flores que á mis dedos, contestó la niña.

— ¡Pues mire Vd. la zancona, con vara y cuarta de enaguas, llorar por flores! repuso Raimundo; ¿no te he dicho que mañana te llevaré un esporton?

— Pero no serán las que me ha cogido mi padre, respondió en queda voz y meneando la cabeza la niña; — no serán mi ramo!

— ¿Y qué particularidad tenia tu ramo?

— Tenia una estrella blanca.

— Seria, repuso Raimundo con una carcajada, — esa famosa estrella de Vandalia, que no es mas que una. En el jardin de casa hay un camino de Santiago [1]) de todos colores, así, consuélate, comadre llorona.

— Toma el mio, dijo la chiquitita, que ya estaba cansada de llevar el suyo, y lo quiso echar de potencia medianera.

— Con Dios, José Flores, dijo el padre Buendía; niñas, á Dios! hasta mañana.

— A Dios, llorosa estrella de Vandalia, añadió Raimundo con burla: — guarda tus lágrimas para llorar tus pecados, y así las emplearás mejor.

— Lo que has hecho es una mala accion, dijo á Raimundo su preceptor cuando se hubieron alejado.

— ¿El deshojar las flores? — repuso con burla el reconvenido.

— No; el hacer llorar á tu semejante sin motivo ni razon.

— Pues seré como la cebolla, que hace llorar sin querer.

— Si queriendo prueba esto crueldad, el hacerlo sin querer prueba grosería y dureza. Ve de evitar ambas cosas; pues ambas son odiosas, hijo mio.

1) La via láctea.

CAPÍTULO V.

— ¿Porqué cultiváis semejante género? preguntó el comprador.

— Por ser el que mas me place, y en el que creo copiar mejor á la naturaleza, respondió Théniers.

En una de las calles que avecinan el molino de aceite, que se dice ocupa el punto culminante del picacho sobre el que está labrada Carmona, se veia por su abierta puerta el interior de una casa pobre y humilde, pero blanca y florida, como la mente de sus moradores.

Alzábase en medio de su alegre patio un olivo, modesto símbolo de paz y abundancia, que extendia sus ramas sobre la cabeza de los habitantes de la casa, como un padre sus manos, para bendecirlos. Hallábase á la sazon tan cubierto de esquilmo, como si la providencia con un hisopo le hubiese salpicado de menudas flores que tornarán los meses y el sol en esa oliva, de poca apariencia, pero de mas valor que las manzanas de oro del jardin de las Hespérides, cuyo zumo nos alumbra, contribuye al culto religioso, y es el *Ave María* del *Pan nuestro de cada dia* del pobre.

Por su tronco culebreaban, envolviéndolo en sus vueltas, algunas matas de campanillas; las que léjos de atormentar á este Laocoonte, al llegar á sus ramas le sonreian con sus ojos azules y con sus bocas de color de rosa.

Veíase en un rincon una parra tan vieja, tan arrugada y tan corcobada, que inducia á creer, que así como Túbal era nieto de Noé, fuese ella nieta de la parra que plantó dicho patriarca. No tenia, en verdad, documentos con que probar su antigua nobleza, puesto que todas sus fees de bautismo y demas pergaminos de su propiedad, apénas amarilleaban, se los llevaba el viento revolucionario del otoño, al que nada resiste sino los pinos, que son los militares de la vegetacion, derechos, bien guiados, uniformes, inmutables y serenos.

No obstante, la anciana no se daba por jubilada, ni era momia, como parecia á primera vista. Cuando llegaba febre-

rillo el loco con sus dias veinte y ocho, asomaban á la callacallando en sus extremidades unas hijitas pálidas y tiernas, y detras de ellas sacaban la cabeza unos racimitos microscópicos. Entónces el sol los acariciaba para animarlos; el viento los sacudia para fortalecerlos; y poco despues las lozanas hijas rodeaban á su anciana madre, abrazaban su cuello, colgaban de sus brazos, y le presentaban sus nietos, los bellos racimos, de que se gloriaban. La familia de la casa se encontraba insensiblemente su patio entoldado, sin trabajo, ruido ni costo, y la parra decja á su vecino el romero, al que se prendia cariñosamente con sus sarmientos: «yo tambien cumplo la mision de nuestro criador:» — el romero respondia con su grave, suave y perfumada voz: «*¡gloria á Dios en las alturas y paz al hombre en la tierra!*» las hojas susurraban, y los pájaros cantaban, *amen*.

Entre las plantas, que tan confortable como sosegadamente vivian en su arriate solariego, sin mas incomodidad que la del fastidioso zumbido de tal cual moscon inoportuno, se distinguia por su serena y perenne hermosura el ya mencionado romero, que es tan simpático y amigo del pobre, que jamas logra el pudiente verlo en sus cultivados y costosos jardines tan lozano como le tiene el pobre en su humilde morada. Nada allí le hace enfermar ni alejarse; ni las bestias que á su paso le rozan, ni los chiquillos que le tiran, le jalan y lo estropean; ni las escesivas contribuciones que se le sacan, ya para remedio en las dolencias, ya para purificar el ambiente quemándolo, ya para confeccionar ramos de flores, hechos ó con objeto divino ó con objeto profano.

¿Será esta predileccion que demuestra el romero por las casas de los pobres, á causa de que en ellas se le considera como planta santa, por haber la Vírgen tendido sobre sus ramas para secarse las ropas del Niño Dios; y porque agradece mas este culto del corazon que el cultivo material del jardinero? ¿O será que considerándose propiedad de los pobres, le sucede lo que á la yerba-buena, de la que se dice que si su dueño ó su encargado no coge sus vástagos, se seca?

Al estampar esta encantadora creencia de nuestro pueblo,

así como otras muchas que con tanto amor recolectamos, se nos ocurre que no faltará doctor *sabijondo* que las califique de supersticiones, de supina ignorancia; y hasta profesor de matemáticas que las declare irreverentes dislates.

¡Equivocados estarian los graves y doctos! Y quien se lo asegura con todo el aplomo de la conviccion, es el no grave y no docto escritor de estas hojas. No engendraron estas suaves creencias ni la ignorancia ni la supersticion; pero sí las engendraron en sus primeros amores la imaginacion casta, pura y florida, y el sentir rico y santo! Pues de este pueblo meridional, criado por el catolicismo, se puede decir que tiene una imaginacion que *siente*.

Entre estas creencias las hay que se toman la libertad de ser ciertas, sin la autorizacion de la ciencia. Y si se nos pregunta si creemos en ellas, dejaremos á Cárlos Nodier contestar; que lo hará mejor que nosotros.

«Me permitiréis, contesta á igual pregunta ese sabio é ilustrado escritor, no pronunciarme tan á la ligera sobre creencias apoyadas por el testimonio del pueblo, que se funda él mismo sobre la experiencia;» y en otra parte añade: «El exámen en estas materias es una operacion del entendimiento, que demuestra ingratitud y desconfianza.»

Pero volvamos á la casa del pobre; ¡allí donde aun se cree, ama y espera con tan sano corazon! ¡Qué bien se respira allí! ¡Qué paz siente el alma, que está en armonía con cuanto allí la rodea!

Escuchemos á las golondrinas, que son tan queridas, que cuando llegan, brotan las flores; y cuando se van, mueren las hojas. Escuchémoslas; pues aunque trabajan mucho, cantan aun mas, porque tambien son pobres! Debajo de cada teja se veia una de sus chozas, labrando así una aldea en una casa. El gato, subido en la escalera del sobrado, con las manos guardadas en los bolsillos y las piernas encogidas, cerraba los ojos, y meditaba sobre los mas ó ménos grados de calor que tenia el sol en tal ó cual paraje, sin dejar por eso de vigilar como buen guardia civil la puerta del sobrado en que habia trigo, por si veia algun Caco ratonil, echársele encima desenvainando sus aceros.

En el arriate, frente al mediodía, se notaba un modesto cáctus que levantaba en alto como dedos verdes sus penquitas señalando á sus flores frias y yertas, ese sol que tanto ama su dilatada familia, que mira á los trópicos como su tierra de promision.

Estas flores, llamadas del *lagarto*, son tan idénticas al animalito cuyo nombre llevan, hasta en la frialdad y aspereza de su contacto, que dejan al que las mira, en la duda de si en una inobservada metempsícosis se unen las hojas de la flor, y sacando de su cáliz unos ojitos y unas patitas que guardan escondidas, se echan á correr por las paredes como flores calaveras; ó bien de si los lagartos, cansados y contritos de su vida vagabunda, curiosa y entremetida, escalando tapias, haciendo lupanares y garitos de las venerables rajas de los muros vetustos, profanando con sus locas carreras las augustas ruinas, forzando á la honrada yedra y al pulcro jazmin á ser encubridores de sus cuitas amorosas, entran al fin en sí, se desprenden de sus ligeras patas, cierran sus curiosos ojos, se encapuchan en su piel, y se vuelven flores frias é inodoras, flores trapenses en su convento de las pencas. El que las mira, se pregunta, abstraida la mente en las reflexiones investigadoras que engendran, qué será lo que contiene aquel oculto y encerrado cáliz? ¿Será acaso un corazon de lagarto arrepentido, ó unas patas de flor de emancipadas y libres ideas, que desean ponerse en rápido movimiento, siguiendo la marcha y dóctrinas del siglo?

Por una parte, hay en favor de esta última version, el que para morir no se desheja de flor como sus compañeras, sino que envejece, se encoge y se seca, lenta, tranquila y paulatinamente como la vida en el claustro. Pero en favor de la primera version, esto es, la de que sean lagartos exclaustrados, hay que los lagartos salen de tierra cuando el sol los llama, y desaparecen cuando las escarchas los echan, lo mismo que las flores. Ademas, en pro de esta asercion, es la notaria buena propension del lagarto á la santidad; pues sabido es que, aun en la fuerza de su vida disipada, nunca se recoge sin bajar ántes á besar humildemente la tierra.

Poseemos una maceta de esta planta esfinge, la que nos preocupa como un enigma inacertable. Por mas que hemos observado la misteriosa flor al sol y á la luna, que es el astro de los duendes, por si eran flores de su naturaleza; ellas, metidas entre sus pencas, observan su regla, y callan como hijas de San Bruno; y ha sucedido que ese arcano ha llegado á ser la constante preocupacion de nuestra mente. — Si alguien descubre la solucion de este problema, agradeceremos que nos la participe.

Mas nos perdimos en un laberinto de flores. Pedimos perdon á los enemigos de nuestras digresiones, y adversarios de los laberintos; como si en cada uno hubiese un Minotauro! Dice Lamennais: *L'esprit revient sans cesse sur ce que le cœur aime*, — siempre recae el pensamiento sobre aquello que ama el corazon!

Al frente tenia el patio la cocina, por la que se pasaba para ir al corral. Al lado de la puerta de entrada habia una salita con su ventana á la calle, y su alcoba interior; al lado de esta otro cuartito con puerta al patio.

Desde la calle se veia cerca de la cocina una escalera de ladrillo sin baranda y sin techar, labrada sobre un arco de material, que llevaba á un sobrado, en la que hemos visto ya al gato en el desempeño de sus funciones.

Estas escaleras rústicas que aparecen entre matas y flores, dan á las casas en que se hallan un aire tan pintoresco, tan genuino de viviendas pobres, campestres y sencillas, que causa el mirarlas el mismo dulce y simpático efecto que causan las construcciones de los nacimientos.

Ansia uno por embutirse en aquella linda y candorosa pobreza; le parece á uno que así como el romero halla allí su adecuado y preferente lugar, lo hallaria uno igualmente. ¡Ah feliz romero! superior en tu noble independencia al imponente Mínos social, Su Alteza el *Qué dirán*, que con su multitud de labradores canes, hijos del primitivo Cerbero, preside y dirige nuestras acciones, y juzga por su propia virtud, al que quiere y al que no quiere ser juzgado en su tribunal, que por cierto, á pesar, ó quizas á causa, de todos los gases modernos, suele estar muy mal alumbrado.

En la aseadísima salita se veian unas toscas sillas; de la pared colgaban unos malos cuadros de Santos, mas admirados por ojos fervientes, que los de Murillo y Velazquez por ojos artísticos. Y ved porqué los Santos, como el romero, prefieren las casas de sus amigos los pobres.

Sobre una mesa habia una imágen de bulto de la Señora, bastante buena, cuyos flotantes vestidos, que eran tambien de talla, estaban primorosamente pintados y dorados, y de una manera tan sólida y permanente, que una incalculable serie de años solo habian logrado amortiguar algun tanto su brillo. Qué artistas, qué artífices, qué menestrales los de la época del oscurantismo!!

CAPITULO VI.

> Los espíritus frios que no comprenden el encanto de la *devocion práctica*, me han asombrado siempre.
>
> CARLOS NODIER.

> Saber es quizas engañarse; creer es la sabiduría y la felicidad.
>
> IDEM.

A la puerta de la sala estaba sentada una anciana, remendando un vestido de niña, reemplazando la destrozada espalda con un pedazo de tela de color y de dibujo distinto al del vestido.

Concluia su último sobrehilado, cuando se oyó bulla en la puerta, y las tres niñas que hemos visto ir al encuentro de su padre, entraron presurosas enseñando á la anciana, que era su abuela, los ramos de flores que traian.

—Y tú, Gracia, preguntó la anciana dirigiéndose á la mayor, ¿no traes flores?

—Tenia el mejor de los tres ramos, que traia una estrella, — respondió Antonia, que era la segunda; — pero ese pícaro Raimundo, el hijo de la viuda de Trillo, se lo hizo pedazos con su baston.

Gracia presentó á su abuela el destrozado ramo, sobre cuyas estropeadas flores brillaban como gotas de rocío sus lágrimas.

— No le hace, dijo la anciana. Con las que traen tus hermanas basta para llenar los floreritos, que para la fiesta de mañana, el Patrocinio de su Santo Esposo, pondremos ante la Señora. Aunque las flores sean del campo, y aunque sean pocas, no importa; porque bien sabéis que la intencion basta. Esto os lo probará un ejemplo que voy á referiros.

Habia en una huerta un pobre niño huérfano, que por caridad habian criado en ella. Todas las madrugadas venia al pueblo á traer la berza, y despues de entregarla al revendedor, se iba á la iglesia de un convento. Allí se ponia de rodillas ante la imágen de una Vírgen con mucho amor y fe, y no pudiendo traerla otra cosa como ofrenda, depositaba en aras del altar unas hojitas de las berzas que criaba. Los padres, que notaron esta extrañeza, parecida á un desacato, llamaron un dia al niño, y le preguntaron porqué hacia aquello.

El niño contestó que lo hacia por el grande y tierno amor que tenia á la Santa Madre de Dios, que miraba como suya por no tener otra. — ¿Y qué, le preguntaron los padres, no sabes demostrárselo de otro modo? ¿No sabes rezar? — El niño contestó que no. Entónces le dijeron que todas las mañanas entrase en el convento, y que ellos le enseñarian. Así sucedió; y el niño en poco tiempo aprendió á rezar, á leer, á escribir y otras muchas cosas, y ya no le llevaba las hojas de sus berzas á la Señora, porque le daba vergüenza. Pero sucedió que el niño cada dia se fué poniendo mas triste. Los padres quisieron averiguar la causa de esta tristeza, y se la preguntaron, á lo que contestó el niño que la Vírgen no le queria ya tanto como ántes. — ¿Y cómo sabes esto? le preguntaron los padres. — Lo sé, lo sé, respondió el niño. — Pero ¿desde cuándo es que no te quiere como ántes? tornó á preguntar el prior. — Desde que tanto he aprendido, contestó el niño. — Pues qué, le dijo el prior, ¿te mira mal la Vírgen ó te despide cuando formulas tus oraciones ó cantas sus alabanzas? — No, no, eso no, respondió el niño. —

Pues entónces, preguntó el prior, ¿por qué dices que te queria mas ántes? — Porque ántes, contestó el niño, cuando le traia las hojitas de mis berzas, se sonreia.... y ya no se sonríe!

— Ved, pues, hijas mias, por qué dice el Señor: «Bienaventurados los pobres de espíritu,» pues cuando son ricos de corazon, hay para ellos gracias excepcionales, negadas del todo á los soberbios fariseos y falsos doctores. — Gracia, hija, las que mas agradece la Señora, son las flores cogidas en nuestro corazon, con las que diariamente le tejemos su corona [1]).

En seguida pusieron las niñas las flores en los floreritos de cristal con algunas ramas de romero; hecho lo cual se arrodillaron las tres ante la imágen de la Vírgen, y la abuela empezó á rezar la siguiente devocion:

CORONA DE ROSAS PARA ADORAR A MARIA SANTISIMA.

Para alabar á María
Dadnos gracia en este dia,
María, reina gloriosa.

Las niñas respondieron en coro:

Mi amor te ofrece esta rosa.

La rosa significa el Ave-María, que en seguida empezó la abuela y concluyeron las niñas, siguiendo despues de esta suerte:

Abuela. Vírgen pura y candorosa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave-María.

Abuela. En tu concepcion dichosa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave-María.

---

1) Véase otra y otra vez lo mas sublime de la ley de Jesucristo, demostrado prácticamente por el pueblo católico español, pues de las ocho bienaventuranzas, la que segun todos los santos padres debe conceptuarse mas excelente, y de todas ellas la primera, es la de *los pobres de espíritu.*

La mas alta cultura dice hoy por boca del liberal Cárlos Nodier: «La culpa del paraíso es la *ciencia* malhadada, hija de la curiosidad.»

Abuela. De Dios Padre Hija amorosa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave-María.

Abuela. De Jesus madre piadosa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave-María.

Abuela. Del Santo Espíritu esposa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave-María.

Abuela. Luz de los cielos hermosa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave-María.

Abuela. Mujer fuerte y victoriosa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave-María.

Abuela. Santa la mas milagrosa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave-María.

Abuela. Emperatriz poderosa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave-María.

Abuela. Mártir santa y silenciosa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave-María.

Todas en coro. Guirnalda de rosas bellas
Pongo en tus sienes gloriosas;
¡Oh María! logre por ellas
Quien te corona de rosas,
Vértela puesta de estrellas.

¿Quién habrá podido contemplar tres lindas é inocentes criaturitas, arrodilladas ante la pura madre del Hombre Dios, y oido sus suaves vocecitas ofrecerle sus oraciones bajo el símbolo de una corona de rosas, sin sentirse conmovido? ¿Quién entónces no habrá, considerado ó mas bien, *sentido*, que solo es verdadera aquella religion que encuentra á Dios y le adora de este modo puro, espiritual, tierno, ferviente, elevado y dulce, con todas cuantas facultades, á su divina semejanza, puso Dios en la criatura que crió para obedecerle y amarle? ¿Qué hacéis vosotros, moralistas falsos, frios escépticos, amargos filósofos, con estas divinas facultades? Las ahogáis en hiel y en egoismo!

— *Mae* Abuela, dijo la mas chica de las niñas, volvién-

dose sin levantarse hácia uno de los cuadros que colgaban de la pared y representaba á Cristo en la cruz, — ¿vamos á rezarle un *Credito* al Señor *enclavao* para que vuelva presto *pae?*

— Sí, hija mia, contestó la anciana, la que en seguida empezó á recitar el símbolo de la fe con las niñas. Y apénas lo concluian, cuando, como si el Señor se dignase, sonriendo, conceder en el acto su amante é inocente peticion á aquellos pequeños seres que en su peregrinacion en la tierra llamó á sí, abrióse la puerta, en cuyo umbral apareció la bella y bondadosa persona del que llamaríamos, si pudiésemos hacerlo sin irreverencia, el padre, el hijo y el espíritu santo de aquella familia.

— ¡Padre! ¡Pae! ¡Paecito! — lanzando cada una de las niñas uno de estos gritos, se habian arrojado hácia el recien-entrado, colgándose la mayor de su cuello, la segunda de su brazo, y abrazándose la mas chica de una de sus rodillas.

— Mae, dijo este dirigiéndose á la anciana, ya me tienen rendido y sujeto, lo propio que los alanos al toro: ya no soy *naide.*

— Niñas, dejád sentar á vuestro padre, que vendrá rendido, dijo la abuela.

— Padre, rogando estábamos á Dios para que volviese Vd. pronto, dijo la mayor.

— Sí, al Señor *enclavao*, añadió la chica.

— ¡Y diciendo amén, Vd. en la puerta, prosiguió la segunda; ¡cómo que es ese Señor mas *milagroso!* [1])

— Como que es este señor un traslado del de la Veracruz, de quien dijo Juan Espera-en-Dios que era idéntico al Señor, dijo la anciana.

---

1) Qué ignorancia tan crasa, qué evidente prueba de supersticion! Creer que Dios pueda oir nuestros ruegos, creer que pueda conceder nuestras peticiones, y llamar á esta concesion, — sobre todo si es pronta y extraordinaria, — *milagro*, es el colmo del fanatismo. Si no nos *desfanatisan* y *desuperstician* los misioneros protestantes y sus secuaces, ¡qué será de nosotros!!

— ¿Quién es ese Espera-en-Dios, madre-abuela? preguntó Gracia.

— Es el judío errante.

— ¿Y quién es ese judío, abuelita? preguntó Antonia.

— Ese judío, contestó la abuela, es un zapatero que vivia en Jerusalen en la calle de la Amargura, y cuando el Señor pasó por ella con la cruz á cuestas, al llegar á la puerta de su casa, iba tan destrozado y exhausto, que quiso descansar en ella, y le dijo al dueño: — ¡Juan, sufro mucho! — Y Juan contestó: — ¡Anda, anda! que mas sufro yo, que estóy aquí cosido al remo del trabajo!

Entónces el Señor, viéndose tan cruelmente despedido, le dijo al zapatero: — Pues anda tú, anda.... hasta la consumacion de los siglos!

Al punto aquel hombre sintió que andaban sus piés sin él moverlos ni poderlos retener, y desde entónces empezó á andar á andar.... y desde entónces anda sin nunca pararse, y andará hasta la consumacion de los siglos, para que se cumpla la maldicion de Dios que se atrajo!

Viendo aquello, conoció aquel despiadado que era un castigo del cielo por su dureza, y por aquella palabra cruel de ¡anda.... anda! que le echara á la cara al maltraido que le pidió descanso; y se arrepintió con el alma de lo que habia hecho, y empezó á llorar su culpa y á desesperarse. Y así anduvo, hasta que al año, un viérnes santo á las tres de la tarde, se le apareció en lo mas lejano de los horizontes y entre los elementos y celajes, un Calvario con tres cruces. Al pié de la mas alta, que era la de enmedio, estaba una señora tan hermosa como afligida; tan afligida como mansa. Esta señora volvió su cara descolorida y llena de lágrimas hácia él, y le dijo: ¡Juan, espera en Dios! [1])

Entónces sintió un consuelo muy grande, y siguió andando, y anda sin pararse jamas desde hace diez y ocho siglos. Y cuando se ve tan solo y desconocido á las generaciones que ve surgir y caer, sus amigos muertos, su estirpe extinguida, su tierra que fué la del Dios de Israel, en poder de moros,

1) Textual del relato popular.

su pueblo maldecido, desparramado, despreciado y mal visto y que á pesar de todo, queda impenitente y descreido, con una señal en el rostro como Cain, se acongoja y desfallece su corazon! Pero vuelve el tiempo santo y con él el viérnes santo, y á las tres se le reaparece el Calvario en los lejanos horizontes, y la señora, que con su dulce voz le dice: — *Juan, espera en Dios!* Entónces recobra la esperanza, y con ella ánimo para cumplir su condena, y vuelve á andar y andar sin nunca pararse; por lo cual le nombran el judío errante [1]).

— Y ese Juan Espera-en-Dios, como que conoció á Cristo nuestro bien, dijo Gracia, deberá saber si el Señor de la Vera-cruz se parece al que representa.

— Así es, hija mia, contestó la anciana. Así acaeció que cuando inauguraron su capilla, y llevaban á ella en procesion á la santa efigie, se vió pasar á un hombre, que era forastero y á quien nadie conocia, el que alzó la vista y miró al Crucificado; se le cayeron dos lágrimas por su tostado rostro; y dijo: — ¡cómo se parece al de la calle de la Amargura!

Todos los que lo oyeron se quedaron asombrados, y como aquel hombre prosiguiese andando sin pararse, no faltó quien le siguiese y viera como atravesaba el pueblo sin detenerse, y sin *relantecer* su marcha, ni aflojar el paso, desaparecia en la distancia [2]).

---

1) ¡Qué version popular católica del judío errante, esa tradicion universal que es en verdad apócrifa, porque puede que sea esto parte del destino de aquel ser excepcional! Sufre su expiacion certera en este mundo, en que pasa desconocido! Tradicion que nada obliga á creer; pero que nada impide que sea creida: tradicion que se desea cierta, porque nos pone casi en contacto directo con la gloriosa época de nuestra redencion; tradicion profundamente melancólica y altamente consoladora, que corona la expiacion con el premio; tradicion que guarda el pueblo en el archivo de su *fe ciega* como debe ser; pues así se simboliza á la fe. Lo cual no prueba ignorancia ni falta de alcances, como lo suponen las medianías pedantescas, sino sumision, obediencia, buena fe y espiritualismo, cualidades de corazones sanos.

2) La preciosa leyenda del Cristo de la Vera-cruz que acabamos de referir, no es de Carmona. Está en otro pueblo esta efigie del Señor de la Vera-cruz, de la que era muy devoto el afamado torero Paco Montes. Segun decia, por su poder habia sido libertado en grandes peligros. Ase-

CAPITULO VII.

La mision del arte es espiritualizar la naturaleza. BALZAC.

— ¡Qué lastimosa es esa historia, abuela! dijo Gracia. ¡Pobre Juan Espera-en-Dios! ¡qué lástima me da!

— ¡Toma! para lo que hizo, bien poco castigo fué, opinó Antonia.

— Ya, — repuso su padre, que se habia sentado teniendo en sus brazos á la mas chica de sus hijas; — como que tú no puedes estarte quieta, te parece á tí que eso de andar sin descanso no es martirio.

— ¡Ay *pae*, que trae Vd. aquí una pulga! exclamó la niña.

— Déjala, que pronto viene San Pedro, y se van todas las pulgas á cabildo.

— ¡A cabildo! ¿y porqué?

— Porque ya cobraron la contribucion.

— Gracia, dijo Antonia, ¿á que no aciertas este acertijo?

Si la tienes la buscas,
Si no la tienes,
Ni la buscas ni la quieres.

La interpelada no contestó.

— ¿No aciertas, chacha? preguntó Antonia.

— Deja á tu hermana, á la que no divierten los acertijos; dijo la abuela. — Hijo, añadió dirigiéndose al padre de las niñas, ¿cobraste los garbanzos?

— No señora, madre. ¡Bien me pesa de haberle fiado á ese hombre, y no haber tenido presente que «oveja fuera, duro en la montera!»

— ¡Válgame Dios! exclamó la anciana, ese hombre tiene con que pagar; y no hacerlo, es puramente mala voluntad.

---

guraba que en los momentos supremos se encomendó é imploró á este Cristo con tanto fervor y fe, que le vió con sus ojos acudir y presentarse á sus ruegos; «todos, añadia, vieron desvanecerse como por ensalmo la certera catástrofe, y todos decian que me habia salvado mi suerte; yo solo sabia que me habia salvado mi fe.»

Los extranjeros llaman á Juan Espera-en-Dios, *Ahasvarius*.

Pero debia tener presente el refran que dice: «el que paga descansa, y es dueño de lo ajeno.»

— Los cicateros el refran que tienen presente, señora, es el suyo: «la vergüenza pasa, y el dinero queda en casa.»

— Debias ponerle por justicia, hijo.

— ¡Qué, señora; ese era el modo que se fuera el dinero bueno tras el malo!

— Pero, hijo, si tu derecho está claro como el sol y tienes por tí la ley.

— Mas que *asina* sea. ¿No sabe Vd. aquello de: ¿Dónde vais, leyes? — Donde quieren reyes. — Señora, necios y porfiados hacen ricos á los letrados. Ello es que me ha sucedido como á Sebastian Cebada, que fué y vino, y no le dieron nada. Pero no hay que apurarse, que todos los dias paren las madres.

— ¿Y dónde fué y vino Sebastian Cebada, pae? preguntó la niña Antonia.

— A Madrid, á ver al rey.

— Paecito, cuéntelo Vd., rogó la niña.

— Pues han de saber Vds. — contestó José Flores, — que era Sebastian Cebada el mas gañan y el mas bárbaro de su pueblo, en el que habia muchos de su jaez. Púsosele entre ceja y ceja que habia de ir á Madrid á pedir un empleo, y no hubo quien le pudiese sujetar, y en Madrid se encampó. Plantóse ante el palacio real, aguardando á que saliese su real majestad, y conforme se tocó la marcha real y se formó la tropa, y vió salir á S. M., se puso á dar desaforadas voces gritando: ¡hé, hé, tio rey, tio rey!

Al oir aquellas voces, se volvió su real majestad y le dijo: ¡insolente, rudo, patan! — Ya va su mercé cercano, pues me llamo Sebastian, dijo el pretendiente.

El rey se echó á reir de tanta barbaridad, y le preguntó que qué era lo que queria, á lo que respondió este muy en sí, que queria un empleo. — Bien está, dijo su real majestad, hágote administrador de la yesca.

Volvióse Sebastian á su pueblo mas alegre que unas carnestolendas, y mas en sí que uno de los usías ingertos que se usan á la presente. — Con que... le dijo su mujer, *ende*

que entró: ¿vistes al rey? — ¡Vaya si le *vide!* — ¿Y te habló? volvió á preguntar su mujer. — ¡Toma! y me llamó por mi nombre. — ¿Y te dió un empleo? — Y de los buenos. — La mujer se alborotó y llamó á las vecinas todas para decirles la buena nueva, y despues de felicitarla con muchos parabienes, quisieron saber cuál era el decantado empleo. Cuando les dijo el agraciado que era la administracion de la yesca, se fueron riendo y refiriendo que Sebastian Cebada fué y vino y no le dieron nada. — Y yo, hijas, pasé por tres cabrerizas, me dieron tres quesos, y ahí queda eso.

— Padre, dijo Gracia, tomando entre sus manos la cara de su padre, que dirigió hácia un lado de la pared del patio, en que en una teja, sujeta en ella se veia un magnífico clavel; — ¿le ve Vd. medio blanco, medio encarnado, como las nubes á la puesta del sol?

— Ya veo, ya veo, contestó el padre mirando á su preciosa hija con inefable cariño:

Un rosal cria una rosa
Y una maceta un clavel;
Y un padre cria una hija....
¡Sin saber para quién es[1])!

— ¡Pobre rosal, pobre maceta y pobre padre! murmuró la abuela, que recordó una hija difunta que habia casado con un mal hombre.

En este momento entró en la casa un vecino, que era un muchacho de diez y siete á diez y ocho años, no mal parecido de rostro, pero muy pequeño y diminuto; lo que habia hecho que le pusieran por apodo *Peneque*, apodo que le sacaba de tino, contra el que se resistia, se revelaba y protestaba con poquísimo éxito.

Miéntras mas se obstinaba en rechazarlo, mas inherente se hacia el mal nombre; sucediéndole lo que al pobre pez, que miéntras mas esfuerzos hace por zafarse del anzuelo, mas profundamente se le clava. Pocos dias ántes habia acontecido, que exasperado á lo sumo, se habia ido á quejar al

1) ¿Puede darse un sentimiento mas tierno y paternal, y mas poéticamente expresado?

alcalde, cuya entrevista se referia del modo siguiente. Es de advertir que el alcalde, que le conocia, que sabia que era un excelente chico, que desde pequeño mantenia con incansable afan á dos hermanitos y á su madre, enferma y viuda, le queria mucho, y le recibió con bondad.

Llegado á presencia de la autoridad el diminuto agraviado, diz que le dijo:

A mí me llaman Peneque,
Señor alcalde, ¿qué haré?
—Véte, tranquilo, Peneque;
Que yo lo remediaré,

contestó el alcalde, incurriendo por la fuerza de la costumbre, en la demasía que le prometia refrenar.

Al entrar en la casa Peneque, mal y melancólicamente engestado y con un carrillo hinchado, se dejó caer de medio ganchete sobre una silla.

—¿Qué traes, Alonsillo, que parece que has probado vinagre? le preguntó José Flores, que era su padrino.

—¿Estás triste? dijo Antonia; si estás triste, cuélgate un cascabel de las narices.

—¡Qué he de traer, padrino! contestó Peneque sin hacer caso de la escaramuza de Antonia: las penas se me empalman; ¡ahora estóy malo!

—¿Pues qué te duele, hombre?

—¡Todo lo que se llama Alonso!

—Que eran treinta y todos tontos, observó Antonia.

—Hijo, si son dolores de frio los que tienes, dijo José Flores, pronto te se quitarán; pues nada los cura mejor que polvos de mayo, y cáscaras de brevas.

—No son dolores de frio, padrino, ¡es que tengo un golondrino! Y esto en este mes, cuando mas apremia la obra de zapatería, que tiene que estar lista para el Córpus! ¡Y el malhadado del maestro, que cuando se lo dije me respondió que era yo como los perros del padre Lobo, que cuando salia la liebre, se les ofrecia ensuciar!

—Tú eres, dijo Antonia, como la vieja del Olivar, que cuando no tenia sarna, tenia postillas, Peneque.

—¿Qué Peneque? exclamó este poniendo fiero su rostro

desigualmente repartido, — no me llamo Peneque, que me llamo Alonso.

— Poncio Berengena, capitan de la manga llena, repuso Antonia: ¡bien sabes que todos te llaman Peneque, hasta el alcalde!

— Los deslenguados no mas, exclamó el ofendido: mira como Gracia no me lo dice.

— Ya, respondió la chiquilla, Gracia es la *paz vobis.*

— Y cata ahí, dijo Alonso, porqué la quieren todos por su *angelidad.* ¿No me ve Vd. la cara qué hinchada la tengo, tiana Juana *Poluceno?*

Peneque queria decir Juana Nepomuceno.

— ¡Vaya por Dios, hombre! contestó la anciana.

— Tengo una *influcion,* prosiguió Peneque. Cuando se lo dije al maestro, me respondió con burla: — el que le duele la muela, que se la saque ó que rabie; — ¿le parece á Vd. eso *rigular?*

— Hijo, toma unas buchadas de romero cocido en vinagre.

— Yo te coceré el romero, se apresuró á decir Gracia.

— ¡Qué habia de tomar buchadas! repuso tristemente Alonso, si tenemos que velar para concluir la tarea.

— ¡Cómo ha de ser, hijo! opinó la anciana; el trabajo es la única herencia que nos legaron nuestros padres desde Adan. Mira á mi hijo José, que se va á trabajar á la luz de la luna á su haza.

— Como que el trabajo es la honra del pobre, dijo José Flores.

— Ya lo sé, repuso Alonso; y que Gracia se va con su mercé!

— Como está entónces el campo tan solo, yo acompaño y velo á mi padre, dijo Gracia.

— Y mira tú, Alonsillo, á un hombre favorecido, que tiene ángeles de guarda á pares, añadió José Flores.

— ¡Ay *pae!* exclamó Antonia, lo propio que usted dice la madre de Alonso!

— Así bendecirá Dios á Alonso, como su madre lo hará; y á Gracia como la bendigo yo.

— ¿Y á mí, padre? — ¿Y á mí, padre? — exclamaron las dos chicas.

— ¡A las tres! contestó el buen padre á sus hijas, que se habian abrazado de su cuello.

CAPITULO VIII.

Hay personas que no creen en nada.
Preferible es á esto el creerlo todo.
VIZCONDE DE ARLINCOURT.

A la mañana siguiente, cuando vino Alonso á la hora de comer, á casa de su padrino, como tenia de costumbre, ántes de entrar en la suya, se quedó sorprendido de hallar en ella al padre Buendía y á sus discípulos que le habian precedido. Mauricio tenia las manos en los bolsillos y bostezaba, y Raimundo en las suyas un hermoso ramo de flores.

El padre se habia acercado á la anciana, y le decia en este momento:

— Ayer tarde destrozó Raimundo el ramo que tenia su nieta de Vd.; y hoy le trae otro en compensacion. El perjuicio que se ocasiona, se resarce.

Antoñita ó Antoñilla, segun la nombraban, que como hemos visto, era viva y despierta y nada tenia de tímida, se acercó al ramo y le echó mano.

— Arre allá, dijo con su díscola grosería Raimundo; el ramo no es para tí, sino para la otra, para la llorosa estrella de Vandalia, que es mas bonita que tú.

— Nadie llora sin causa, ni aun las estrellas, dijo de repente Alonso, cuya entrada no habia notado nadie.

— ¡Ay que cara! exclamó Raimundo soltando una carcajada. Oye, Peneque, ¿es tu madre gorda y tu padre flaco?

— Al pobre le duele una muela, dijo la anciana; si hubiese hecho lo que yo le aconsejé, ya estaria curado.

— ¿Y qué fué lo que Vd. le aconsejó? preguntó el padre Buendía.

— Que se enjuagase la boca con vinagre cocido con romero. Tomando calientes estas buchadas, nunca se pica la dentadura.

— No sabia yo que el romero tuviese esa virtud, repuso el padre.

— ¡Señor, si las que tiene esa mata bendita son tantas, que no se pueden contar! Era en su principio un yerbasco del campo; pero desde que la Vírgen Santísima tendió á secar en ella la ropita del Niño, está siempre verde, se hizo oloroso, y adquirió sus muchas virtudes.

— ¡Qué! ¿Tendió la Vírgen las ropitas del Niño en un romero? exclamó Raimundo, en quien despuntaba ya el amable, el elegante y simpático tipo del escéptico ignorante, del necio pedante *Juan Niega*: — ¿cómo lo sabe Vd., señora?

— Todo el mundo lo sabe y lo ha sabido de unos en otros, respondió la anciana; y hasta la copla de Noche-buena lo dice:

Lavando estaba la Vírgen,
Y tendiendo en el romero;
Los pajaritos cantaban;
Adoremos el misterio!

— Hay mas, señorito: desde la muerte del Señor florece todos los viérnes, dia de su martirio, como para embalsamar su santo cuerpo. Trae ventura y santifica las casas que con él se sahuman la Noche-buena. Ahuyenta su humo al enemigo, y purifica la atmósfera, evitando los perniciosos contagios: los polvos del romero secados, traidos sobre el corazon, lo alegran. La flor y las hojas, puestas entre la ropa, le dan buen olor y ahuyentan la polilla. Los cogollos mas tiernos, comidos con pan y sal en ayunas, fortifican el cerebro y conservan la vista. El romero ahuyenta todo animal ponzoñoso. Bañar el cuerpo en agua en que ha caido romero, conserva la salud y fortifica el cuerpo. La flor del romero mezclada con miel blanca, espumada y hecha *lectuario*, limpia y fortalece el estómago. Las hojas del romero, cocidas en vino blanco, hacen un emplasto aparente para llagas envejecidas, y este vino sirve tambien para sujetar las raíces del cabello. El zumo del romero, aplicado en el oído, quita el

dolor que proviene de frialdad. El humo que produce al quemarlo, es bueno para aire perlático y para dolores, es...

— ¡Señora? le interrumpió Raimundo, ¿porqué no dice Vd. de una vez que es el *sánalo-todo?* Por lo visto, el romero este que tiene Vd. aquí, y que en lo grande parece un lentisco, es el médico y el boticario de esta casa; aquí no habrá males nunca.

— Sí, señorito, que los hay, contestó la anciana. Dios, que le dió sus virtudes al romero, no le hizo mas poderoso que su voluntad, la que alguna vez se le opone, porque así conviene.

— Niña sensible, — dijo Raimundo dirigiéndose á Gracia, que tanto por cortedad, como por antipático desvío hácia aquel muchacho, áspero y audaz, se habia retirado léjos, — aquí tienes un ramo con tus lloradas estrellas. Vienen las mismas que, segun dice la copla, hay en el cielo; esto es, mil y siete; con las dos de tu cara y la de Vandalia, son mil y diez. Si no quieres tomar las flores, aquí las meto entre las ramas del romero, por si padecen de algun achaque, que se lo cure. — ¡Vaya contigo! que mas pronta estás para llorar las flores cuando las pierdes, que para celebrarlas cuando se te brindan.

— Es que aquellas me las trajo mi padre, murmuró la niña.

— ¿Y eran por eso mas hermosas que estas? preguntó con burla Raimundo.

— No; pero yo las queria mas, respondió Gracia.

— ¡Ay! ¡qué *superfínica, superlatívica y supersupínica* eres! dijo Raimundo, y dirigiéndose á la anciana, añadió: — Tia abuela, Vd. que le reconoce tantas virtudes al romero, que será preciso canonizarlo y rezar á San Romero, ¿me querrá Vd. decir si le reconoce alguna á las abulagas? Pues por mí no sé que tengan otra que la de quemarles las cerdas á los cochinos difuntos, y la de pincharles por detras á los gatos cuando se acercan á las macetas de flores, en las que se las coloca á ellas como guardas de honor.

— Nada bueno sé de las abulagas, contestó la anciana; sí solo sé, que la calle de la Amargura y el Monte Calvario,

están hechos un espeso abulagar, desde que por ellos pasó el Señor con la cruz á cuestas.

— ¿Usted lo ha visto?

Esta muletilla de los sabios y entendidos, que no se las tragan como ruedas de molino, como nosotros los necios é ignorantes, se le ocurrió á Raimundo á pesar de ser un zoquete. ¡Cosa mas rara! Pero á fuer de verídicos, tenemos que consignarlo.

— No, señorito, contestó la anciana. Pero si solo se creyese lo que se ve, los pobres ciegos no creerian nada.

— Bien dicho, tia Juana Nepomuceno, dijo el P. Buendía; y mejor de lo que Vd. piensa. La fe no entra por los ojos, que entra por el oído: *præstet fides supplementum sensuum defectui*, supla una fe viva á la escasez de nuestros sentidos. Hágame Vd. el favor, añadió el padre dirigiéndose hácia el arriate, de darme unas ramas del romero; que me daré, segun Vd. lo aconseja, un sahumerio en esta pierna, en que me molesta un dolor reumático.

— ¡Señor, cuantas quiera su mercé! ahí está la mata á su disposicion.

Y la abuela y sus nietas arrancaban á competencia ramas al romero.

— ¡Basta, basta, señora! dijo el padre; que va Vd. á despojar al arbusto.

— Pierda su mercé cuidado, repuso la anciana; en cogiendo al romero sus ramas con buen fin, miéntras mas se le arranca, mas mete. Le sucede como al rico limosnero, que miéntras mas da á los pobres, mas aumenta Dios su caudal.

— Bien dicho, señora, repuso el padre, que á nadie empobrece la limosna.

— ¿Veis, dijo á los niños cuando hubieron salido, cómo está al alcance de todos la santa ley de Dios?

— Ya, respondió Raimundo, la definicion de la limosna la tienen los pobres en la punta de la uña, como que les tiene cuenta, pues ellos son los que la cobran.

— Te equivocas, Raimundo, como siempre que habla por tu boca la malicia, repuso el padre. Los pobres dan todos sin excepcion, á otros mas necesitados, si á ellos acuden; y

no todos, sino pocos, reciben limosna. Avergüenzan, pues, al rico, para el que es un precepto religioso, una obligacion social, y la mas dulce prerogativa de la riqueza, el dar á manos llenas y sin contar.

— ¿Todas sus rentas, aunque se queden sin ellas? ¿No es eso? preguntó Raimundo con ironía.

— No, hijo, eso no. Expresa el pueblo con su buen sentido en un refran la justa medida en el dar, de esta forma: *ni á tí que te luzca, ni á mí que me haga falta.* Pero se debe dar cuanto no se necesite. Dice fray Manuel en su carta portuguesa, traducida por Isidro Fajardo: *quien gasta ménos de lo que tiene, es prudente; quien gasta lo que tiene, es cristiano; quien gasta lo que no tiene, es ladron.* Dice San Lúcas: dad á todo el que os pida. Hacéd bien, y prestád sin esperanza de recobrarlo. Esta es la ley de Cristo, hijo. Y ten presente que dice San Benito: no soy cristiano en verdad, si á Cristo no sigo. Tú, Raimundo, prosiguió el padre, eres no solo descortes, sino áspero en tu trato, lo que no deja de ser tambien una falta de caridad; y es preciso, hijo, ser cortés con todos, aunque sean inferiores; que esto, *si es honra para quien la recibe, mas es para quien la hace* [1]).

Antes de irse, y miéntras cortaban la abuela y las nietas las ramas del ramero para el P. Buendía, se habia acercado Raimundo á Alonso, y le habia dicho:

— Oye, Peneque, ¿con que has entrado en la hermandad de la lesna?

Alonso no contestó.

— Como eres tan finito y repulido, prosiguió Raimundo, harás zapatitos de tabinete para las mujeres, y de tafilete encarnado para los niños.

— Hago zapatos de vaca para los hombres, ¿está Vd., señorito? respondió Alonso; que aunque le parezco yo á Vd. fino, soy recio para el trabaja, y para cuando se necesita serlo.

---

1) Ramillete de divinas flores de Bernardo de Sierra. No es la primera vez que hacemos notar, que en el espíritu religioso y en los preceptos cristianos, se hallan aun las mas cultas reglas de delicadeza y finura social.

— Y sobre todo, necesitas serlo para la vida que vas á llevar, repuso Raimundo, pues es sabido que los zapateros llevan una vida trabajosa.

Lúnes y mártes de chispa;
Miércoles la están durmiendo;
Juéves, viérnes, mala gana,
Y sábado entra el estruendo.

Hoy es viérnes; te toca mala gana: y bien te le conoce.

— ¡No es mala la que tengo!... dijo Alonso cerrando los puños en coraje; lo demas de la frase no lo oyó Raimundo, que le habia vuelto la espalda.

— Cuando oigo y veo á ese señorito Raimundo, — dijo Alonso, así que se hubieron alejado el padre Buendía con sus discípulos, — me se pone el cuerpo envenenado, y con una hormiguilla que me desatienta. Es mas raído, mas *insultativo* y provocante que un baratero. Mas humos tiene que una hoguera sin llama; porque tiene dineros mal ganados, siendo un don Nadie, y levantado del polvo de la tierra ayer de mañana; que mi abuelo conoció al suyo arriero, andando tras de los burros.

— Calla, Alonso, le dijo la buena anciana, que haces malamente en echar juicios temerarios, y decir que el caudal de los Trillos es mal ganado.

— Señora, quien dice la verdad, ni peca ni miente.

— No afirmes lo que no sabes, hijo. Tú no conoces á esas gentes de rejas adentro, y nunca han tenido en el pueblo mala nota.

— ¡Mire Vd. que hacer burla de Gracia!... ¡Solo ese mal alma lo hace! ¡Buena prenda saldrá el niño ese! que por las vísperas se conocen los santos.

— Raimundo es áspero y desamoretado, no digo que no, dijo la buena anciana; pero, hijo mio, cada tejadito tiene su jaramaguito. El se enmendará; que para eso tiene á su lado al P. Buendía, que es un señor muy docto y muy santo.

— ¡Qué se habia de enmendar, señora! exclamó cada vez mas exasperado Alonso; la zorra mudará los dientes, pero no las mientes! Mire Vd. que despues de hacer llorar á Gracia, que es tan bendita, hacer burla de su llanto!

— Ya ves cómo le ha traido en desagravio un hermoso ramo de flores, observó la abuela. Tú, Alonso, eres muy noble, y tienes el corazon muy sano; y así, son tus corajes como la risa del negro, que se apaga al instante.

— No lo crea Vd., exclamó Alonso, á quien el golondrino, la muela y Raimundo, en union y competencia habian exasperado, sino que como no tengo dinero, me llamo *callar*. Pero la procesion anda por dentro. Acuérdese Vd. de lo que le digo, tia Juana *Poluceno*. Por ese charran, por ese guapo de esquina, me ha de venir á mí algun mal.

— No seas caviloso, Alonso, repuso la anciana, ni abrigues enemistad, que eso es traer un judío en el cuerpo. El señorito Raimundo no te ha hecho mal: pero caso que te lo hubiese hecho, ten presente que dice la ley de Dios: «no tengas odio con quien te ha hecho mal; nécia cosa es pecar tú por aborrecer al que pecó; y no se ha de castigar un pecado con otro.»

CAPITULO IX.

Galicia en realidad
Da de sí la gente honrada,
Que aunque es un poco pesada,
Guarda palabra y verdad.

Pasaron algunos años. El tiempo, ese gran reloj al que Dios dió cuerda, y para el que no hay paradas, los fragua en su incesante andar, y los fraguará miéntras el gran poder que le ordenó andar, no le mande parar.

Estos años habian pasado sin traer mayor alteracion en la vida y circunstancias de la familia de Trillo. La viuda habia seguido ocupándose de la labor y de su casa. El padre Buendía habia perseverado participando su saber y sembrando su enseñanza; pero ménos afortunado que su parienta, sin recoger la mas mínima cosecha. Solo un sucedido habia marcado la época que pasamos por alto. Habia muerto un hermano, viudo, de Doña Amparo, dejando un buen caudal y

una hija, y á su hermana albacea del primero y tutora de la segunda, que dicha señora habia traido á su casa.

Esta niña era el engendro de lo indefinido y de la monotonía. En su físico eran su cuerpo y talante un conjunto de líneas rectas sin ondulaciones. Era indefinido el color de su tez, que no era ni blanca ni morena; el de su cabello, que no era ni rubio ni oscuro; el de sus ojos, que no eran ni negros ni azules; y toda ella ni era bonita ni fea. Su trato, de la misma conformidad; ni agradable ni desagradable, pues ni se alzaba á la gratitud, ni alcanzaba á la exigencia. Rodeábala un círculo de atmósfera impermeable. Así era que referia una maldad con severas palabras, pero sin la menor indignacion; contaba una cosa graciosa sin reirse, y las mas tristes sin inmutarse. Y tan nulo era su pulso interno, que siempre que hablaba sobre lances en los que su intervencion hubiese podido ser útil ó evitar un mal, y alguna persona le decia con energía: — Pero tú ¿porqué no hiciste aquello ó estotro? — contestaba indefectiblemente sin añadir mas palabra ni razon: — ¿yo?

Este *yo*, muy usual, es, segun el tono con que se pronuncia, altanero, despreciativo, esquivo, tímido, ó medroso. En ella no era nada de eso: era simplemente la expresion de la sorpresa.

Nombrábanla Trinidad, — aunque habrian acertado mejor en llamarla *Unidad*. — Tenia entónces catorce años, esto es, seis ménos que Mauricio, que á la sazon contaba veinte; y era el sueño dorado de la viuda unir con toda la legalidad á estos dos pimpollos, objeto de su cariño, y los dos caudales, objetos de su ternura. Pero ello es que la viuda tenia en su mano disponer que los mismos arados penetrasen en las tierras de distintas procedencias; pero no tenia la facultad de disponer que los mismos sentimientos penetrasen en aquellos corazones de diferentes dueños.

Doña Amparo nunca habia oido hablar de imanes, de simpatías, de filtros, de atracciones magnéticas, ni aun de sortilegios; ni siquiera de *medias naranjas*. Todo esto, que en realidad es medio griego, era para ella griego entero; á no ser así... — no quisiéramos hacer juicios temerarios; —

pero puede... puede que algun mal pensamiento se le hubiese ocurrido para llevar á cabo uno bueno. A pesar de las pocas esperanzas que la daban el pazguato Mauricio y la pánfila Trinidad de constituirse en amantes de Teruel, Doña Amparo se consolaba con estas sensatas reflexiones:

— Son muy jóvenes; de aquí á dos años comprenderán lo que les tiene cuenta. — Y en esta confianza, la señora se dormia profundamente, hasta que el despertador de la casa ponia á todo el mundo en pié, con un quiquiriquí perentorio y sin apelacion, lanzado en sus barbas á Morfeo.

Lo que es Raimundo, hacia una burla completa de su prima, á la que habia puesto por apodo *Jaletina*, y con este nombre, una banderilla al flemático amor propio de su prima. Por vez primera en su vida, Trinidad se habia picado; de resultas de lo cual, Doña Amparo proscribió en la conversacion, — como lo estaban de su mesa, — toda clase de *jaletinas*.

Poco despues declaró Raimundo un dia á su madre, que queria ser abogado, y para eso, pasar á Sevilla á estudiar.

La casa se alborotó. La viuda se opuso. El padre Buendía se retiró de la peliaguda contienda, diciendo: *Velle suum cuique est, nec voto vivitur uno* — cada cual tiene su parecer, ni es uno solo el plan y la idea que hay para vivir. — Mauricio apoyó á su hermano por tal que se fuese, y Doña Amparo tuvo que ceder contra toda su voluntad y convencimiento, como sucede á muchos padres de la era presente, de la que ha dicho un autor [1]: «La revolucion no modificó solo las instituciones, sino que alteró las ideas y las costumbres. Debilitóse entónces con otros principios, el de la autoridad paterna, hasta ser reemplazado con no ménos exageracion por la tiranía filial. Antes el padre imponia sus opiniones á la familia; ahora obedece.» Esto es, añadimos nosotros, que están los frenos trocados. ¡Y así anda ello!

Doña Amparo halló algun consuelo, al partir su hijo, en su consejo privado, que se componia de dos veteranos beneméritos.

Era uno el capataz, que fué de opinion que con *estudios*

1) Don Ramon Navarrete. — Tipos españoles.

finos se era un buen alcalde y se les ponia las peras á cuatro á los ensucia-tinta, abogados y escribanos, plagas del mundo; y que aunque la corriese algun tanto el muchacho, no debia apurarse su madre, en vista de que *carrera que no da el potro, en el cuerpo se le queda.*

El otro consejero, que era un antiguo criado gallego, muy simpático á su ama, fué de la misma opinion, y dijo á su señora: — Déjelu ir, mi ama, si le da jana; la llave se echa á lus cuartus, é non á lus mozus.

Es preciso decir algunas palabras de este gallego, que era persona de alguna importancia en casa de Trillo. Esa importancia, — que él sabia hacer valer, — no la debia por cierto, ni á su finura, ni á sus lisonjas. Blas Sampayo no medraba por semejantes medios de mala especie; la debia á sus servicios y á su hombría de bien, y poco le importaba que estuviesen contentos sus amos ó no. Lo que le importaba era que marchasen las cosas bien y derecho; es decir, que como los gatos, amaba á la casa sin querer mucho á sus amos. Habria llorado un peso duro que hubiesen perdido; pero si uno de los niños se hubiese roto un brazo, le habria dicho con mucha indiferencia: — Bien empleadu te se está; ¿é purqué te caes?

Tenia Blas la fidelidad, pero no la abnegacion de los suizos; que la avaricia y el egoismo son gemelos que crecen á la par. Daba sin que le pidiesen su opinion, — la cual era, si bien no siempre entendida, siempre recta y honrada, — sobre lo que era de su incumbencia, y sobre lo que no era tambien. Para él no habia predilecciones ni oposiciones: eran para él las *cosas* ántes que las personas; el cálculo ántes que el sentir. La señora le entendia, Mauricio no le escuchaba, y Raimundo le mandaba callar, á lo que no obedecia jamas el fiel servidor, que habia criado muchas alas, sin dejar por eso de ser muy pesado.

Cuando primero se presentó para ajustarse, empezó Doña Amparo por enumerarle las faenas que tenia que hacer; á cada cosa contestaba: *está bien, está bien.* De suerte que la señora fué cargando la mano de una manera tan extraordinaria, que si hubiese tenido el dia cuarenta y ocho horas, en

lugar de veinte y cuatro, ninguna hubiese quedado, para el fámulo, vacante y sin ocupacion. Discutióse en seguida el renglon de la comida; pero el gallego le cortó el hilo de la conversacion á la señora, asegurándola que en ese particular solo miraba la cantidad, y no la calidad. En seguida preguntó: — ¿y la paja?

— ¡La paja! — repuso la señora; ¡vaya una pregunta! ¿qué te importa la paja?

— Impórtame mucho, mi ama.

— ¿Pero para qué la quieres?

— Tuma, para mí.

— ¿Pues qué, tienes acaso algun borrico á quien dársela?

— Nun tengo burricu, es para mí.

— ¡Extraña exigencia!

— Mas extrañu es querer tener mozus é nun darles paja.

— ¿Pues yo no doy paja á mis criados.

— E yu nun trabaju sin paja.

— ¿Quién ha visto á un sirviente exigir paja?

— ¿E quién ha vistu á un amu querer que le sirvan sin dar la paja?

La señora se impacientó; el gallego se indignó, y habríanse separado furiosos, á no acertar á entrar el capataz, que explicó á Doña Amparo que la *paja* era la *paga*.

Estando en el cortijo por temporada, la señora, que era religiosa, que tenia mucho arreglo y que no permitia se quedasen sus criados sin misa los dias festivos, envió un domingo á Blas al pueblo, para que oyese la misa de doce, montado sobre una burra, que á su vuelta debia cargar con comestibles.

La burra era vieja, y por mas que Blas la arreó, llegó tarde á la puerta de la iglesia, y no pudo alcanzar la misa.

Desesperado Blas, se volvió hácia la burra, y tirándole con coraje el sombrero que en la mano derecha tenia, ¡sobre tu alma va! le dijo.

Hizo tan buena alianza con Doña Amparo, y se identificó tanto con la casa, — con esa ley y esa buena fe anejas á los gallegos, — que pasaron años y años sin regresar á su tierra, ni acordarse de su mujer, la que al fin mandó una requisi-

toria para recuperar judicialmente su perdido bien. No hubo escapatoria; Blas tuvo que ir á dar cuenta de su persona á su Dido.

Pero fué el caso que llegó en el fatal momento en que se habia acabado de morir una de las dos vacas con las que araba la mujer su campo. Esta, que era una virago intrépida, puso á su marido, que quiso que no, á ocupar al lado de la vaca viva, el lugar de la vaca muerta; y el campo se aró y se sembró. Blas llevó este papel de comodin á regañadientes; pero al fin se conformó. Mas como en seguida los vecinos le quisieron hacer alcalde, con eso no se conformó, y bajo la impresion de su pánico, echó á correr, sin volver la cara atras hasta llegar á Vigo y embarcarse en el vapor. Y una vez en este, se metió en las mas profundas entrañas del barco, en amor y compaña con el carbon de piedra, y no sacó su garbosa persona á luz, hasta haber anclado el vapor en la bahía de Cádiz.

Así fué que regresó Blas de pésimo humor, merced al resultado de su viaje, que fué dejar en Galicia un campo arado, un hijo mas, y una vara de alcalde desairada; todo lo cual le costó seiscientos reales, que lloró siempre harto mas amargamente que sus pecados.

Raimundo partió. Llegado que hubo á Sevilla, y siguiendo sus buenas y finas tendencias, se matriculó en la sociedad del tabaco, y no en la universidad; se dedicó á las francachelas, y no á las cátedras; frecuentó garitos, y no frecuentó aulas; intimó con las cigarreras y no con los profesores; abrió muchas botellas y pocos libros, hallando para todo esto dinero, porque el dinero, si ha de servir para vicios, no se hace de pencas, como lo hace cuando ha de servir para buenos fines. No parece sino que esas monedas pálidas y sucias, esos napoleones encanallados, esos pesos, á los que con tanta propiedad se les añade la calificacion de *duros*, se retiran y se niegan cuando se les busca con buenos fines; y que sonríen, bailan, se prestan, y van al encuentro de los malos!

CAPITULO X.

Il y a dans ces tableaux un charme d'innocence à convertir les plus rebelles.

Hay en estos cuadros [1]) un encanto de inocencia capaz de convertir á los mas rebeldes.

VICTOR PAVIE.

El hombre mas feliz es aquel que pone en relacion el principio y el fin de su vida.

GOETHE.

Miéntras estos sucesos tenian lugar en la casa de Trillo, la de José Flores era presa de la gran calamidad de los pobres, de la que tras sí arrastra todas las demas, la enfermedad. José, víctima en toda la fuerza de su robustez y actividad, de la parálisis, yacia sin movimiento sobre su lecho.

Solo los ángeles del cielo vieron y pudieron contar las desgarradoras lágrimas y las selectas pruebas de cariño que el amor materno y el filial prodigaron á porfía, y unas tras otras sin intervalo, al paciente! Así es que aquellos ángeles compadecidos traian á veces consuelos que se notaban en la dulce sonrisa del enfermo y en la infinita felicidad que estas sonrisas comunicaban á los que le rodeaban.

Quien era el incansable ayuda de estas desvalidas y consagradas criaturas, era Alonso. Siempre que salia del trabajo, se apresuraba á acudir allí; hacia sus comisiones, pagaba la botica, traia de cuando en cuando al enfermo media libra de chocolate ó su cuarta de bizcochos, y los distraia y consolaba á todos, contándoles cuanto sabia y cuanto se le venia á las mientes.

Mas los recursos iban escaseando; y un dia la pobre anciana llamó aparte á Alonso, y le dijo llorando:

— Algun buen ángel te ha traido aquí, hijo. Sin tí, ¿qué seria de nosotros?

— ¡Quiere Vd. callar, señora, por María Santísima! contestó Alonso, al que se le iba oprimiendo su hermoso corazon.

---

1) Del pueblo sencillo de campo, católico.

— Oye, hijo, que tengo que decirte, prosiguió la anciana. Ya sabes, Alonso, que donde sale y no entra.... el fin se le ve. Ya, hijo, todo se ha ido en la enfermedad, y no nos queda mas remedio que vender el haza; y yo quisiera que me buscaras comprador. ¡Cómo ha de ser! Dios nos la dió, y por eso siento tanto mas perderla.

— Dios lo da todo, dijo Alonso.

— ¡Verdad es! repuso la anciana. Pero has de saber que esta haza vino á nuestro poder de una manera extraña, y que como á son de trompa nos la dió la providencia. Un dia que pasaba yo por la lotería con una vecina, instóme esta á que echase con ella. Yo no tenia mas que tres reales, y mi hijo estaba trabajando en un cortijo, y hasta el sábado no venia á holgar, ni habia quien entrase un real por mis puertas. Alonso, hijo, me desvanecí, y eché veinte y un cuarto con la vecina.

Apénas llegué á casa y me hallé con solo cuatro cuartos en la faltriquera cuando conocí mi desacierto, y me pesó en el alma haberlo cometido. Llegó entónces un pobre á la puerta, y le despedí con poco agrado y sin compasion.

Salí poco despues para mercar siquiera cuatro cuartos de habas para poner un potaje á mis niñas, cuando al salir, lo primero que me eché á la cara fué al pobre anciano que me habia pedido limosna, arrimado á la pared de enfrente, en un rayito de sol, comiéndose un tronco de col. Yo no sé lo que sentí, Alonso; pero mi espíritu se perturbó, y el corazon se me oprimió como puesto en prensa. Corrí á él, y le di los cuatro cuartos. Entónces, Alonso, me dijo por tres veces: ¡Dios se lo pague á usted! ¡Dios se lo pague á Vd.! ¡Dios se lo pague á Vd.! Y si aquella voz no fué la misma de Jesus, fué una voz que llegó á él; pues si bien aquella noche nos acostámos sin cenar, á la mañana siguiente pagó Dios la deuda del pobre con muchas creces, como paga su divina majestad, pues habia puesto en mis números un premio de quince mil reales de vellon [1]).

1) Histórico todo. Estas cosas no se inventan.

Con ese dinero, hijo, remediámos muchas miserias propias y ajenas; hicimos á la casa aquel *soberado*, una funcion de gracias al Señor de la Vera-cruz, y comprámos el haza. ¿Fué ó no fué milagro?

— No se descorazone Vd., tia Juana, respondió Alonso. Dios tiene mas que dar de lo que ha dado. No faltarán socorros; y el haza no se vende viviendo yo, y teniendo desempeñado mi mayorazgo (y el excelente jóven señaló sus brazos).

En seguida trajo doscientos reales, que á cuenta de trabajo pidió á su maestro. El haza no fué vendida. José lo supo, y no pudiendo hablar, expresaron su sentir dos gruesas lágrimas; y haciendo seña á Alonso para que se acercase, puso trabajosamente sus manos sobre la cabeza que este inclinó, y levantando sus ojos al cielo hizo una oracion mental para bendecirle. Así lo comprendieron su madre y sus hijas, porque cuando José volvió á bajar la vista, las vió arrodilladas, y las oyó decir: Amen.

Alonso salió del cuarto con tal congoja, que despues de beber el agua que se apresuró á traerle Gracia, reclinó y escondió su rostro en el seno de la anciana, que le habia seguido.

— ¡Dios mio! ¿qué es el alambicado, redicho, recalcado sentir y las emociones ficticias de las gentes melancólicas, extremosas, descontentadizas ó mal humoradas, comparadas con el primitivo y enérgico sentir de la naturaleza en sus puras y genuinas fuentes?

Si miéntras mas tiempo pasaba, miraba Alonso con mas amor á Gracia, esta á su vez miraba á Alonso cada dia con mas gratitud y mas ternura, porque no pertenecia Gracia á aquella especie de mujeres de descarriadas inclinaciones, á las que no atrae ni ilusiona lo bueno y lo honrado. No, al contrario; lo bueno y lo honrado era lo que simpatizaba con su noble y puro ser. Añadióse á esto que cada uno de los cuidados que Alonso prodigaba á ese padre que ella adoraba, era una nueva raíz con la que se profundizaba en su corazon, aquel amor, hijo de su gratitud y aprecio.

Una noche entró la *majestad* en la casa del pobre, sin

séquito ni apariencia, como para ejemplo de humildes anduvo por la tierra hecho hombre.

Nuestro jóven y su hermano llevaban dos faroles; un monacillo tocaba una campanilla. Dios venia pobre como anduvo por el mundo; y como entónces, acudia á los pobres y mansos; como entónces, adorable, consolador, salvador y grande!

Verdad es que si aun hubiese estado viviendo hecho hombre, por su propia voluntad hubiese venido á aquella pobre casa, en la que con tanto amor se le llamaba, con tanta esperanza se le aguardaba, con tanta fe se le recibia!

Cuando llegó Alonso de vuelta de acompañar á la *majestad*, José, que no podia hablar, le hizo seña de que se acercase. Entónces fijó sus ojos en el altar, que para el augusto acto habian prevenido. La desconsolada Gracia, que con su manso valor de cristiana reprimia su inmenso dolor, por tal de no separarse un momento del lado de su padre, comprendió, ó mejor dicho, adivinó lo que deseaba; y puso ante sus ojos el cuadro del Señor de la Vera-cruz que adornaba el altar.

Entónces José movió los labios como sí quiesiese hablar.

Gracia, que ya estaba acostumbrada á comprender su mudo lenguaje, dijo:

— Palabras.

José hizo una señal afirmativa, y alzó tres dedos.

— ¿Tercera palabra? preguntó Gracia.

— ¡Mujer, ve ahí á tu hijo! murmuró entre sollozos la anciana, recordando las de la cruz.

José volvió á hacer una señal afirmativa, y miró con sus expresivos ojos, primero á su madre, y despues á Alonso.

Este, penetrado del pensamiento del moribundo, se acercó á la pobre anciana, á quien abrazó diciendo: ¡Hombre, ve ahí á tu madre!

En el semblante de José brilló un santo gozo y una tierna gratitud.

Despues miró á Gracia, y en seguida á Alonso; ambos comprendieron; Gracia bajó los ojos, y Alonso dijo en queda y conmovida voz: ¡si ella quiere!....

José miró al Señor en la cruz, y dió un suspiro. Gracia alzó la vista y lanzó un grito; la cabeza de su padre habia recaido sobre la almohada; sus ojos estaban cerrados; con aquel suspiro de amor y gratitud habia volado su cristiana, honrada y amante alma al seno de su criador! La muerte iba borrando poco á poco con su austero sello, aquella dulce y santa sonrisa, última expresion de su buena vida!

Innecesario es, así como es imposible, pintar el dolor de aquellas amantes y desvalidas criaturas, cuando en la casa no quedó ni aun el cadáver del que tanto amaban.

El dolor exalta la juventud y abate la vejez; es mas déspota en su reinado cuando lo considera temporal, como sucede con el de los jóvenes, que no cuando lo sabe perdurable como lo es en los ancianos. Así la abuela fué la que, ayudada por la conformidad cristiana, vertió sus consuelos y enseñanzas á sus nietas.

— No desconfiemos, hijas mias, les decia; que Dios no abandona á quien en él confía. El es padre de los huérfanos, y esto os lo probará el ejemplo que voy á contaros:

Cuando Dios andaba por el mundo, caminaba un dia con San Pedro, cuando acertaron á pasar por una casa en que estaba una niña que lloraba amargamente. — ¿Porqué lloras? le preguntó el Señor. — Porque se me han muerto mis padres, contestó la niña. — Será tambien, dijo San Pedro, porque no tendrás ahora quien te mantenga. — No pienso en eso, respondió la niña. — ¿Pues quién te va á mantener? le preguntó el santo. — No me cuido de ello, contestó la niña; que Dios me crió, Dios me mantendrá.

Poco despues pasaron el Señor y San Pedro por una casa en que estaban dos ancianos, marido y mujer, trabajando con mucho ahinco. — ¿Porqué trabajáis con tanta ansia y afan, si no tenéis necesidad de ello? les preguntó el Señor. — Es preciso, contestaron los viejos, pensar en el dia de mañana. — Mas valiera que pensaseis ménos en el dia de mañana, y mas en la eternidad, y que confiaseis mas en la providencia, les dijo San Pedro.

Cuando el Señor y su discípulo se pusieron á comer, sacó el primero un platito de su comida, y le dijo á San Pedro:

Anda, llévale este platito de comida á la niña que confió en su criador, y díle que nunca le faltará.

Así lo hizo el santo, y cuando pasó por delante de la casa de los viejos ricos y codiciosos, vió que habian entrado en ella unos ladrones, que por robarlos, habian muerto á sus dueños. — Ya veis, hijas mias, que no tenemos que desconsolarnos. Tenemos á Alonso que mirará por nosotros, y Vds. que saben coser y bordar, se ayudarán con sus manos.

Efectivamente, las niñas, en particular Gracia, cosian y bordaban con perfeccion.

Parece increible cómo sobresalen muchas jóvenes en los pueblos en estos trabajos de mano, sin mas que su buena disposicion y la enseñanza que reciben en las pobres amigas, en que se *canta* la doctrina en aquel monótono é infantil sonsonete, en el que alternan las grandes que preguntan, y las chicas que contestan; en aquellas amigas en que aprenden las graciosas relaciones tan *naives*, — esto es, sencillas y cándidas, que desprecia y rechaza la época, y que se van disolviendo en el olvido. ¡Cuán cierto es que el escepticismo hostil y el racionalismo rastrero traen consigo por primer ayudante el prosaismo, por primer resultado el desencanto, y por consecuencia la preponderancia de lo material sobre lo espiritual!

¿Qué han adelantado aun los ménos apóstatas con su Teodicea, sino anular la revelacion, extinguir la fe y crear este gran cáos de ideas incoherentes, confusas, alambicadas, incomprensibles y contradictorias? ¡Disidentes! *no enturbiéis la fuente que estancó vuestra sed* [1]).

El tierno corazon de Gracia habia hecho, como ya hemos dicho, del aprecio y del agradecimiento que le inspiraba Alonso, un amor puro, suave, modesto como lo era ella, y tan exclusivo, que todo el universo se encerraba para ella en aquella humilde casita en que habian nacido y habian muerto sus padres, en la que se veia rodeada de su buena abuela, de sus hermanitas, y de Alonso. Mas desde la muerte de su padre, este amor, que en ambos jóvenes vivia sentido y

1) Shakespeare.

no expresado, como música sin palabras, se habia declarado á todos con la buena fe y franqueza que existe en estas materias en el pueblo de campo. La última voluntad de su padre habia consagrado este amor, y Gracia se apresuraba á acudir á la reja, cuando de noche oia la voz del honrado y feliz Alonso, que llegaba cantando:

Oprímeme el corazon
Verte vestida de negro;
Que la sombra de tu pena[1])
A mí me da sentimiento.

¡Mal haya la ropa negra,
Y el sastre que la cortó!
Que mi niña tiene luto
Sin haberme muerto yo.

CAPITULO XI.

¿En dónde hallar en adelante esas bellas nociones de moral, que referian nuestros deseos hácia un mundo mejor? Camina el egoismo con la frente erguida, invádelo todo, desde la juventud trabajada por una ávida ambicion, en la edad en que solo sentimientos generosos abrigaba otras veces, hasta la vejez, la que con un pié en la sepultura, especula sobre el alza y sobre la baja, y sueña con un confortable y sólido porvenir para un soplo de vida que le queda.

DISCURSO DE MR. KERATRY EN LA ASAMBLEA.

Un dia de otoño estaban en casa de la viuda de Trillo, en el comedor, sentados á la mesa de pino sin pintar, esta señora, el padre Buendía, Trinidad y Mauricio.

Cubria la mesa una mantelería primitiva, tal cual se ven en posadas y paradores; mantelerías que están mandadas

---

1) Hay nada mas delicado y poético, que llamar al luto la *sombra de la pena*.

recoger y no se recogen; las que si son de lino parecen de punto de aguja, y si son de algodon pueden servir de cobertores; que pesan sobre las faldas, y lastiman los incautos labios que se les arriman. En eso hacen bien; les dan una leccion de elegancia, pues los labios pulcros nunca deben estar en el caso de necesitar servilleta.

Cubria el mantel una abundante comida, bien condimentada, aunque sin serlo á la francesa, ni con elegancia; puesto que la viuda dirigia las hornillas de su casa con el mismo tino certero con el que dirigia su labor.

La loza era de la fábrica nueva de Cartuja, extendida ya y usada en toda la provincia.

La cristalería era una legion extranjera, de varias edades y hechuras. La plata buena y pesada; el vino malo y ligero, y el mismo para todas las botellas, en las que estaba como Periquito entre ellas.

Una nube de tristeza reemplazaba la uniforme calma ántes aneja al rostro de Doña Amparo. Tres años habia que su hijo Raimundo estudiaba en Sevilla, — al ménos así lo creia la pobre señora; — y no solo no escribia á su familia, ni iba á visitarla; sino que no ignoraba del todo su madre la vida de calavera que llevaba, puesto que en varias ocasiones habia tenido que pagar por reclamaciones apremiantes, sumas, que aunque no eran muy considerables, visto el círculo ordinario y mezquino á que habia descendido su hijo, eran suficientes á demostrar sus extravíos.

Mauricio, aunque habia seguido achacoso, se hallaba á la sazon un tanto robustecido; merced á los baños minerales de Chiclana, que le habian prescrito los médicos.

Lo que Doña Amparo con su buen sentido habia previsto, se habia verificado. Fuese por la natural inclinacion que engendra el trato, fuese por el apego, hijo de la costumbre, fortalecido por el convencimiento de que le convenia, Mauricio se habia apegado fuertemente á su prima. Ménos explícitamente habia sentido lo mismo Trinidad, á la que la ausencia de su primo en su viaje á los baños habia dejado un vacío, así en la casa, como en la mesa, que la llevó á desear su regreso, á la manera que desean las personas

adeptas de lo cómodo y de la uniformidad, que las cosas que se quitan de su lugar, vuelvan á ocuparlo.

Así es que, cuando lo dispusiese la viuda, estaban ámbos muy prontos á casarse, sin que entre ellos mediasen ni ántes ni despues palabras de amor, de pasion ni de celos, estimulantes que graduaba Doña Amparo tan innecesarios en los buenos matrimonios, como el de las especias finas en sus amasijos. Y razon llevaba la señora en su sensata prosa; que el puro arroyo corre siempre claro, tranquilo y sereno, miéntras apacible y sin nubes está la atmósfera.

El padre Buendía y Mauricio acababan de regresar de su expedicion al principio de este capítulo, y Mauricio referia durante la comida los pormenores y las *impresiones* de su viaje; que las *impresiones* están al alcance de todos los que viajan.

Ya habia relatado el viajero las maravillas del vapor, que era un estrado metido en un barco, el que andaba como los molinos, por medio de ruedas; las sacudidas que le dió el mar, que parecia una dehesa de agua que nunca se está quieta, ni de dia ni de noche, y echa espuma como ojo de jabon. Habia contado cómo las casas de Cádiz tenian al ménos diez cuerpos, uno encima de otro como torres; y cómo era Chiclana un campesino muy acicalado, con muchos señores de frac y gaban y muchos toros de cuerda, y los primeros con las lenguas tan sueltas, que era fama intercalaban hasta en el padre nuestro voces que en tiempo de nuestros padres jamas manchaban los labios de la gente decente.

— Madre, añadió, no sabe Vd. lo mejor del cuento. Una tarde que estábamos durmiendo la siesta el padre y yo, nos despertó un alboroto que se oia en la calle; nos asomámos al balcon, y vimos que los que lo causaban, eran unos estudiantes de la tuna, que venian cantando con guitarra, palillos y pandereta, y traian un séquito de chiquillos que llenaban a calle. Entre los estudiantes los habia buenos mozos. Pero, señora, ¡qué fachas! De propósito se habian desgarrado los vestidos y los manteos, que traian terciados. Tenian atravesados los sombreros de tres picos, y las caras mas alegres que unas pascuas. Cantaban con sus voces claras y recias

como clarines, y muy bien por cierto, estas coplas que se me han quedado impresas:

Cuando un estudiante llega
A la esquina de una plaza,
Dicen los revendedores,
¡Fuera ese perro de caza!

—Anda, vida mia, no comas tomates;
Que esa es la comida de los estudiantes.

Un pobrecito estudiante
Se puso á pintar la luna,
Y del hambre que tenia
Pintó un plato de aceitunas.

—Anda, vida mia, súbete al tejado;
Verás una vieja peinando un lagarto.

Dirigiéndose al balcon frente al nuestro al que se habian asomado unas señoras, cantaron:

Si en el libro hubiese damas
Como las que estóy mirando .....
Toda la noche de Dios
Me la llevara estudiando.

—Anda, niña mia, súbete á la torre,
Mira la veleta, y el aire que corre.

Viéndose á nosotros, se encaró uno de ellos con el padre Buendía y canto:

¡Caballero generoso!
Dénos Vd. una peseta;
Qne tenemos la barriga
Como cañon de escopeta.

Pero, quisiera, madre, que hubiese Vd. visto la cara del padre, cuando el estudiante levantó la suya al presentarle su sombrero, que tomó en la mano, para recoger la moneda! ¿quién piensa Vd. que era? — ¡Raimundo! — Raimundo en persona, que conforme miró y reconoció al padre, se puso á cantar:

Vamos, compañeros,
Larguémonos presto;
Que en aquel balcon
Está mi maestro.

Al oir estas palabras, el tenedor y el cuchillo cayeron de las manos de la pobre madre, y un vivo carmin se extendió sobre su honrado rostro.

—¡Mi hijo! ¡Raimundo! exclamó, ¡hecho un estudiante de la tuna! ¡rodando por caminos, calles y mesones! ¡viviendo sin vergüenza ni empacho, de la bolsa ajena! ¿Así se ha avillanado? ¡así está infamando á su familia por su conducta! ¡así está perdiendo lo que una vez perdido, no se recupera, su buen crédito! Y la pobre madre se echó á llorar amargamente.

El P. Buendía, que estaba, si cabe, mas escandalizado que la señora, y tan avergonzado maestro como ella avergonzada madre, no halló una palabra de consuelo en español; y dijo en latin: *Non pudet ad morem discincti vivere Nattæ* (no tiene vergüenza de vivir como Natta) [1].

Doña Amparo aseguró que no volveria á ver en su vida á aquel mal hijo que deshonraba á su familia; y que usando de sus derechos de madre y de tutora, le retiraria la pension que le daba, y que despilfarraba con escándalo. Y como toda persona que tiene la íntima conviccion de que obra en razon y segun su conciencia, es firme en sus resoluciones, ni el pacífico y condescendiente P. Buendía, á quien escribió Raimundo para interesarle en su favor, ni otras personas que lo intentaron, pudieron lograr que variase la señora de propósito; de lo que resultó, que al cabo de dos meses el hijo pródigo, sitiado por hambre, se cansó, no de guardar puercos, sino de guardar abstinencia, y emprendió la vuelta á sus lares.

Las iras de una madre, — por muy mujer fuerte que sea, — son tormentas de verano, detras de las cuales está el sol de la misericordia, ansiando por esparcir sus rayos, desde que la lluvia ha ablandado la tierra.

La tierra que en esta ocasion debia recibir los rayos de misericordia maternos, no se presentaba muy blanda. Pero la buena madre le echó otra encima, dió un último, triste y tierno recuerdo á las fanegas de trigo y arrobas de aceite

1) Célebre pillo. Sátiras de Persio.

que, convertidas en sonantes especies, habia echado su hijo en el pozo Airon de su no debatido presupuesto, y sentó á su hijo en la cabecera de la mesa, mediante á un perdon condicional é interino, que concedió la señora al P. Buendía, que en nombre, pero sin la anuencia de Raimundo, prometió la enmienda.

Todo entró en su lugar. La borrascosa vida de Raimundo hacia pausa, como el viento ántes de tomar otro giro.

Doña Amparo decia con satisfaccion: quien quita la ocasion quita el pecado; y á puerta cerrada el diablo se vuelve.

El P. Buendía exclamaba con el rey David: *Beati quorum remissæ sunt iniquitates* (bienaventurados aquellos á quienes son perdonadas sus iniquidades).

Blas, á quien la escapada de Raimundo con los estudiantes de la legua habia hecho gracia, al ver una crecida cuenta de botas de charol, aconsejó á su ama que encerrase al señorito en los Toribios.

Conociendo lo difícil que es volver á traer al órden lo desordenado, murmuraba el capataz: — escoba desatada, persona desalmada.... Quieto se está; pero esto es en los de su calaña, descansar para tornar á beber.

Lo que es las gentes en general, al saber que despues de tres años, aparentemente dedicados á estudiar, volvia Raimundo á su pueblo sin un grado siquiera, fueron de opinion que era este como otro, que zoquete fué á Madrid, y zoquete volvió á venir.

La parte femenina de las gentes le halló muy mejorado de persona, muy airoso y desenvuelto; y cuando volvió á vestir el traje andaluz, que tan perfectamente sentaba á su cuerpo y á su talante, pareció tan bien, que vino á ser el figurin de modas macareno, el conde de Orset [1]) de Carmona.

1) El elegante por excelencia que ponia la moda en Lóndres.

CAPITULO XII.

A la fina política del siglo último hemos sustituido nosotros el apreton de manos inglés, así como hemos reemplazado el perfume del ámbar con el olor del cigarro.

ALEJANDRO DUMAS.

El hombre posee una facultad de venerar, que mas ó ménos ligada al resto de sus cualidades, las realza todas.

SCHLOSSER.

Raimundo habia regresado hecho el tipo del insolente. Y para darle á conocer en todo el desarrollo que habia adquirido en sus tres años de emancipacion, haremos la fisiología del insolente, que es hoy dia un tipo tan generalizado, que todo el que nos lea, pensará que hemos querido retratar á su vecino de la derecha, y copiar al de la izquierda.

El insolente brilló en todas épocas; pero en la nuestra deslumbra y se generaliza como el gas. Ha reemplazado al hipócrita; pues nadie se toma ya la molestia de serlo, desde que no se respeta lo bueno y lo santo. Este respeto á lo bueno y á lo santo originaba en los malos la hipocresía, que llamó La Rochefoucauld un homenaje que rendia el vicio á la virtud. Hoy dia el cinismo ha libertado al vicio de todo homenaje, y le ha dicho: «¡Nada de coronas! la gorra; con la cual estarás mas á tus anchas. ¡Nada de togas, ni uniformes! la piel de oso. Nada de vara de justicia ni baston de mando; el zurriago, el látigo. ¡Nada de pulidas ni corteses armas! la porra. Fuera respetos, esos vasallajes morales, relegados á las ominosas épocas del oscurantismo!» Así acontece que el insolente, que encumbra el *yo* y menosprecia el *vos*, lleva el cuerpo derecho y la cabeza erguida. Si no es alto, se le figura que lo es; y si lo es, se le figura que es gigante. Si anda unido á otro sujeto, toma por un impulso espontáneo la acera; cuando encuentra á un amigo, y aunque sea una amiga, y se para á hablarle, él es el que toma siempre la iniciativa de la despedida. Pregunta, no por curiosidad, ni ménos para demostrar interes, sino por

el gusto de ostentar que ni atiende ni escucha la respuesta. Si se sienta será el primero en hacerlo, y en el mejor asiento; si es en la mesa, será en el puesto mas alto que halle vacante, con preferencia á otras personas de mas edad, de mas saber, de mas categoría, y hasta de mas caudal, la mas incontestable superioridad en nuestra era *positiva*.

Si se analizase su derecho á la preeminencia se hallaria que era este el ser *él*, añadiendo que no reconoce superioridad. Que el rico tiene la suya en la bolsa, el sabio en las academias, el viejo en los consejos; pero que toda superioridad adquirida deja de existir en el trato social, en el que solo figura la individualidad, debida al carácter y ascendiente de la persona genuinamente superior, ó á la que sabe colocarse de por sí en su puesto; lo que quiere decir: «eso es mio, eso me toca á mí.»

Por lo cual el insolente lleva á mal que le falten, y lleva igualmente á mal que otros exijan de él que no les falte.

El insolente trata á todo el mundo en su cara con un *sans façons* en estremo chavacano, (á pesar de que por vestir bota charolada y llevar guante nuevo, lo cree en él aristocrático), y á espaldas trata á todas las personas y todas las cosas con un desden que hiere mas que la calumnia. Llama mujeres á las señores; á las señoritas, muchachas; á las mujeres, tias; á una persona conocida, fulano; á un título, por su apellido, y así sucesivamente rebaja los tonos de la escala social, representando en ella un enorme bemol. ¡Oh juventud! ¡cuándo te convencerás de que es en tí el respeto la mayor prueba de aristocracia moral, de finura, de buen gusto y buen sentir, de pureza de alma y de corazon! que es el sello de superioridad intelectual, y la que realza y hace amable, miéntras que la insolencia rebaja y hace odioso al que lo es!

La insolencia da márgen á represalias; y cuando esto sucede, el insolente se echa á reir, tornando en chanzas sus impertinencias; esto es que hace bailar al oso que ántes embestia. Las gentes delicadas huyen del baile, como evitan las embestidas.

Tiene el insolente un repertorio de insolencias groseras, que llama oportunidades y chistes, que desea sean repetidas, lucidas y conservadas en la memoria, como lo son las célebres y entendidas agudezas de un general Castaños, de un Talleyrand.

Un insolente tiene para su uso particular unas armas agresivas y ofensivas que le suministra su osadía, como en los pugilatos ingleses á los luchadores se las proporciona la fuerza de sus puños; armas que á una persona realmente culta y delicada, le es tan imposible usar en su defensa, cuando se ve atacada, como difícil seria al armiño revestir las puas del puerco espin. Consisten estas en:

Un *ksss* que silba como una culebra.

Una risa que abofetea como una granizada.

Un desentenderse, interrumpir y contradecir, que ofenden, secan y hostigan como el *Simoun*.

¡Un *qué!* que le tira á la cara al mas pintado, como un diploma de Juan Lanas.

El insolente está persuadido de que el motor ascendente del hombre es la hostilidad. Y la suficiencia propia y la época que ellos han formado, les da razon, siendo hoy las palabras, y no las acciones, las que encumbran al hombre. Derriban por insolencia; y á su vez son derribados por ella.

Siendo las leyes de la finura y de la delicadeza en el trato social, realzar á los demas y rebajarse á sí mismo, es evidente que ambas cosas, delicadeza y finura, son para el insolente desconocidas, pues es su tendencia la de realzarse á sí mismo, darse una importancia ficticia y rebajar á los demas. Así es que creyéndose altivo como un príncipe, es grosero como un patan.

Para el insolente, — de que era el tipo Raimundo, — no hay respeto de ninguna clase, no hay consideraciones de ningun género: no reconoce obstáculos de ninguna especie á su omnímoda voluntad. Al divinizar la insolencia filosófica, el individualismo ha hallado á todas las malas tendencias dispuestas y oficiosas para vulgarizar y poner al alcance de todos su mal espíritu anticatólico, audaz y rebelde.

Raimundo encontró á su prima mudada en mejor; la jaletina

habia adquirido consistencia. Habia embarnecido, se peinaba y vestia con algun mas esmero; en fin, sin que precisamente le agradase, dejó de chocarle como sucedia ántes. Los diez y nueve años habian ganado la palmeta á los quince, caros á los poetas; pero que en realidad, tienen todavía un pié en la edad que define el prosaismo, justa pero antipoéticamente, con la denominacion de *la edad de la chinche.*

Entre calavera y hombre positivo, no hay — que sepamos — incompatibilidad. En la época nuestra de toda clase de asociaciones, se ven en este género las mas heterogéneas. Entre estos nuevos vínculos, — que se forman á medida que se disuelven otros bellos y santos, — se ven los de la vanidad y de la economía, y los del calavera y el hombre positivo. Estas cosas separadas eran tolerables, porque al ménos tenian, si no los *defectos de sus cualidades*, las *cualidades de sus defectos.* — El vano era espléndido; el económico, sencillo y modesto; el calavera, desprendido; el hombre positivo, razonable y ordenado. — Hoy dia se han unido, como les sucede á los malos, para acabar de pervertirse unos á otros.

Así sucedió que Raimundo pensó que le tendria cuenta casarse con su prima, cuyo caudal en manos de Doña Amparo, del capataz y de Blas Sampayo, habia ganado y se habia mejorado en la misma proporcion que su dueña. Verdad es que estaba su hermano Mauricio de por medio. Pero, ¿qué obstáculo era este para un hombre sin conciencia, sin respetos ni cariño de familia?

Fácil es colegir, que el agraciado y currutaco Raimundo, suplantaria á poca costa al desairado y doliente Mauricio, en la aficion de su prima, que si bien no tenia pasiones ni sensibilidad, tenia ojos y amor propio, cosa que ni aun *las jaletinas* dejan de tener.

Toda esta intriga se tramó pronta y secretamente; y dispensaremos al lector de sus insulsas peripecias, en las que Trinidad siguió el impulso, que con mas despotismo que cariño, le imprimió Raimundo.

Cuando se empezaron á hacer las diligencias para pedir la dispensa á Roma, para casarla con Mauricio, y cuando se hallaban reunidos con este objeto en la sala de Doña Amparo,

el cura, el escribano y la familia, entró de repente Raimundo diciendo con la mayor calma, que se presentaba allí, con el solo objeto de advertir, que se pusiese en la solicitud en lugar del nombre de Mauricio, el de Raimundo.

Grande fué el efecto causado por este golpe teatral, ideado por Raimundo para comprometer públicamente á su prima. Habia calculado con su perspicaz criterio, que si el asunto se discutia en la familia ántes de hacerse pública la decision, su madre y su hermano tendrian bastante persuasion para convencer á Trinidad de que lo que hacia era una villanía, una inconsecuencia, un capricho injustificable y una mala y cruel partida, á que no habia dado lugar, ni era acreedor Mauricio; y que estas sensatas razones tendrian bastante influencia y poder sobre la inconstante y blanda índole de Trinidad, para hacerla desistir de su nuevo propósito.

Al oir la perentoria declaracion de Raimundo, el escribano se habia quedado parado, el cura absorto, el P. Buendía terrificado; y Doña Amparo, como herida de un rayo, se hubiese quedado muda y petrificada, si en el mismo instante, al agolparse su sangre á su corazon, no hubiese sido Mauricio acometido de una horrorosa hemorragía, causada por el rompimiento de una ignorada aneurisma.

Trinidad se habia alejado asustada é inquieta, por el efecto que habia causado una cosa que Raimundo le habia pintado tan sencilla, como á ella misma pobre limitada, le parecia. Así fué que, cuando Raimundo sereno é impasible fué á buscarla, la halló llorando.

Su primer y amable impulso al verla llorar, fué incomodarse; pero lo reprimió, y le hizo notar lo bien restablecido que estaba su hermano, en quien la primera contrariedad producia un vómito de sangre, y que ella habria hecho un desatino sacrificándose á sí misma, si se hubiese casado con semejante valetudinario.

— ¡Pero es tan bueno! dijo Trinidad, en quien el remordimiento despertaba la lástima.

— Cuando estamos enfermos, todos somos buenos, repuso Raimundo. Mi madre quiere mas á Mauricio que á tí y á mí. Por esto nos quiere sacrificar á ambos á él, en vista de

que el egoismo materno es mas feroz mil veces que el personal. Ya que es mi madre tan casamentera, que case á su Benjamin con la Fuente Amarga de Chiclana, que es la que le da la salud.

Mauricio, — que habia sido siempre uno de aquellos seres tranquilos, cuyas índoles se comparan á aguas mansas y dormidas, — habia despertado dolorosamente por cuantos estímulos pueden conmover una naturaleza inerte. Su tranquilo amor se alzaba grande é irritado, al verse traidoramente arrebatar á la que amaba, en la que cifraba todas sus esperanzas, pues para Mauricio no existia en el mundo mas mujer que Trinidad. La indignacion del engaño sufrido, la energía de los celos, la irritacion que le causaba su impotencia para impedir su desgracia ó castigar la traicion, pusieron al enfermo en un estado tan alarmante como cruel.

Que no alterasen su sangre, ni el ejercicio, ni emociones violentas, habia sido la primera y mas encarecida prescripcion de los médicos. Pero, ¿cómo procurarle el sosiego y calma moral que requeria su estado?

Doña Amparo perdia la cabeza en las extrañas y dolorosas circunstancias que la rodeaban, las que no alcanzaba á dominar su sencillo buen sentido, que hasta entónces tan buen piloto le habia sido en su cuotidiano círculo de accion.

Como todo alteraba al enfermo, los médicos prohibieron que, á excepcion de su madre y del P. Buendía, ninguna otra persona entrase á visitarle. Mas á pesar de estas y otras precauciones, á los pocos dias murió el infeliz en los brazos de su madre, ahogada su débil vida en la sangre que á borbollones vertia su corazon.

A los seis meses asistia Doña Amparo, enlutada su persona y enlutado su corazon, al casamiento de su hijo Raimundo y de su sobrina. La buena madre queria persuadir á los demas, y á sí misma, que estaba contenta; ¡pero no lo conseguia! La mortaja que envolvia el cadáver de su difunto y desgraciado hijo, habia envuelto para siempre su vida. En vano procuraba separar en su mente la sangre y la culpa. Veíalos siempre unidos en su fuero interno, y culpaba á todos; á Trinidad, á los médicos, á sí misma, por tal de des-

cargar de la cabeza de Raimundo, parte de la responsabilidad que sobre ella pesaba; pues el amor de madre es un sublime sofista. Así es que dice el pueblo, ese recto y justo apreciador de amores: «¡Amor de madre!... que lo demas es aire.»

CAPITULO XIII.

Habia tanta armonía en ella, que parecia una música muda.

LONGFELLOW.

Tan casta, tan gentil, graciosa y bella,
Que el aire en torno se enamora de ella.

ALDANA.

Doña Amparo habia perdido á un tiempo la energía moral y la robustez física, que la prometian una tardía, sana y activa vejez. Habia envejecido y decaido en poco tiempo, mas de lo que lo habria hecho en veinte años felices. Movida por su decaimiento, y otras razones, habia levantado la mano en todo, así en la direccion de la labor, como en el manejo de la casa. Y si algo le sonreia aun en esta vida, era un nietecito, que al año vino, como vienen los ángeles á las casas, estrechando los lazos de la familia, trayendo consigo el amor, la union, la esperanza y todos los sentimientos dulces.

Cuando se intentó vestir al niño de corto, procuraron las señoras que viniese una obrera hábil para que lo hiciese con lujo y primor, y con este motivo fué requerida Gracia Flores, como la mas sobresaliente bordadora y costurera del pueblo.

Esta vino traida por su abuela, y se entregó con tanto primor como asiduidad á su faena.

Hallábase instalada con todos los avíos y requisitos de su costura en uno de los corredores cerrados, y en el extremo de este se hallaba la puerta del comedor.

Un dia que, como siempre, se estaba sentada en su silla baja, y como siempre, callada y sin levantar cabeza, acabado de comer que hubieron los señores, Raimundo al salir del

comedor, dió sin causa ni razon, tal puntapié á un pobre perro de la casa, que estaba acostado en el corredor, que el animal prorumpió en lastimeros quejidos.

Al oir aquellos aullidos, Gracia, compadecida, levantó la cabeza, saliendo involuntariamente de sus labios una exclamacion de lástima.

Raimundo volvió la cara y la miró, y quedó sorprendido. Gracia, sencillísimamente vestida con un traje liso de tela de algodon lila; con un pañuelo de seda de la India, á cuadros, fondo carmelita, con su magnífico cabello, primorosamente alisado y sencillamente recogido, tenia una belleza tan cumplida y tan grave, que el verla causaba una admiracion profunda y prolongada.

Así fué que por un rato calló Raimundo; pero de repente, sonriendo á un recuerdo, exclamó: *¡La Estrella de Vandalia!*

Gracia volvió á bajar la cabeza con la misma austera gravedad con que la habia levantado, y siguió cosiendo, sin que desplegase sus labios ni palabras ni sonrisa.

— Tú eres, sí, tú eres, prosiguió Raimundo acercándose á ella, la que llorabas por las flores que jugando te destrocé. — ¡Qué hermosa te has puesto! — Si hoy te murieras tú, las flores todas serian las que llorarian por tí.

Gracia no levantó la cabeza, ni contestó.

— Mírame, Gracia, dijo Raimundo, que recuerdo que Gracia te llamabas, aunque mala la tienes conmigo. Y qué, ¿me guardas aun rencor? ¿porqué no contestas?

Gracia estaba sobre ascuas. Toda la repulsa que habia inspirado á su dulce y delicada índole cuando niña aquel muchacho osado é insultante, surgia mas enérgica y angustiosa bajo la mirada audaz de aquel hombre. Las mujeres delicadas y castas tienen instintivas antipatías hácia ciertos hombres que las profanan solo con mirarlas. Las naturalezas elevadas se encogen en la cercanía de las naturalezas bajas, porque las presienten.

— Mucho me haces esperar tu respuesta, añadió Raimundo, viendo que Gracia no contestaba; ¿será para retenerme?

— No estóy acostumbrada á gastar conversaciones con

señoritos, respondió la acosada Gracia. — Así dispénseme Vd. que no le responda.

— Cuando se es tan hermosa como lo eres tu, replicó Raimundo, se tienen las llaves del sacristan: así no me ofendo, aunque lo que me das, se llama un tapaboca. Pero si no estudias para monja, compláceme en levantar la cara; que te prometo no hacerte mal de ojos.

Gracia ni contestó, ni levantó la cabeza.

— Mira que te pasas de esquiva, y llegas á huraña. Díme, ¿te ha dado Dios la hermosura para que te avergüences de ella? Vamos, alza la cara á fin de que yo la mire; no temas á mi vista; que no soy basilisco.

— Señor, me estáis mortificando, repuso Gracia, fatigada por la insistencia de Raimundo.

En este momento se oyó la voz de Doña Amparo.

— ¡Que te mortifico! dijo exasperado y precipitadamente Raimundo. ¡Pues ahora empiezo! añadió con esa mezcla de crueldad que ponia en cuanto hacia y en cuanto decia.

Y así sucedió. Porque desde aquel dia Raimundo, primero con la tenaz voluntariedad del indómito, y despues con toda la pasion de un carácter enérgico y violento, siguió persiguiendo á Gracia, exaltándose su amor por los mismos insuperables obstáculos que hallaba en las graves y decididas repulsas de Gracia.

Aunque la pobre huérfana huia cuidadosamente las ocasiones de estar sola con su perseguidor, no siempre le era posible evitarlas.

— Gracia, la dijo este un dia, con que, decididamente... ¿me desprecias?

— Señor, contestó ella, lo que hago decididamente es ser honrada, y no dar márgen ni oídos á palabras, que serian atrevidas en un hombre soltero, y que son criminales en un hombre casado.

— ¿Y porque soy casado, no me quieres?

— Aunque fueseis soltero no os querria.

— Pero, ¿porqué? ¿se puede saber? preguntó irritado Raimundo.

— ¡Válgame Dios, señor! ¡qué manera de apremiarme!

¿No tiene acaso su voluntad libre el pobre como el rico? ¿impónese la voluntad? ¡Dejádme... por Dios! ¡dejádme!

— No puedo, Gracia, no puedo. Quiero que me quieras, como yo á tí te quiero. Y cuenta que está por ver que lo que yo haya querido no lo haya logrado. Para Raimundo Trillo no hay imposibles.

— El mar es bravo, señor! y la humilde arena lo para, repuso con modesta firmeza Gracia.

— Serás mia, recalcó Raimundo.

— ¡Antes muerta! repuso Gracia.

— ¡Y no de otro, yo lo juro! añadió con violencia Raimundo.

— Señor, respondió Gracia, cuya voz temblaba de indignacion. — Dios puso la impotencia del hombre como dique á sus desbarros. — Pero yo no volveré á esta casa en la que se ofende y amenaza á una pobre honrada, no porque se la ama, sino porque se la desestima. En vista de que el lenguaje que gastáis no es el del amor, sino el del desprecio.

— Ves desprecio donde hay amor, porque no sabes sentirlo, repuso Raimundo. Gracia, correspóndeme, y te juro y afirmo de no amar á otra que á tí. La necia de mi mujer no puede estorbarte. Pero si así lo hiciese...

— Señor, quien en esta casa estorba soy yo, dijo Gracia levantándose; aquí soy yo la piedra del escándalo, y ántes que este se aumente y se divulgue, debo cortarlo de raíz.

Gracia dió por pretexto á las señoras para dejar de venir, el que los males de su abuela le impedian llevarla y traerla, y no volvió.

Como se podrá colegir por las muestras que hemos dado, no era por cierto Raimundo un *amante fino*, pues lo fino se va extinguiendo hasta en el amor, que por su esencia debia ser su último santuario; pero para la insolencia no hay santuarios. Dice un autor frances, Mr. Edmond About, hablando de su país, del que con tanta propiedad ha dicho Masegosa que sirve de modelo á todas las pasiones revolucionadas: — *El payo caballero es un tipo ridículo de otras épocas: en cambio tenemos en la nuestra el del caballero payo.* — En España tenemos ahora la ventaja de disfrutar de ambos tipos

á la vez. ¡Nuestra época no es estéril, no; es fecundísima en todo! ¡en obras, en pensamientos, y sobre todo..... en palabras!

CAPITULO XIV.

Amor loco; yo por vos, y vos por otro.
REFRAN.

Eran las doce de la noche. Todo estaba silencioso é inmóvil, cual si hubiesen dejado de existir á un tiempo el ruido y el movimiento. Miraba la luna á la tierra de lleno y tan tristemente, como miraria una suave y solitaria anacoreta un campo de batalla despues del combate.

Gracia estaba en su reja, aguardando con alguna inquietud á Alonso que tardaba; y aun cuando este llegó en breve, su inquietud no se disipó, sino mudó de causa, porque contra toda su costumbre, le halló triste y preocupado.

— ¿Qué tienes, Alonso? le preguntó con su suave voz.

— Nada; contestó el interrogado.

— Me engañas y me afliges, Alonso.

— ¿Porqué te aflijo?

— Porque me quitas una creencia; y cada creencia que se pierde, es una flor del corazon que se aja; repuso Gracia con su poético sentir, y su culto lenguaje, porque hay seres privilegiados que tienen la cultura en su pensar, instintiva, y la tienen en la expresion por intuicion.

— ¿Y cuál es esa creencia que tenias, y que te quito yo? preguntó Alonso, que era todo lo bueno, lo noble y lo delicado que es dable, sin salir de su esfera sencilla y campesina.

— La que tenia de que entre tú y yo no era posible que cupiese engaño.

— Pues si quieres que te diga la pura verdad, repuso Alonso, hace dias, Gracia, que me da el corazon golpes que me sacan de tino. Y has de saber que decia mi abuela, que los golpes del corazon son avisos.

— ¿Y qué crees tú que puede avisarte? preguntó ella.

— Mira, Gracia; desde entónces se me ha clavado en el pensar, que valiendo tú mas que yo, yo no te merezco, y que no has de llegar á ser mujer mia.

— ¡Que yo valgo mas que tú! exclamó Gracia con expansion y sinceridad; ¿quién, quién, díme, vale mas que tú?

— Gracia, no se me oculta que mi persona es ruin.

— Alonso, los hombres no valen, ni se quieren por la talla. Ademas, la bendicion de mi padre te hace á mis ojos mas alto que hombre ninguno.

— Tú en cambio, Gracia, prosiguió Alonso, eres la muchacha mas bonita de Carmona.

— Calla, Alonso; deja las lisonjas á los que no tienen amor.

— No son lisonjas; es la pura verdad. Hoy lo decian todos en la tienda, y Antonio Perez, el oficial mayor, refirió que eso mismo dicen los señoritos, y que D. Raimundo Trillo (pillo, deberia decírsele) te habia puesto por nombre la *Estrella de*..... ¿qué sé yo qué estrella? la que está pintada en los blasones de la ciudad, en esos blasones que le dieron sus moradores remotos á este pueblo. Y otras cosas decian; pero por aprender esta de la estrella, las otras las dejé ir.

— Alonso, — dijo Gracia, disimulando la cruel mortificacion que le causaron las palabras que oia; — ¿quién hace caso de las burlas y vaciedades de los señoritos ociosos, que no teniendo en que pensar se divierten y pasan el tiempo con palabras vanas?

— ¿Quién hace caso? — exclamó el honrado Alonso, — ¡caramba! Yo, que no quisiera que los tales señoritos pusiesen los ojos, ni ménos tomasen en boca, ni para mal ni para bien, á la que ha de ser mi mujer. Y ménos que ninguno, ese señorito Raimundo, que es mas malo que cuantos Barrabases pagan sus culpas en gayola, y como ha estudiado, es un *ideista* del demonio.

— Alonso, ¿no sabes que es casado?

— Verdad es; pero tan buen marido es como fué buen hermano.

— No murmures, Alonso.

— No murmuro: digo la pura verdad. — No la hagas, y no la temas. — Quien oculta ó disculpa lo malo, no sirve á la caridad, sino al pecado; la pura verdad no la ataja Dios, porque no quiere; ni el diablo, porque no puede. El que hizo lo de Cain, podrá hacer lo de David. Yo no quiero que vuelvas allá á coser. ¡Ojalá.... y que nunca hubieses ido!

— Há dias que no voy, y que me traigo á casa la costura.

— ¿A qué ha sido porque te requebró ese mal nacido?

— Fué porque abuela se puso mala, y no podia llevarme y traerme.

— ¡Bien hecho, Gracia! Y no salgas mas de tu casa; que estarse en su casa es honestidad. Y bien sabes que siempre se ha dicho:

En el cielo no hay faroles,
Que todas son estrellitas.
¡Qué bien parece, señores,
La honestidá en las mocitas,
Y la razon en los hombres!

— Pues, ya ves, Alonso, repuso Gracia, que si enseña la copla la honestidad á las mocitas, enseña tambien la razon á los hombres. Y es carecer de ella, dejarte perturbar por habladurías de casquivanos.

— Pero, hay mas, Gracia. Para meterme una devanadera en los cascos, y un gusano en el corazon..... no me parece que estás contenta ni satisfecha. Muchas veces te veo llorar.

— ¡Siempre que hablamos de mi padre!

— ¡Nunca te veo reir!

— Verdad es que me rio poco. Alonso, tenemos dos ojos para llorar, y solo una boca para reir. Así como no tenemos sino un corazon solo para amar, en el que no cabe sino un solo amor.

— ¿Me quieres de veras? preguntó Alonso conmovido.

— Todo lo que hago es de veras. Si no fuera por lo que te quiero, Alonso, entraria en un convento, que es donde en la tierra se está mas cerca del cielo.

— ¿De verdad? exclamó Alonso. Y si yo me muriese, ¿te entrarias monja?

— Tan cierto como lo es el que tú eres el solo hombre que he querido, y el solo que querré!

— Gracia, dijo Alonso con todo su corazon, bien sé que dicen que yo no te merezco! Pero tan fijo como hay Dios, que ménos te merecen ellos. Gracia, casémonos pronto, porque me parece que miéntras estés moza, has de andar en boca de esos guarda-cantones de las esquinas.

— Si aun no están las cosas prevenidas, Alonso.

— ¿Qué le hace? ¿Qué cosas hay que prevenir para que entre yo con mi jornal en esta casa de huérfanos y desvalidos, y que se sepa que ya no lo sois? Habla con tu madre Juana, y verás cómo dice lo propio que yo; y mañana mismo empiezo á sacar los papeles y á menear la cosa.

Así sucedió, y el domingo siguiente, se corrió la primera amonestacion.

Raimundo lo supo, y nunca pudieron la combinacion de tan varias y violentas pasiones crear una ira desesperada como la que se apoderó de él. Mas en vano buscó la ocasion de desahogarla; en vano quiso hallar el medio de impedir esa boda que le desatinaba, y que se juraba á sí mismo, como lo habia hecho á Gracia, que no se verificaria. Alonso seguia modesto en su perpetuo trabajo. Gracia encerrada en su puro y austero hogar; inútilmente rondó aquel casto nido de humildes palomas. A nadie vió, de nadie pudo dejarse oir.

Así pasó la semana.

El domingo siguiente, que debia leerse la segunda amonestacion, Raimundo se levantó ántes del alba, se envolvió en su capa, y se puso en acecho en la esquina de la calle donde vivia Gracia.

Lo que habia previsto, sucedió. A poco, salieron de su casa Gracia y sus hermanas para oir la primera misa. Por desgracia aquel dia la pobre anciana estaba indispuesta y no acompañaba á sus nietas. Raimundo les salió al encuentro; Gracia retrocedió sobrecogida.

— Una palabra, Gracia, dijo Raimundo con voz sosegada; una palabra, Gracia. Es para un encargo de mi mujer.

Las dos hermanas menores, sin malicia, é ignorantes de

lo que oculto habia quedado entre Raimundo y Gracia, siguieron adelante.

— ¿Te casas? dijo este cuando estuvo á su lado, en quedas, pero profundas y recalcadas palabras.

Gracia contestó con un *sí* sereno, modesto, pero decidido.

— ¡No te casarás! repuso temblando de ira Raimundo.

— ¿Porqué?

— ¡Porque yo lo impediré!

— Dios solo puede impedirlo, contestó indignada, pero siempre serena, Gracia.

— ¡Y yo, te digo!

— ¿Quién os da ese derecho, y cómo hallaréis los medios?

— El derecho me lo tomo; el medio será cerrar con tiempo y para siempre los labios, al que se atreviese á decir *sí* á la pregunta de si te recibe por esposa.

Gracia retrocedió aterrada, y nunca efigie alguna representó cual ella, á la Vírgen de las Angustias.

Es cierto que el semblante de Raimundo asustaba!

La ira, que no se advertia ni en su voz, pues hablaba quedo, ni en sus ademanes, pues estaba inmóvil, se notaba en sus ojos, que ardian cercados de negras ojeras, y en su semblante, que parecia solemnizar esa palidez de cadáver, que á veces usurpan á la muerte el furor y el espanto en sus paroxismos.

— ¡Amenazas!... exclamó con desfallecida voz Gracia.

— Que cumpliré, aunque pierda mi alma. ¡Tú unida á otro! no sucederá en mis dias. Desprecias mi amor y te crees por eso libre de mí!... Pues entiende que no lo estás.

— Señor, por Dios, ¿porqué no soy yo libre?

— ¡Porque no se puede inspirar pasion tal como la que por tí siento, y desoirla!

Las hermanas de Gracia, viendo que esta se detenia, retrocedieron y se incorporaron con ella en este instante, y Raimundo se alejó.

El efecto que esta escena causó á Gracia fué terrible; pero en toda la semana que siguió, se fué borrando su impresion. Considerada la amenaza de Raimundo á la serena luz de su razon, le parecieron bravatas efervescentes y vanas

de enamorado, dichas solo por ver si la retenia de casarse, pero que no podian ser premeditadas, ni ménos cumplidas. Y acabó por culparse á sí misma de crédula y pusilánime, y de que acaso daba ella mas importancia á estas amenazas de la que les diera el mismo que las pronunció.

Al siguiente domingo fué Gracia á misa con su abuela, y á hora en que estaban las calles concurridas; y en este dia se corrió la tercera amonestacion.

Debiendo pasar las veinte y cuatro horas prefijadas para mediar entre estas y el casamiento, se dispuso su celebracion para el lúnes por la noche. En la del domingo acudió, como siempre, Alonso á la reja.

— ¡Qué despacio viene el dia de la boda! le dijo á Gracia; sobre que parece el tiempo en su andar, una babosa.

— No arrees el tiempo, Alonso, contestó ella; ¡quién puede saber lo que trae consigo!

— Trae la boda nuestra. Pero tú estás tan parada, que parece no la deseas.

— ¡Temo desear, Alonso!.... que los deseos á veces espantan las cosas que quieren venir con sosiegos y sin repiques.

— Ello es que tú no estás alegre, Gracia.

— ¡No, pero estóy contenta!.... que es mejor.

— ¿Y porqué?

— Porque la alegría tiene alas, y el contento tiene asiento.

— ¡Tú tienes mucho sentido, Gracia! Pero yo, aunque con peores explicaderas que tú, te diré que el contento cuando es mucho... se vuelve alegría!

Fuése Alonso, y Gracia se recogió á su alcoba. Halló aun á su abuela levantada y ocupada en algunos preparativos de la boda.

— Hija, acuéstate, le dijo la anciana, que tienes que levantarte temprano, para ir á confesar y pedir á Dios que sigas cumpliendo las obligaciones de tu nuevo estado, tan bien como has cumplido las anteriores.

— Dios me quita el mérito en cumplirlas, haciéndomelas tan dulces, madre Juana, contestó Gracia.

En este momento sonó un tiro.

Gracia y su abuela se arrojaron á la sala y á la ventana, que abrieron: la calle estaba desierta y silenciosa.

— ¿Le parece á Vd. una gracia el descargar una escopeta á esta hora? dijo cerrando su postigo la vecina de enfrente, que se habia asomado tambien á su ventana.

— Cosas de chavales[1]), respondió la anciana. Gracia, hija mia, vámonos á acostar.

Gracia la siguió y se acostó; pero sin que se sosegasen los violentos latidos que en su corazon produjo la explosion siempre siniestra de un arma de fuego.

Un pensamiento que graduó de insensato, habia atravesado su mente, rápido, fulgurante, aterrador como un relámpago! Y no pudo conciliar el sueño, á pesar que repetidas veces oró:

¡Oh Jesus, mi dulce dueño
Y redentor de mi alma!
¡Dadle á mis ojos el sueño,
Y á mi corazon la calma!

A la mañana siguiente, de madrugada, se levantó la anciana para traer de la plaza los comestibles que habian de preparar para la cena de la boda. A alguna distancia de su casa, y en una encrucijada, vió, á pesar de lo temprano de la hora, gentes arremolinadas. Apénas se acercaba, cuando destacándose del grupo una mujer, se vino á ella, y le dijo con la brusca franqueza del pueblo:

— Tia Juana, ahí está un muerto; ese le mató el tiro que anoche sonó. Le ha atravesado la cabeza de sien á sien; debió caer sin decir Jesus; pues nadie de los vecinos ha oido otra cosa mas que el tiro... ¡Y es el novio de su nieta de Vd., Alonso! ¡qué dolor de mozo!

Al recibir, cual otro tiro, esta nueva, la pobre anciana quedó trastornada; se sintió desfallecer, y hubo que llevársela entre dos á su casa.

Al verla entrar, Gracia lanzó un grito agudo.

— ¡Alonso es muerto! exclamó; el tiro de anoche le mató!

---

1) Mozalvetes. *(N. del E.)*

— Pero, criatura, preguntó una de las vecinas que sostenian á la anciana, ¿quién te lo ha dicho?

— ¡El corazon... que no miente!

— ¿Y quién que fuese aquel tiro?

— El corazon... que no engaña! — respondió la noble criatura, que aun en medio de su desesperacion, retuvo con generosa prudencia lo que hubiese podido comprometer al infame que sabia ser el alevoso asesino del compañero que tanto amaba.

La noche ántes habia entrado Raimundo tarde en su casa; venia embozado hasta las cejas, y no se desembozó sino despues de entrar en su cuarto, que cerró con llave. Entónces arrimó á la pared una hermosa escopeta de dos tiros, con la que solia ir á cazar. — Uno bastó! murmuró tengo la mano certera: pero si un tiro hubiese marrado, otro quedaba en la escopeta... y firme la voluntad!!

Raimundo apagó su luz, y se echó sobre su lecho. — Un rayo de luna que descendia de una ventana alta, cayó de lleno sobre la escopeta, aun negra del tiro. Un pensamiento pareció ocurrírsele á Raimundo, pues de repente se levantó, cogió la escopeta, salió de su cuarto, subió con precaucion al granero; en seguida trayendo una escalera de mano, la sacó al tejado, la arrimó á la torre de que hemos hecho mencion, cuya escalera de material se habia desmoronado, la apoyó en la pared, tomó la escopeta, subió y la tiró en aquel abandonado mirador. Al oir el golpe que dió al caer, una multitud de pájaros nocturnos y de mal agüero levantaron el vuelo graznando lúgubremente!

CAPITULO XV.

No siempre es poderosa
Carrera, la maldad, ni siempre atina;
Al fin la frente inclina;
Que quien se opone al cielo,
Cuando mas alto sube, viene al suelo.
FRAY LUIS DE LEON.

Gracias á Dios, segura ya camino
De este valle de lágrimas, mi suelo,
A mi alto fin, al cielo cristalino.
PEDRO DE SALAS.

Hay personas cuyas conciencias están oprimidas por graves pesos, y hasta por losas sepulcrales; ¡y se las ve llevar un semblante sereno, hablar y aun reir! ¿Es acaso que se ha borrado de su memoria su culpa? No. Es que son pocas las naturalezas vigorosas, que bueno ó malo pueden sostener un mismo temple y conservar una misma impresion. Algunas hay ó ha habido: es verdad.

Pero los conventos de los Rancés y Franciscos de Borja, las casas de locas y el suicidio, han sido el amparo de las naturalezas elevadas, de las medianas y de las descreidas que no han podido hallar la calma de la debilidad, que es el indolente descuido, el que encubre, aunque no borra, lo que el remordimiento ó el pesar estamparon en el corazon con lágrimas ó con sangre. Obsérvese al que abriga la conviccion de su maldad, aunque sea esta oculta. Por distraido que se halle, dedicado á intereses generales, si por casualidad viene á tocar una palabra, una alusion, una referencia aquel recuerdo desatendido, aquella cuerda aflojada, se verá la instantánea sombra que oscurece su semblante, se oirá decaer su voz, poco ántes recia y decidida, y su mirada huir de la de los demas, temiendo que por ella se trasparente el oculto pensamiento que en su mente ha surgido.

Oirásele á veces retar á la conciencia con el cinismo del árido despecho. La conciencia, cual un reloj que obedece solo á su propio impulso, no contesta á su reto; pero sigue su uniforme y constante golpeteo para sonar á su hora seña-

lada. Pídale el pecador á Dios que esta hora le halle con vida y con voz para clamar: *¡Misericordia!!*

Uno de estos retos que daba Raimundo á su conciencia, era este. El deshacerse de su enemigo es un derecho natural; la sociedad se le otorga, y le hace ley; las naciones le adoptan, le llaman gloria en sus guerras; el individuo le consagra en sus desafíos, y le llama honra. Solo la religion dice «no matarás;» como dice otras muchas cosas muy buenas y santas, pero poco practicadas.

¡Y no obstante!... quien hubiese visto á Raimundo algunos años despues de la catástrofe que hemos referido, y cuya causa y autor habian quedado ocultos, no le hubiese conocido! Su manera petulante habia desaparecido; su vida bulliciosa y aventurera habia cambiado. Aislado, taciturno, brusco, irritable, hostil á toda cosa y á toda persona, en particular á su mujer á quien odiaba, habia llegado á ser un ente tan mal visto como temido.

En cierto que Raimundo era muy desgraciado; y que esto le agriaba. Pues solo las personas que no han hecho mal á nadie, y sí todo el bien que han podido, tienen el excelente privilegio de no agriarse en la desgracia. Lo que verdaderamente agría los caracteres, son los remordimientos; esa conviccion interna de la culpa y de la maldad, que se desfogan en hostilidad, en descontento de otros y de nosotros mismos, como lo hemos hecho observar en otra ocasion.

Raimundo hacia ostentacion de desden y de indiferencia. Su madre habia muerto, sin que una señal de cariño y de dolor por parte de su hijo hubiese dulcificado sus últimos momentos, y sin que este hubiese vertido una lágrima sobre su sepultura. Habia dejado salir de su casa al anciano pariente, al amigo de su madre, al respetable religioso, que con tanta paciencia y bondad habia sido su maestro, cuando obtuvo el curato de una miserable aldea, sin procurar retenerle, sin sentir su ida, sin echarle de ménos. Hacia alarde de dicha indiferencia y desden hácia su mujer, como si le fuese en todo inferior; como si quisiese abrumarla con la cadena que á él mismo tanto le pesaba. ¡A este estado de acerba desgracia le habian traido sus pasiones desenfrenadas,

esas calenturas de la humanidad, con frenesí y delirio, que la destruyen!

La sola flor que perfumaba aun el devastado y seco corazon de aquel hombre, era el apasionado amor que tenia á su hijo. Aquel niño era la única sonrisa de su triste y adusta vida, la única esperanza de su árido y negro porvenir, la única estrella que lucia en el cielo de su amor, en el que habia brillado la *Estrella de Vandalia* desaparecida á su vista para siempre, absorbida en el gran sol de vida, la religion, en que habia entrado.

Gracia habia logrado entrar en el convento, ese asilo de la inocencia y de la desgracia, ese amparo de débiles, esa grey de desvalidas que se agrupan humildes alrededor del altar, para pedir á Dios proteccion, y á los hombres únicamente olvido! ¡Y este rebaño de inofensivas reclusas se ven atacadas y perseguidas en su institucion! ¿Puede esto creerse? Anticatólicos, ¿acaso os pesa no haber contribuido ó contribuir á que estas santas vírgenes aumenten la horrorosa falange de prostitutas que de otras habéis formado? [1])

Pero Dios vela sobre ellas, y ha puesto como guarda, á las puertas de esos santos asilos de inocentes desvalidas, la opinion pública, tan compacta é imponente, que os hace retroceder, y bajar los ojos.

En este refugio respetado habia huido Gracia de la infame pasion adúltera, que habia perseguido y amargado su existencia; en esta clausura, — inviolable miéntras haya quien sostenga aunque solo sea la equidad profana, — habia ido la infeliz, víctima del despotismo de un amor odioso y criminal, á llorar su soledad y desgracia; allí, que era donde podia permanecer pura y virtuosa, sin persecuciones osadas y criminales.

Raimundo, pues, vió su atentado sin mas resultado que

---

1) Apénas podrán creer nuestros lectores que durante la guerra civil hemos oido con horror expresar este bárbaro, inmundo y cobarde deseo á un *jefe político* de cierta provincia importante.

¡Oh qué hombres! Y sobre todo ¡qué autoridades! ¡Y cuán buena y solidamente cimentada es la sociedad que resiste á tales Mentores!

(N. del E.)

el de satisfacer sus celos. Mas esto solo le hubiese bastado para cometerlo.

Trinidad era infeliz, y cada dia se empeoraba y se agriaba mas su carácter con la intolerable existencia que le hacia sufrir su despótico y acerbo marido. Contaminada por la constante hostilidad y contrariedad que hallaba en él, miéntras mas crecian los extremos que este demostraba á su hijo, mas disminuian los de ella; porque las personas contrapuestas acaban por someterlo todo al espíritu de oposicion. Esto, ¡quién no lo ha notado con dolor!

Como ya no se divertia Raimundo con sus amigos, como su interior doméstico le era insoportable, como en fin, todo le era odioso, pasaba largas temporadas en el campo, dedicándose á las tareas agrícolas, buscando en esta actividad material alguna diversion á la interna.

En estas excursiones llevaba siempre á su hijo, que crecia alegre, robusto y hermoso, y tan travieso y sobre sí, — merced á lo que él le consentia, — que su madre, no pudiendo sujetarle, siempre veia partir con gusto tanto al hijo como al padre.

Un dia que habia ido Raimundo al campo sin su hijo, regresó luego por el ansia de verlo. Apénas se apeó del caballo, cuando preguntó por el niño; pero no pudiendo satisfacer los criados á su pregunta, entró en el cuarto de su madre á preguntar por él.

— ¿Qué sé yo? contestó Trinidad á su pregunta; ¿acaso le puedo yo sujetar? Estará en el corral con la cabra, ó en el jardin buscando nidos de pájaros.

— ¿Es ese, exclamó su marido, el cuidado que tienes con tu hijo? No solo eres cuerpo sin alma; pero cuerpo sin corazon.

— ¡Mire quién habla de corazon! repuso exasperada Trinidad; ¡el hijo, el hermano y el marido modelo!

— ¡Soy buen padre. . y basta!

— No basta, no basta, repuso su mujer.

— No quiero sino á mi hijo, prosiguió Raimundo; porque él solo se lo merece.

— Pues permita Dios, exclamó desesperada Trinidad, que

ese amor te cueste todas las lágrimas que tú has hecho derramar á los que te han querido.

En este momento sonó un tiro.

Raimundo se estremeció hondamente.

— ¿Qué es esto? preguntó, saliendo al patio, á los criados que allí se habian reunido, alarmados por la explosion; ¿quién en mi casa ha disparado ese tiro?

— El tiro ha sonado hácia la torre, dijo el capataz.

Raimundo levantó la cabeza; una lívida palidez se extendió sobre su rostro! Habia visto en el tejado, arrimada á la torre, una escalera de mano, tal cual en la noche de funesta recordacion la habia puesto él, para ocultar allí á sí mismo y á los demas el instrumento de su crímen! La escopeta tenia dos tiros; uno habia bastado á su intento; otro quedaba en el cañon..... el niño buscaba nidos de pájaros, y estos abundaban en la torre..... ¡todos estos pensamientos unidos pasaron á la vez como roja exhalacion por su estremecida mente!

— ¡Mi hijo! gritó precipitándose cual el huracan hácia la escalera, subiendo al tejado, y trepando por la escalera de mano.

En el suelo del mirador yacia el cadáver de un niño en un mar de sangre, y á su lado se veia la escopeta de su padre..... negra como la culpa, inflexible como la justicia, certera como la expiacion.

EPILOGO.

Poco sobrevivió Raimundo á su hijo.

Si en el tiempo que aun vivió, sufrió su dolor, agrio y seco como castigo infructuoso, *infligido* por el *destino*, á estilo pagano, ó si lo llevó mansa y resignadamente como expiacion, segun el espíritu y la fe cristiana, Dios, su confesor y él lo sabrán.

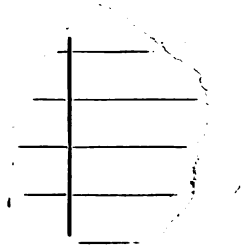
Pero piadosamente pensando, como dice nuestra hermosa frase familiar, *conjeturamos* que Dios no pronunció su terrible fallo de justicia distributiva, sin darle su doble mision de castigar lo pasado y mejorar lo venidero para el contrito sumiso. Y son pocos los cristianos que en los momentos supremos de temor, de desamparo y de dolor, no levantan su corazon á Dios, implorando del cielo el socorro, el amparo y el consuelo que no pueden hallar en la tierra!

La noticia de la fúnebre catástrofe penetró las paredes del convento en que estaba Gracia.

Ella fué la sola que vió patente el dedo de Dios en el trágico suceso; y con renovado fervor oró por vivos y muertos; por amigos y enemigos; por el descanso de los buenos y la conversion de los malos, repitiendo cada dia con mas dulce conviccion:

¡Dichosa el alma que en sagrado anhelo
Desprecia los engaños de esta vida,
Por solo una verdad... que es la del cielo!

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.

115

115